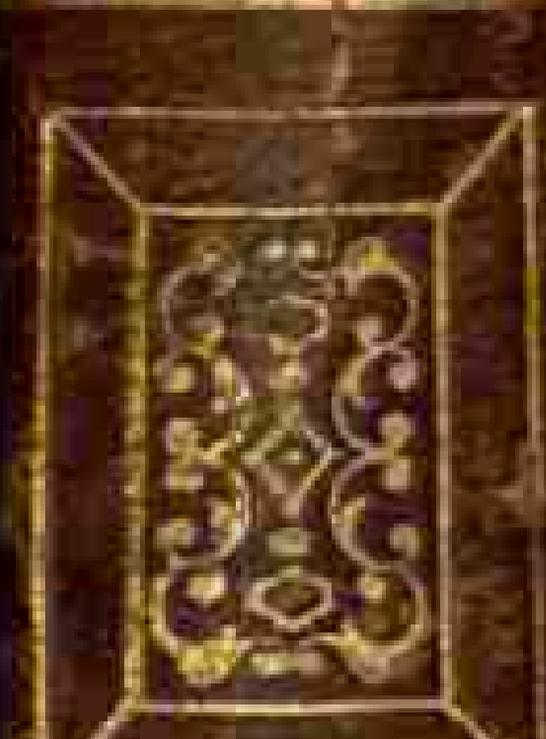




CIÓN C



LA
VERDAD
RELIGIOSA



BL200

B379

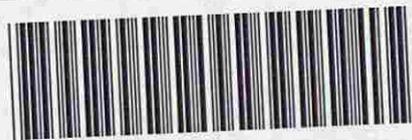
1854

c.1

006104



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

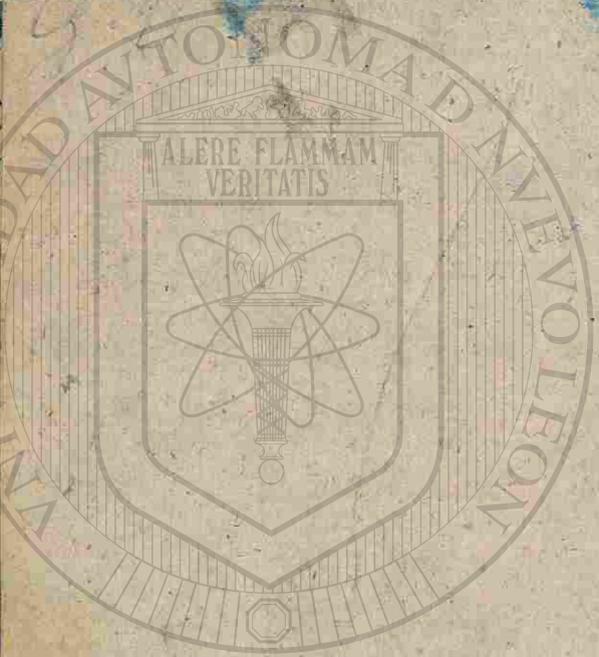


1080020744



Handwritten scribbles in blue ink.

E
HEMET



BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA.
UANL

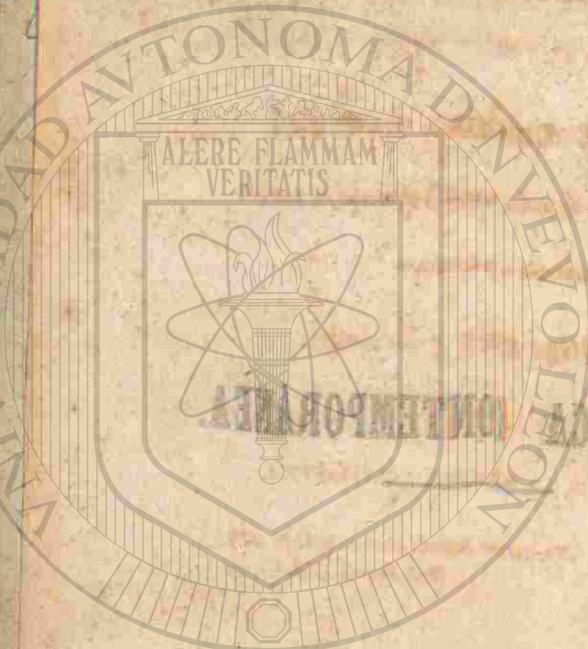
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



v.
210
B.

E X
HEMET



LA VERDAD RELIGIOSA
ANTE EL TRIBUNAL DE LA RAZON,

POR

EL ABATE EDUARDO BARTHE,
canónigo honorario de Rodez, antiguo profesor de filosofía.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

por D. Diego Bravo y Destouet.

y

APROBADA POR LA CENSURA ECLESIASTICA.

«Veritas per Jesum Christum facta est.»
(SAN JUAN I. 17).

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. R. R. DE RIVERA, Editor,
calle de San Cipriano, núm. 3.

1851.



44822
FONDO
VALVERDE Y TELLEZ

B2200

B379

1854



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CARTA DEL OBISPO DE RODEZ AL AUTOR.

Mi estimado abate:

He leído con la mayor atención la obra de V., y solo encuentro elogios para ella: es un breve tratado que obliga al incrédulo á rendirse, si procede con buena fé. Precision y energía de estilo, encadenamiento de pruebas, gran claridad, ese sol de los libros como de los espíritus, lectura é investigaciones muy notables, bastante novedad para interesar aun á los que han leído gran copia de demostraciones evangélicas: tales son en compendio las dotes que he hallado y apreciado en sus páginas, especialmente en el admirable capítulo sobre la resurreccion de Jesucrito.

Felicito á V. por todo, mi muy querido abate, animándole á publicar cuanto antes tan útil demostracion, que hará bien á muchos; y una vez que V. desea primero saber la opinion de su obispo, puedo y debo decirle que le es en un todo favorable.

Reciba V., mi estimado abate, la seguridad de mi afectuoso cariño.

† JUAN,
Obispo de Rodez.

Rodez 11 de febrero de 1849.

008101

CARTA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GIRAUD,

ARZOBISPO DE CAMBRAI, AL AUTOR.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Mi estimado abate:

He tardado en contestar á V. y darle las gracias por haberme enviado su obra sobre la VERDAD RELIGIOSA, porque he querido primero leer ese escrito y darlo á leer al clero que me rodea. No hay mas que una opinion sobre la solidez y encadenamiento de pruebas, y sobre la propiedad del estilo que V. emplea en este género de discusion. La única observacion que me permitiré hacer es que sería V. responsable ante Dios y ante la Iglesia si no diese á luz su obra, que recomendaré á nuestras bibliotecas católicas.

Reciba V., mi querido abate, la seguridad de mi sincero y leal afecto.

† PEDRO, Card. GIRAUD,
Arzobispo de Cambrai.

ambrai 23 de marzo de 1849.

CARTA DEL OBISPO DE CHARTRES, AL AUTOR.

Señor abate:

Una vez que V. desea saber mi juicio sobre la VERDAD RELIGIOSA ANTE EL TRIBUNAL DE LA RAZON, se lo manifestaré con una ingenuidad llena de circunspeccion, persuadido de que encontrará en otros luces mas seguras que las mias.

En cuanto á la discusion, es clara, enérgica, llena de alma, muy propia para desengañar á un incrédulo que tenga alguna buena fé y un poco de despreocupacion para sentir la fuerza de los razonamientos sobre materias de controversia.

Creo que el método que V. ha adoptado es el mejor de todos, así como es el mas espedito. Sobre ningun asunto, cualquiera que sea el orden á que pertenezca, pueden presentarse razones mas variadas é invencibles que las que el cristianismo bien explicado espone al espíritu; y cuando se ha apoderado uno, por decirlo así, de todo el hombre con la manifestacion de esos motivos de nuestra fé, nada hay mas fácil que hacerle despreciar todas las vanas y culpables filosofías. Esta es, si me es lícito hablar así, la táctica que V. ha seguido con

animacion y calor, de suerte que, despues de haber puesto en relieve la indestructible solidez del edificio de nuestra religion, nada hay mas lógico que presentar, como V. hace, rápidamente á sus pies los escombros de todos los sistemas levantados por una filosofía corruptora y osadamente impía. Por eso es muy difícil resistir á esa carga vigorosa que da á los incrédulos con la repetición de estas palabras justificadas por todo lo que las precede: ANTE ESTOS HECHOS CAE POR TIERRA, etc.

Hará V., pues, un servicio á la religion publicando esa obra, cuyo estilo conciso y enérgico lleva la convicción al ánimo del lector.

Reciba V., señor abate, mis sentimientos de la mayor consideración, y la seguridad de mi cordial afecto.

† CLAUDIO HIPÓLITO,
Obispo de Chartres.

Chartres 13 de mayo de 1849.

PREFACIO DEL AUTOR.

Siempre se está de prisa en nuestro siglo, y en Francia se quiere ante todo precision y claridad. En esta obra he procurado ser claro, preciso, rápido, sin omitir nada importante.

Para simplificar en lo posible el problema de la verdad religiosa, he creído deberme abstener de buscar primero de donde nos viene primitivamente el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. Considerar al hombre tal como se halla en sociedad con la razon ya desarrollada sin inquirir el origen de ese desarrollo, era llegar mas pronto á mi objeto y de una manera no menos segura.

Pero me apresuro á añadir que, en mi convicción íntima, todo lo que sabemos naturalmente de Dios y de nosotros mismos, lo tenemos de la primera comunicacion del Criador al primer hombre, trasmitida por medio del lenguaje de generacion en generacion hasta nosotros. Es propio, en

x
efecto, de la naturaleza del hombre, que su espíritu no se eleve á las nociones intelectuales de Dios, dogmas, moral y deber, sino con el auxilio de otro espíritu que le hable y le enseñe, y que en tanto que se halle privado de ese auxilio exterior, permanezca su razon como adormecida. Un arte ingenioso ha puesto á una porcion de sordo-mudos en posesion de los conocimientos sociales; y preguntados cuidadosamente acerca de su estado anterior, han afirmado que hasta entonces su vida no habia salido de los límites de la sensibilidad, es decir, que antes de su iniciacion en la vida intelectual y moral de la sociedad por el lenguaje de los signos, habian permanecido estraños á la vida intelectual y moral. Esperiencias análogas y que, aunque en corto número, han sido siempre igualmente decisivas, se han hecho en hombres que se habian criado en los bosques, aislados de todo comercio de la palabra, y los resultados han sido idénticos. Pueden verse pruebas numerosas é irrecusables de todos estos hechos en las MEMORIAS DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS, en las ANTOLOGIAS FILOSÓFICAS, en las diversas obras tanto del abate L'ÉPÉE como del abate SICARD, en las CARTAS SOBRE LOS SORDO-MUDOS del abate Montaigne, en la INTRODUCCION Á LA FILOSOFIA por M. de la Haye (1). Este último escritor demuestra que las observaciones hechas en las escuelas extranjeras, en Claramonte,

(1) Universidad católica, t. 22.

xI
Amsterdam, Groninga, Berlin, Leipsick, están enteramente de acuerdo con las recogidas en los establecimientos de Francia, y que nada puede inferirse de los cinco hechos opuestos á ese cúmulo de pruebas por M. de Gerando, de quien cita ademas esta notable confesion: «Los sordo-mudos ignoran los secretos del mundo intelectual: en vano se les pide razon de ellos, pues solo la instruccion puede hacerlos accesibles á la vida social, moral y religiosa (1).

Hé aquí, pues, no una simple teoría, sino un hecho que pertenece á la ciencia, un hecho comprobado: EL ESPÍRITU DEL HOMBRE NO SE ELEVA Á LAS NOCIONES INTELECTUALES SINO POR SUS RELACIONES CON OTRO ESPÍRITU QUE LE HABLE Y LE ENSEÑE, PERMANECIENDO EN EL ESTADO DE GERMEN SIN DESARROLLO HASTA TANTO QUE RECIBA DE OTRO ESPÍRITU YA DESARROLLADO LA EDUCACION EXTERIOR (2). Y si con arreglo á su naturaleza, el espíritu del hombre no se despierta ni desarrolla sino con la ayuda de otro espíritu, ¿con la ayuda de cuál se despertó y desarrolló el espíritu del primer hombre? Evidentemente antes del primer hombre no habia otro alguno que pudiera hablarle é instruirle. De consiguiente el primer hombre recibió de otro espíritu superior á él, el lenguaje y la instruccion que lo han elevado al

(1) De la educacion de los sordo-mudos, t. 2.º

(2) Véanse sobre el particular los Anales de filosofia cristiana, série 3.ª, t. 19.

puesto á que nos eleva á nosotros mismos la educacion de la sociedad. De aquí es que el título histórico mas antiguo de la raza humana nos muestra al Criador comunicando por medio del lenguaje con nuestros primeros padres que salieron adultos de sus manos (1); y el autor sagrado del Eclesiástico nos dice que «Dios les dió una lengua con el discernimiento (2),» ó en otros términos; que los dotó de una inteligencia desarrollada por la palabra.

A la razon del hombre desarrollada así por el lenguaje y por los conocimientos que recibe de la sociedad, es á quien me dirijo en esta obra. Ante ella propongo este problema: ¿Existe la verdad religiosa en alguna parte sobre la tierra?.... Pero antes de abordar esta gran cuestion le demuestro lógicamente la existencia de Dios y sus perfecciones soberanas (3), así como el dogma de una vida futura que de aquí se desprende necesariamente, lo cual me da lugar á convencerle de que el hombre no puede prescindir de la verdad religiosa. Luego examino si con los recursos naturales que la razon posee, podría esta suministrar suficientemente al hombre la verdad religiosa que necesita, y despues de obligarle á confesar su impotencia, paso á investigar si fuera de ella se halla en este mundo lo que

(1) Génesis, 1.º, 2.º, 3.º

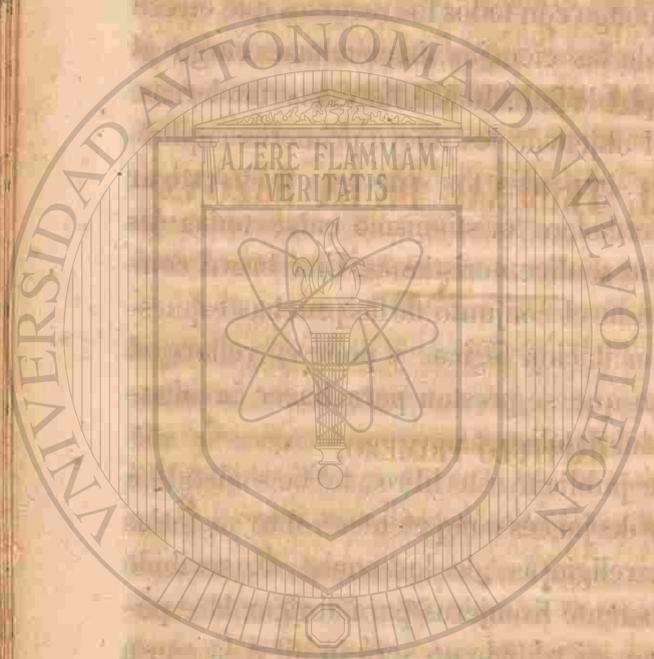
(2) Eccles., 17, 5.

(3) No he hecho en el primer capitulo un tratado de teodicea, sino establecer racionalmente en breves palabras el principio fundamental de la verdad religiosa.

reconoce no poder dar. Esto conduce naturalmente al exámen del cristianismo en sus diversas pruebas, las cuales espongo con todos los recursos que ofrece el progreso de las ciencias, haciéndome cargo al propio tiempo de las dificultades mas modernas.

Tal es el objeto de los nueve primeros capítulos. Los tres siguientes los consagro á investigar cuál es el verdadero cristianismo entre todas las religiones que se dicen cristianas. Una breve conclusion reasume el conjunto de las pruebas espuestas, indica su ilacion lógica, y pone en relieve el mútuo apoyo que se prestan para hacer invulnerable la fé del católico.

Antes de publicar este libro, lo he sometido á una porcion de jueces competentes sobre materias filosóficas y religiosas, de los cuales he recibido estímulos bastante lisonjeros para abrigar la esperanza de que mi trabajo no será inútil á la causa sagrada que he querido defender. Dígnese el soberano maestro de los espíritus y de los corazones realizar esta esperanza para mayor gloria suya!



LA VERDAD RELIGIOSA

ANTE EL TRIBUNAL DE LA RAZON.

CAPITULO PRIMERO.

NECESIDAD DE LA VERDAD RELIGIOSA PARA EL HOMBRE.

EL hombre, bajo el imperio de la fascinación de los sentidos, olvida con sobrada frecuencia su origen y camina en la vida sin levantar al cielo la cabeza. Pero la voz encantadora de las pasiones no puede apartar enteramente su oído interior de la voz de su razón y de su conciencia que le dicen á la vez: «Hay un Dios.»

Indudablemente, hay un Dios, es decir, un sér que no ha tenido principio, sin lo cual habria habido un tiempo en que nada hubiera existido; y entonces ¿de dónde hubiera venido lo que existe?

Hay un sér que no ha tenido principio; de consiguiente un sér que existe necesariamente y por si mismo desde la eternidad; que todo lo tiene de si mismo, que nada debe á otro, que es soberanamente perfecto; porque si



LA VERDAD RELIGIOSA
ANTE EL TRIBUNAL DE LA RAZON.

CAPITULO PRIMERO.

NECESIDAD DE LA VERDAD RELIGIOSA PARA EL HOMBRE.

EL hombre, bajo el imperio de la fascinación de los sentidos, olvida con sobrada frecuencia su origen y camina en la vida sin levantar al cielo la cabeza. Pero la voz encantadora de las pasiones no puede apartar enteramente su oído interior de la voz de su razón y de su conciencia que le dicen á la vez: «Hay un Dios.»

Indudablemente, hay un Dios, es decir, un sér que no ha tenido principio, sin lo cual habria habido un tiempo en que nada hubiera existido; y entonces ¿de dónde hubiera venido lo que existe?

Hay un sér que no ha tenido principio; de consiguiente un sér que existe necesariamente y por si mismo desde la eternidad; que todo lo tiene de si mismo, que nada debe á otro, que es soberanamente perfecto; porque si

posee el mayor grado de perfeccion posible, que es existir por sí y no deber nada á otro, ¿cómo podría dejar de poseer todas las demas perfecciones?... Además, puesto que existe necesariamente, no depende de él el no existir con lo que constituye el ente necesario, el ente por escendencia: posee, pues, por naturaleza la plenitud del sér, la infinidad de las perfecciones; y como por otra parte, existe por sí mismo y no debe nada á otro, ha sido, es y será siempre independiente de todo, y estará por consiguiente exento de toda especie de limitacion.

Existe, pues, un sér que no ha tenido principio, que es infinitamente perfecto bajo todos conceptos, y que por consecuencia necesaria, ni puede desarrollarse ó progresar, ni limitarse ó amenguar. Si Dios fuese susceptible de desarrollo ó progreso, podria adquirir; si fuese susceptible de limitacion ó de disminucion, podria perder; y si pudiese adquirir ó perder sería imperfecto, no sería Dios.

Hay un Dios infinitamente perfecto: ese Dios es creador del universo, remunerador del bien, vengador del mal.

Creador del universo, sin lo cual sería preciso optar entre el mundo coeterno á Dios y el panteísmo. Ahora bien, el mundo no es coeterno á Dios. En efecto, si el mundo existiese desde la eternidad habria atravesado hasta el presente una série de movimientos, de noches, de dias, de meses, de años, sin movimiento primero, sin primera noche, sin primer dia, sin primer mes, sin primer año; esto es, una série de unidades sin primera cifra, una série sin principio que sabiendo por ella con el raciocinio sería una série sin fin, una série infinita. De consiguiente por una parte habria ya recorrido el mundo lo *infinito*, cosa que envuelve contradiccion en sus términos, y por otra ese infinito que hubiese recorrido recibiria aun y sin cesar mayor aumento con nuevos movimientos, nuevas noches, nuevos dias, nuevos meses, nuevos años, lo que no es menos contradictorio (1). Es tambien intrínseco y ab-

(1) La existencia ó la eternidad de Dios no es sucesiva sino simultánea.

solutamente imposible que la existencia desde la eternidad corresponda al mundo bajo ningun concepto: el mundo no puede tenerla como increada, porque existiria entonces por sí mismo y sería necesario, inmutable, perfecto, lo cual es palpablemente falso: no puede tenerla como criatura, porque entonces sería igual á Dios al menos en cuanto á la existencia sin principio, á la existencia eterna. Dios no sería entonces perfecto, no sería Dios, porque es propio de la perfeccion infinita no tener igual bajo ningun concepto.

Por otra parte, el panteísmo que quiere que el universo sea Dios ó forme parte de Dios, es evidentemente insostenible. Prescindiendo de lo que dejamos establecido y que es incompatible con este sistema, todo hombre grave y consecuente que lo tome por punto de partida tiene

En Dios nada ha sido, nada será, todo es: su existencia es indivisible como su naturaleza y la *simultaneidad* de existencia en Dios es relativamente al tiempo, lo que su *espiritualidad* relativamente á la materia ó á la estension, lo que su *infinitud* relativamente al espacio; es siempre la *unidad* perfecta, lo *infinito indivisible*, relativamente á lo divisible y á lo finito.

Verdad es que no tenemos mas que una idea *negativa* de la *eternidad simultánea* de Dios: sabemos y podemos decir, lo que ella no es y no lo que es; pero tenemos una idea *positiva* de la imposibilidad de que la eternidad de Dios sea sucesiva. Por el contrario, tenemos una idea *positiva* de la existencia sucesiva del mundo y una idea igualmente *positiva* de la imposibilidad de que siendo *sucesiva* no tenga principio. De donde se sigue que la hipótesis del mundo eterno es *contra* la razon, es cosa absurda, al paso que la eternidad *simultánea* de Dios es solo *superior* á la razon, es cosa solo incomprendible para nosotros, como otras tantas cosas cuya realidad es palpable y que no podemos comprender ni explicar á causa de nuestra limitada inteligencia.

Figúrome en lo alto de una colina desde donde veo á una sola mirada todos los accidentes de un vasto paisaje cuyos diversos objetos solo divisa el viajero, que lo cruza, sucesivamente uno tras de otro; pues así todo lo que para nosotros es sucesivo, pasado ó futuro, es simultáneo, es presente para Dios.

Si digo á un ciego de nacimiento que tengo un sentido por medio del cual alcanzo los objetos á muchos millares de leguas de distancia, no me comprenderá, porque no teniendo mas idea que la del tacto, no puede explicarse la posibilidad de alcanzar tan lejos. Todos nosotros somos ciegos de nacimiento con relacion á Dios.

que venir á decir por necesidad que no hay individualidad, ni libertad, ni virtud, ni crimen, ni moral, ni leyes posibles, ni tribunales, ni sociedad humana regular. El juez es Dios, el condenado es Dios, el verdugo es Dios, el bien es Dios, el mal es Dios: esto se rebela á toda alma honrada, á toda sana inteligencia.

De consiguiente no hay medio: ó hay que admitir un Dios criador y el mundo sacado por él de la nada (cosa que á la verdad no comprendemos, pero en la que nada vemos contradictorio ni imposible), ó hay que admitir sistemas cuyo absurdo é imposibilidad absoluta comprendemos y vemos claramente: hay, pues, que elegir forzosamente entre la creacion del mundo en el tiempo (1) cuya imposibilidad intrínseca no podría ser demostrada por la razon, y cuya realidad consumada demuestra por el contrario la razon extrínsecamente, y teorías cuya absoluta imposibilidad se halla intrínseca y extrínsecamente demostrada por la razon.

Ese Dios que es creador del universo, es remunerador del bien y vengador del mal, sin lo cual sería un Dios sin sabiduría, un Dios sin santidad, sin justicia ó sin fuerza; un Dios que valdria menos que el hombre probo y virtuoso; un Dios que al paso que no permitia el menor rompimiento en la armonía universal del orden físico, abandonaría el orden infinitamente superior, el orden moral, á los caprichos de las pasiones humanas. No mas esperanza entonces para el inocente á quien el infortunio abrumba, para la virtud desconocida y hasta perseguida (es decir, para lo que hay en el mundo mas digno de las miradas del cielo), sino las convulsiones de la desesperacion agitándose en la sangre: no mas conciencia, no mas remordimientos, no mas temor del mal ni amor del bien, sino el egois-

(1) Dios, desde la eternidad, quiso libremente crear el mundo en el tiempo y de la manera que lo ha hecho; no ha cambiado ni de pensamiento ni de voluntad al crearlo; lo creó porque quiso, cuando quiso y como quiso: su voluntad es necesariamente sabia aunque ignoramos sus motivos.

mo, el egoismo brutal, el egoismo feroz, la ley del mas fuerte y nada mas entre los hombres. Por el fruto se conoce el árbol, por las consecuencias el principio: al principio falso, la verdad incontestable del principio contradictorio.

Hay un Dios remunerador y vengador; de consiguiente hay otro mundo sin lo cual Dios, que es infinitamente perfecto, al arreglar la economia de la existencia humana habria frustrado las aspiraciones del justo que lo desea y colmado los votos del malvado que le teme; sin lo cual tambien el malvado, calculador hábil y prudente, debe lógicamente precipitarse hasta en los placeres sangrientos del crimen, porque para las pasiones, el interés de respetar en otro á uno mismo no es mas que un grano de arena ante un carro fogoso, y el remordimiento, ese gusano roedor del corazon culpable, no es muy difícil adormecerlo con el hábito: y aun cuando fuese, por otra parte, que visiblemente no lo es, un verdugo indomable, ¿no está allí á mano el suicidio para acabar de un solo golpe con el verdugo y la víctima?... Hay, pues, otro mundo en donde Dios recompensa y castiga, en donde coloca á cada cual en su puesto separando á los Lacenaire de los Vicente de Paul, á los Pigault-Lebrun de los Francisco de Sales, á las Ninon de Lenclos de las Teresas; otro mundo en donde su bondad justifica esa necesidad invencible de felicidad que no deja al hombre sobre la tierra, ni aun al mas justo, ni paz ni tregua, y le obliga á agitarse sin cesar en ideas de porvenir.

¿Cuál es, en efecto, el objeto de la atencion del hombre mas virtuoso? El porvenir: la atmósfera de este mundo le pesa demasiado y aspira con todas las fuerzas de su alma hácia algo mas puro y mejor. ¿Cuál es el objeto de la atencion del ambicioso? El porvenir: ¿del esclavo de los sentidos? el porvenir: el placer no hace mas que pasar y deja sitio vacío ó nuevos deseos. ¿Cuál es el objeto de la atencion del desgraciado? (y quién en este mundo no lo es

mas ó menos?) el porvenir: si le cerrais la puerta ¿dónde estará la esperanza? No queda mas que el horrible abismo del suicidio.

¡Y qué! esa necesidad invencible de porvenir dichoso que nos devora y que no puede ser satisfecha sobre la tierra ¿no ha de ser mas que una cruel mentira destinada á hacer de nuestra vida un suplicio, cuando tantas otras miserias hacen ya de ella una pesada carga sobre nuestros débiles hombros? ¿Seria el hombre á los ojos de Dios menos que el bruto que pasa sus días libre de ese tormento perpetuo del rey de la naturaleza? Indudablemente no. ¡Sabiduría y bondad infinita de Dios, yo invoco vuestro testimonio! Nada haceis inútil, nada sin objeto determinado; de consiguiente el hacerme sentir el hambre y la sed incesantes de felicidad y de una felicidad mia propia de que goce personalmente y no en el conjunto de la especie humana, es confirmarme mas y mas en la conviccion de que esta vida no es mas que prueba, transición, *infancia del hombre moral* que pasa por la muerte para llegar á la *plenitud del hombre perfecto* (1).

Así es que desde el ocaso á la aurora, desde los hielos del Norte á las playas ardientes del Mediodia, tan allá como las investigadoras miradas del sábio puedan subir la escala de los siglos, hallamos, bajo formas diferentes, así en las cabezas mas sublimes y fuertes como en los espíritus mas humildes, estos tres dogmas: un Dios, una Providencia, una vida futura.

Pero estos tres dogmas, que pueden llamarse con exactitud el simbolo tradicional y racional del género humano, no son puertas cerradas ante las que pueda pararse con frialdad la inteligencia y permanecer muda é inmóvil. Todo hombre que medita algo seriamente sobre sus intereses de la otra vida, sigue adelante, consulta con ardor el abismo que hay tras de la muerte, y quiere con todo

(1) Ephes. IV. 12.

empeño saber lo que le sucederá: Dios existe, dice para sí: Dios me ha hecho lo que soy, y no me cierra la vida por el lado del tiempo sino para volvérmela á abrir por el lado de la eternidad. ¿Pero qué exige de mí? ¿Con qué condiciones soy llamado á esa otra vida? ¿Qué tengo que hacer en este mundo? ¿Qué puedo aguardar en el otro?... Y hé aquí lógicamente al hombre investigando con ardor una solución á todas esas dudas que le agitan y atormentan (1), es decir, investigando la verdad religiosa. Bien podrá suceder que se encuentre uno en momentos de exaltación en que se haga el valiente, momentos en que apartando los ojos del gran problema póstumo como si no contemplarlo fuera resolverlo, señale con mano mal segura á su alma un sepulcro en el abismo inevitable de la eternidad: triste y humillante valor que la razón condena, que la conciencia reprueba, y que se asemeja mucho á las carcajadas del insensato que aplaude su misma locura (2)! Pero al acceso sigue la calma y vuelve entonces sobre sí repitiéndose con mas fuerza: «¿Pero á dónde voy y en qué vendré á parar?... ¿Qué me pedirá Dios al salir de este mundo? ¿Qué será de mí despues de la muerte? Y de ahí un nuevo deseo, un deseo mas ardiente de buscar la verdad religiosa, una necesidad mas imperiosa de hallarla.

Realizar ese deseo, satisfacer esa necesidad va á ser el asunto de una serie de capítulos, cuya materia por su elevada importancia, reclama toda la atención del lector, y por su naturaleza exige de su parte un amor de la ver-

(1) ¿Cómo puede vivir uno en paz, dice Teodoro Jouffroy, cuando no sabe á donde va, ni lo que tiene que hacer aquí abajo; cuando ignora lo que significan el hombre, y la especie y la creación; cuando todo es enigma, misterio, asunto de dudas y alarmas? Vivir en paz con esa ignorancia es cosa contradictoria é imposible (*Misceláneas filosóficas*, del problema del destino del hombre).

(2) Con la sola duda de si existe otra vida (*es Diderot quien habla*), debéis conducirlos como si existiese.—¿Y si estoy seguro de que no existe?—«Os desafío á que adquirais esa certeza» (*Pensamientos filosóficos: conferencias de Cu-Su con el príncipe Kou*).

dad franco y generoso: el lector debe imponer silencio á toda preocupacion, á todo interés contrario: debe hacer de su conciencia y de su razon un tribunal incorruptible, cerrado á toda exigencia, abierto solo á la verdad.

En otro tiempo, esa sublime palabra, la verdad, llamó la atención del mismo Pilatos, de ese hombre de tan triste celebridad, indiferente como un rey en la embriaguez de su corte, miedoso como un cortesano, y no pudo menos de pedir al justo que comparecía ante él que diese testimonio de ella. «¿Y qué cosa es la verdad (1)?» Pero como si la verdad no valiese la pena de ser conocida, ó como si temiese conocerla, no aguardó la respuesta, y continuó su indigno papel de juez débil, que no se atrevía á proteger la inocencia sino á medias contra las amenazadoras exigencias de la envidia y del odio. ¡Oh! yo tengo mejor idea de ti, mi querido lector: la verdad nada tiene que pueda asustarte, y tu corazón es bastante noble para conocer todo el precio de ella. Si, te creo digno de prorumpir en estos sublimes acentos de Fenelon: «¡Oh verdad! me parece que mi corazón es recto delante de ti: no temo mas que el error: temo tanto no creer lo que merece ser creído, como creer con demasiada ligereza lo que es incierto. ¡Oh verdad! ven á mí y muéstrate en toda tu pureza: haz que te vea, y quedaré satisfecho viéndote (2).» Tal vez el cálculo y la hábil combinacion de los intereses materiales absorban vuestros dias y vuestras noches, y tambien quizá consagreis vuestras vigili-
 á la investigacion de los secretos de la ciencia humana. No hallareis en eso, sin embargo, el secreto de vuestro porvenir del otro mundo; y si en las desoladas regiones de vuestra vida estableceis vuestra tienda y dormís sobre un oasis, mirad que vendrá un soplo mas poderoso que el viento del desierto, que perderá al imprudente viajero en

(1) San Juan, XVIII, 38.

(2) Tratado de la existencia de Dios, parte 2.ª, cap. I.

el engañoso lecho de su descanso. Y luego ¿qué hallareis? La verdad desconocida y desconocida voluntariamente; y por consecuencia á Dios ultrajado, á Dios que se debe tanto á su justicia eterna, como á su eterna bondad, á Dios que no podrá faltarse á si mismo.

CAPITULO II.

INSUFICIENCIA DE LA SOLA RAZON PARA DAR AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

¿Qué es la verdad religiosa? Es el conjunto de las relaciones entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios. Ahora bien, para descubrir las relaciones entre dos términos, es preciso conocer bien estos. Pero la razón sola no conoce al hombre sino á medias, á Dios menos todavía; de consiguiente, pedirle que se eleve hasta penetrar el conjunto de sus relaciones, vale tanto como pedir á un niño de un día que dé pasos de gigante. Hé aquí, pues, á la razón condenada por la razón misma á no poder descubrir suficientemente la verdad religiosa.

Nótese bien, además, que el conjunto de las relaciones entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios, comprende necesariamente el fin del hombre, el destino del hombre en las miras del Ser supremo. Y mi fin, mi destino ¿cuál es?... El es libre en Dios, el cual ha podido darme uno mas ó menos noble, mas ó menos elevado: ¿por dónde sabré yo el que ha elegido?—Esa elección es un hecho, un hecho consumado; pero un hecho exclusivamente divino, un hecho necesariamente oculto en el seno del Criador, y que solo él ha podido revelar á su criatura. Si ha guardado su secreto (y bajo el punto de vista de la sola razón es evidente que lo ha guardado), por mas que mi espíritu se afane en buscar la respuesta á esta pregun-

ta: ¿cuál es mi destino? huirá siempre aquella ante mí como un fantasma impalpable. Podré proveerme de los recursos del arte y de la ciencia, y volar á los cielos para arrancar á los astros el secreto de sus rotaciones prodigiosas y de sus harmónicas órbitas, ocultas á la debilidad de mi vista; ¿pero qué telescopio ni que cálculo me harán penetrar en el misterio íntimo del Altísimo?... La razón se ve, pues, aquí convencida por la razón, y obligada á confesar su ignorancia y su impotencia, que proclaman por otra parte todos los pueblos de todos tiempos, haciendo derivar sus tradiciones religiosas de una revelación celeste (1).

Pero dirán sin duda algunos filósofos: ¿no están bastante determinadas las relaciones del hombre con Dios en lo que llamamos religion natural? ¿No nos enseña bastante claramente la razón que Dios es nuestro Criador omnipotente, infinitamente justo, sabio y bueno, infinitamente perfecto, y que le debemos por consiguiente el homenaje de la adoración, del temor respetuoso, del reconocimiento, de la confianza y del amor?

Podría preguntarles en primer lugar, desde cuándo se hallan formulados con tal precisión esos homenajes en la lengua humana; especialmente si el homenaje del amor que es bien natural, ha sido conocido mas que en dos religiones positivas, el cristianismo y el judaismo (2); en una palabra, si lo que llaman *religion natural* es otra cosa que un arroyo extraviado del río magestuoso de la *revelación*; y si no son unos hijos ingratos, que despues de haberse alimentado con la leche sobrenatural de esa divi-

(1) «Todas las tradiciones antiguas, dice M. Cousin, remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibe de este inmediatamente todas las luces y todas las verdades, muy luego oscurecidas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hombres.» (*Curso de historia de la filosofía*, lección 7.ª)

(2) Véanse las *Noches de San Petersburgo*, por M. de Maistre.—No se encuentra mas que en el judaismo y en el cristianismo la idea del amor infinito de Dios hácia el hombre.

na madre, se atreven á decirle orgullosamente: Nada te debemos: el elevado poder de nuestra razon es el que nos ha hecho lo que somos (1). Podria decirles, en fin: remitid al pueblo, esto es, á las tres cuartas partes de los hombres á la *religion natural*, y pronto vereis si es pequeña la parte de homenajes que le cabe á Dios (2); vereis lo que ganará en ello la sociedad, y lo que ganareis vosotros mismos en vuestra seguridad personal. Pero concedámoslo si se quiere.

Esos homenajes de adoracion, de temor respetuoso, de gratitud, de confianza y de amor ¿cómo deben ser tributados? ¿qué forma deben tomar en nosotros aun interiormente? porque ningun homenaje puede nacer en lo intimo de nuestra alma sin tomar una forma cualquiera..... ¿Con qué frecuencia habrán de tributarse? ¿Cómo sabré si hago mucho ó poco en este punto? ¿Lo dice la *religion natural* ó sea la razon al dilucidar la verdad religiosa? Además, ¿mis homenajes á Dios quedan limitados á los que acaban de enunciarse? ¿Es esa la última cifra de mi deuda?

La oracion, por ejemplo, ¿qué haremos de ella? La naturaleza me impulsa á orar; pero viene Rousseau á ponerse por medio, exclamando en nombre de la razon, que ese es un acto inútil y hasta impio (3). La verdad, la naturaleza triunfa; yo me siento débil, sufro, temo, deseo, me veo en peligro, y á pesar del filósofo de Ginebra, me prosterno espontáneamente á los pies del Ser Supremo, y mi voz sube hácia él humilde y suplicante. Y por otra parte, cuando reflexiono á sangre fria, me digo que la oracion es un acto de sumision y de confianza hácia Dios, y que Dios puede hacer depender de ese acto y del senti-

(1) *Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hec omnia* (Deut. XXII, 27). No se por qué, dice J. J. Rousseau, se quiere atribuir á la filosofia la hermosa moral de nuestros libros. Esa moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica (*Carta III de la Montaña*).

(2) Los mismos filósofos son bastante fieles en tributar á Dios los homenajes que dicta la *religion natural*?

(3) *Emilio*, t. III.

miento de mi infinita pequeñez que le acompaña, la concesion de ciertos beneficios; me digo que la oracion es un homenaje al Dios infinitamente inteligente, bueno y poderoso, que desde la eternidad conoció mi súplica, oyó mi débil voz, y pudo tomarla en cuenta en la disposicion providencial del orden físico y moral de este mundo, segun la medida trazada por su infinita sabiduria; me digo, en fin, que debiéndolo todo á Dios y pudiendo ofrecerle tan poco, está en el orden que añade yo ese homenaje á los otros, y que siendo necesariamente grato á Dios lo que está en el orden, no puede este menos de admitir con gusto el piadoso incienso de la oracion. Pero si la oracion es permitida y util, ¿es tambien un deber? ¿Ese deber es para mi de rigorosa obligacion? Cuestion difícil, demasiado difícil para la razon sola. Bajo el supuesto de que la oracion sea obligatoria ¿en qué términos lo es? ¿bajo qué forma? Otras preguntas ante las que calla la razon ó tartamudea soluciones aventuradas.

Consúltesela tambien sobre el sacrificio, simbolo tan expresivo, protesta elocuente de nuestra dependencia absoluta del Criador, homenaje solemne y universal á su soberano dominio, á la plenitud de poder y de fuerza que en sí encierra (1): pregúntesele si es permitido el sacrificio, si es útil, si es necesario, de qué naturaleza ha de ser, con qué frecuencia debe hacerse: todas vuestras preguntas quedarán sin satisfacer.

Pero hay mas todavía. Sin la menor duda, la razon dice claramente (y ya lo hemos visto) que hay otra vida y que en esa otra vida hay premios y castigos. ¿Pero nos dice acaso la naturaleza de esos premios y de esos castigos? ¿Nos muestra en qué consisten? En este punto permanece muda, y sin embargo, es de alguna importancia.... ¿Nos dice cuál será su duracion? ¡Oh! y esto importa el do-

(1) «La idea del sacrificio es inseparable de toda religion,» dice Benjamin Constant (*De la religion considerada*, etc.)

ble, el quintuplo, el céntuplo, mucho mas de cuanto pudiera expresarse humanamente. Porque si la recompensa no es algo grande y magnífica, muy superior á cuanto hay en este mundo, y por otra parte tiene término; ¿qué móvil tan pequeño para incitarme al deber, cuando el deber se halle en pugna con un goce actual! Y si las penas de la otra vida son solo medianas y temporales; ¿á qué es ocuparme tanto de ellas? Todo lo que uno sabe que debe acabar, deja vivir la esperanza, y cuando el infortunio no es estremado y vive la esperanza, no es la suerte intolerable. Pero si por el contrario, tengo delante de mi la certeza de una eternidad de bienaventuranza indecible, yo tan mezquino y desventurado aquí abajo, debo prestarme hasta á los mas generosos sacrificios para lograrla; y si tengo frente á frente una pena formidable y sin fin, inevitable, dado que por mi culpa llego á perder aquella felicidad; ¡oh! entonces se halla excitado mi interés en el mayor grado posible. Aventurarme en este caso en el camino del mal moral no es solo para mi cuestion de vida ó muerte: se trata de lo finito y de lo infinito en la balanza.... ¿qué digo? Se trata de lo finito por lo que toca á la vida presente, pero de un doble infinito relativamente á la vida futura; del goce intermitente, fugitivo del tiempo, por una parte, y por otra de la pérdida de una felicidad sin igual, sin vicisitudes, sin término, unida al hundimiento en una desgracia incomparable, continua, eterna. Me importa, pues, mas que cuanto hay en este mundo (toda vez que cuanto tiene algun valor en este mundo no guarda proporcion con mi interés de la otra vida considerada de este modo), me importa, pues, mas de cuanto puede decirse ó imaginarse, saber lo que hay en esto. Pero por mas que pregunto á la razon lo que me expongo á perder en el otro mundo, siguiendo la pendiente tan atractiva del mal en este, nada sabe, ó cuando mas me contesta que me expongo á perder una felicidad que probablemente no tendrá fin. Por mas que le pregunto qué castigos me espongo

á merecer, *Nada sé*, me repite: por mas que le pregunto si voy por ese lado á una simple prision por deudas, ó á los horrores de un presidio, *No sé nada*, vuelve á ser su respuesta: si voy á una prision temporal ó á un presidio perpétuo, *Nada sé....* ¡Qué! ¿Nada sabes? Pues yo he tenido ya la desgracia de tomar esa funesta senda, y me he internado demasiado en ella: al menos tú que eres mi guia y mi oráculo, dime lo que debo hacer ahora para recobrar esa felicidad, cualquiera que sea, de que conozco que me he hecho indigno; lo que tengo que hacer, sobre todo, para evitar esa desgracia de la otra vida que conozco haber merecido por el abuso que he hecho de la vida presente, y cuya naturaleza, intensidad y duracion ignoras.... ¡Ay! Tambien se calla: tampoco sabe nada de eso.

En efecto, el conocimiento de las relaciones entre Dios y el hombre sobre la tierra, cuando este ha infringido la ley moral escrita en lo íntimo de su corazon, es un secreto con el que el hombre gasta en vano todos los recursos y todos los esfuerzos de su inteligencia. Despues de la injusticia, la perfidia, el atentado al honor, á la fortuna, á la vida de su semejante, y de tantos otros actos contra los cuales se alza la voz natural de la conciencia, y que necesariamente Dios, soberanamente perfecto, reprueba y condena, el que se ha hecho culpable de ellos, ¿qué puede y qué tiene que hacer? Manchado ya una vez, ¿lo estará para siempre? Una vez criminal, rechazado por la perfeccion infinita de Dios, amenazado por el golpe de la ley eterna de justicia que le condena, ¿tendrá que desesperar de si mismo y de Dios? Si respondeis que si, le arrojaís fatalmente en una serie lógica de crímenes, y le haceis rodar de abismo en abismo hasta la última sima del mal moral. Si no podeis contestarle, atais á su desgraciado corazon un buitre inexorable. Ahora bien; la razon encontrará aquí problema sobre problema; pero ella sola no los resolverá jamás. ¿Puede Dios perdonar? ¿Lo quie-

re? Siendo infinito en su aversion al mal y en su justicia, tanto como en su amor al bien y en su bondad, ¿puede ó no ceder algo de los derechos de esa justicia en favor del culpable? Si puede ¿lo quiere? ¿Y con qué condiciones? porque indudablemente tiene derecho para imponer condiciones, toda vez que es el ofendido, sin que nadie pueda decirle jamás: *¿Por qué obráis así y no de otro modo (1)?* ¿Es preciso, pues, que el hombre amontone víctimas sobre el altar de la expiación? ¿Es preciso que se inmole á sí mismo? ¿Es necesario lágrimas? ¿Es necesario sangre? Una mano de hierro pesa sobre todas estas preguntas; en vano la razon exasperada la coje y la rechaza con todo su poder: ¡esfuerzo inútil! Ella permanece siempre inmóvil, y despues de muchas fatigas y sudores, la duda de ojos turbios y huraños concluye por sentarse triunfante sobre el sello fatal que cierra á la razon la entrada de aquel misterio. ¿Segun eso el hombre una vez que se haya hecho culpable no tendrá nunca garantía ninguna de su perdon? Y si no la tiene y es bastante formal para calcular un poco los intereses del otro mundo, ¿cuál será su vida..... y cuál su muerte?..... Su razon misma aguza el filo de todas esas preguntas que *penetran hasta en las últimas divisiones de su ser (2)*, pero no suministra apósito alguno á sus crueles heridas. Su razon le muestra mas allá de esta vida que concluirá mañana, un juez armado quizá (porque como hemos visto no lo sabe de fijo), armado quizá de castigos eternos, y ese juez es el mismo Dios á quien ha ofendido, es la ley eternamente viva que ha pisoteado, por decirlo así, con su violacion del orden moral; pero no le da remedio alguno contra los terrores que le asaltan á esa vista. Ella le rodea de todos los tormentos de la duda y le deja en ella: ansiosa de saber la verdad, por mas que visita todos los pun-

(1) *Quis dicere potest: cur ita facis?* (Job. IX. 12).

(2) *Heb. IV. 12.*

tos de la tierra que encierran mas sabiduría humana, mendigando el auxilio necesario á su impotencia, vuelve al punto de partida con las manos vacías y la cabeza baja para decir al hombre culpable: *«Vive desgraciado; muere desgraciado; entra desgraciado en la casa de tu eternidad (1), para ser allí, ¿quién sabe?..... mas desgraciado todavía.»*

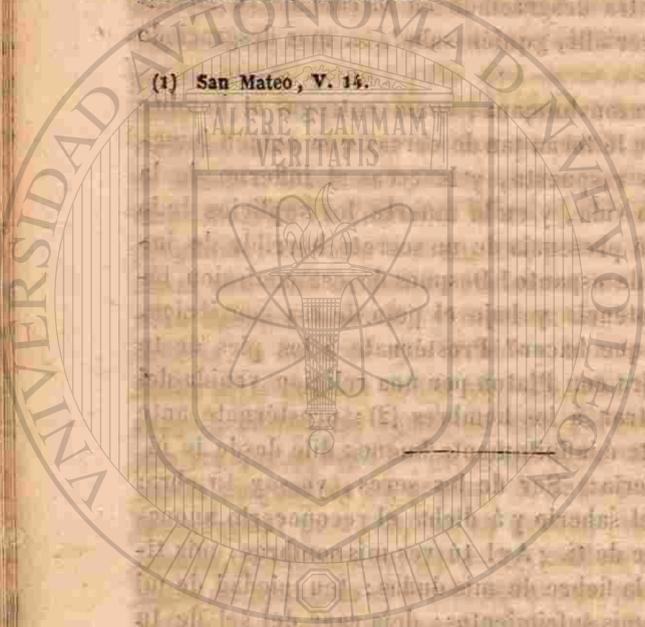
¡Y así es, razon humana, como entregas al hombre á cuestiones que le tocan tan de cerca, que exigen imperiosamente una respuesta, y le creas el infierno de la duda durante la vida, y en la muerte los suplicios de la desesperacion en presencia de un secreto horrible de incertidumbre y de espanto! Despues de esa confesion lógica de tu impotencia y bajo el peso de esa conviccion, ¿qué te queda que hacer? Prostérnate á los pies de tu Hacedor y suspira con Platon por una religion venida del cielo para ilustrar á los hombres (2): prostérnate ante Dios omnipotente é infinitamente bueno; dile desde lo íntimo de tu miseria: *«Ser de los seres, yo soy tu obra: tengo á gloria el saberlo y á dicha el reconocerlo anonándome delante de ti. ¡Ay! tú ves mis sombras, mis tinieblas; tú ves la fiebre de mis dudas; ten piedad de mi ceguedad y de mis sufrimientos: deja caer del sol de tu infinita sabiduría un rayo que penetre y disipe mis nubes, que calme mis ardientes inquietudes. Yo sola no sabría descubrir lo que mas importa saber al hombre cuya guia me has hecho; y deseo é invoco con todas mis fuerzas otra luz que la mia, una luz divina que le dé lo que en vano pide continuamente á mi indigencia..... ¡Ay! si te has anticipado á mis deseos, si existe en alguna parte sobre la tierra esa mensajera bendecida del cielo, no la habrás ocultado en el santuario de formas indecisas y nebulosas de los sistemas; sino antes bien la habrás colocado*

(1) *Eccles. XII. 5.*

(2) *Segundo Alcibiades.*

alto en el mundo, como una ciudad edificada sobre el monte (1) y visible á los ojos de todos. Guia mis pasos hácia su morada: yo la saludo de antemano con efusion, y pongo al hombre con confianza entre sus manos para que le conduzca á su destino.

(1) San Mateo, V. 14.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

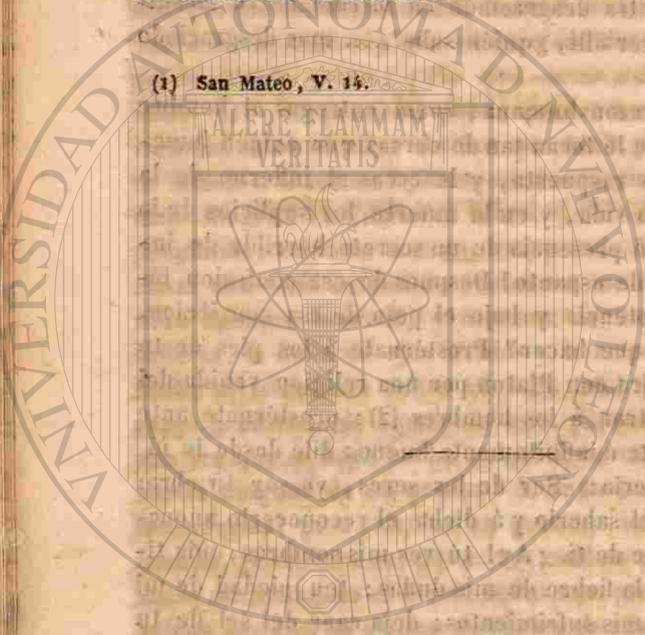
CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO DA AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

A los primeros pasos que da el hombre para averiguar si la verdad religiosa ha bajado del cielo y se halla en alguna parte sobre la tierra, se le presenta desde luego el cristianismo: «Yo soy á quien buscas: voy á decirte lo que tanto interés tienes en saber, y lo que tu razon no podría enseñarte.» Y en efecto; el cristianismo da una respuesta clara y precisa á cada una de las preguntas que el hombre hace en vano á la razon acerca de sus relaciones con Dios. Dejemos hablar en este punto á un filósofo, cuyo testimonio equivaldria, si fuese preciso, á una demostracion: «Hay un librito, dice M. Teodoro Jouffroy, que se hace aprender á los niños y acerca del cual se les examina en la iglesia: leed ese librito, que es el catecismo, y hallareis en él una solucion á todas las preguntas que he propuesto, á todas sin escepcion. Preguntad á un cristiano de donde procede la especie humana y lo sabe. Preguntad á ese pobre muchacho que en su vida ha pensado en ello, por qué está en este mundo y lo que será de él despues de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle como fué creado el mundo y para que fin; por qué ha puesto Dios en él animales y plantas; cómo fué poblada la tierra, si por una

alto en el mundo, como una ciudad edificada sobre el monte (1) y visible á los ojos de todos. Guia mis pasos hácia su morada: yo la saludo de antemano con efusion, y pongo al hombre con confianza entre sus manos para que le conduzca á su destino.

(1) San Mateo, V. 14.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO DA AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

A los primeros pasos que da el hombre para averiguar si la verdad religiosa ha bajado del cielo y se halla en alguna parte sobre la tierra, se le presenta desde luego el cristianismo: «Yo soy á quien buscas: voy á decirte lo que tanto interés tienes en saber, y lo que tu razon no podría enseñarte.» Y en efecto; el cristianismo da una respuesta clara y precisa á cada una de las preguntas que el hombre hace en vano á la razon acerca de sus relaciones con Dios. Dejemos hablar en este punto á un filósofo, cuyo testimonio equivaldria, si fuese preciso, á una demostracion: «Hay un librito, dice M. Teodoro Jouffroy, que se hace aprender á los niños y acerca del cual se les examina en la iglesia: leed ese librito, que es el catecismo, y hallareis en él una solucion á todas las preguntas que he propuesto, á todas sin escepcion. Preguntad á un cristiano de donde procede la especie humana y lo sabe. Preguntad á ese pobre muchacho que en su vida ha pensado en ello, por qué está en este mundo y lo que será de él despues de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle como fué creado el mundo y para que fin; por qué ha puesto Dios en él animales y plantas; cómo fué poblada la tierra, si por una

sola familia ó por varias; por qué hablan los hombres diferentes lenguas; por qué sufren; por qué se batan, y cómo concluirá todo esto, y lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, cuestion de las razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creacion, nada de eso ignora, y cuando sea mayor no titubeará sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes; porque todo esto nace y se deriva con claridad y como por sí mismo del cristianismo. A eso es á lo que llamo una religion grande: la reconozco en que no deja sin respuesta ninguna de las preguntas que interesan á la humanidad (1).»

Pero las respuestas que da el cristianismo á esas preguntas, ¿son indudables? ¿Vienen del cielo, de la verdad eterna? En otros términos: ¿es divino el cristianismo? Escuchadle.

«Creéis en Dios, os dice, pues creed en mí tambien (2).» Creéis en Dios: hechos que están á vuestra vista y á vuestro alcance os demuestran su existencia. Pues bien: creed tambien en mí, espresion divina de sus pensamientos y de su voluntad. Y enseñando al punto en sus manos el libro que contiene los hechos de Jesus su fundador: «Ved aquí mis primeros títulos, añade: ved aquí las primeras garantías de la verdad de mi enseñanza; hechos que no veis, que no tocáis, pero que son tan ciertos como si los viérais y tocárais, y por consiguiente tan incontestables como los hechos que os proclaman el nombre y la gloria del Ser supremo; hechos que solo pueden tener á Dios por autor.»

De este modo, el gran problema de la verdad religiosa se halla reducido al examen de estas dos cuestiones: ¿Son

(1) *Miscelánea filosófica* por Th. Jouffroy.

(2) *Creditis in Deum et in me credite*: palabras de Jesucristo á sus discípulos el día antes de su muerte (San Juan XIV. 1.)

ciertos los hechos evangélicos? ¿Son divinos los hechos evangélicos? Cuestiones capitales cuya solucion importa sobre manera á todo hombre cuerdo y sensato; porque segun sea la solucion afirmativa ó negativa, deberá ir envuelta en ella la diferencia de un sí ó un no en sus creencias y en su conducta.

Pero antes de entrar en esta grave discusion, sentemos el principio fundamental del testimonio histórico, y desembaracemos el terreno que vamos á recorrer de algunas dificultades preliminares, cuya sombra podría en ciertos ánimos oponer obstáculo á la luz de la verdad.

Sin el testimonio humano ¿qué sería la sociedad? Un imposible. Quitese esa base y todo se hunde, todo se confunde, todo se pierde. ¿Qué columna triunfal es esa sobre la cual veo escritos en bronce los mejores hechos de armas de nuestros soldados?..... Solo lo sabeis por testimonio. ¿Qué es ese palacio monumental, noble asilo de los restos vivientes de nuestras victorias?... No lo sabeis sino por testimonio. Mas todavía: ¿qué es vuestra nacion, cuál su gobierno, cuál vuestra familia, vuestra edad, vuestro nombre? Solo lo sabeis por testimonio: todo eso es historia.

Si, me direis, el testimonio humano para los hechos naturales que no traspasan el horizonte de nuestra experiencia, enhorabuena; pero en los títulos primitivos del cristianismo es diferente: ahí se trata de milagros.—¿De milagros? Bien, ¿y qué importa? Los hechos naturales se ven y se tocan ¿no es cierto? Pues los milagros tambien. Un hombre vivia paralítico desde que nació; eso se veía y se tocaba: curado instantáneamente por algunas palabras de otro hombre, anda como el que está sano y bueno: eso se ve y se toca. Un hombre habia muerto y estaba embalsamado y enterrado hacia días; eso se veía y se tocaba: ahora está lleno de vida; eso se ve y se toca tambien. Y si el testimonio no basta para asegurar el estado posterior del paralítico ó del muerto, tampoco basta

para asegurar su estado anterior, lo cual nadie osará decir. Esto es lógica franca y categórica, lo que cumple al buen sentido mas simple y demostrativo.

¿Pero cuántas veces los testigos de un hecho extraordinario toman y dan ligeramente por milagro lo que no lo es! Decis bien, y por eso lo que les pido no es eso. ¿Han visto y han visto bien? ¿Son sinceros en su dicho? Eso es cuanto necesito de su parte. Si hay ó no milagro en el hecho atestiguado, no es cuenta suya: lo es mía.

¿Pero son posibles los milagros? Si no lo son ¿de qué sirven todos los testimonios del mundo?

¿Son posibles los milagros? Si me fuese lícito ser tan rudamente verdadero como Rousseau en esta ocasion (1) diría: Pregunta de loco: no cabe respuesta. Pero sé lo que debo á mis interlocutores, lo que debo á la causa que defiendo, lo que me debo á mi mismo... ¿Son posibles los milagros? Es decir, ¿puede el legislador poner escepciones á sus leyes? Al crear Dios las leyes de la naturaleza, ¿se ha condenado fatalmente á no suspender jamás su curso, de suerte que esas leyes sean á pesar suyo, fuerzas indomables, necesidades matemáticas, inmutables? En otros términos; ¿al decretar Dios desde la eternidad la creacion de las leyes de la naturaleza, perdió la libertad, ó por el acto exterior de la creacion que ha realizado su decreto eterno, ha llegado á ser esclavo de su obra? ¿Son posibles los milagros? Contestaré todavía: eso se ve y se toca: los milagros son hechos positivos, luego son posibles: contra hechos establecidos todos los sofismas de todos los paises y de todos los tiempos desaparecen en humo. Si; los milagros son hechos positivos, ó no hay, como se verá mas adelante, hecho real y probado en el mundo cuando no lo veamos con nuestros propios ojos, y lo toquemos

(1) Esta cuestion seriamente tratada, dice, sería impía si no fuese absurda: sería hacer demasiado honor al que la resolviese negativamente el castigarle: bastaría encerrarle. (*Cartas escritas de la montaña.*)

con nuestras propias manos. Fácil es deducir las consecuencias que de ahí se desprenden.

Pero de todos modos ¿no es siempre mas probable que los testigos se engañen ó nos engañen, que no el que se interrumpa el curso ordinario de las leyes de la naturaleza por un milagro? Aun cuando solo hubiese igual probabilidad de una cosa que de otra, debo permanecer en la duda. Poniéndome en lo peor, aunque la ilusion ó la impostura de los testigos fuese un prodigio, tanto vale para mí lo uno como lo otro: no creo, no niego, permanezco neutral, me abstengo. Enhorabuena, como juzgueis un mal sofisma como una barrera insuperable: no, como consintais en seguirme. Que Dios, por ejemplo, devuelva la vida á un muerto, nada hay en ello contradictorio ni imposible: quien puede lo mas puede lo menos. Pero que el testimonio humano, numeroso, uniforme, constante, concienzudo, desinteresado sobre un hecho palpable, importante, público; que el testimonio adornado, en una palabra, de todos los caracteres que demostraré ser suficientes para excluir la ilusion ó la impostura, sea, á pesar de todo, fruto de la impostura ó de la ilusion, eso sí que es una contradiccion verdadera, un prodigio absurdo que echa por tierra á la sociedad y hasta al hombre mismo: de consiguiente es una imposibilidad absoluta. De manera que no nos hallamos colocados entre una probabilidad mayor y otra menor, ni entre dos probabilidades iguales, ni entre prodigio y prodigio, sino entre lo posible y lo imposible, lo racional y lo absurdo. Y entre estos dos extremos ¿quién se atreverá á permanecer neutral?... De consiguiente hay que elegir: mi eleccion está hecha, y la vuestra tambien, como no puede menos de suceder entre las vias tortuosas de una filosofia sofisticada, estrecha, superficial, y la franca marcha de una discusion amplia, profunda y de buena fé sobre la certeza de los hechos primitivos del cristianismo. Enhorabuena que seais exigentes y hasta la exageracion si quereis; pero al menos sed jus-

tos y proceded de buena fé: eso me basta para satisfaceros.

¿Qué necesitais para vuestra conviccion acerca de un hecho grave, gravisimo, del cual penda, por ejemplo, la vida de un hombre?... Testigos oculares que hayan visto bastante para no engañarse; testigos probos que no os engañen. Y si no teneis posibilidad de ver y oír por vosotros mismos á esos testigos, pedís, y con razon, una garantía equivalente á su deposicion oral, garantía por necesidad histórica, cuando los testigos han dejado de existir; porque no hay comisiones rogatorias para los muertos. No es esto sentar una teoría nueva ó que necesite ser demostrada por la razon: en todas partes se admite la prueba escrita para la validez de un título cualquiera: en la sociedad doméstica, en la sociedad civil, en la sociedad política, en todas partes decide del estado, del honor, de la fortuna, de la vida de los ciudadanos, como de los mas altos intereses de los reyes y de los pueblos. ¿Y por qué habíais de querer excluir arbitrariamente del derecho comun á la sociedad religiosa?

Veamos, pues, si el cristianismo tiene á su favor pruebas de hecho escritas, equivalentes á la deposicion oral mas digna de fé y mas irrecusable. Y ante todo examinemos si el libro que nos presenta como comprobante de sus primeros títulos está realmente escrito por aquellos cuyos nombres lleva, porque un edificio histórico fundado sobre nombres apócrifos peca por su base.

Abro el libro de los cuatro Evangelios y le pido cuenta de si mismo: todo libro, para el que sabe interrogarlo, habla en efecto sencillamente en pro ó en contra de su autenticidad. Ese libro dice ser obra de cuatro autores; dos testigos oculares, San Mateo y San Juan, y dos contemporáneos, San Marcos y San Lucas, que pertenecen, sin que nadie lo ponga en duda, al primer siglo de nuestra era; y no solo no presenta el menor indicio que desmienta aquella aseveracion, sino que en todas sus pá-

ginas abundan signos característicos propios de aquellos que dice ser sus autores. Su lenguaje, ya sea en el uso de las palabras, ó en la sintaxis, ó en las frases, locuciones y giros, recuerda la lengua hebrea de una manera bastante para obligar á uno á atribuirlo á judíos que conservan los idiotismos de su lengua materna, cada uno con su estilo particular; pero San Lucas, aunque no exento de hebraismos, tiene un estilo mas puro, fruto natural de su educacion y de su profesion social superiores á las de los otros (1). En los tres primeros se lee la profecía de Jesucristo, relativa á la ruina de Jerusalem, y no se hace mencion alguna de su realizacion, lo cual denota, en conformidad á la tradicion de la antigüedad, que fueron escritos anteriormente á aquella época: en San Juan, de quien la misma tradicion nos dice que publicó su Evangelio despues, no se habla de dicha profecía que no era ya tiempo de anunciar despues de realizada. En todos cuatro se hallan los pormenores mas detallados de los hechos y de las circunstancias accesorias á ellos, pormenores que exigen evidentemente un conocimiento íntimo y exacto del siglo y del país en donde colocaron las diferentes escenas de la vida y muerte del Hijo de María: se nota en ellos lo admirablemente adecuadas que estan sus lecciones á los diversos hábitos intelectuales y morales de sus oyentes; saduceos, samaritanos, discípulos, gente del pueblo; en una palabra, una perfecta armonia de las partes mas minuciosas de su historia con las noticias que nos ha dejado la antigüedad sobre los mismos objetos. Asi vemos que los soberanos de la Judea, Herodes el Grande, su sucesor Archelao, otro Herodes que se habia casado con Herodías, mujer de su hermano; Poncio Pilatos, gobernador en la época misma en que Herodes era tetrarca de la Galilea; Felipe su hermano, tetrarca de la Iturea y de la Trachonitida, y Lysanias, tetrarca de Abylene (2); Gaifás, sumo

(1) Se sabe que era médico (Coloss., IV, 14).

(2) Se ha querido sostener que San Lucas supone gobernada la Siria

sacerdote en Jerusalem, mientras que Pilatos era gobernador de la misma; el tributo exigido por César, el sistema romano de las aduanas arrendadas por los publicanos establecidos en Cafarnaum y Jericó: los vendedores situados en el átrio sagrado del templo, según el uso de Roma; la mezcla de las costumbres judías y de las leyes romanas; las diferentes monedas, unas griegas, otras romanas, otras judías; griegas ó judías en las cosas relativas al culto, romanas en los asuntos civiles; la costumbre de los galileos de pasar por Naim para ir á Jerusalem; las circunstancias del juicio, de la ejecución y de la inhumación de Jesús; los nombres mismos de los sitios treinta años antes y treinta años después enteramente diferentes, y la indicación de sus usos, son otros tantos puntos, cuya exactitud se comprueba en Josefo, Tácito, Suetonio, Dion Cassio, Tito Livio, Plutarco, Filon, Justino, el geógrafo Strabon, y en los monumentos numismáticos de la antigüedad (1).

Sea cualquiera la historia, el país, el pueblo de que se trate, es ese un cúmulo tal de caracteres que comprobaria altamente y por mil títulos la verdad de la fecha del libro y la legitimidad de su origen (2). Pero se trata en el

por Cyrino en la época del empadronamiento que precedió al nacimiento de Jesús, siendo así que no la gobernó sino diez años después, según la historia profana. Pero esa objeción desaparece ante la sencilla observación de que el texto griego de ese Evangelio puede traducirse muy bien de este modo: «Este empadronamiento tuvo lugar antes de que Cyrino fuese gobernador de Siria.»

(1) Véanse *Ensayo de una introducción crítica al Nuevo Testamento*, según el *Einteitung* de Hug, por M. Cellerier: *Introducción histórica y crítica á los libros del Antiguo y Nuevo Testamento*, por J. B. Glaire: *De las pruebas y de la autoridad de la revelación cristiana*, por Chalmers; *Anales de filosofía cristiana: Pruebas sacadas de las medallas y de las monedas*, por Akermann.

(2) Esto lo hace mas sensible aun el ejemplo de los contrarios. Así vemos que Filostrato, historiador del famoso Apolonio de Tyanca nos asegura haber compuesto su libro por las memorias de Damis, compañero de viaje de aquel filósofo, y su narración se halla frecuentemente en contradicción con el estado de los sitios en que le hace viajar: conduce, por ejemplo, á su héroe á Babilonia, que nos pinta como una grande y sober-

Evangelio de un país y de un pueblo, que en la época indicada se hallaban en una situación enteramente excepcional, y de ahí nueva fuerza, fuerza única en la reunión de esos mismos caracteres. Recordemos, en efecto, la posición de la Tierra Santa, entre los trastornos religiosos, políticos, geográficos y morales que precedieron y siguieron inmediatamente á aquella época. Dividida la Palestina, y siempre de una manera nueva, entre los procuradores romanos, los Herodes y los gobernadores de la Siria, pasaba la Palestina de unos á otros, según el capricho de los Césares, conservando algo de sus leyes propias y de sus magistrados naturales: viendo cada día á algunas de sus poblaciones recibir de sus tiranos un nuevo nombre ó ser víctimas de su furia, perdía rápidamente su fisonomía antigua y reemplazaba su antigua topografía por otra nueva que á su vez no tardaba en desaparecer; mansion de tres pueblos diferentes en costumbres y lenguaje, los Hebreos, los Helenistas y los Romanos, recibía necesariamente á la vez la triple influencia de estos, y sucesivamente tomada por Pompeyo, oprimida por Herodes, assolada por Tito y casi aniquilada por Adriano que destruyó cincuenta ciudades y novecientas ochenta y cinco aldeas (1), parecia cambiar cada día de nombre, de aspecto y de leyes como de habitantes y opresores (2).

¡Qué laberinto para un impostor que no hubiese sido testigo ó contemporáneo, y no estuviese perfectamente

bia ciudad, cuando en aquella época no ofrecia Babilonia mas que un desierto, una inmensa ruina. En otra parte nos presenta á Esparta como una ciudad libre en la época misma en que se hallaba sujeta al yugo de los Romanos (*Vita Apollon. Tyan. per Philostrat. Lemn. Sen: lib. 1.º, cap. 2.º*)—Iguales señales de impostura se hallan en la historia de la guerra de los judios que tenemos con el nombre de Llegesippe: el autor que dice ser contemporáneo de Antonino y de Cómodo, nos habla de Constantinopla, de la Escocia, de la Sajonia que no existian entonces ó tenian nombres muy diferentes (*De bello jud., lib. III, cap. 5.º, cap. 15*).

(1) Dio Xiphilin. *in vita Hadrian; H. Steph.; Wechel.*

(2) *Ensayo de una introducción crítica al Nuevo Testamento*, por Cellerier.

enterado de la situación de la Judea! ¡Cuántos riesgos y qué probables de quedar vendido por algún error en los nombres, en las palabras, en la lengua, en la autoridad que debían corresponder precisamente á la cosa, al sitio, al momento á que tenía que referirse! Pero qué doble y cuadruple laberinto para nuestros historiadores diferentes! ¡qué riesgos cuatro veces mas numerosos y probables de quedar vendidos de cualquiera de esos modos!... Y sin embargo, todo está en su lugar y en su tiempo, todo está bien especificado hasta en las alusiones accidentales y fugitivas á las costumbres, á las instituciones, á la estadística de la época y del país: ahí estan sino los trabajos de los sabios modernos, sus investigaciones eruditas, los testimonios de los autores profanos comparados y discutidos con cuidado, y el exámen severo que se ha hecho sobre el particular, á veces con intenciones nada buenas y que ha dado siempre el mismo resultado, el de demostrar la asombrosa exactitud de los escritores evangélicos (1).

Vivian, pues, antes de la destrucción de Jerusalem los autores de los cuatro Evangelios, y de consiguiente antes del año setenta de nuestra era, en la época de los hechos que refieren: porque la destrucción de Jerusalem cambió totalmente el estado de la Judea, hundió para siempre el edificio de la sociedad judaica: y ¿en dónde sino en autores posteriores al siglo primero habrían tomado el conocimiento exacto de tantas circunstancias minuciosas, muchas de ellas transitorias, relativas á una nacion cuya existencia anterior habia sido destruida? ¿Cómo habrían podido evitar los errores que no han evitado en este pun-

(1) *Ensayo*, etc., por Cellerier.—Independientemente de las coincidencias que hemos hecho notar entre las narraciones evangélicas y las fuentes de la historia profana, Lardner, Michaelis y Paley, han señalado otras muchas que son tanto mas convincentes, cuanto que no aparecen como buscadas por los evangelistas; están poco pronunciadas, de suerte que se necesita mucho estudio y atención para descubrirlas, y se presentan ademas en tan gran número que no pueden nacer de la casualidad. (Véase *Introduc. histor. y crítica*, etc. por J. B. Glaire.—*Cartas sobre Jesucristo*, por Rossignol.

to los autores judios, paganos ó cristianos de los siglos posteriores (1)? Luego en la historia evangélica hay verdad de época y verdad de origen: esto hay que admitirlo ó declararse de lo contrario extraño á las primeras nociones de la critica.

Pero véase ademas con que carácter de ingenuidad está escrita esa historia. Cuatro autores refieren los hechos con tal unidad, que no parecen mas que un solo historiador, una sola historia, y con bastante diversidad para escluir toda idea de suposicion y de impostura. ¡Y qué tono! ¡qué estilo! ¡qué candorosa sencillez! ¡qué rasgos tan marcados de hombres llenos de honradez y probidad! Tono, estilo, sencillez, rasgos de virtud, tipos exclusivos que no admiten ninguna comparacion. ¿Se dirá acaso que la hipocresia y el engaño han sido los únicos en hallar el lenguaje mas natural de la verdadera sabiduria y de la buena fé?... Hechos, siempre hechos, hechos desnudos, sin reflexiones y hasta sin indicacion de consecuencias, hechos espuestos con sencillez á los ojos del lector, como el espejo refleja los objetos tales como son, sin quitar ni añadir nada. Ellos refieren las cosas mas asombrosas sin mostrarse asombrados, sin dar á entender siquiera que el lector pueda asombrarse; hablan de lo que les toca mas de cerca, de lo que mas les importa, con la calma de la indiferencia. Diríase que eran los órganos pasivos de la historia (2). ¿Y es ésa la conducta hipócrita, la marcha hábil y calculada de un falsario? Todo falsario se propone un objeto, quiere conseguirlo, y para ello pone los medios.

Y véase cómo ese libro da testimonio de si mismo y cómo ese testimonio es verdadero (3).

(1) *De las pruebas y de la aut. de la revel. crist.* por Chalmers.

(2) Esta consideracion se hallará desenvuelta en el capítulo siguiente.

(3) *Et si ego testimonium perhibeo de me ipso, verum est testimonium meum* (San Juan, VIII, 14).

No nos detenemos aquí en la hipótesis echada á volar por Semler, Eichhorn y Marsh, relativamente á los tres primeros Evangelios, hipótesis, según la cual habria habido un solo Evangelio primitivo, del que se habrían

¿Pero olvidais, me dirá el incrédulo, que hay contradicciones en los Evangelistas? ¿Y olvidais, replicaré yo á mi vez, que no podeis razonablemente transformar *diferencias* en *contradicciones*? Polibio, Tito Livio, Suetonio, César, Floro, Plutarco, Dion Cassio, estarían en ese caso llenos de contradicciones y serían apócrifos. Y sin duda que no habeis pensado en acusarles de ello, ni en atacar la autenticidad de sus historias (1). ¿Olvidais, por otra parte, que dándonos lugar á poner en descubierto vuestra debilidad, duplicais mi fuerza y añadís una prueba mas á mis pruebas? ¿Cuál es el objeto de esas supuestas contradicciones? ¿Acaso hechos decisivos, esenciales? No, sino algunas circunstancias indiferentes ó algunos hechos secundarios que, aun cuando se suprimiesen, dejarían intacto el cúmulo de pruebas del cristianismo. Esas supuestas contradicciones ¿de qué provienen? O de errores de copistas, ó de que los Evangelistas no se ciñen al orden cronológico de los hechos, ó no lo indican de una manera precisa; ó de que refieren hechos ó circunstancias no idénticas, aunque semejantes en el fondo; ó de

sacado diferentes copias, aumentadas ya con arreglo á la tradicion oral, ya á monumentos escritos, y adoptadas la una por San Mateo, la otra por San Marcos y la otra por San Lucas. Baste hacer notar: 1.º que eso no es mas que una hipótesis que se desvanece lógicamente ante las pruebas positivas de la autenticidad de los Evangelios: 2.º que aunque M. P. Leroux la haya adoptado en su libro *De la Humanidad*, está hoy dia abandonada enteramente. Hug ha demostrado hasta la evidencia que es enteramente falsa en su principio, y de ningun modo logra el objeto del que la imaginó. Despues, M. Norton en una obra que publicó en Boston sobre la autenticidad de los Evangelios, ha destruido igualmente esa suposicion con argumentos irresistibles (Véase *Introduc. histor. y critic.*, por J. B. Glaire.—*Jesucristo y el Evangelio*, por F. E. Chassay).

(1) M. Eugenio Mussard ha demostrado que el relato de la muerte de Carlos el Temerario delante de Nancy contiene numerosas contradicciones en los diferentes historiadores que la han referido. Y sin embargo ¿quién se atreverá á poner en duda la autenticidad de sus escritos y la verdad de aquel hecho?... (*Exámen del sistema mythico*, por Eugenio Mussard). Polibio y Tito Livio presentan tambien en el relato del paso de los Alpes por Anibal, disonancias chocantes, antilogias insolubles sobre los hechos esenciales de aquel gran suceso (*Anales de filosof. cristiana*).

que el uno cuenta lo que el otro omite, el uno una parte del hecho y el otro la otra; ó de que uno cuenta las horas como los romanos y otro como los judios, ó en fin, de que el uno traza la genealogía de José, el otro la de Maria; el uno, segun la ley, y el otro segun la naturaleza. Y ahora bien, unas cuantas *diferencias* que no recaen sobre nada esencial, y que hasta desaparecen por medio de explicaciones tan sencillas ¿podeis razonablemente llamarlas *contradicciones*? Queda, pues, en pie la fuerza de nuestras pruebas. Pero admitamos la hipótesis de que existan verdaderas contradicciones. O los Evangelistas han sido falsarios de acuerdo entre sí, y entonces ¿para qué son cuatro Evangelios? Tendríamos uno, uno solo redactado por cuatro impostores; y entonces tambien ¿cómo no han podido evitar esas contradicciones cuando el hacerlo era tan natural y tan fácil? O ha habido impostura sin ponerse de acuerdo; y entonces ¿cómo cuatro autores diferentes, sin verse, ni oirse han podido imaginar idénticamente tantos sucesos complicados con tantas circunstancias? ¿Cómo han podido crear todos cuatro ese incomparable carácter de Jesucristo, indulgente y dulce con los débiles, terrible con los malos, fuerte, enérgico, pero tierno hasta verter lágrimas, elevado, celeste y familiar sin bajeza, el mas sábio y el mas amable siempre de los hombres, lleno de encantadora gracia y de imperio sobre todas las pasiones, de doctrina y conducta seguras y semejantes siempre á si mismas, de una presencia de ánimo, de una delicadeza, de una exactitud en sus respuestas verdaderamente admirables? ¿Cómo han podido sostener constantemente el vuelo sublime de su grande alma sobre todo lo que es humano, sin debilidad ni ostentacion hasta el momento en que espira como un Dios en el suplicio mas cruel é infame (1)? Rousseau ha dicho y con razon, que

(1) «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios.» (*Emilio*)—Véase *Anales de filosofía cristiana*.

«el inventor del Evangelio sería mas asombroso que el héroe (1).» Suponer cuatro inventores y cuatro inventores aislados, sería cuadruplicar, centuplicar el prodigio. Decid mas bien con Pascal, que «las debilidades mas aparentes son fuerzas para los que toman bien las cosas (2),» y dejadme repetiros que hay tanta unidad en los cuatro Evangelios, que no parecen sino una misma historia, un solo historiador; y bastante diversidad para hacer palpable la gran sinceridad de sus autores.

Acabamos de examinar el libro de la historia evangélica, y vemos que satisface á todas las exigencias posibles de la crítica por la solidez y la maravillosa armonía de sus respuestas. ¿Pero no se alza por fuera ninguna voz contra su autenticidad? ¿Puede reivindicar en provecho suyo los testimonios intrínsecos?... Veámoslo.

Escucho, en primer lugar, la tradicion oral acerca de ese libro: voz del Oriente, voz del Occidente, voces unánimes en su favor. Millares de generaciones diversas forman esa doble tradicion, esos pueblos envidiosos, divididos en sectas hostiles deseosas de impugnarse, interesadas en convencerse mutuamente de error; pero todas á una convienen en la autenticidad de ese libro como centro comun; todas lo atribuyen al primer siglo, á los dos testigos oculares y á los dos contemporáneos que él designa.

Y esa tradicion oral tan respetable ¿se halla debilitada por alguna reclamacion?—«Sí, por la sábia voz de Fausto,» responde el autor del libro de las *Ruinas*.—Pero dígasenos quién es ese Fausto cuyo testimonio se opone con tanta confianza.—Era maniqueo.—¿Y no conoce Volney que al indicar el interés de la secta que dictaba aquel aser-

(1) *Emilio*.

(2) *Pensamientos*, cap. XVIII.—El mismo M. Salvador, á pesar de todas sus prevenciones de juicio contra los Evangelios, ha dicho: «Lejos de hallar nada que decir contra las diferencias que se notan en ese cuádruple monumento, esas mismas diferencias constituyen su verdadera riqueza y lo enaltecen, conservando en él el sello involuntario y original de los hombres y de las circunstancias.» (*Jesucristo y su doctrina*, lib. II).

to (1) le quita todo su valor? ¿Y cuál era además su siglo?—El tercero, respondeis (2).—No os equivocais mas que en un siglo entero en vuestro provecho, porque Fausto vivia á fines del cuarto siglo (3). De consiguiente me parece que vino un poco tarde á negar lo que no habian negado sus antecesores, aun los mas rencorosos é instruidos en la oposicion al cristianismo: Julian el apóstata que nada ignoró ni omitió de lo que podia desautorizar al Evangelio; Celso, el hábil Celso, que se gloriaba en el segundo siglo de haber examinado todo lo concerniente á la religion de Jesucristo (4); el herege Marcion, que antes de mediados del mismo siglo tributaba homenaje á la autenticidad de los cuatro Evangelios, aunque sin querer servirse mas que del de San Lucas, como *escrito á los ojos de San Pablo*, á quien atribuía el privilegio de ser el único en haber espuesto bien la doctrina de Jesus (5); el herege Valentinio y sus discípulos, bastante temerarios para desnaturalizar el sentido de los Evangelios, pero no lo suficiente para sostener que no fuesen de aquellos cuyos nombres llevan (6). Por otra parte, negar y probar son dos cosas distintas: Fausto negó; ¿pero probó acaso su dicho? No, antes bien quedó confundido con la concluyente respuesta de San Agustin (7) que le redujo á negar la autenticidad de todos los libros conocidos, hasta la de los de Manés, ó reconocer la autenticidad de los cuatro Evangelios, la cual, además, está comprobada por una tradicion escrita irrefragable.

No invocaré aquí á los autores del siglo tercero, ni á los de la última mitad del siglo segundo: los hombres mas

(1) Los Evangelios condenaban evidentemente los dogmas insensatos de Manés.

(2) Volney.

(3) *Historia eclesiástica de Fleury*.

(4) *Novi enim omnia*, decia. (*Origenes contra Celso*).

(5) *Introduccion histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire.

(6) *Introduc.*, etc. por J. B. Glaire.

(7) San Agustin: *Adversus Faustum*.

hostiles á nuestras tesis, el mismo Strauss, tan audaz y avanzado en sus negativas, confiesan que los cuatro Evangelios eran admitidos entonces en el mundo entero como obra auténtica de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Y no es eso una concesion de su parte, pues al que ha leído á Clemente de Alejandría, á Tertuliano, á San Ireneo, le es imposible abrigar dudas sobre el particular.

Partamos de ahí como de un punto en que estamos todos acordes. Nos queda un número muy corto de obras de los tiempos que precedieron á la mitad del siglo segundo: de consiguiente, no hay derecho para exigir muchos testimonios escritos de aquellos mismos tiempos sobre la cuestion que nos ocupa. Y sin embargo, remontando el curso de los años, hallamos la cadena tradicional escrita hasta los autores mismos de los cuatro Evangelios, en tres testigos, San Justino, San Policarpo y Papias, por lo tocante á la primera mitad del siglo segundo; y en otros tres por la segunda mitad del primero, San Ignacio, San Clemente de Roma y San Bernabé ó el autor apostólico de la carta que lleva su nombre (1). A estos testigos no se les puede negar, ni la existencia en el tiempo indicado, ni la enunciaci3n de varios pasajes que leemos en los cuatro Evangelios. Pero esos pasajes, se dirá, los enunciaron sin nombrar á los Evangelistas. Y ¿qué! ¿No citaron igualmente diferentes pasajes del Antiguo Testamento sin designar los libros de donde los tomaban? ¿Y se dirá, por eso, que esos diferentes pasajes no son citas de esos mismos libros? Si no designan á los Evangelistas es porque en sus escritos no trataban discusiones dogmáticas, en las cuales hubiera sido preciso mostrar la fidelidad de las citas, sino simplemente lecciones de moral, exhortaciones piadosas, y al citarlos sin nombrarlos, hicieron lo que en nuestra misma época hacen los predicadores que citan comun-

(1) Véanse *Disertaciones sobre la religion*, por la Luzerne, é *Introduccion hist. y crit.*, por Glairo.

mente en el cuerpo del sermon testos de la Escritura, sin decir de que libros los toman, al paso que los escritores de polémica siguen el método contrario (1).

¿Y á qué insistir, por otra parte, en estos últimos eslabones de la cadena tradicional escrita, cuando el testimonio solo de San Ireneo basta para conducirnos hasta los cuatro Evangelistas mismos? En efecto, ese ilustre doctor habia tenido por maestro á San Policarpo, obispo de Smirna, discípulo del Evangelista San Juan, y amigo de otros muchos testigos de la vida mortal de Jesucristo (2). Después de salir del Asia, y visitar la mitad del mundo cristiano, fué á las Galias y se fijó en Lyon, de donde marchó á Roma para tratar allí de asuntos eclesiásticos: de consiguiente se hallaba en el caso de estar bien informado, no solo de las cosas de su época, sino tambien de las de los tiempos apostólicos. Pues ahora bien, San Ireneo asegura en términos formales, *que hay cuatro Evangelios, y que ni hay mas ni menos; que por lo tanto el Evangelio ha sido dado al mundo bajo cuatro formas diferentes, aunque escritas todas cuatro en un solo y mismo espíritu* (3); *que San Mateo fué el primero que escribió su Evangelio, luego San Marcos, discípulo de San Pedro, luego San Lucas, discípulo de San Pablo, y luego San Juan, discípulo querido del Señor* (4); *que los herejes mismos tributan homenaje á la*

(1) Ese modo de citar los Evangelios prueba lo muy conocidos que eran de los fieles, porque así es como se citan los libros mas difundidos y vulgares.

(2) San Ireneo nació á principios del reinado de Adriano, hácia el año 120 y pasó toda su juventud con el obispo de Smirna. «Todavía, dice en su carta á Florino, se me figura oír al bienaventurado Policarpo referirnos sus conversaciones con San Juan y con otros varios discípulos que habian visto á Jesucristo; citarnos sus palabras y todas las que ellos habian recogido de boca del Salvador; hablarnos de sus milagros y de su doctrina, con arreglo á lo que él sabia por los que habian conocido al Verbo de vida y conversado con él. Sus dichos y relatos estaban en un todo conformes con los de las Santas Escrituras.» (*Epist. ad Florinum de Monarchia apud Euseb. Hist. eclesiástica*, lib. V, cap. XX).

(3) *Contra hereses*, lib. III, cap. II.

(4) *Id.*, lib. III, cap. I.

autenticidad de los cuatro Evangelios, apoyándose los Ebionitas en el de San Mateo, los Cerintios en el de San Marcos, los Marcionitas en el de San Lucas, los Valentinianos en el de San Juan (1). Véase, pues, un testimonio, que aunque escrito en la última mitad del siglo segundo, toca por las lecciones de San Policarpo á la primera fuente, y se une á ella hasta por las confesiones de los herejes Ebion y Cerinto, pertenecientes al primer siglo, y por los otros dos jefes de secta á la primera mitad del segundo.

¿Qué opondreis, preguntaré á mis adversarios, á una autoridad histórica tan grave? ¿Direis que el ilustre obispo de Lyon fué engañado ó es un impostor? ¿Engañado él! ¡y sobre hechos tan importantes!... ¿Le habéis leído?... ¿No os atreveriais á transformarlo en juguete estúpido de un error tan grosero? ¿Impostor acaso?... Poned en parangon su probidad de testigo histórico con la de Plutareo ú otro cualquiera de los antiguos á vuestra eleccion.

Pero, por otra parte, el hecho solo de la autenticidad de los cuatro Evangelios universalmente reconocido en el tiempo de San Ireneo; este hecho atestiguado por él y establecido claramente por Tertuliano y Clemente de Alejandria; este hecho reconocido como incontestable por el mismo Strauss (como hemos dicho y con esto está dicho todo), demuestra la admision anterior, primitiva, universal y por consiguiente la realidad de aquella misma autenticidad. Porque si cualquiera otra mano que no fuese la de la verdad hubiera lanzado al mundo los cuatro Evangelios, hubiera sido preciso para acreditarlos hacer admitir en el seno de una multitud de iglesias formadas mucho antes de la mitad del siglo segundo en Judea, Samaria, Grecia, Tesalia y Macedonia, en una gran parte de Asia, en Egipto, en Italia (2); hubiera sido preciso, repito, hacer

(1) *Contra hæreses*, lib. III, cap. II.

(2) *Actas de los Apóstoles* (cuya autenticidad no pone en duda Strauss), cap. VIII, IX, XI, XIV, XV, XVIII, XIX XX.—Tácito, *Annal.*, lib. X, cap. 44.—Suetonio, *vida de Claudio*, §. 27.—Plinio el joven, lib. X, carta 97 á Trajano.

admitir unánimemente como antiguos y conocidos, escritos desconocidos y nuevos; como historia auténtica y pública, una historia apócrifa y oculta hasta entonces en el cerebro de un falsario; y escritos é historia que por su estrecha relacion con las creencias y las prácticas de aquellas iglesias, provocaban necesariamente la precaucion y el exámen; hubiera sido preciso hacerlos admitir en los sitios mismos en que los supuestos autores habian vivido y predicado por mucho tiempo, donde vivian y predicaban aun sus propios discípulos y sucesores inmediatos, y de consiguiente seducir á una sociedad inmensa de hombres tan diversos en paises y naciones que hacian, por confesion de todos, profesion pública y sincera de aborrecer todo fraude, y llevaban la precaucion hasta el punto de no dar lugar entre los libros canónicos á escritos que habian salido de la pluma de los apóstoles, por pequeñas que fuesen las dudas que ocurriesen sobre ellos (1); hubiera sido preciso hacerles abandonar la lectura pública de los Evangelios usados anteriormente en las asambleas cristianas (2),

La prueba de la multitud de iglesias que existian, tanto en el primer siglo como en la primera mitad del segundo, resulta tambien de las epístolas dirigidas por San Pablo á las iglesias de Roma, Corinto, Galacia, Efeso Filipo, Coloso, Tesalónica; de las cartas de San Ignacio mártir, á los Efesios, Magnesianos, Traçianos, Romanos, Filadelfos, Smirnos; y de estas notables palabras de San Justino que en la mitad del segundo siglo, decia cara á cara al filósofo judío Trifon, sin temor de ser desmentido: «Pongo por testigo á los diferentes pueblos de la tierra, Griegos ó Bárbaros, ó de otra raza, cualquiera que sean su denominacion y costumbres, cualquiera que pueda ser su ignorancia de las artes y de la agricultura, ya habiten bajo tiendas, ya que errantes en el desierto trasporten sus moradas en carros cubiertos, de que no existen naciones en donde no se dirijan en nombre de Jesucristo oraciones al Padre y Criador de todas las cosas.» (*Dial. cim. Triph.*)

Véanse las historias eclesiásticas de Eusebio, Fleury y Roberbacher.

(1) Así es que la Epístola á los Hebreos y el Apocalipsis no fueron contados en el número de los libros santos sino cuando se halló ser uniforme el testimonio de la mayor parte de las iglesias que tenian conocimiento de ellos.

(2) San Justino, que escribia cincuenta ó sesenta años despues que el evangelista San Juan, enumerando en su primera apología las prácticas usadas en las asambleas de los cristianos, el domingo, menciona la costumbre de leer públicamente los libros de los Apóstoles que se llaman Evangelios, igualmente que la distribucion de la Eucaristia por los diáconos, y el do-

y hacerles adoptar otros nuevos, y de consiguiente ganar á la vez á los pastores y á los fieles, á todos los pastores y á todos los fieles de Oriente y Occidente y quitarles á todos irrevocablemente la idea ó la voluntad de reclamar en contra, ó de arrepentirse en seguida de su criminal adhesión al fraude; hubiera sido preciso, en fin, hacer entrar en el complot á los herejes mismos que reconociendo la autenticidad de los cuatro Evangelios, pretendían solo comprender la verdadera doctrina de Jesucristo mejor que los apóstoles y sus discípulos inmediatos (1); hubiera sido preciso, en una palabra, nada menos que trastornar en todas partes y á la vez la inteligencia, la conciencia, las convicciones religiosas ó de sistema, las costumbres sagradas, la naturaleza, en fin, en una muchedumbre innumerable y bajo climas tan diversos.... ¡Seguramente que son esos demasiados milagros en manos de un falsario, por hábil y poderoso que sea! Crea en ellos el que quiera y el que pueda, que yo me guardaré bien de ser crédulo hasta ese punto.

Sabemos además por la historia, y nuestros adversarios están lejos de negarlo, que por aquella época aparecieron evangelios apócrifos, unos obra de algunos herejes en provecho de sus errores; otros obra de algunos fieles cuya sencillez creía poder dar el nombre de Evangelios á escritos compuestos por ellos con arreglo á lo que habían oído referir relativamente á la vida de Jesucristo. Ahora bien, la tradición histórica por la que sabemos la publicación de esas falsedades culpables, ó usurpaciones perdonables de un nombre sagrado, nos atestigua al mismo tiempo que las iglesias primitivas, lejos de dejarse engañar por ellas y de conservarnos esos escritos en la clase de los cuatro únicos apostólicos, los dejaron morir en el despre-

nativo espontáneo de limosnas de los ricos en manos del que presidía la Asamblea (Apol. 1.ª, núm. 66 y 67); lo que indica suficientemente que el uso de aquella lectura databa de los tiempos apostólicos, como los otros dos.

(1) Véase *Introd. hist. y crít.* etc. por J. B. Claire.

cio ó en el olvido, abandonándolos á la existencia precaria que tuvieron desde su nacimiento, sin atender á la estimación que podían hacer de algunos de ellos como de obras piadosas, ciertos personajes recomendables (1).

Y además, por los fragmentos que han llegado hasta nosotros, es fácil conocer que en esto las iglesias primitivas dieron pruebas de buena crítica, y que esos falsos Evangelios revelaban en sus autores unos romancistas que trataban de realzar la sencillez de los hechos de un modo pueril con el colorido de lo maravilloso, de lo absurdo á veces y hasta de lo impuro y bárbaro (2). De lo que se sigue que aun bajo este concepto, sirven para hacer resaltar mejor la autenticidad de nuestra historia evangélica. Porque relatos tan desemejantes y contrarios hasta en el tono, el colorido y los detalles, no pueden venir de una misma y sola fuente; y si hay dos fuentes ¿cuál es la buena? ¿La de nuestros Evangelios que llevan el sello de la verdad, ó la de los apócrifos marcados en relieve con el sello de la falsedad, y si se quiere con el sello de ese myto cristiano, al que los intérpretes alemanes pretenden locamente atribuir los nuestros?

¿Cuál es, en efecto, el principio fundamental del mytismo? El myto es un tejido fabuloso fabricado no por un hombre sino por una serie de generaciones, embellecido poco á poco, hasta involuntariamente, ya por un narrador, ya por otro, pero un tejido cuyo enlace y cuya primera trama han sido basados originariamente en las preocupaciones, en las opiniones, en las creencias, en una palabra, en las ideas dominantes de la época. Ahora bien, admitido ese principio, se podría sostener, sin contrariarlo y hasta con cierta probabilidad, que al menos varios de los Evangelios apócrifos son hijos del myto, puesto que por un lado vemos, por lo que de ellos nos queda, que son un reflejo embellecido, una amplificación romancesca de

(1) Véase *Tratado de la religión*, por Bergier.

(2) *Anales de filosofía cristiana*, série 3.ª, núm. 97.

las ideas, de las creencias del primer siglo cristiano, y por otro su fecha no presenta ningun carácter de certidumbre confesado por la crítica. Pero pretender que nuestros cuatro Evangelios deben su nacimiento al mismo padre es ponerse en contradicción con el principio radical de esa teoría. Porque en esa hipótesis el myto evangélico antes de ser formulado por escrito, tal como le leemos, hubiera debido irse elaborando gradualmente en la sociedad cristiana desde su aurora hasta mediados del segundo siglo (Strauss nos lo afirma): y la primer base hubiera debido tomarse en las ideas dominantes, en los sentimientos generales de la época y del país en donde principió á despuntar aquella aurora, y por consiguiente en las opiniones judaicas acerca del Mesías, en los ensueños mesiánicos, en el espíritu nacional de la Judea en el tiempo en que apareció Jesucristo. Ahora bien, lejos de ser la base de los cuatro Evangelios la expresión de los ensueños de los judíos de aquella época sobre el Mesías, contradice y echa por tierra todas sus preocupaciones, todas sus ideas de entonces. En vez de un Mesías poderoso por la fuerza brutal, resplandeciente con una gloria ensangrentada, que hollase á sus pies las águilas triunfantes (1), devolviese su lustre á la casa de David y hasta la eclipsase con el suyo propio, no presenta mas que un Mesías oscuro, un Mesías artesano, que no tiene por amigos y auxiliares sino unos pobres pescadores, que rechaza la corona y va á retirarse á la soledad de los montes, que quiere se pague el tributo á César, que vive familiarmente con los publicanos, agentes de las vejaciones romanas, que recibe el pan de la caridad, que no tiene donde reclinar su cabeza, que muere en el suplicio como un malvado y recibe la limosna de un sudario y un sepulcro. En vez del carácter tan duro y tenaz del pueblo judío, en vez de aquel carácter de hierro, de aquel furor exaltado, de aquel fanatismo in-

(1) Véase á Josefo, *Guerra de los Judíos contra los Romanos*.—Rossignol, *Cartas sobre J. C.*

vencible que fué preciso romper tantas veces por los esfuerzos de las legiones, ofrece una dulzura celestial, una calma encantadora, una serenidad irresistible, un atractivo incomparable. En vez de aquel espíritu religioso estrecho, esclavo de la letra, esclavo de las formas, exclusivo de las naciones como los Samaritanos, ofrece una religion de *espíritu y de verdad* (1), la efusion universal de la fé, de la esperanza y de la caridad, sin distincion de pueblo, ni de ciudad, ni de familia, ni de fortunas, ni de ciencia. Luego arguir de myto á nuestros Evangelios es dejarse derrotar lógicamente con la simple aplicacion del principio que es la base del sistema; y como el ensayo del sistema con nuestros Evangelios no es evidentemente mas que un esfuerzo desesperado de la filosofía anticristiana, con toda razon podremos añadir: Nueva objecion, nuevo raudal de luz sobre la invencible autenticidad de nuestros Evangelios.

La mitología no es posible además, sino con la condicion de la falta de anales escritos y fechados; así es que la fábula de Prometeo no hubiera podido haber nacido nunca en el siglo de Augusto. ¿Y cómo el supuesto myto evangélico lleno de hechos tan diversos, presentados como públicos y acompañados de una cronología fija siempre, hubiera podido formarse, estenderse y lograr un completo desarrollo en una época en que el sol de la civilizacion y de la ciencia, inundaba el imperio con sus brillantes rayos, en que la Judea nada tenia de bárbara, y hasta contaba en su seno una porcion de ingenios con tendencias *racionalistas*, hallándose cercada de diversos centros de conocimientos históricos, críticos, filosóficos, cuyo examen era inevitable para la nueva religion, no solo en Alejandria, sino en la Arabia, en el Asia menor, en Pergamo, en Tarso, en Antioquia; en una época, en fin, en que lejos de haber tendencias á crear nuevos mytos, se hacian por todas partes esfuerzos para reducir los an-

(1) San Juan IV, 24.

tiguos á las moléculas históricas que se creía contuviesen (1)?

Desalojada la incredulidad de todas las trincheras que se había formado ¿donde irá á refugiarse? ¿Dirá que si los cuatro Evangelios son auténticos en el fondo no lo son en su totalidad y que ha habido en ellos adiciones?... Enhorabuena; pero no nos basta su palabra y necesitamos pruebas. Ahora bien, unos cuantos pasajes de donde el falso golpe de vista de una crítica incompleta saque una induccion desfavorable que se desvanece á los ojos de una ciencia mas adelantada; otros varios que faltan (y puede decirse el por qué) en algunos manuscritos antiguos, solo presentan vanas dificultades en que no puede pararse el que se haya tomado el trabajo de leer un autor ortodoxo de sagrada exposicion (2), con tanto mas motivo cuanto que esos pasajes no son de modo alguno esenciales al con-

(1) Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, série III, núm. 82.—*Cartas sobre Jesucristo*, por Rossignol.

«Sería un error, dice el doctor Tholuck, creer que se necesite un libro de tanta extension como la *Vida de Jesus*, por Strauss, para refutarlo en todos sus puntos. El prodigioso cúmulo de pruebas históricas del autor descansa sobre la punta de una aguja: rómpase esa punta, y todo el edificio viene abajo: la autenticidad de los cuatro Evangelios, la autenticidad de uno solo de ellos, destruye su hipótesis.» (*Anales de filosofía cristiana*, série III, núm. 72). Ahora bien, despues de negar primero Strauss la autenticidad de los cuatro Evangelios, ha venido á confesarla en el prefacio de su tercera edicion: «El exámen repetido del cuarto Evangelio ha destruido en mi ánimo el valor de las dudas que había concebido sobre su autenticidad y el crédito que merece. No es esto decir que esté convencido de que el cuarto Evangelio es auténtico, pero tampoco lo estoy de que no lo sea.» De modo que Strauss declara que no está seguro de que el Evangelio de San Juan, que contiene la sustancia de los otros tres, no sea auténtico. No está convencido de que lo sea, y tampoco afirma que no lo sea. De consiguiente, duda, y con esa duda quiebra él mismo la punta de aguja que sirve de base á su sistema, y destruye con una sola frase un edificio de cuatrocientas páginas.

Por otra parte, sus argumentos contra la autenticidad de los Evangelios versan esencialmente sobre sus supuestas contradicciones, y ya hemos visto antes lo que debe pensarse sobre el particular.

(2) Véase la *Introduccion histórica y crítica*, etc., por Glaire: las *Respuestas críticas*, por Bullet; los *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion*, por el doctor Wiseman, discurso X.

junto de la historia evangélica. Indudablemente no es eso lo que el racionalismo quiere darnos por pruebas, ¿tiene, pues, algo mas que oponernos? Si por cierto: ¿no reconvenia el filósofo Celso á los cristianos de su época de haber adulterado los Evangelios (1)? Esto es incontes- table, y Celso tenia razon en acusar á ciertos cristianos convertidos en herejes de haber falsificado los Evangelios para defender sus errores; pero cometia el gravísimo error de confundir con ellos á los verdaderos cristianos, los miembros de la *grande Iglesia*, á quienes por otra parte distingue muy bien de las sectas heréticas (2). De consiguiente, esta reconvencion de Celso no tiene otra base que una falsa suposicion de su parte, y solo sirve para poner en relieve la fidelidad de los cristianos propiamente dichos en conservar intactos los cuatro Evangelios (3), cu-

(1) Orígenes, *Contra Cels.*, lib. II, núm. 27; lib. V, núm. 50.

(2) Orígenes, *Contra Cels.*, lib. V, núm. 59.

(3) No hablamos de la pretendida alteracion de los Evangelios, hecha en el siglo sexto, segun la crónica de Victor, «por orden del cónsul Mesala en el reinado del emperador Anastasio.» Aun cuando este hecho, de que no hablan una palabra los historiadores ni los cronistas contemporáneos, de reputacion muy distinta de la de Victor, tales como Procopio, Evagrio, Cedreno, etc., sin embargo de que se hacen cargo de las impiedades de Anastasio; aun cuando este hecho, decimos, no fuese contradicho, por lo que leemos en Liberato, otro contemporáneo á quien citaremos mas adelante, es evidente que Anastasio no hubiera podido adulterar las copias de los Evangelios diseminadas en los paises no sujetos á su dominacion. Por otra parte, lo que corta toda dificultad, es que los manuscritos griegos anteriores á aquella época y que citan los hechos y el texto evangélicos estan acordes en un todo con los Evangelios tales como los tenemos.

Tampoco hablamos de la objecion que Dumarsais ha querido sacar del prefacio de San Gerónimo, dirigido al papa Dámaso. Aquel santo doctor se queja en él, no de adiciones, ni supresiones en los Evangelios, sino, 1.º de que se hacian demasiadas versiones latinas que, llevando cada cual el sello propio de su autor, presentaban en cuánto á la forma muchas diferencias; 2.º de que ciertos fieles, queriendo hacer una especie de concordancia de los cuatro Evangelios ponian en uno lo que se hallaba en otro sobre el mismo asunto, ó corregian las expresiones del uno por las del otro. ¿Pero qué prueba eso ni contra la pureza del texto griego de los Evangelios, ni contra la unidad esencial de doctrina y de sucesos hasta en los ejemplares menos correctos? (Véanse las *Respuestas críticas*, por Bullet).

ya integridad tiene además á su favor pruebas perentorias.

Si en efecto hubiese habido adiciones, todos los cristianos, pastores y fieles, hubieran sido autores ó cómplices de ellas, y esto es una locura, atendiendo á su innumerable muchedumbre dispersa en el universo, y á su profundo apego á todo cuanto interesaba á su fé: ó bien sería preciso acusar de ello á un corto número, y esto sería una locura mayor, atendiendo al inmenso número de ejemplares esparcidos en el mundo (1), á la lectura semanal que se hacia públicamente de ellos en las asambleas cristianas, y á la lectura frecuente que los pastores y fieles hacian en particular (2), y á las citas que contienen las diferentes obras de la antigüedad cristiana, griega y latina, citas textuales en su mayor parte, y tan numerosas, que si, lo que no es posible suceda, llegaran á desaparecer nuestros Evangelios, podríamos recomponerlos fácilmente reuniendo los textos esparcidos en esas mismas obras.

Por otro lado, el silencio de los herejes de los primeros tiempos que no habrian dejado de alegar esa objecion contra la Iglesia, especialmente cuando la Iglesia la alegaba contra ellos:

La energia con que los doctores católicos reclamaban contra las alteraciones cometidas por ellos, desafiándoles á que presentasen un solo ejemplar antiguo que se asemejase á sus Evangelios adulterados, y obligándoles por ese mismo hecho á confesar la novedad de ellos, y por consiguiente su falsedad (3):

(1) La historia atestigua que en los primeros tiempos del cristianismo una porcion de discipulos que iban á paises extranjeros á evangelizar, se dedicaban á predicar la doctrina de Jesucristo y difundir la escritura de los Santos Evangelios, (Eusebio, *Historia eclesiástica*).

(2) No habia un cristiano de aquellos tiempos que no se procurara copias de los Evangelios: llevábanlas ordinariamente sobre sí, y se ha encontrado á muchos santos personajes enterrados con el Evangelio sobre el pecho (*Costumbres de los cristianos*, por Fleury, núm. 7).

(3) San Ireneo, *Contra herejes*, lib. I, cap. 80.—Tertuliano, *Contra*

La veneracion profunda, constante y universal que protegia á los libros sagrados contra toda adición, supresion ó cambio; veneracion cuyo poder aparece de manifiesto en hechos que la historia nos ha conservado (1):

Por último, la maravillosa conformidad de los manuscritos de todos los paises y de todos los siglos, cuyas diferencias, segun los trabajos increíbles de los enjambres de sábios que han prodigado su tiempo y su talento en compulsarlos y compararlos, son únicamente relativas á puntos de una importancia secundaria, tales como la insercion ó la omision de un artículo ó de una conjuncion, la exactitud mayor ó menor de una construccion gramatical, ó la forma mas bien que la sustancia de las palabras (2):

¿No es esto á la verdad bastante y hasta demasiado

Marcion, lib. IV, cap. 1.º, 4.º.—Origenes, *Contra Cels.*, lib. II, cap. 27.—San Agustín, *Contra Faust.*, lib. IX, cap. 2, 3, 4.

(1) Tertuliano habla de un cura de Asia depuesto del sacerdocio por haber hecho circular un escrito de su invencion á nombre de San Pablo, por una devocion mal entendida hácia aquel apostol (*De baptismo*, cap. XVIII).

El obispo Trifilo fué reprendido delante de todo el pueblo por el obispo de Chipre, San Spiridion, por el cambio de una sola palabra del Evangelio, que reemplazaba no obstante con un sinónimo (Sozom., *Histor. eccl.*, lib. VI, cap. II).

El obispo de Antioquia, San Serapion, advierte por una pastoral á sus diocesanos contra un falso Evangelio atribuido á San Pedro (Eusebio, *Hist. eccl.*, lib. VI, cap. XII).

Teodoreto empleó gran celo en suprimir en su diócesis la coleccion evangélica de Taciano, en donde el autor habia suprimido los pasajes contrarios á su herejía (Teodor., *Hæretic. fabular. compend.*, lib. I, cap. XX).

Con motivo de la publicacion de la version latina de San Gerónimo se suscitó en una iglesia de Africa un gran tumulto por algunas palabras diferentes de las que se tenia costumbre de oír leer (San Agustín, *Epist. LXXI, ad Hyeronym.*, núm. 5).

De Macedonio, obispo de Constantinopla, se creia que fué depuesto de su silla por el emperador Anastasio, por haberle atribuido querer alterar el Nuevo Testamento (Liberat, *Breviarium*, cap. XIX).

• ¿Y quién no sabe que los pastores y los fieles entregaban su vida á los verdugos antes que entregar las Escrituras? (Fleury, *Hist. Eccl.*, lib. VIII, §. 28 y sig.)—*Costumbres de los cristianos*.—D. Ruinart, *Actas de los mártires*, San Felipe de Heráclea, San Hermes, San Severo, etc.)

(2) *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la religion*, por Wiseman.

para poner á nuestros Evangelios á cubierto de toda sospecha razonable de alteracion? ¿Qué otro libro histórico ha tenido nunca en su favor pruebas semejantes? Y lo que no se atrevería nadie á echar en cara á otro libro que está lejos de tenerlas, ¿con qué derecho osaría achacarlo á los Evangelios que las poseen?

Para cerrar esta larga discusion preliminar, quizá sea conveniente hacer al lector una especie de confianza que la reasumirá en breves palabras. Preocupado con la gran cuestion, la cuestion vital debatida de un siglo á esta parte, especialmente entre la fé cristiana y la incredulidad; preocupado, sobre todo, con la cuestion y las consecuencias de la autenticidad del Evangelio (consecuencias, como es sabido, inevitables y temidas), me retiré á la soledad y al silencio de mi cuarto, y tomando aquel libro en la mano, dije para mí: «Si á toda costa quisiera rechazarlo como no escrito por aquellos cuyos nombres lleva, y esforzarme en sostener la causa de los incrédulos, pero conservando siempre una apariencia de justicia y de razon, ¿qué haría? ¿Exigir que ese libro posea todas las pruebas intrínsecas y estrínsecas de autenticidad que reclama la sana critica en toda historia? Para la prueba que me propongo no es bastante.» Y me puse á buscar é imaginar exigencia sobre exigencia, y despues de reflexionar por largo tiempo: «Quiero, me dije, quiero en ese libro pluralidad de historiadores de unos mismos hechos, fechas indicadas, autores nombrados, detalles minuciosos y de toda especie incompatibles con la posterioridad de fecha y de autores; quiero caracteres internos, no solo exclusivos de todo lo que pueda hacer sospechar impostura, sino culminantes, incomparables en cuanto á buena fé y sincera ingenuidad; quiero esa buena fé y esa sinceridad marcadas, demostradas en lo que á primera vista debe parecer contrario; quiero ademas estrínsecamente á ese libro y en favor de su autenticidad, una tradicion oral universal de tiempos y de lugares, una tradi-

cion escrita, paralela, declaraciones análogas, contemporáneas é inmediatamente posteriores, hasta de parte de los enemigos mas instruidos y ardientes del libro y de los autores; quiero en otro cualquiera que no sean los cuatro autores designados, imposibilidad manifiesta de lograr acreditarlo en el seno de la Iglesia cristiana; ¿qué mas?... Quiero que las objeciones mas especiosas despues de desentrañadas se transformen en pruebas; en una palabra, necesito en favor de ese libro un cúmulo de pruebas cuyos caracteres y reunion sean posibles, pero no existan en favor de ningun otro libro histórico, de suerte que este domine á todos los demas por la evidencia de su autenticidad, como los domina por la naturaleza de los hechos que refiere.»

Y despues de haberme impuesto esas leyes, las fui comprobando una por una: rodeéme de todos los documentos que debian entrar en el circulo trazado á mis investigaciones, pasé horas y dias enteros en asegurarme de la exactitud de una cita, ó de la verdad del sentido exacto de un testimonio, ó de una declaracion, ó de un aserto; todo lo examiné, todo lo profundicé, y creí, y creí doblemente, porque creia antes y creia firmemente, y tomé la pluma y escribi mis convicciones, y la razon lógica de mis convicciones: *Crédidi, propter quod locutus sum* (1).

(1) Salmo CXV, I.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON CIERTOS.

En la introduccion de la *Vida de Jesus* conviene el mismo Strauss, en que si la historia evangélica ha sido escrita por testigos oculares ó por hombres cercanos á los acontecimientos y de una probidad incontestable, no puede suscitarse ninguna duda razonable sobre su verdad. Tomemos acta de esa confesion, unámosla al conjunto, á la unidad, á la fuerza incomparable de las pruebas que nos garantizan la autenticidad de los cuatro Evangelios; añadamos la probidad de los autores, probidad que no pone siquiera en duda el filósofo aleman (1), y que no puede disputarse aun cuando solo se consideren los caracteres marcados de buena fé y de sinceridad que se advierten en cada una de sus páginas..... ¿Habrá que proseguir aun? Cuando el mas intrépido campeón de la realidad histórica ha tomado á su cargo sacar la conclusion, no hay mas que cruzar los brazos ante el triunfo de la verdad, bendiciendo á Dios por haberle dado por auxiliares á sus mismos enemigos.

Pero abordemos el asunto sin prevalernos de ninguna concesion.

Vosotros, los que no creéis en los títulos primitivos

(1) *Anales de Filos. crist.*, série III, núm. 66.

del cristianismo, cualesquiera que seais, divorciaos por una hora, por una sola hora del ruido atronador del mundo, haced callar la voz tumultuosa de las pasiones, y con recogimiento verdaderamente filosófico, leed el Evangelio. No resistireis (porque hay una lógica, secreta y poderosa en el corazon), no resistireis á esta conviccion interior. *Este libro no ha sido hecho como los demas libros.* La narracion está encadenada al discurso y el discurso á la narracion, como un miembro está unido á otro en un mismo cuerpo, y á veces la narracion habla tambien como el discurso, y ambos á dos elevan y consuelan, ilustran y fortifican, cautivan y convueven el alma penetrándola de la persuasion mas natural y mas íntima.

Y ese libro, un libro semejante, ¿puede ser fruto del error ú obra de la impostura? ¿Es así como se inventa? ¿Es así como uno se engaña? Póngase la verdad, la verdad pura en un libro, ¿qué mas se podrá pedir? ¿Qué cosa habrá mejor? ¿Será mas grato y mas útil? ¿Hablará otro lenguaje? Ese lenguaje es admirable, enteramente inimitable. Los Evangelistas entran en las menores particularidades características, en las mas minuciosas indicaciones de fechas, lugares, personas y circunstancias diversas en que solo la verdad puede aventurarse resueltamente; es decir, que parece se complacen en prodigar los medios de desenmascarar el error ó la impostura en la suposicion de que no hubieran escrito bajo la sola inspiracion de la verdad conocida y comprobada irrefragablemente. De ningun modo procuran captarse la estimacion ni la confianza del lector, y hasta parece que desconocen la necesidad ni la utilidad de ello, porque refieren sin aclaracion ninguna muchos hechos no esenciales y susceptibles de escitar dificultades en su ánimo, no cuidándose en manera alguna de sus reflexiones, que podrian evitar con el silencio, ó satisfacer con una corta observacion añadida al relato. Hombres admirables, y escritores mas admirables todavia, parece que ninguna pasion les mueve:

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON CIERTOS.

En la introduccion de la *Vida de Jesus* conviene el mismo Strauss, en que si la historia evangélica ha sido escrita por testigos oculares ó por hombres cercanos á los acontecimientos y de una probidad incontestable, no puede suscitarse ninguna duda razonable sobre su verdad. Tomemos acta de esa confesion, unámosla al conjunto, á la unidad, á la fuerza incomparable de las pruebas que nos garantizan la autenticidad de los cuatro Evangelios; añadamos la probidad de los autores, probidad que no pone siquiera en duda el filósofo aleman (1), y que no puede disputarse aun cuando solo se consideren los caracteres marcados de buena fé y de sinceridad que se advierten en cada una de sus páginas..... ¿Habrá que proseguir aun? Cuando el mas intrépido campeón de la realidad histórica ha tomado á su cargo sacar la conclusion, no hay mas que cruzar los brazos ante el triunfo de la verdad, bendiciendo á Dios por haberle dado por auxiliares á sus mismos enemigos.

Pero abordemos el asunto sin prevalernos de ninguna concesion.

Vosotros, los que no creéis en los títulos primitivos

(1) *Anales de Filos. crist.*, série III, núm. 66.

del cristianismo, cualesquiera que seais, divorciaos por una hora, por una sola hora del ruido atronador del mundo, haced callar la voz tumultuosa de las pasiones, y con recogimiento verdaderamente filosófico, leed el Evangelio. No resistireis (porque hay una lógica, secreta y poderosa en el corazon), no resistireis á esta conviccion interior. *Este libro no ha sido hecho como los demas libros.* La narracion está encadenada al discurso y el discurso á la narracion, como un miembro está unido á otro en un mismo cuerpo, y á veces la narracion habla tambien como el discurso, y ambos á dos elevan y consuelan, ilustran y fortifican, cautivan y convueven el alma penetrándola de la persuasion mas natural y mas íntima.

Y ese libro, un libro semejante, ¿puede ser fruto del error ú obra de la impostura? ¿Es así como se inventa? ¿Es así como uno se engaña? Póngase la verdad, la verdad pura en un libro, ¿qué mas se podrá pedir? ¿Qué cosa habrá mejor? ¿Será mas grato y mas útil? ¿Hablará otro lenguaje? Ese lenguaje es admirable, enteramente inimitable. Los Evangelistas entran en las menores particularidades características, en las mas minuciosas indicaciones de fechas, lugares, personas y circunstancias diversas en que solo la verdad puede aventurarse resueltamente; es decir, que parece se complacen en prodigar los medios de desenmascarar el error ó la impostura en la suposicion de que no hubieran escrito bajo la sola inspiracion de la verdad conocida y comprobada irrefragablemente. De ningun modo procuran captarse la estimacion ni la confianza del lector, y hasta parece que desconocen la necesidad ni la utilidad de ello, porque refieren sin aclaracion ninguna muchos hechos no esenciales y susceptibles de escitar dificultades en su ánimo, no cuidándose en manera alguna de sus reflexiones, que podrian evitar con el silencio, ó satisfacer con una corta observacion añadida al relato. Hombres admirables, y escritores mas admirables todavia, parece que ninguna pasion les mueve:

igualmente y en el mismo tono dicen el bien y el mal de sus hermanos, de sí mismos: el bien sin sobrecargarlo, sin color extraño; el mal sin indecision, sin rodeo, sin excusa: sí, la dureza de sus corazones, la torpeza de su inteligencia, la vergüenza de su cobarde abandono, en fin, todo cuanto puede rebajar las proporciones de su carácter. No tratan de engrandecer al héroe de su historia: lejos de eso, refieren minuciosamente y sin comentarios circunstancias ó palabras que á primera vista parecerian aminorar la superioridad de sus obras ó la de su persona. No callan las debilidades humanas que experimenta ni las desfiguran, y mucho menos tratan de explicarlas; sino que las abandonan al juicio del lector: las humillaciones inauditas, los oprobios abrumadores de su pasión, en que todos los títulos de su gloria precedente se hallan como aniquilados, los refieren uno por uno y con pormenores; las reconvenciones insultantes de sus enemigos, las repiten palabra por palabra, pero sin sombra de indignación ó de recriminación, sin añadir siquiera una observación, una palabra para su defensa; y se trata, no obstante, de su maestro, de su maestro querido, del objeto de todo su amor y de todo su cariño. Además, y esto no es evidentemente del hombre, consignan en sus páginas los retos casi lógicos de los escribas y de los sacerdotes judíos: *Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz* (1), y aquí tampoco ni una sola palabra que corrija la primera impresión natural de esa narración, hasta en el lector cristiano: ¡tan esclava es su pluma de la verdad pura! ¡tan fieles y tan escrupulosamente fieles narradores son! ni menos ni más. ¡Oh! no es así como proceden los hombres bajo la sola influencia de su propio juicio, y menos todavía proceden de ese modo los impostores. Dadme todas las biografías del mundo, y especialmente aquellas que son obras de servidores, de amigos adictos íntimamente á una persona, á un héroe: registremos juntos esos millares de

(1) San Mateo XXVII, 40.—San Marcos XV, 32.—San Lucas XXIII, 35.

páginas trazadas por tantos autores de países tan diversos, de tantos caracteres, de tantos genios opuestos, y enseñadme, si podeis, una sola página que sea semejante á la narración evangélica. De consiguiente esa narración no es ficción ni impostura: hay en ella un sello de verdad que bien sé que no se demuestra geoméricamente, pero que se hace sentir y como tocar por todo hombre que conozca al hombre, y que huyendo del mundo, de las preocupaciones y de las pasiones, se retire solo en presencia de Dios, al mundo de las conciencias.

Y esa narración, hecha, como hemos visto, en el capítulo precedente, en la época y en el teatro mismo de los hechos, y tan digna de fé por sí misma, no ha llegado sola á nosotros: la hemos recibido apoyada desde un principio, tan naturalmente como podia serlo, por los historiadores profanos contemporáneos que tuvieron ocasión de hablar del cristianismo (1).

Seguramente nuestros adversarios no tendrán la pretensión de exigir que los historiadores latinos hablen de Jesucristo, judío de nacimiento y de patria, oscuro, constantemente oscuro, aun entre los suyos, exceptuando una undécima parte de su vida, como si hubiese sido romano, como si el oro y la púrpura de la grandeza hubiesen cubierto su cuna, ó como si hubiese difundido los tesoros de su sabiduría y de su poder en la capital del universo, asiento de la fama y dispensadora de la gloria. Naturalmente no debieron ver á Jesús, su vida y sus hechos, sino á través de la vaguedad de los dichos por oídas que desdeña uno examinar, á través de la triple red del orgullo nacional, de la política y de la religión del imperio; de consiguiente, solo debieron hablar de él como de paso, y con expresiones que revelaran preocupaciones de paganos, y de paganos romanos. Y eso es precisamente lo que han hecho. Tácito, en un pasaje en donde solo los ojos de

(1) El judío Philon, por ejemplo, no tuvo una sola ocasión de hablar del cristianismo en sus obras.

la ignorancia pueden desconocer su sello inimitable (1), habla de Cristo, autor de los cristianos, y castigado con el último suplicio, en el reinado de Tiberio, por Poncio Pilatos, gobernador de la Judea: también habla de la propagación del cristianismo, no solo en el país de su nacimiento, sino hasta en Roma, en donde, dice, era inmensa la multitud de cristianos; por último, de las crueldades con que esa superstición perniciosa fué castigada en tiempo de Nerón (2). Suetonio, contemporáneo de Tácito, habla también de Jesucristo, respecto del cual los judíos tuvieron entre sí tan grandes disputas, que el emperador Claudio los expulsó de Roma; y del martirio de los cristianos, especie de hombres, dice, de una superstición nueva y dados á la magia (3). Esto es lo que naturalmente debía salir de la pluma de paganos, y de paganos romanos.

Pero el historiador judío, Flavio Josefo, ha debido naturalmente hablar más de eso.—Indudablemente.—¿Y lo ha hecho?—Sí, si admitis como auténtico el célebre pasaje de sus *Antigüedades judaicas* (4), en que habla de Jesús, de su incomparable sabiduría, de sus numerosos milagros, de sus discípulos, tanto judíos como gentiles, de la envidia de los principales de su nación, que impulsaron á Pilatos á hacerle morir en una cruz, de su resurrección al

(1) Volney en sus *Ruinas*, y Reghellini en su *Exámen del mosaismo y del cristianismo*, declaran apócrifo por su propia autoridad este pasaje de Tácito. Véase la respuesta que M. T. Toussenel dió en el diario francés *El Tiempo* en 1834 á Reghellini, respuesta que contesta igualmente á Volney: «Tácito trata el cristianismo de cosa innoble; pero como al mismo tiempo refiere el suplicio de Jesucristo, el autor declara su frase apócrifa, y sabiendo, á lo que parece, poco latin, no sospecha que ataca una de las frases en que está más enérgicamente impreso el carácter de su estilo. El autor latino coloca el cristianismo entre todas esas religiones que se deslizan en Roma como en un albañal, y añade que el albañal se convierte en templo: *Urben quo cuncta undique atrocitas aut pudenda confluunt celebranturque*. ¿Quién podría decir estas cosas como Tácito?...» (*Anales de filosofía cristiana*, tomo IX).

(2) Tácito, *Anales*, lib. XV, núm. 49.

(3) Suetonio, *Vida de Claudio*, cap. XXV;—*Vida de Nerón*, cap. XVI.

(4) Lib. XVIII, cap. I.

tercer día de su muerte; y también, si no lo admitis como auténtico, porque entonces hay que decir, ó que Josefo escribió otra cosa de lo que leemos en sus *Antigüedades*, ó que ha guardado silencio sobre los hechos evangélicos, y ya os encontrais en un dilema de hierro que no podrá romper vuestra razón. Si Josefo escribió otra cosa de lo que leemos en sus *Antigüedades*, entonces la mano de un hombre ha sido bastante poderosa para coger todos los ejemplares de su historia; todos, hasta aquellos mismos que por necesidad, desde un principio, han debido estar en manos de sus correligionarios, ó en las de otros enemigos del cristianismo; y esa mano los ha adulterado todos á la vez, todos uniformemente, y sin que queden vestigios del fraude.... Y bien; ¿hay bastante inverosimilitud.... ¿qué digo! bastante imposibilidad moral y física, bastante absurdo y ridiculez en esa hipótesis?... Si Josefo guardó silencio, cuando habla exactamente de todas las sectas y de todos los jefes de partido entre los judíos, desde Augusto hasta la destrucción de Jerusalén; cuando en el capítulo 7.º del libro XVIII habla de Juan Bautista, de sus virtudes, de su predicación, de su muerte violenta, y en el capítulo 8.º del libro XX del martirio de Santiago, á quien llama *hermano de Jesús*, nombrado *Cristo* (1) (pasajes evidentemente auténticos), no pudo callar sobre el mismo Jesús, tan notable por sus cualidades, por sus triunfos, y la duración de sus triunfos, sino porque creyese que era verdadero ó falso lo que de él se decía. Si falso, todo le obligaba á hablar de ello para desmentirlo; el orden metódico de su narración,

(1) La palabra *hermano* que emplea Josefo, y que se da igualmente en la historia evangélica, ya á Santiago, ya á otros primos de Jesús, tenía entre los judíos una significación mucho más lata que en nuestro idioma, pues se usaba no solo para designar á los hermanos propiamente dichos, sino á los primos y demás parientes. Así vemos en los capítulos XIII, 9, y XIV, 14 del Génesis llamar á Loth *hermano* de Abraham, aunque solo era sobrino suyo (XI, 31), y en la versión de los Setenta se emplea la palabra *adelfos* para la traducción de esos pasajes, como lo está en el texto griego del Nuevo Testamento para designar á Santiago y á otros primos de Jesucristo.

el honor de sus compatriotas y de sus correligionarios, sobre todo el de los fariseos, á cuya secta pertenecía; el celo por el judaismo, y el deseo tan natural de adular á los emperadores, á cuya vista escribía, y que odiaban y perseguían el cristianismo. Si verdadero, todo le obligaba á callar, todo, excepto la integridad de la historia, que debía ser sacrificada naturalmente al temor de desagradar á su nación, á los romanos, á los emperadores, y con tanto mayor motivo, cuanto que la primera de aquellas causas bastó á Josefo para hacerle suprimir ciertos sucesos; porque no dice una palabra, por ejemplo, del destierro de los judíos, mandado por Claudio, destierro que nos refiere Suetonio, que no tenía, como aquel, un interés nacional por quien mirar. Luego, si la historia evangélica es falsa, el silencio de Josefo es contra lo natural; si cierta, es natural ese silencio. Pero entonces su silencio nos dice tanto como su texto; su silencio equivale á un testimonio formal en favor de aquella historia.

A mas de eso, la historia evangélica ha llegado hasta nosotros con la autoridad irrefragable de una tradicion oral que abraza un espacio inmenso en el mundo, y cuyo eco profundo, continuo hasta el primer siglo, oye todo oído abierto á la voz de lo pasado, como el ojo sigue el curso sesgado y magestuoso de un gran río desde un punto dado hasta su nacimiento. Una sociedad que por sus múltiples raíces y por sus vastas ramas toca en todos los límites del globo, cree hoy en la verdad de esa historia. Remóntese de edad en edad, y se verá que esa sociedad ha creído siempre en ella hasta la cuna del cristianismo. ¿No es una cosa única en el mundo esa posesion oral, histórica de diez y ocho siglos, posesion que no está fundada en el aire, como el islamismo ó las sociedades religiosas de la India, sino que está asentada sobre una base testimonial escrita y auténtica; posesion á cuya legitimidad rinden homenaje las sectas cismáticas y heréticas mas hostiles á esa sociedad; posesion que han proclamado inexpugnable los

hombres mas sábios de todos los siglos, despues de haberla sometido al crisol de un severo exámen (1); posesion atacada con tanta frecuencia, habilidad y ardor, y viva siempre bajo la lima mortífera del ingenio, de la erudicion, del raciocinio, como bajo el hierro de la persecucion? Seguramente, para privar á la Iglesia de una posesion semejante, no basta afirmar que en su origen fué ó pudo ser usurpada, pues con una asercion gratuita ó un puede ser se echaría entonces por tierra la posesion mas legítima; es preciso, para prueba, establecer al menos una duda racional contra ese origen; es preciso demostrar positivamente, si no la realidad, al menos la probabilidad de la usurpacion. Pero ¿y los medios?... Hasta ahora la Iglesia permanece, por el hecho de su posesion, propietaria legítima de la verdad histórica del Evangelio: tiene una excepcion lógicamente inatacable, un escudo donde se embotan todas las lanzas y dardos.

La narracion evangélica, soberanamente creible por sí misma; apoyada, tanto como podia serlo, por la historia profana, y garantizada por una tradicion oral incomparable, ha llegado además á nosotros con el acompañamiento imponente de hechos incontestables que dependen de ella como el rayo del foco, el fruto de la planta. Es un hecho cuya certeza no se ha atrevido á poner en duda el mismo Strauss, que en el primer siglo aparecieron el libro de las *Actas de los Apóstoles* y varias *Epístolas* dirigidas por estos á los cristianos de su época: es un hecho comprobado igualmente, un hecho que salta á la vista, que ese libro y esas epístolas están llenos de pasajes que suponen lógicamente la realidad de la historia evangélica, como el segundo eslabon de una cadena supone un primer eslabon (2); es además cosa averiguada para la ciencia, por

(1) Véanse *La Razon del Cristianismo*, por Genoude.—*Las Grandezas del Catolicismo*, por Augusto Signier.—*La Religion triunfante*, por H. Brelonneau.

(2) En el segundo capítulo de las *Actas*, por ejemplo, vemos á San Pedro

los argumentos perentorios del doctor Tholuck (1), que bastarian esos monumentos inconcusos de la antigüedad cristiana para establecer, independientemente de los cuatro Evangelios, los hechos mas importantes de la historia de Jesús. Pero pregunto á cualquiera hombre de buena fé: ¿no es un motivo poderoso de credibilidad en favor de los Evangelios el tener derecho para decir á los adversarios: «Os sacrificamos por un momento el carácter histórico; pero tomamos el libro de las *Actas* y las *Epístolas*, los abrimos, y en nombre de la historia os presentamos una nueva série de hechos por los cuales reviven ante vuestros ojos los principales hechos de los cuatro Evangelios? Para justificar vuestra negativa de la verdad de esas cuatro historias de autenticidad demostrada y tan evidentemente creíbles, ¿queréis desgarrar con desprecio de todas las leyes de la critica las páginas de una quinta historia y los escritos apostólicos cuyos originales asegura el grave Tertuliano que existian en su época, y hasta eran leídos públicamente en las iglesias á que habian sido dirigidos (2)?»

Otro hecho intimamente relacionado con la verdad de los hechos evangélicos, es la fundacion de numerosas iglesias en países enteramente diversos en el primero y segundo siglo, fundacion de que tenemos la prueba fuera de los Evangelios. ¿Y cómo hubieran podido fundarse esas iglesias sobre el terreno movable de una historia incierta? Acaso con un tejido de hechos que se rompe á cada momento, si se le quita la verdad que es lo único que puede ligarlo y explicarlo todo; con un tejido de hechos presentarse delante del pueblo judío, echarle en cara su deicidio, y tomarlo por testigo de los milagros hechos por Jesucristo.

(1) Véase la refutación de Strauss, por Tholuck, en los *Anales de filosofía cristiana*, série III.

(2) Tertul., *De Prescript.*, XXXVI.—Respecto del libro de las *Actas*, escrito por San Lucas, dice M. Guizot en su traduccion de Gibbon: «Los tiempos antiguos nos han dejado pocas obras cuya autenticidad esté tan bien comprobada como la de las *Actas de los Apóstoles*.»—(*Historia de la decadencia del imp. rom.*)

tados como públicos y notorios y en realidad fabulosos, pueden alistarse bajo la bandera de un patíbulo, prosélitos numerosísimos, segun nos lo afirman Tácito y Plinio el jóven (1)? ¿y en una época de las mas ilustradas? y hombres como Pablo, el centurion Cornelio, el proconsul Sergio, Dionisio, miembro del Areópago, Crispo, jefe de la sinagoga de Corinto, Erasto, tesorero de la ciudad, el elocuente Apolonio de Alejandria (2), Clemente de Ro-

(1) Tac., *Annal.*, lib. XV, cap. XLIV.—Plinio, l. X, carta XCVII á Traj.

(2) *Actas de los apost.*, cap. IX, X, XIII, XVII, XIX, XXII.—Julian el Apóstata confiesa que Cornelio y Sergio no eran unos ignorantes (*San Cirilo*, l. VI).—Celso confiesa tambien, cien años á lo mas despues de la muerte de Jesucristo, que entre los cristianos habia «sábios, hombres graves, moderados, capaces de instruir.» (Orig., *Contra Cels.*, l. I, número 27).—Tambien confiesa la *infinita* multitud de conversiones que se hacian en el siglo segundo (l. II, núm. 45, 46).—Creo deber añadir aquí un pasaje notable de M. Atanasio Coquerel acerca de San Pablo: «Es preciso, dice, considerar á San Pablo todo entero, á San Pablo judío y cristiano; á San Pablo, apóstol y escritor; á San Pablo, perseguidor y mártir; á San Pablo, en el suplicio de Esteban y próximo á su mismo suplicio; á San Pablo, el autor del elogio de la caridad en la *Epístola á los Corintios*, y el riguroso lógico que compara la Ley y el Evangelio en la *Epístola á los Romanos*; á San Pablo, ante el Areópago de Atenas, ante el pueblo de Jerusalem, ante Félix, ante Agripa, y ante Neron; y entonces es cuando se siente uno penetrado de la doctrina y de la veracidad del doctor..... Que un hombre como San Pablo se haya dejado engañar ó haya querido engañar relativamente á la naturaleza de la religion que exportaba del suelo judío al suelo pagano, que un hombre de su genio, el autor de las *Epístolas* que tenemos en el Nuevo Testamento, haya tomado por hechos públicos, y al alcance de un exámen sério, por hechos contemporáneos y positivos, antiguas leyendas restauradas segun las necesidades de la época; ó que un hombre de ese carácter, sacrificándose como se sacrificó, segun lo atestiguan sus cartas, se haya hecho cómplice de una flagrante impostura, juguete ó cómplice, son dos imposibilidades morales en oposicion directa con la naturaleza humana, sin ejemplo en los anales de la humanidad y mil veces mas inverosímiles é increíbles que todo el Evangelio. No; el hombre no es así, y un hombre como San Pablo, no es testigo que pueda recusarse.... Si el Evangelio es una compilacion de leyendas populares, no se concibe á San Pablo, ni como un entusiasta engañado (pues tenia demasiada penetracion y saber), ni como un impostor que engaña (pues tenia demasiada celo y demasiadas virtudes). En una palabra, que se nos explique á San Pablo con un cristianismo fabuloso, ó un cristianismo fabuloso con San Pablo. No es posible una cosa ni otra. ¿Qué queda, pues? Queda la certeza de que sus Epístolas son un vivo testimonio de la verdad de los

ma, Policarpo, Ignacio de Antioquia, Hermas, Cuadrato, Meliton, Ireneo, Teófilo de Antioquia, Apolinario de Hierápolis, Dionisio de Corinto? y filósofos afamados como Aristides, Justino, Atenágoras, Pantheno, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Taciano; sobre todo cuando al sacrificio de opiniones halagüeñas mamadas con la leche, al sacrificio de hábitos muy gratos hay que añadir el peligro grave, inminente de perder el sosiego, los bienes y hasta la vida? Mucho había que mirarse ciertamente para declararse en favor de hechos, cuya creencia conducía al despojo, á la prision, á las cadenas, y hacia encender hogueras y levantar hachas sobre las cabezas. Y con una fábula lastimosamente fraguada bajo el punto de vista puramente humano, en la que en el mismo héroe parece borrada la grandeza divina por la debilidad de nuestra naturaleza, el poder divino por la impotencia aparente, la gloria divina por el oprobio y el escarnio, la divina sabiduría por el silencio casi de la confusion: con una fábula semejante, repito, ¿pueden conquistarse innumerables adoradores á un judío desconocido, á un judío despreciado por su nacion ya de por sí tan despreciada, á un judío arrastrado por los suyos á un suplicio infamante? Y eso sin ninguna influencia humana exterior, sin poner en juego el móvil del interés, quedando cada cual en su puesto, el amo amo, y el esclavo esclavo. ¿Qué digo? exigiendo mas bien el sacrificio de todas las preocupaciones y de todas las pasiones?... ¡Oh! lo que sí es evidente que la publicacion de la historia evangélica, cuando tan importante y tan fácil era informarse de su verdad, debia infaliblemente, caso de ser falsa, destruir, matar el cristianismo. Esa publicacion le hizo fortificarse y estenderse: de consiguiente, ó el contra produce el pro, la muerte engendra la vida, ó el Evangelio es histórico, literalmente histórico.

Evangelios.» (Contestacion al libro de Strauss, por Atanasio Coquerel; *Anales de filosofia cristiana*, III série, núm. 70).

Un tercer hecho incontestable y no contestado, que yo sepa, es la revolucion extraordinaria operada en los ánimos y en los corazones desde que principió á difundirse el Evangelio. Antes la masa de los pueblos, como un inmenso rebaño inclinado á la materia, buscaba con avidéz en el campo de los errores mas monstruosos y de la corrupcion mas degradante, un pasto que hacia del hombre, esta noble inteligencia servida por órganos, el torpe siervo del organismo. Despues las ideas y las costumbres mejoraron en todo y por todo. Semejante cambio efectuado sin la verdad de la historia evangélica, es un fenómeno sin causa; ¿y es esto posible? Si en efecto el Evangelio no es histórico, rigurosamente histórico, es ilusion ó mentira y nada mas, porque todas sus partes se enlazan mutuamente: los dogmas, la moral, los hechos, son ocasion, ó razon, ó sancion unos de otros, de suerte que la doctrina sin los hechos, ó los hechos sin la doctrina, no dejan en manos del que desune el tejido mas que una cadena sin trama, ó una trama sin cadena. Soñado, pues, el Evangelio, vinieron con esa novela en la mano y dijeron á la sociedad pagana, sumida como un cadáver en una sima de absurdos y crímenes: «Despiértate» y al punto prestó el oido: «derriba tus altares, destruye tus fiestas voluptuosas, suprime tus cánticos lascivos; arranca de tu alma las creencias que mas halagan á tus pasiones, conculca á tus pies las tradiciones inmemoriales de tus padres, reforma tus opiniones y tus prácticas, destierra tus preocupaciones sobre Dios y sobre su naturaleza, sobre el hombre y sobre su pasado, su presente y su porvenir; sé filósofa con una elevacion, una profundidad, una estension, una pureza y una firmeza de doctrinas superiores á las de todos los sábios que has producido hasta aquí;» y súbitamente obedeció como la nada en la aurora del tiempo, obedeció á la voz del Criador. Dijeron á los voluptuosos: «Sed castos, pasad súbitamente de la molicie y de la disolucion mas desenfrenadas, á las costumbres mas severas y á las prácticas

de la penitencia: • dijeron á los orgullosos: «sed humildes:» á los avaros: «sed generosos:» á los coléricos: «sed dulces y pacientes:» á los vengativos: «sed indulgentes y pacíficos:» á los enemigos: «abrazaos:» y de repente en el seno de esa muchedumbre de todas tribus, de todos idiomas, corrompida con los desórdenes de todo género y carácter, se vió florecer la castidad, la humildad, la liberalidad, la dulzura, la longanimidad, la misericordia, la caridad mas heróica, como una rica y abundante cosecha (1). ¿Y ese progreso tan pronto y tan prodigioso, se hizo en nombre y por la virtud omnipotente de una ilusion ó de una mentira, de la ilusion mas impia ó de la mentira mas sacrilega? Créalo quien pueda. Si: si asi es, y si la conviccion de esa imposibilidad me engaña, no me queda mas que desesperar de mi razon y precipitarme en el suicidio de la inteligencia; porque ¿qué otra verdad del órden moral podré estar seguro nunca de poseer, si esta, que, por decirlo así, estrecho entre mis manos, no es mas que un vano fantasma que me engaña?

De consiguiente los hechos evangélicos son hechos históricos, racionalmente históricos, por la sola demostracion de la autenticidad de los cuatro Evangelios; históricos por el carácter incomparable de verdad que los distingue; históricos por el apoyo que encuentran en la historia profana contemporánea; históricos por una posesion oral invencible; históricos por su trabazon lógica con otros hechos incontestables que proceden de ellos como el arroyo del manantial; históricos, en fin, por un testimonio que ofrece todas las garantías de certeza.

Al llegar aquí me pondré gustoso en presencia de todos los impugnadores de la historia evangélica como ante un inmenso jurado, y reclamando solo un poco de atencion y sinceridad;

Esta historia, les diré, no es en realidad en cuanto á los hechos que sirven de base á la divinidad del cristianis-

(1) Véase el capítulo IX siguiente.

mo mas que la declaracion escrita de una multitud de testigos oculares, de los cuales designa nominalmente los principales; testigos en cuyo número se cuentan dos de los cuatro Evangelistas, San Mateo y San Juan; testigos que por necesidad han leído una y otra vez ese acta auténtica de su deposicion, y que lejos de reclamar en contra suya, se han adherido á ella positiva y solemnemente, segun sabemos por las *Actas*, por las *Epistolas*, por los documentos unánimes de la antigüedad y tambien por el silencio de los herejes y de los filósofos paganos de los primeros siglos que siempre han supuesto esa adhesion incontestable. Ahora bien, voy á hacer comparecer á esos testigos delante de vosotros y hacéroslos apreciar judicialmente: es preciso, y teneis derecho á exigirlo, que no se hayan engañado; es preciso que no hayan engañado: recordad que sois jueces: sed severos, pero imparciales.

Notad ante todo que si los testigos evangélicos han sido juguete de una ilusion, no han sido culpables de impostura, y que si han sido culpables de impostura no han sido juguete de ninguna ilusion: ¿cómo habrian engañado voluntariamente si hubiesen procedido de buena fé y cómo habrian procedido de buena fé si hubiesen engañado voluntariamente? Os es preciso, pues, al juzgar su testimonio, optar entre esas dos hipótesis. Si os atrincheráis en la primera y logro desalojaros de esa posicion por el raciocinio, no podeis refugiarnos en la segunda, y viceversa. Mas todavia, pues por efecto de eso mismo os hallais divididos en dos partidos diametralmente opuestos, de los que uno de ellos tendrá que estar por necesidad en mi favor contra el otro. Es situacion singular en un debate el tener siempre uno en su favor á una gran porcion de sus adversarios; pero aquí la situacion es efectiva, es lógica.

A vosotros primero, partidarios de la hipótesis de la ilusion. Nuestros testigos han visto y han visto con atencion, con reflexion (1), porque lo que veian era tan im-

(1) El apóstol San Juan se expresa sobre el particular de una manera no-

portante como público y un objeto además de investigación y de discusión (1); han visto á su placer y han visto por espacio de tres años: eran doce, eran setenta y dos, y no hablo de los cuatro ni de los cinco mil que vieron en dos ocasiones solemnes, ni de los demás en globo que vieron también, pero á quienes el Evangelio no designa en número determinado. ¿Creeis que tres años sea tiempo suficiente para ver?... ¿Doce testigos son un número igual al peso de vuestra exigencia en la balanza de vuestra justicia?..... ¡Oh! si solo dos ó tres hombres por espacio de tres años hubiesen creído ver lo que no veían, en un asunto público importante, palpable, ¿cómo llamaríais á eso? ¿Ilusión extraña, inexplicable? ¿No dirais que era un absurdo, que era imposible? Y que sería pretender colocar á doce, á setenta y dos testigos en esa hipótesis? Sería sustituir el delirio sistemático al buen sentido; sería aniquilar toda analogía, toda esperiencia, toda noción de la naturaleza humana, todo juicio, toda razón. Luego en los testigos evangélicos hay imposibilidad reconocida de ilusión.

Sin embargo, eran ignorantes, y por lo tanto crédulos. —¿Es eso decir que bajo ese título los declarais recusables? No es proceder con legalidad: si eran ignorantes, no eran idiotas. Tampoco es proceder con filosofía: si eran ignorantes, no eran ciegos, no eran sordos, no eran paralíticos: tenían ojos, manos, oídos, y eso, con una inteligencia, por vulgar que sea, es bastante para comprobar la realidad de los hechos; y ya lo hemos dicho en el capítulo III, de la realidad de los hechos, y no de su naturaleza, es de lo que se trata en su testimonio. Y si á tal punto llega que queráis alegar su ignorancia para tacharlos de una credulidad desmentida en realidad por la historia de la resurrección de Jesucristo (2), os

table: Hemos visto, dice, con nuestros propios ojos; hemos examinado con atención; hemos tocado con nuestras manos (I, San Juan, cap. I, v. I).

(1) San Juan, IX-VII.

(2) San Marcos, XVI, 11, 13.—San Lucas, XXIV, 41.—San Mateo, XXVIII, 17.—San Juan, XX, 25.

preguntaré ¿cómo esos ignorantes se hicieron de repente tan sabios, tan prudentes, tan hábiles, tan elevados, tan profundos; cómo recopilaron con tal perfección y transmitieron y explicaron de un modo tan admirable la sublime doctrina del Señor? Luego en los testigos evangélicos hay imposibilidad reconocida de ilusión.

Ahora á vosotros, partidarios de la hipótesis de la impostura. Luchad primero con los de la anterior, porque, como habeis visto, son nuestra vanguardia obligada. Después de ellos, y á falta suya, estamos aquí nosotros dispuestos á hacer frente. ¿Cómo juzgais de la veracidad de los testigos en los asuntos humanos de mayor importancia? Por su carácter moral, por su conducta pública y privada. Pues bien; someted á los testigos evangélicos á las pruebas más rígidas, y su veracidad saldrá de ellas más y más acrisolada. ¿Qué anuncian en sus discursos, en sus escritos, en sus actos? Ser hombres de una prudencia, de una sabiduría, de una moderación, de una paciencia, de una modestia que imponen la estimación y el respeto; hombres de una virtud, de una pureza de costumbres, de una santidad de vida tales que no temen ser examinadas á la luz del día. Profesan horror á la falta más leve, y arrostran las cadenas y suplicios antes que, no diré hacer traición, sino callar ó disfrazar la verdad. Comparadlos con los más sabios, los más honrados, los más justamente venerados que florecieron antes que ellos sobre la tierra. ¡Cuán pequeños son á su lado los más virtuosos del paganismo! ¡Qué estrecha, mezquina y miserable es al lado de la suya la sabiduría de Roma y de Atenas! De una parte, qué precisión, qué sublime sencillez, qué admirable pureza, qué armonía de principios y de conducta! de la otra, ¡qué vacío, qué indecisión, qué mezcla de error y de verdad, qué diversidad, qué incoherencia, qué contradicciones, qué desacuerdo entre la teoría y la práctica! Habrá que citar á Salustio criticando el vicio, cuando su conciencia preñada de desenfrenos hubiera debido rom-

per su pluma en su mano? ¿a Séneca, el austero sectario del Pórtico, dejándose henchar de oro y plata, ó pegando á los pies del liberto Polibio, para librarse de la pena del destierro, aquellos mismos labios que filosofaban con tanto énfasis sobre la impasible fuerza de alma? ¿a Sócrates trasluciendo mucha vanidad en los agujeros del manto de Anístenes, y ostentando él mismo todo el lujo del orgullo en sus respuestas delante del Areópago?... En los testigos evangélicos. ¿qué celo tan ardiente, pero ilustrado, por la gloria de Dios! ¿Qué amor tan tierno, tan compasivo, tan generoso por los hombres, por todos los hombres, hasta por sus enemigos! ¿En qué emplearon su celo, á qué consagraron su vida desde el principio de su mision? En ilustrar á sus semejantes y hacerlos mejores, dándoles á la vez los mejores preceptos y el mas bello ejemplo: siempre probos, siempre virtuosos, siempre dignos de veneracion, en todas las posiciones, en todas las diferentes circunstancias de la vida mas agitada, en los países mas diversos, á los ojos de hombres atentos siempre á estudiarlos para sorprenderlos si llegaban á desmentirse en sus palabras ó en sus acciones; de hombres solícitos por descubrir en ellos alguna sombra de pretexto, al menos para una acusacion cualquiera. ¡Ay! si en un tribunal humano se exigiesen, para vindicar á la sociedad de los culpables que la trastornan con sus crímenes, testigos cuya probidad estuviese marcada con caracteres, no diré semejantes, sino aproximados, ¿cuántos testigos no serian recusados!.... Y sin embargo los admitis, por muy lejos que esten en este punto de los testigos evangélicos, y no titubeais, en virtud de sus declaraciones, en aplicar todo el rigor de las leyes á vuestros conciudadanos. ¿Cómo, sin una contradiccion manifiesta, sin una notoria injusticia, podeis dejar de admitir la declaracion de nuestros testigos, cuando su moralidad es mil veces superior á la que os basta para dejar caer sobre la cabeza de un

hombre el hacha del verdugo, y para imprimir en la frente de las familias una mancha que no bastan á borrar muchas generaciones?

Recordad que teneis derecho á exigir de nuestros testigos garantías contra la ilusion y la impostura, tales como puede pedir las un jurado ilustrado y concienzudo; pero no mas. Pues bien; ya habeis visto que las que se os han presentado satisfacen, hasta con exceso, á lo que se os debe bajo ese doble concepto. De consiguiente, podria detenerme aqui y deciros: Testigos evangélicos exentos de ilusion; testigos evangélicos exentos de impostura: deducid ahora la consecuencia, y con la mano sobre la conciencia, ante Dios y ante los hombres, pronunciad abiertamente este veredicto solemne: Si; los hechos evangélicos son ciertos: si; los títulos primitivos del cristianismo son incontestables.

Pero todavía quiero ir mas lejos, y esto es aplicable así á los cuatro evangelistas como á los testigos principales que invoca su historia. ¿Ante qué jurado se ha exigido nunca que los mismos enemigos de los testigos se vean precisados á rendir homenaje á su probidad? ¿que los testigos sacrifiquen á la verdad de su deposicion las afecciones mas queridas, y hasta la vida misma? ¿que, por último, la verdad de su deposicion sea confirmada por las declaraciones de los hombres mas interesados en oscurecerla, en contradecirla? A tanta costa no seria posible ningun juicio humano. Y sin embargo, consiento en que existais esas tres condiciones de los testigos evangélicos. Pero confesad tambien, cuando yo os haya presentado y comprobado esas tres condiciones, que tendreis que proclamar conmigo que la verdad de los hechos del Evangelio es tan clara como la luz, y que negarla es negar la misma luz.

Los testigos evangélicos, durante su vida, no carecieron de enemigos, y enemigos encarnizados, así en su patria como lejos de su suelo natal: judíos, paganos, herejes del primer siglo, todos los persiguieron, cada cual

según su categoría y posición; se ensañaron contra su persona, cargándolos de cadenas y aprisionándolos en los calabozos; contra su doctrina, tratándola de error, de superstición, de blasfemia; pero nunca contra su moralidad (1): pudieron vilipendiar su ministerio de apóstoles, pero jamás encontrar la menor falta en su conducta como hombres ó como ciudadanos; pudieron llenarlos de dictados injuriosos, despreciativos, pero no hay articulado un solo hecho por los contemporáneos contra sus actos, sus relaciones, sea con sus amigos ó con sus enemigos, ni contra su probidad. Tácito se contenta con llamar á los cristianos *hombres infames*, acusación despreciable y cómoda, inculpación gratuita que destruye él mismo refiriendo que fueron convencidos en Roma por los méritos de su proceso.... ¿de qué?... ¿de impostura, de deslealtad, de truhanería, de injusticia, de un delito cualquiera?... No, sino solo de *odio al género humano* (2). Plinio el joven, por otra parte, en su famosa carta á Trajano, atestigua oficialmente á dicho emperador que los paganos convertidos al cristianismo, con arreglo á las aseveraciones hechas por los apóstatas mismos, *se comprometían por juramento, no á cometer crimen ninguno, sino á no cometer robo ni adulterio, á no fallar á sus promesas, á no negar un depósito; que, habiendo querido él mismo arrancar la verdad por la fuerza de los tormentos á jóvenes esclavas cristianas, no había descubierto más que una mala superstición llevada al exceso*. Ahora bien: por los discípulos se conocen los maestros, y los maestros habían sido aquí los testigos evangélicos. Todo lo que se les ha podido echar en cara, todo lo que de hecho se les ha imputado, es su fé y la propagación de su fé. Y si otra cosa hubiera sido, Celso, el filósofo Celso, en el segundo siglo, en vez de perder el tiempo en arrojarles al rostro injurias por argumentos, en vez de recurrir á acu-

(1) Véase el libro de las *Actas de los Apóstoles*, las *Epístolas*, y el tomo I de la *Hist. Eccl.* de Fleury.

(2) Tácit., *Anales*, l. XV, cap. 34.

saciones vagas y puramente nominales sin designación alguna ni sombra siquiera de prueba, no habría dejado de apoyarse en las acusaciones precisas, circunstanciadas, que sus predecesores, en su odio al cristianismo, hubieran formulado infaliblemente contra ellos, si hubiesen podido. Pues para obligar á semejante silencio á enemigos ardientes y numerosos, ¡qué virtud tan elevada, sólida y nunca desmentida no habrá sido necesaria en nuestros testigos! Véase, pues, realizada la primera condición.

En cuanto á la segunda, es notoria. Todo lo abandonaron, todo lo sacrificaron: vínculos de país, vínculos de sangre, lazos de amistad, lazos de preocupaciones, lazos de primera educación, lazos de religión, lazos de amor propio, lazos de tranquilidad y de todo bienestar: se entregaron al desprecio y al odio de los judíos, al desprecio y al odio de los paganos; se consagraron á sufrirlo todo, hasta la muerte, por su predicación: sobre esto nunca ha habido la menor duda, y en caso necesario hallaríamos la prueba histórica de ello en sus discípulos, en sus sepulcros, en el libro de las *Actas* (1), en Josefo (2), en Hegesippo (3), en San Clemente de Roma (4), en San Policarpo (5), en Tertuliano (6), en Clemente de Alejandría (7), y en una tradición inmemorial y universal. ¿Pero qué título se daban en sus predicaciones? el de *testigos*. Jesús les había dicho: «Sereis mis testigos hasta los confines de la tierra (8);» y ellos repetían á sus oyentes: «Somos, todos, los testigos de Jesús (9).» ¿Y qué predicaban? hechos, y siempre hechos: «Os anunciamos lo que hemos visto, lo que hemos oído (10).» He-

(1) *Actas de los Apóstoles*, XII, 2.

(2) *Guerras de los judíos*, l. XX, cap. 8.

(3) Eusebio, *Historia eccl.*, lib. VI, cap. 22.

(4) *Carta primera*, núm. 6.

(5) *Carta á los filip.*

(6) *Prescript.*, cap. 36.

(7) *Strom.*, l. IV, cap. 5.

(8) *Actas de los Apóstoles*, cap. 1, v. 8.

(9) *Id.*, cap. 2, vers. 32.

(10) San Juan, cap. 1, 3.

chos en punto á dogma: «Hemos visto encarnado al Hijo de Dios, le hemos visto obrar millares de milagros; le hemos visto padecer y morir; le hemos visto resucitado; le hemos visto subir á los cielos: *quod vidimus.*» Hechos en la moral: «le hemos oído decir: Amaos unos á otros como yo os he amado (1); amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen (2); el que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí (3); formaos un tesoro en el cielo; buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia (4);» y luego: *quod audivimus.* Y esos hechos los atestiguan sin cesar, y en todas partes: en las cadenas, en presencia de los jueces, delante de los suplicios, de la cuchilla, de las cruces: los atestiguan en voz alta. Segunda condicion realizada del mismo modo que la primera.

Finalmente, nuestros testigos tienen á favor de su deposicion las confesiones de aquellos mismos que tenían en contradecirla el mayor interés. Autores paganos de los primeros siglos combatieron con violencia, en escritos cuya autenticidad nadie pone en duda, los hechos evangélicos: eran hombres hábiles, filósofos afamados, un Celso, un Porfirio, un Juliano (5). Sin duda que no les haréis el agravio de suponer que para batir en brecha á la nueva religion se condujeron de la manera mas torpe, mas necia, y que pudiendo acabar con el cristianismo de un solo golpe, descuidaron un arma decisiva que tenían á la mano para explayarse en ataques vanos, pueriles y hasta ridículos. Pues bien; esos vigorosos y diestros antagonistas ¿se dedicaron á echar por tierra el testimonio de los evangelistas, de los apóstoles y de los demás discipulos? De ningun modo; y sin embargo, ese era un golpe asestado directamente al corazon del cristianismo; en eso estribaba

(1) San Juan, XV, 12.

(2) San Mateo, V, 44.

(3) Id., X, 37.

(4) Id., VI, 20, 23.

(5) Véase *Tratado de la Religion*, por Bergier, t. VIII y X.—*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

toda la cuestion; y para ellos era fácil, puesto que, habiendo tenido desde un principio los hechos, objeto de aquel testimonio, enemigos violentos, habian debido ser examinados y discutidos, y además el filósofo Celso, que en su juventud pudo ver á contemporáneos de Jesucristo, *habia examinado todos los documentos del proceso* (1). Pero como si caminasen sobre ascuas al ensañarse contra los hechos evangélicos, no se esforzaron en llevar la discusion al terreno de su realidad, sino al de su naturaleza y origen. «Estos hechos son divinos» (habian dicho los primeros predicadores del cristianismo, y habian dicho la verdad, como se verá en el capítulo siguiente): «No, respondian aquellos grandes filósofos; eso es magia, nigromancia; son fascinaciones, juegos de destreza;» y esquivaban la cuestion capital de la realidad de los hechos, hurlándose y mezclando la injuria despreciativa al sarcasmo. ¿Por qué empleaban esa táctica? Evidentemente, porque no tenían otra mejor que seguir; porque antes que ellos, los enemigos contemporáneos de aquellos hechos no habian podido decir cosa mejor, sin lo cual no habrian dejado de repetirlo ellos mismos; porque negar la realidad de aquellos hechos era estrellarse contra el muro de bronce de la notoriedad histórica. De consiguiente, por confesion suya propia, los hechos evangélicos permanecen ciertos; el testimonio de los apóstoles y de los demás discipulos permanece verdadero. ¿Y cómo se nos puede venir diciendo ahora, despues de mil y ochocientos años: *son culpables de impostura*, cuando enemigos tan ilustrados y ardientes han dicho en equivalencia: *no son culpables de tal cosa* (2)?

(1) El mismo lo dice (*Origenes contra Cels.*, lib. I), y se ve claramente al leer sus objeciones, que nos ha conservado Origenes, como San Cirilo de Alejandría nos conserva las de Juliano; al paso que los enemigos de la Iglesia que han vivido siempre paralelamente á ella han dejado perecer en sus manos los escritos de aquellos filósofos. ¡Tan cierto es que la Iglesia jamás ha temido la luz de la discusion!...

(2) Quizá se objetará que algunos padres de la Iglesia han hecho confesiones análogas relativamente á los prodigios del paganismo, que no tienen por eso mas valor. Pero basta abrir los ojos para notar al punto la diferencia.

A las confesiones de los filósofos paganos se juntan las de los mismos judíos, tan bien colocados para conocer la impostura y tan bien dispuestos para manifestarla. Entonces se estaba muy cerca de la época, de los sitios, de las personas, para atreverse como Dupuis en el siglo último, á recurrir al simbolismo astral, ó como ha hecho Strauss en el nuestro, al mytismo contra la verdad de los Evangelios; es decir, soñar con los ojos abiertos y en pleno día, y querer sustituir vanos sueños á la realidad histórica. ¿Qué hicieron, pues, los judíos antiguos? Reconocer, como los paganos, la realidad de los sucesos, y atribuirlos á la magia ó á la pronunciación del nombre inefable de Dios (1). Y como si no fuese bastante lo absurdo de semejante espediente, la imaginación rábina ha unido eso á una

Las confesiones de los filósofos paganos se refieren á pruebas históricas, incontestables, de los hechos milagrosos del Evangelio, y son una consecuencia necesaria de ellas, al paso que las de los padres de la Iglesia no van unidas con ninguna prueba admisible de la realidad de los prodigios del paganismo. De consiguiente, las confesiones de los filósofos tienen una trascendencia lógica, inmensa, como hemos dicho mas arriba. Las confesiones de los padres no tienen por el contrario ningun valor lógico en favor de los prodigios paganos. Porque, sin entrar de modo alguno en la discusión de la realidad de esos prodigios, daban un golpe pronto y seguro, un golpe mortal al paganismo, oponiéndoles los hechos del cristianismo que lo aniquilaban, y arrojándoles á la cara este desafío de Tertuliano: «Llamad á un cristiano ante vuestros tribunales, y llamad tambien á un agente de la virgen *Celestis*, diosa de la lluvia, ó de *Esculapio*, inventor de la medicina. Si *Celestis* y *Esculapio*, no atreviéndose á mentir á aquel cristiano, no confiesan que son demonios, derramad sobre el sitio mismo la sangre de aquel cristiano temerario. ¿Qué cosa hay mas clara que un testimonio semejante, ni mas segura que semejante prueba? Si vuestros dioses son verdaderos dioses, ¿por qué se acusan falsamente de no ser mas que demonios? ¿Es por deferencia á nosotros? Entonces los cristianos son los amos de vuestros dioses. ¿Y qué dioses son esos que se ven obligados á obedecer á hombres, y lo que es mas humillante todavía, á sus propios enemigos? *Jam ergo subjecta christianis divinitas vestra est; nec divinitas deputanda est, quæ subdita est homini, et, si quid ad dedecus facit, æmulis suis.*» (Apolog., núm. XXIII).

(1) Esta confesión está consignada en el *Talmud* de Jerusalem, compuesto hácia el año 180 de nuestra era, y está repetida en el *Talmud* de Babilonia compuesto á fines del quinto siglo.—Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

fábula en que rebosa la ridiculez por todas partes, á un cuento necio y mal zurcido, lleno de anacronismos monstruosos, y en el que sin embargo, (¡cosa notable!) el autor ó los autores confiesan que Jesus hizo milagros, *que curó súbitamente á leprosos; á un tullido que nunca habia hecho uso de sus piernas; que se paseó sobre el mar; que resucitó á dos cadáveres, uno de los cuales estaba ya en completa descomposición* (1).... Y hé aquí cumplida la tercera condición que viene á dar la última mano á la demostración histórica de los títulos primitivos del cristianismo. Reasumamos, pues.

Títulos primitivos del cristianismo, títulos de hechos; hechos primitivos del cristianismo, historia en el sentido filosófico, absoluto de la expresión; historia auténtica ó no la ha habido jamás que sea tal; historia escrita y publicada en vida suya por dos testigos oculares y dos contemporáneos, todos cuatro de una probidad reconocida, y por lo tanto historia cierta; historia marcada además con el sello de la verdad, impregnada en cada línea de una buena fé y de una virtud secreta que hacen de ella un libro único entre todos; historia apoyada en cuanto lo permitian las preocupaciones y las circunstancias, por la historia judía y romana de la época; historia poseída oralmente y desde el origen de los hechos por una sociedad inmensa combatida siempre á causa de esa misma posesión, y siempre victoriosa; historia enlazada inseparablemente, como el principio á la consecuencia, con otros hechos incontestables, varios de ellos subsistentes aun; de consiguiente historia oral, escrita, monumental; historia que vive en un hecho confesado por todos, el cambio beneficioso de los espíritus y de los corazones á contar desde los primeros siglos; historia garantizada por un testimonio que ni se habia visto igual ni se ha vuelto á ver jamás bajo el sol; testigos de esa historia, que no han podido engañarse ni engañarnos, testigos que nos presentan caracteres de ve-

(1) Véase la obra citada en la nota precedente.

racidad tan palpables que no pueden imaginarse otros, no diré mas seguros, pero ni aun semejantes para ningun hecho en el mundo; testigos que reunen en su favor tres condiciones imposibles de realizar en ningun otro testimonio humano; de consiguiente historia verdadera, evidentemente verdadera, así en sus partes como en su conjunto. Nuestras pruebas militan, en efecto, tanto á favor de las partes como del conjunto, de tal suerte que la precision lógica de admitir lo uno, arrastra la de admitir lo otro necesariamente. Bien conocia eso Dupuis, de memoria no sospechosa, cuando escribia: «que admitir el testimonio de los libros de los Evangelistas como prueba de la existencia de Jesucristo, era comprometerse á creerlo todo; porque si son verdaderos, añade, cuando nos dicen que vivió entre ellos, ¿qué razon tendríamos para no creer que vivió como ellos refieren (1)?»

Vosotros, pues, á quienes funestas preocupaciones hacian tal vez pensar que el cristianismo no podria sostener la mirada escrutadora de la ciencia, que no podria resistir al crisol devorador de una discusion severa sobre sus títulos primitivos, ya lo habeis visto; hemos agotado cuanto la crítica mas rigurosa puede exigir; hemos hecho mas todavía, pues hemos llegado á límites á que ninguna otra discusion de certeza histórica podria seguirnos. ¿Combatir lo que acaba de quedar establecido? No puede ser. ¿Retroceder ante la verdad triunfante? ¡Oh! no: antes bien debe uno decir en alta voz: ¡Gloria á Dios! y rendirse á la poderosa realidad de los hechos. No hay, en verdad, cobardía, humillacion ni debilidad en sufrir la ley de la razon que demuestra el fundamento histórico de la verdad cristiana: esto es rendir las armas ante la verdad; rendir las armas ante la verdad es doblar la cerviz ante Dios, que es la primera fuente de ella; y doblar la cerviz ante Dios es deber, gloria, felicidad.

(1) Dupuis, *Origen de los cultos*.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON DIVINOS:
CONSECUENCIAS DECISIVAS.

¿Qué puede exigir la razon humana para declarar con esa seguridad que excluye toda duda que los hechos evangélicos son obra del poder divino?... Por mas que se mire y se examine el objeto de esta cuestion, se verá uno arrasado, que quiera ó que no, por la fuerza de la evidencia á sentar como principio incontestable que es preciso, pero que basta, que estos hechos sean reconocidos por ella como contrarios á las leyes naturales, constantes, invariables que rigen el órden físico de este mundo desde su origen. Esas leyes, Dios las ha establecido, pues solo él podia hacerlo: único creador, solo él podia imprimir un movimiento uniforme de obediencia ciega á su obra. Pero en lo que Dios solo ha hecho, en lo que solo él pudo hacer, él solo puede derogar, porque, legislador supremo, solo él ha sido dueño de determinar en esas leyes, al establecerlas, las derogaciones que preveía necesarias ó útiles para el cumplimiento de sus designios, para la manifestacion de su poder, de su sabiduria, de su ciencia, de su amor en el transcurso de los tiempos. Si se demuestra, pues, que los hechos evangélicos son derogaciones formales de las leyes constantes de la naturaleza, quedará demostrado por eso mismo que esos hechos no son ni deí

racidad tan palpables que no pueden imaginarse otros, no diré mas seguros, pero ni aun semejantes para ningun hecho en el mundo; testigos que reunen en su favor tres condiciones imposibles de realizar en ningun otro testimonio humano; de consiguiente historia verdadera, evidentemente verdadera, así en sus partes como en su conjunto. Nuestras pruebas militan, en efecto, tanto á favor de las partes como del conjunto, de tal suerte que la precision lógica de admitir lo uno, arrastra la de admitir lo otro necesariamente. Bien conocia eso Dupuis, de memoria no sospechosa, cuando escribia: «que admitir el testimonio de los libros de los Evangelistas como prueba de la existencia de Jesucristo, era comprometerse á creerlo todo; porque si son verdaderos, añade, cuando nos dicen que vivió entre ellos, ¿qué razon tendríamos para no creer que vivió como ellos refieren (1)?»

Vosotros, pues, á quienes funestas preocupaciones hacian tal vez pensar que el cristianismo no podria sostener la mirada escrutadora de la ciencia, que no podria resistir al crisol devorador de una discusion severa sobre sus títulos primitivos, ya lo habeis visto; hemos agotado cuanto la crítica mas rigurosa puede exigir; hemos hecho mas todavía, pues hemos llegado á límites á que ninguna otra discusion de certeza histórica podria seguirnos. ¿Combatir lo que acaba de quedar establecido? No puede ser. ¿Retroceder ante la verdad triunfante? ¡Oh! no: antes bien debe uno decir en alta voz: ¡Gloria á Dios! y rendirse á la poderosa realidad de los hechos. No hay, en verdad, cobardía, humillacion ni debilidad en sufrir la ley de la razon que demuestra el fundamento histórico de la verdad cristiana: esto es rendir las armas ante la verdad; rendir las armas ante la verdad es doblar la cerviz ante Dios, que es la primera fuente de ella; y doblar la cerviz ante Dios es deber, gloria, felicidad.

(1) Dupuis, *Origen de los cultos*.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON DIVINOS:
CONSECUENCIAS DECISIVAS.

¿Qué puede exigir la razon humana para declarar con esa seguridad que excluye toda duda que los hechos evangélicos son obra del poder divino?... Por mas que se mire y se examine el objeto de esta cuestion, se verá uno arrasado, que quiera ó que no, por la fuerza de la evidencia á sentar como principio incontestable que es preciso, pero que basta, que estos hechos sean reconocidos por ella como contrarios á las leyes naturales, constantes, invariables que rigen el órden físico de este mundo desde su origen. Esas leyes, Dios las ha establecido, pues solo él podia hacerlo: único creador, solo él podia imprimir un movimiento uniforme de obediencia ciega á su obra. Pero en lo que Dios solo ha hecho, en lo que solo él pudo hacer, él solo puede derogar, porque, legislador supremo, solo él ha sido dueño de determinar en esas leyes, al establecerlas, las derogaciones que preveía necesarias ó útiles para el cumplimiento de sus designios, para la manifestacion de su poder, de su sabiduria, de su ciencia, de su amor en el transcurso de los tiempos. Si se demuestra, pues, que los hechos evangélicos son derogaciones formales de las leyes constantes de la naturaleza, quedará demostrado por eso mismo que esos hechos no son ni deí

hombre ni de ninguna otra criatura, y que por consiguiente son obra del mismo Dios. Digo *del hombre ni de ninguna otra criatura*, porque ningun ser creado tiene, por sí mismo, poder ninguno sobre las leyes invariables que no ha hecho ni podido hacer. Y no se vaya á decir que Dios le presta el suyo, porque si se supone que una criatura que no tiene ese poder por su constitucion natural lo recibe de Dios para una obra dada por ella como divina, y que sin embargo no lo fuese, se despoja á Dios de su sabiduría y de su veracidad.

Establecido ya el principio de una manera invencible, vamos á su aplicacion. Las leyes de la naturaleza no son ni pueden ser conocidas sino por la experiencia universal que determina la produccion de un efecto, el mismo siempre en circunstancias idénticas. Ahora bien, invoquemos al género humano entero, desde nuestro primer padre; interroguemos á todas las generaciones de todos los climas y de todos los siglos transecurridos hasta el dia: ¿Es conforme ó contrario á las leyes de la naturaleza que el agua se cambie súbitamente en vino por un solo acto de la voluntad humana; que leprosos, ciegos, hasta de nacimiento, cojos, tullidos (1), sean curados instantáneamente por algunas palabras ó por la sola imposicion de manos de un mortal? ¿Es conforme ó contrario á las leyes de la naturaleza, que una parálisis de treinta y ocho años desaparezca repentinamente á su orden, y que á estas solas palabras: *Levántate y anda*, el enfermo paralítico se levante y eche á andar? ¿Que por su sola voluntad, sin ningun medio exterior, camine él mismo de pie sobre el mar como sobre la tierra firme? ¿Que cinco panes basten entre sus manos para hartar á cien mil hombres quedando sobras en abundancia? ¿Es conforme ó contrario á las leyes de la naturaleza, que un muerto embalsamado, enterrado hacia cuatro dias, á las solas palabras de: *Lázaro, sal de tu sepulcro*, se levante vivo de entre la podredumbre de la

(1) San Mateo, XV, 30.

tumba (1)? No ois contestar con esta aclamacion universal nacida de una íntima conviccion: «No, eso no es conforme á las leyes de la naturaleza como no lo sería el despuntar el sol por Occidente: si, eso es contrario á todo cuanto se ha visto, reconocido y comprobado en todos los paises y en todos los tiempos.» Pues si es contrario, esos hechos son derogaciones formales de las leyes que Dios ha establecido; y si son derogaciones formales de las leyes establecidas por Dios, Dios es el autor de esas derogaciones, y si Dios es el autor de esas derogaciones, son hechos divinos, y si son hechos divinos ya pueden inferirse las consecuencias que vendrán mas adelante.

¿Por dónde puede atacarse ese razonamiento para hallar defecto en él y romper su unidad lógica indivisible? Bájese desde el principio al fin ó súbese desde el fin al principio. Es igual, por mas que se ponga en tortura el ingenio para romper esa cadena: está perfectamente eslabonada y no cederá.

Sin embargo, oigo á la incredulidad hacer esfuerzos por desvirtuar esa demostracion: por gastada que esté su arma, no le rehusemos el honor de romperla en sus manos. —¿Sin duda que no os gloriareis de conocer todas las leyes de la naturaleza? ¿Y quién os ha dicho que entre las que no conocéis no haya alguna que haya producido los hechos maravillosos en que apoyais vuestras creencias? —¿Quién me lo ha dicho? La razon, y de una manera bastante clara. ¿Necesito conocer acaso todas las leyes del orden moral para estar cierto de que entre las que ignoro no hay ninguna que autorice el parricidio? ¿Necesito haber recorrido todo el dédalo de nuestras leyes francesas para estar cierto, despues de haber leído la primera página de la Constitucion que nos rig, de que no hay ninguna que autorice el tráfico de blancos entre nosotros? ¿Es Dios sábio, infinitamente sábio? No cabe duda alguna. ¿Ha podido Dios

(1) Véase la confesion de los judios sobre el particular en el capítulo anterior.

hacer leyes contradictorias? No, porque entonces dejaría de ser sábio. Pues si entre las leyes de la naturaleza que yo ignoro hubiese alguna que produjera los efectos que una experiencia universal comprueba ser diametralmente contrarios á las leyes que conozco, habría trastorno del orden, habría contradicción en su obra: no existe, pues, ley alguna de esa especie. Concibo y comprendo la posibilidad de la derogación de una ley; así es que concibo y comprendo la posibilidad de lo que llamamos *milagro*. Pero una ley que contradice y choca abiertamente contra otra, el pro y el contra bajo un mismo concepto, sobre un mismo objeto y en las mismas circunstancias dadas, es un absurdo cuya hipótesis solo puede hallar cabida en el ánimo del que á toda costa se niega á creer. La enunciación de una ley semejante es hasta una contradicción en los términos y de consiguiente una imposibilidad radical en el hecho. ¿Qué es una ley de la naturaleza, hablando sin tergiversaciones ni equívocos? ¿No es una causa que produce constantemente á nuestra vista en las mismas circunstancias el mismo efecto? Ahí tenemos, si no la ley de la gravedad, la del equilibrio, las del movimiento planetario, y si es preciso añadirla, la ley de la cesación de todo acto humano después de la muerte. De consiguiente la producción ordinaria, uniforme, de un mismo efecto en las mismas circunstancias, determina irrefragablemente á nuestros ojos la existencia de una ley de la naturaleza que es su causa: luego una ley de la naturaleza es una causa permanente. Pero los hechos evangélicos son resultados insólitos, extraordinarios, enteramente opuestos á los resultados ordinarios y uniformes en circunstancias idénticas: por lo tanto su causa no es permanente, y querer que esa causa sea una ley desconocida de la naturaleza, es invocar una causa á la vez permanente y no permanente, es decir *si* y *no* al mismo tiempo, es no decir nada.

Y véase como se contradice uno á sí propio al querer combatir la verdad; véase como incurre en absurdos tan

chocantes que en cualquiera otra cosa le dejarían avergonzado. No parece en verdad sino que es ese un castigo de Dios contra el hombre que rechaza obstinadamente el yugo de la fé cristiana, y que su orgullo al retroceder ante la luz evangélica está condenado á caer en las hipótesis más ridículas. ¿No ha habido en nuestros días hombres, que á la desesperada se han atrevido á apelar á los efectos reales ó supuestos (que para el caso poco importa) del magnetismo, y han querido hacer descender los milagros del Evangelio de la altura inaccesible en que los colocó la mano de Dios, hasta esos fenómenos que, cualesquiera que sean su realidad y naturaleza, no ofrecen ninguna especie de afinidad con los hechos de Jesucristo? No, en nada absolutamente, ni en cuanto á las circunstancias, ni en cuanto á la manera, ni en cuanto á los resultados, los cuales no son ni instantáneos, ni universales, ni completos, ni constantes, ni duraderos (1). Pero á la verdad causa lástima ver á hombres razonables desconocer la miserable pequeñez de semejante comparación. Reunios vosotros, sábios de todos los países, operadores hábiles, sábios profundos, si queréis, en el arte de los fenómenos magnéticos, poned á la vez toda la energía de vuestra voluntad, todos los recursos de vuestros ademanes y por favor satisfaced las pretensiones de nuestros incrédulos modernos. Ahí teneis á un cojo: por una orden mental, con un ademan de vuestra mano, hacédle andar derecho y en un instante. Ahí teneis cinco panes y millares de bocas: á una simple voz de mando multiplicadlos hasta en cantidad mayor de la necesaria. Ahí teneis á un ciego de nacimiento: devolvedle la vista. Ahí teneis á un muerto, en estado ya de putrefacción: resucitadlo si podeis... Pero bien sabeis, y nuestros incrédulos lo saben también, que no podeis hacerlo, ni lo podreis jamás. ¿Por qué se han de ver los defensores del cristianismo obligados á comprometer la dignidad de la razón hu-

(1) Véase el *Resultado de las conferencias eclesiásticas de la diócesis de Rodez*, 1848.

mana, refutando seriamente objeciones tan pueriles que nunca se podrá compadecer bastante á los que las hacen ni á los que tienen la ciega debilidad de creer en ellas?

Hechos evangélicos, hechos evidentemente imposibles para cualquiera otro que para Dios, hechos divinos en sí mismos, divinos también en sus motivos. Contemplad á Jesús abriendo la carrera de su vida pública y de sus prodigios. El primer prodigio que hace es un milagro de caridad lleno de delicadeza que evita la confusion de un accidente ocurrido en la modesta fiesta en que se digna tomar parte (1). Y seguidle desde ahí hasta el fin: vereis que no gasta su poder en actos inútiles ó de pura ostentacion, sino que todos tienen por motivo mejorar á los hombres, apartarlos del mal, convertirlos á la virtud y á Dios: todos sus prodigios son beneficios, beneficios de curacion, de consuelo, de socorro, de instruccion, de elevada enseñanza. La higuera verde y sin fruto queda seca por efecto de su maldicion: ¡eleccion admirable sobre la justicia de Dios contra la ausencia ó el falso brillo de las buenas obras! Los espíritus impuros son arrojados en un rebaño vil é inmundo; ¡eleccion profunda y enérgica sobre la nobleza del hombre virtuoso, sobre el embrutecimiento del hombre degradado por el vicio!... Asi vemos que desde las bodas de Caná hasta Gethsemaní no hace un solo milagro para sí mismo, por el solo interés de su poder, ninguno por vengar su honor ni para reprimir las negras y malvadas intrigas de sus enemigos, ninguno para llenarles de confusion y cerrarles la boca para siempre. Hácenle el torpe ultraje de cerrarle la puerta de una de las ciudades de Samaria: sus discipulos indignados quieren que el fuego del cielo caiga sobre aquella ciudad inhospitalaria, y él les reprende por su intolerancia (2). Los fariseos y los saduceos se reunen para poner á prueba su poder y le piden les haga ver algun prodigio

(1) San Juan, II, 10.

(2) San Lucas, IX, 53, 55.

en el cielo (1); y él se contenta con remitir su tenaz incredulidad al futuro milagro de su resurreccion. El rey Herodes le hace mil preguntas, con la esperanza de verle obrar alguna maravilla, y él calla, no responde una palabra y se deja tranquilamente tratar de loco, siendo el sábio de los sábios, antes que conceder un milagro á la vana curiosidad de un príncipe que solo quiere entretener por un momento los ocios monótonos de su corte: sin embargo, Jesús podía alcanzar á ese precio su libertad y lo sabía muy bien... Poseer la omnipotencia y no querer usar de ella en tales ocasiones; tener en su mano los milagros y abrirla lo bastante para lo que exigia la gloria de su padre celestial, pero nunca para traspasar ese límite, para que se pudiese traslucir en su obra el interés del taumaturgo... ¡qué prudente moderacion! No, no es propia del hombre dispuesto siempre á hacer sentir su superioridad, á sostener, á ensalzar, á hacer valer su propia persona, á humillar á sus contradictores y rivales, á hacer callar á sus enemigos, y á vengar su gloria. Si, eso es divino. Lector, quien quiera que seas, eres hombre y yo lo soy también. Tú has dicho conmigo: eso es divino.

Hechos evangélicos, hechos divinos en su motivo, divinos en su principio y en su fin. Jesucristo los hace en nombre de Dios: *In digito Dei*, decia á los judios que calumniaban la fuente de ellos (2): los atribuye al poder divino: «Volved á vuestras casas y publicad el gran beneficio que Dios acaba de dispensaros (3);» los da como prueba de la divinidad de la religion que viene á fundar: en veinte lugares del Evangelio, los recuerda á la multitud de sus oyentes como una demostracion de su mision divina. «Las obras que hago dan testimonio de que mi Padre me ha enviado (4)» y otro dia bajo el pórtico de Salomon: «Si no que-

(1) San Mateo, XVI, 1.

(2) San Lucas, XI, 20.

(3) San Lucas, VIII, 39.

(4) San Juan, V, 86.

reis creerme creed á mis obras (1): y en otra ocasion, cuando dos discípulos de Juan Bautista fueron á preguntarle si era el Mesías prometido al mundo, curó en aquel mismo momento á muchos enfermos de sus dolencias y de sus llagas, devolvió la vista á muchos ciegos y les dijo que la respuesta á su pregunta estaba viva en aquellos prodigios: «Id y referid á Juan los hechos de que habeis sido testigos: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están curados (2):» y cuando resucita á Lázaro en presencia de la muchedumbre rennida alrededor de su sepulcro, glorifica de antemano al Padre celestial por el milagro que va á obrar y esclama: «Esto es á fin de que el pueblo que me rodea crea que me habeis enviado (3):» y por último, cuando los fariseos se escandalizan de oírle perdonar los pecados al paralítico (acto divino por esencia, como lo decian entonces ellos mismos con razon ¿quién puede perdonar los pecados, sino Dios solo (4)?), Jesús, atacando su incredulidad: «A fin de que sepais que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra hasta el poder para remitir los pecados: Levántate y anda, dijo al paralítico (5):» y el paralítico se levanta y echa á andar.

Hechos evangélicos, hechos divinos en su principio y en su fin, divinos en la manera y en las circunstancias. No me detendré en hacer notar que en ellos nada hay impropio, nada fuera de su lugar, nada que parezca exaltacion, sino que por el contrario todo es grave, todo mesurado, todo lleno de oportunidad y dignidad: para eso quizá bastaba una prudencia verdaderamente filosófica. Sin embargo, me parece que era necesario para no desmentirse nunca, para no dejar una sola vez de ser lo que debia ser; era necesario, digo, que fuese grande, fuerte, constante, eminentemente superior; y en dónde la habia

(1) San Juan, X, 38.

(2) San Mateo, XI, 4, 5.—San Lucas, VII, 21, 22.

(3) San Juan, XI, 41, 42.

(4) San Lucas, V, 21.

(5) Id., V, 23.—San Mateo, IX, 6, 17.

adquirido el Hijo de María que no habia tenido maestro, segun dicho de los mismos judios (1)? ¿Fué acaso en su nacion, cuya ignorancia y fanatismo se complacen los filósofos en hacer resaltar? ¿Fué en la tienda del carpintero de Nazareth? ¿Fué en Egipto? En verdad que el discípulo habria sobrepujado de una manera singular á los maestros, sin contar con que solo permaneció en Egipto los primeros años de la infancia. Pero no insistamos mas. Hé aquí lo que debe notarse: en los milagros de Jesucristo nada hay que haga traslucir preparacion, ni el arte del hombre, ni el hombre. A cada momento, en todo lugar, en toda clase de personas, en la muchedumbre que le rodea, ejerce su poder: de cerca, de lejos (2), aun á largas distancias (3), y siempre con la misma prontitud, con el mismo buen éxito, sin ningun esfuerzo anterior, sin ningun procedimiento humano, sin ninguna sorpresa despues: se vé que su poder no es prestado, y que al obrar los mayores milagros no sale de su estado natural: juega con las mas sorprendentes maravillas como el Altísimo jugaba en la creacion con los mundos radiantes que sembraba en el espacio. Unas cuantas palabras le bastan, y no ruega, no conjura por largo tiempo al cielo en su ayuda: habla, habla como amo, manda y la naturaleza obedece y obedece al punto (4). Ni tiene siquiera necesidad de mandar: toda su persona está como impregnada de la virtud milagrosa, y nada hay, ni aun la franja de su túnica, que no cure instantáneamente la enfermedad mas inveterada, mas tenaz, mas rebelde á los esfuerzos de los hombres del arte (5). Mas todavia, pues para demostrar Jesús que su poder tiene una libertad absoluta de accion y de medios, comunica, cuando así le place, aquella virtud milagrosa á las cosas

(1) San Juan, VII, 15.

(2) San Mateo, VIII, 13.—San Lucas, VII, 10.

(3) San Mateo, 22, 28.—San Marcos VII, 25, 30.—San Mateo, XVII, 26.

(4) San Juan, II, 3.—San Mateo, II, 2.—San Marcos, IX, 24; IV, 39; V, 32.—San Lucas, VII, 41.—San Juan, XI, 4.

(5) San Lucas, VIII, 43.

mas viles y naturalmente mas contrarias que propias para el efecto que se propone: un poco de barro basta para abrir los ojos del ciego de nacimiento de Jerusalem (1). Asi es, que la conviccion de su poder sin limites era universal. De todas partes corren á él, le siguen, le acosan, disputándose todos el honor de acercarse á él. ¿Y por qué? ¿Era por gozar del encanto de sus palabras tan suaves, tan sencillas y tan divinamente sublimes? ¿Era por contemplar mas de cerca la dulce y magestuosa gravedad de su rostro, la bondad halagüeña, la compasiva ternura de su mirada?... Era por tocarle; *porque de él salia una virtud que curaba todos los males* (2). Creia firmemente, creia invenciblemente en ese poder incomparable aquel principe de la sinagoga que al pedirle la salud de su hija, le decia: «Está en la última agonía, pero venid á poner en ella vuestra mano y vivirá (3).» ¿Y creia el centurion que todo, todo sin excepcion era posible para Jesus, cuando le rogaba, no que fuese á tocar á su siervo, sino que dijese una palabra, *una sola palabra* (4)? ¡Oh! ¡qué fé! y esa fé, ¡qué poder tan inaudito y manifiesto no supone en el *Hijo del hombre!* poder cuya divinidad se ostenta aun en las circunstancias de los hechos que opera.

Nada hay aquí secreto, nada forzado: Jesucristo hace sus milagros á la luz del sol, en las plazas públicas, en presencia de una *multitud inmensa* (espresiones literales del Evangelio) (5); multitud que habia acudido de la Judea y de los reinos de Tiro y de Sidon, y á la que por consiguiente la diversidad de patria, de nacion, tanto como la oposicion de caracteres, de inclinaciones, de intereses hacian testigo atento é incorruptible de aquellas maravillas; en presencia de los sacerdotes judios, de los doctores judios, humillados y envidiosos, humillados hasta el despe-

(1) San Juan, IX, 1, 16.

(2) San Lucas, VI, 19.

(3) San Marcos, V, 23.

(4) San Mateo, VII, 9.

(5) San Lucas, VI,

cho, envidiosos hasta la rabia, y que empleaban todo el poder de su autoridad para hacer una averiguacion minuciosa de los hechos y de sus circunstancias, á fin de descubrir, si hubiesen podido, algo sobre qué formular una acusacion, ó que ofreciese una sombra de fundamento á la calumnia. Y de todas las pesquisas posibles, inspiradas y dirigidas por todo el odio posible, no sale mas que un nuevo resplandor de la verdad que los confunde y abruma: la historia del ciego de nacimiento, esa historia tan admirablemente candorosa, tan convincente en sumo grado por la divina sencillez de la narracion, es su prueba mas acabada, mas invencible (1). No, lo que no es mas que humano no se hace contar de esa manera; pero lo que no es mas que humano tampoco se opera así, en las grandes poblaciones como en los campos, todos los dias y á todas horas y sobre cualquier persona de una multitud numerosa compuesta de individuos desconocidos de los discipulos, sobre el primero que llega, sin ningun aparato, sin nada que hiera la imaginacion, sin demora ninguna, sin ninguna excepcion. Asi es, que los primeros enemigos del cristianismo, nacidos de su mismo seno, en el tiempo mismo de los Apóstoles, tales como los judaizantes, los nicolaítas, los corinthios, los ebionitas, á quienes combatiéron los Apóstoles con tanta energia (2), y por último, los apóstatas de aquella época nunca se atrevieron á decir una palabra, una sola palabra que supusiese de su parte la menor sospecha de carácter humano en el modo ó en las circunstancias de los milagros del Evangelio.

Hechos evangélicos, hechos divinos en sí mismos, hechos divinos en sus motivos, hechos divinos en su principio y en su fin, hechos divinos en el modo y en las circunstancias; añadamos hechos divinos en la permanencia

(1) San Juan, IX, 1, 34.

(2) Galat., V, 2, 12; Timoth., II, 16, 17, 18, 25; III, 4, 5, 6; IV, V, 3, 15.—Tit., III, 10, 11.—San Juan IV, 3, 5, 10; Apocalyp., II, 14, 15, 20; III, 9.—II, San Pedro, II, 1, 15, 17, 18, 19, 21.

de su realidad; «porque los milagros de Jesucristo, escribía pocos años despues de la muerte de San Juan en la apología dirigida al emperador Adriano, Quadrato, discípulo de los Apóstoles, se han conservado sensibles á los ojos de todos, *semper conspicua erant*; los enfermos á quienes curó, los muertos que resucitó, no parecieron solo curados y resucitados, sino que permanecieron tales, y por el tiempo en que el Salvador estuvo sobre la tierra, y aun muchos años despues que la dejó, de suerte *que algunos de ellos han vivido hasta nuestros dias* (1).» Véase, pues, que el carácter divino brilla aquí en todo su esplendor, y cuánto mas se someten esos hechos á las pruebas reiteradas del análisis, arrojan mas rayos de viva luz que iluminan á todo espíritu abierto francamente á la verdad (2).

Deduzcamos ahora las consecuencias precisas que se desprenden de esta discusión. Los hechos evangélicos son ciertos, tan ciertos y mas que cualquiera otro hecho histórico en el mundo; los hechos evangélicos son divinos,

(1) Ensebio, *Hist. eccl.*, l. III, cap. XVIII.

(2) El carácter divino de los milagros de Jesucristo se ostenta hasta en las palabras que pronuncia antes de hacerlos, palabras que un hombre que no hubiese sido mas que hombre, ó que no hubiese hecho mas que cosas humanas nunca habria dicho. Así es, que antes de resucitar á la hija de Jaira: «esta jóven no está muerta, dijo, sino durmiendo;» de suerte que los judíos que sabian bien que estaba muerta se burlaban de él (San Lucas, VIII, 52, 53). Del mismo modo se expresa antes de resucitar á Lázaro: «Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy á despertarle.» (San Juan, IX). ¿Y qué! ¿Jesus quería hacer dudar de la realidad de sus milagros? No por cierto: el hombre menos prudente y menos diestro se habria guardado bien de hacerlo; y Jesus era, por confesión misma de los incrédulos, el mas previsor y hábil de los hombres. ¿Qué intenta, pues, al emplear esa figura y al expresar lo que habria evitado decir el falso taumaturgo mas vulgar? Quiere demostrar que le es tan fácil resucitar un cadáver como á nosotros despertar á un hombre dormido; quiere demostrar que todo es en él lo contrario á un hecho humano, lo opuesto á la impostura y á la connivencia; quiere demostrar en fin, y lo demuestra en efecto, que no teme en ningún modo provocar el exámen riguroso de los milagros que hace, confundiendo así á los incrédulos presentes y futuros para captarse el asentimiento de los amigos sinceros de la verdad.

tan completamente divinos como puede serlo un acto exterior propio de Dios solamente.

Luego el cristianismo, del que son títulos esos mismos hechos, es divino.

Luego Jesucristo es Dios.

Llámase, en efecto, á sí propio «Hijo de Dios, Hijo único de Dios (1).» Hijo de Dios igual á Dios, que está en Dios como Dios está en él. «El que me ve, ve tambien al Padre; yo estoy en el Padre y el Padre está en mí (2).» Atribúyese la identidad de naturaleza con Dios: «El Padre y yo somos una misma cosa (3);» la aseidad, la eternidad: «Antes que Abraham fuese creado, yo soy (4);» no dijo: Antes que Abraham fuese creado, *yo era*, sino: Antes que Abraham fuese creado, *yo soy*, atribuyendo así á Abraham una existencia prestada, una existencia sucesiva, propia de toda criatura, y atribuyéndose por el contrario á sí mismo la existencia por sí, y ese presente perpétuo é indivisible de la eternidad simultánea, propiedad exclusiva del Criador. Jesus se atribuye ademas el poder divino: «M Padre, cuya acción es incesante, no conoce sábado: igual es mi acción;» y acusándole entonces los judíos de calificarse de *igual á Dios*, confirma expresamente su aserto. «En verdad os digo: todo lo que el Padre hace, el Hijo lo hace igualmente (5);» se atribuye la veracidad, la fecundidad divinas: «Yo soy la verdad y la vida (6);» la gloria y la felicidad divinas: «Padre, glorificadme en vos con esa gloria poseida por mí en vuestro seno antes de la creación del mundo (7);» el dominio soberano y universal que no pertenece mas que á Dios: «Padre, todo lo que es mío es

(1) San Juan, III, 16; X, 36.—San Mateo, XXVII, 43.—San Lucas, XXII, 70.

(2) San Juan, XIV, 9, 10.

(3) San Juan, X, 30.

(4) San Juan, VIII, 58.

(5) San Juan, V, 17, 19.

(6) San Juan, XIV, 6.

(7) San Juan, XVII, 5.

vuestro, y todo lo que es vuestro, mio (1); • el derecho al honor que solo pertenece á Dios: • El Padre ha dado al Hijo el poder entero de juzgar, á fin de que todos honren al Hijo como honran al Padre (2); • reclama para si el homenaje del espíritu y del corazón que solo se debe á Dios; el homenaje del espíritu: • Como creéis en Dios, creed en mí (3); • el homenaje del corazón: • El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí (4); • y á ese doble homenaje asegura una recompensa divina, la benevolencia y el amor del Padre celestial: • Mi Padre os ama porque me habeis amado y habeis creído que yo procedo de Dios (5); • en fin, cuando el apóstol Tomás, tributándole los honores divinos, exclamó: ¡Mi señor y mi Dios! sancionó Jesús solemnemente la legitimidad de ese culto, y justificó de antemano todos los homenajes de adoración que debían serle tributados en la continuación de los siglos: • Porque has visto has creído, Tomás: ¡felicices los que no han visto y han creído (6)! •

Jesucristo, se nombró, pues, Dios; se declaró Dios en toda la fuerza de la palabra; de consiguiente es Dios, ó Dios prestándole su omnipotencia se hizo cómplice del mas culpable de los impostores; blasfemia horrible que subleva de indignación todas las facultades del hombre sensato (7).

Jesucristo es Dios; luego lo que Jesucristo enseñó, todo

(1) San Juan, XVII, 10.

(2) San Juan, V, 22, 23.

(3) San Juan, XIV, 1.

(4) San Mateo, X, 37.

(5) San Juan, XVI, 27.

(6) Id., XX, 29.

(7) Es muy de notar que los primeros herejes, en el primer siglo, se hayan empeñado en negar la *humanidad* de Jesucristo: tan fuera de toda duda habia puesto su *divinidad* el brillo de sus milagros! Así vemos que los docetas ó doketas, contra quienes San Policarpo y San Ignacio en sus cartas, y aun el apóstol San Juan en su Evangelio y en sus Epístolas (I, capítulo I, 1; IV, 2), establecen con tanta precisión la realidad de la carne y sangre de Jesucristo, sostenían que el Hijo de Dios no habia tenido mas que una carne aparente, y por lo tanto no habia nacido, padecido ni muerto mas que en apariencia.

lo que enseñó es divino, es verdadero sin restriccion; verdadero para todos los tiempos y lugares; verdadero para todos los hombres, para los claros ingenios, para los príncipes de la ciencia, como para la inteligencia limitada de campesino mas rudo; luego lo que enseñó es verdadero contra todas las opiniones humanas, verdadero contra todos los sistemas mejor y mas eruditamente combinados en la apariencia; es una regla fija, invariable, una regla de hierro que debe romper todo lo que á ella no se ajuste; porque *dos cosas contrarias no podrian ser verdaderas á la vez*, dijo con toda exactitud el orador filósofo de Roma (1); y estando demostrado que la enseñanza de Jesucristo es divina, debe aniquilar toda doctrina humana contraria.

Luego ante los hechos que hemos establecido, y establecido de una manera invencible, se hunde el filosofismo materialista bajo cualquiera forma que se presente, ó repugnante por una brutal y abyecta desnudez, ó disfrazado bajo el manto de la frenología; porque Jesucristo dijo que somos *alma y cuerpo*, que hay para nosotros otra vida y un juicio (2), y aquí si que puede y debe contestarse con justo título: • El Maestro lo ha dicho: • si, el Verdico en persona, el Infalible.

Ante esos mismos hechos se hunde y cae por tierra el filosofismo indiferente que se acomoda á toda religion compatible con la moral, y no toma en cuenta los dogmas: porque Jesucristo estableció una religion, una sola, y declaró que *el que no está por él, está contra él* (3), y que *el que no crea será condenado* (4). En presencia de este oráculo divino, ¿quién podrá esquivar impunemente la creencia en los dogmas?

Ante esos hechos tiene que hundirse cualquiera que

(1) *Plura enim vera discrepantia esse non possunt* (Ciceron, *Lucull*, XXXVI).

(2) San Mateo, X, 28; XVIII, 8; XXV.—San Marcos, VIII, 42, 43.

(3) San Lucas, XI, 23.

(4) San Marcos, XVI.—San Juan, III, 18.

sea el hermoso nombre bajo que se cobije, el filosofismo deista ó racionalista que no quiere ver en Jesucristo mas que un sábio ilustre, un discípulo de los hierofantes (1); un cofrade de los essenianos (2), un plagiario de los filósofos griegos (3), ó chinos (4), ó Lamas ó Bramas (5), ó Magos (6); porque ya lo hemos demostrado, Jesucristo es Dios, ó Dios no es Dios.

Ante esos hechos cae por tierra esa especie de filosofismo ecléctico que en la doctrina de Jesucristo admite unas cosas y desecha otras, la necesidad de un redentor, por ejemplo, ó la existencia de los demonios, ó la resurrección de los cuerpos, ó las penas eternas, porque todos estos puntos están claramente enunciados en el Evangelio, tan claramente como cualquier otro dogma (7); y siendo Jesucristo Dios, no puede dividirse en partes su doctrina, como no puede dividirse su divinidad.

Ante esos hechos se desvanecen todos los pretextos sacados de la incomprendibilidad de los misterios del cristianismo, porque si Dios ha hablado (y que ha hablado es un hecho histórico), si Dios ha hablado, es preciso callar, á menos que el hombre pretenda citar á la barra impia de su mezquina razon á la Inteligencia y á la Verdad supremas para tratar de reformar sus oráculos y tacharlos de erróneos ó engañosos. ¿No se calla ante los misterios de las ciencias físicas? Pues lo mismo que estos, los misterios

(1) Véase el *Tratado de la religion* por Bergier, tom. VIII.

(2) Véase *Cartas sobre Jesucristo* por Rossignol, tom. I.—*Universidad catól.*, tom. XXIII.

(3) Véase la *Universidad catól.*, tom. I.

(4) Véase *Anales de filosofía cristiana*, tom. XIV y XV: tom. XIII, 3.^a série.

(5) Véase *Discursos sobre las relaciones*, etc., por Wiseman; *Ensayo sobre el origen y decadencia de la religion cristiana en la India* por el capitán Wilford; *Anales de filos. crist.*, 3.^a série, tom. XIII, núm. 73.

(6) *Anales de filos. crist.*, 3.^a série, tom. XVI y XVIII.

(7) Véase San Mateo, XX, 28, y San Marcos, X, 45.—San Juan, VIII, 14.—San Mateo, XII, 27.—San Lucas, XI, 19; XIII, 16; XXII, 31.—San Juan, XII, 31.—San Mateo, 31.—San Marcos, XII, 26.—San Lucas, XX, 37.—San Juan, V, 29.—San Mateo, XXV, 46.—San Marcos, IX, 45, 47.

del cristianismo no son cosas absurdas ó contradictorias, sino que se hallan por su naturaleza fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia, como una porcion de astros se hallan fuera del alcance de nuestra vista. El matemático transcendental, por ejemplo, sabe y comprende una porcion de verdades que son misterios para otros muchos hombres; ¿y son por eso menos reales esas verdades? Dios, inteligencia infinita, sabe y comprende una multitud de verdades que no pueden conocer ni comprender los hombres mas sábios del mundo, limitados por necesidad en su inteligencia. Eso que Dios sabe y comprende, tiene derecho á decirlo, y si lo dice, puede y debe obligarnos á creerlo bajo su palabra, sin lo cual se faltaria él á sí propio.

Ante esos mismos hechos cae por tierra el filosofismo del progreso humanitario que pretende que el cristianismo es una forma movible del sentimiento religioso, una forma de transicion. Porque el cristianismo es divino y allí están los hechos que lo comprueban; de consiguiente es cierto, y será siempre cierto que el Hijo de Dios encarnado vino á rescatar el mundo, que enseñó dogmas y preceptos cuya fé y práctica ha mandado bajo pena de castigos eternos, estableciendo así una religion á la cual ha prometido *la perpetuidad hasta el fin del mundo* (1). ¿Será el progreso humanitario el que ha de venir á cambiar lo que Dios ha hecho, el que vaya á decir á Dios: vuestra religion me incomoda, necesito avanzar, haced lugar?... ¡Y qué! ¿el hombre hará retroceder á Dios? ¿O se emancipará la humanidad, sin trascendencia alguna, de la obediencia que debe á su Criador?... Tanto valdría decirnos: Llegará dia en que por orden del progreso le será prohibido á Dios existir ó reinar sobre los hombres.

Ante esos hechos caen por tierra todos los pretextos de duda ó alejamiento de la fé deducidos de la ignorancia, del fanatismo, de las faltas del santuario, de los abusos ó de

(1) San Mateo, XVI, 18; XXVIII, 20.

los crímenes cometidos en nombre de la religion ó por un celo inconsiderado. Porque aun cuando esos pretestos estuviesen fundados en documentos tan auténticos y verdaderos como son falsos, ó sospechosos, ó sobrecargados á capricho de colores calumniosos ¿qué podria inferirse de ahí? Que son hombres y no ángeles los que llevan la carga y corren los peligros del sacerdocio, que son hombres que hacen servir el cristianismo á sus pasiones. ¿Pero qué prueba todo eso contra los títulos históricos del cristianismo? ¿Son acaso por eso menos ciertos? ¿Son menos divinos? ¿Es por eso la religion menos divina, la obligacion de creer en ella menos lógica y menos apremiante (1)?

Ante esos hechos desaparecen las dificultades de toda especie, las objeciones mismas (si las hubiese) cuya solucion no pudiera hallar el espíritu humano: porque es un hecho que el cristianismo es divino, y no se raciocina contra un hecho ó se raciocina en falso.

Ante esos hechos cae abrumada con todo el peso del ridículo esa frase profética de ciertos filósofos de que *el cristianismo ha recorrido ya su tiempo*, como si la verdad pudiera recorrer su tiempo, como si las promesas y la voluntad de Dios, como si Dios mismo pudiesen envejecer y pasar.

Ante esos hechos cae por tierra el panteísmo que diviniza la materia: porque en este sistema el hombre que muere es la gota del Océano que se resuelve y pierde en el Océano mismo; y entonces ¿qué valor tienen estas palabras de Dios: «Temed al que puede perder al alma y al cuerpo en el infierno (2);» y estas otras: «Los pecadores irán al suplicio eterno (3)?» ¿Qué vienen á ser otras cien verdades enseñadas por Jesucristo, de las cuales nacen con-

(1) «Las faltas imputadas á la religion cristiana fueron las del hombre, nunca las de las doctrinas.» (*De las atenciones*, por el doctor Briere de Boismont.)

(2) San Mateo, X, 28.

(3) San Mateo, XX, 46.

secuencias diametralmente opuestas á los diversos elementos de aquella doctrina nebulosa, resucitada de las antiguas comarcas de la India?

Por último, ante esos hechos cae por tierra el panteísmo que materializa á Dios, y que no es mas que un ateísmo disfrazado: cae por tierra el propio ateísmo. Esto parece al pronto un paralogismo, y sin embargo, nada es mas lógico ni mas cierto. Porque los hechos de Jesucristo tienen una causa de su realidad: y esa causa ¿dónde está? Si no se halla en un ser distinto del hombre y de la materia, y dueño soberano del uno y de la otra, no se encuentra en parte alguna. No está en los hechos mismos, porque estos no han podido producirse á sí propios: no está en Jesucristo, no suponiéndole mas que hombre, porque el hombre no es dueño soberano de la materia, de las enfermedades ni de la muerte: no está en una ciencia oculta, inescrutable á nuestra inteligencia, porque el simple buen sentido dice bastante que no hay ciencia oculta que pueda establecer la relacion de causa á efecto entre algunas palabras que hieren el viento, y la multiplicacion de los panes, la curacion súbita de un ciego de nacimiento, la resurreccion de un muerto de cuatro dias, y por último, no está en una ley desconocida de la naturaleza, porque ya hemos demostrado que semejante ley es una contradiccion en los términos y por consiguiente una imposibilidad absoluta en el hecho.

Por lo tanto, incrédulos, cualesquiera que seais, materialistas, indiferentes, deístas, racionalistas de todos matices y colores, filósofos no cristianos bajo cualquier pretesto, filósofos del progreso, ateos ó panteístas, quedais acorralados por los hechos en un callejon sin salida, del que no puede escapar vuestra razon: os veis constituidos por ellos en reos de delito flagrante de rebelion contra la verdad. Raciocinad, raciocinad cuanto querais: los hechos son hechos, y serán siempre hechos. Raciocinad cuanto querais contra el sol, ese gigante de los cielos (1) que no

(1) Salm. XVIII, 6.

por eso dejará de seguir su carrera; y así como ante ese astro deslumbrador del día se eclipsan en el firmamento las estrellas más brillantes, así también por mucho que sea vuestro ingenio os tenéis que oscurecer ante Jesús, adorable *sol de justicia* (4) y de verdad religiosa, cuyos divinos rayos se reflejan con tanto esplendor en el cristianismo.

(4) Malaquías, IV, 2.

CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: APRECIACION DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO BAJO EL PUNTO DE VISTA MEDICO, HISTORICO, JUDICIAL Y FILOSOFICO.

¿Qué es la resurrección de Jesucristo? Evidentemente un milagro, y un milagro de primer orden. Analizado ese milagro, ¿qué es? La deducción lógica de dos hechos naturales considerados aisladamente: la muerte real de Jesucristo el Viernes Santo; la vida real de Jesucristo el día de Pascua. Para demostrar la verdad de este milagro no hay más que establecer dos hechos que son de un orden muy vulgar, y están dentro de los límites más accesibles de la naturaleza: una muerte y una vida.

Primer hecho. Realidad de la muerte de Jesucristo el Viernes Santo.—Discusión ociosa, tiempo perdido, me dirán quizá ciertos lectores.—Indudablemente aparece así a primera vista, porque si hay un hecho comprobado en el mundo, es el que vamos a examinar. Pero es preciso seguir a nuestros adversarios modernos en todos los subterfugios en que se atrincheran: la verdad nada puede perder en ello; antes bien ganará un nuevo grado de evidencia.

Recordemos aquí en primer lugar la demostración que hemos dado de la verdad de la historia evangélica, así en sus partes como en su conjunto. Hay que admitirla

por eso dejará de seguir su carrera; y así como ante ese astro deslumbrador del día se eclipsan en el firmamento las estrellas más brillantes, así también por mucho que sea vuestro ingenio os tenéis que oscurecer ante Jesús, adorable *sol de justicia* (4) y de verdad religiosa, cuyos divinos rayos se reflejan con tanto esplendor en el cristianismo.

(4) Malaquías, IV, 2.

CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: APRECIACION DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO BAJO EL PUNTO DE VISTA MEDICO, HISTORICO, JUDICIAL Y FILOSOFICO.

¿Qué es la resurrección de Jesucristo? Evidentemente un milagro, y un milagro de primer orden. Analizado ese milagro, ¿qué es? La deducción lógica de dos hechos naturales considerados aisladamente: la muerte real de Jesucristo el Viernes Santo; la vida real de Jesucristo el día de Pascua. Para demostrar la verdad de este milagro no hay más que establecer dos hechos que son de un orden muy vulgar, y están dentro de los límites más accesibles de la naturaleza: una muerte y una vida.

Primer hecho. Realidad de la muerte de Jesucristo el Viernes Santo.—Discusión ociosa, tiempo perdido, me dirán quizá ciertos lectores.—Indudablemente aparece así a primera vista, porque si hay un hecho comprobado en el mundo, es el que vamos a examinar. Pero es preciso seguir a nuestros adversarios modernos en todos los subterfugios en que se atrincheran: la verdad nada puede perder en ello; antes bien ganará un nuevo grado de evidencia.

Recordemos aquí en primer lugar la demostración que hemos dado de la verdad de la historia evangélica, así en sus partes como en su conjunto. Hay que admitirla

ó que desechar toda historia, todo testimonio humano, es decir, dar en tierra con la sociedad, con el hombre mismo; de consiguiente, hay que admitir como bien y debidamente establecida toda la serie de la Pasion, cuya narracion se halla por otra parte, en cuanto á los azotes, á las burlas multiplicadas á Jesús, al juicio, á la ejecucion y á la sepultura, enteramente conforme á las leyes y usos de la época (1), y cuyas circunstancias nunca han sido puestas en duda por los mas antiguos enemigos del cristianismo.

De consiguiente es cierto que Jesús, el dia antes de su crucifixion, fué atormentado por las angustias de una agonía moral prolongada; que se vió abrumado bajo el peso de una tristeza amarga y un dolor mortal, que obraron con la mayor violencia sobre sus órganos, hasta el punto de hacerle sudar gotas de sangre, fenómeno de que se han visto otros ejemplos (2), pero que siempre supone un trastorno extraordinario de la economía física del hombre, y por

(1) Véase *De las pruebas y de la autoridad de la revelacion cristiana*, por Chalmers.

Los judíos han conservado el recuerdo de las circunstancias de la traicion de Judas, de los azotes á Jesús, del harapo de púrpura, de los golpes que le daban con la caña por burlarse, y de la coronacion de espinas. (*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet).

(2) Las impresiones violentas que resultan de peligros imprevistos ó de grandes temores pueden producir ese fenómeno. Prescindiendo de los sudores de sangre de que hablan Aristóteles, Galeno, Teofrasto, Eresio en su *Tratado de los Sudores*, y Rondelet, se encuentran ejemplos citados por Durrius en las *Efemérides de Alemania* (observacion 179), por Rosimes Lentilius, en la misma obra, por Fagon, médico de la facultad de París, en su tesis del 25 de enero de 1665 (corolario quinto), por Collius (*Tract. de sanguine Christi*), por Gregorio Leti, en la *Vida de Sixto V*; por Thou, hablando del gobernador de Montmarin. (Véase la *Biblia de Venice*, revisada por M. Drach).

Médicos célebres, entre los que se cuenta al danés Tomás Bartholin, citan tambien ejemplos de sudores de sangre. Borelli dice haber visto correr hasta lágrimas de sangre. (*Boletín de terapéutica*, por el doctor Miquel).

El doctor Caizergues, decano de la facultad de Montpellier, cita un caso de sudor mezclado con sangre en los accesos violentos de un cólico nefrítico. (*Tesis sobre la crisis*, por M. Numa Ancassy, Montpellier 26 de enero de 1846).

consiguiente, una disminucion considerable de las fuerzas vitales.

Es cierto que Jesús inmediatamente despues de aquella cruel agonía, despues de aquel aniquilamiento extraordinario, fué cogido y atado por los satélites de sus enemigos mortales, satélites indudablemente poco dispuestos á tratar con consideracion á su prisionero; que este fué arrastrado por ellos primero ante Anás y despues ante Caifás, y que allí tuvo que sufrir los tratamientos mas ignominiosos y duros; hofetones y salivas en el rostro, burlas amargas, apóstrofes despreciativos, brutalidades viles de criados, imputaciones injuriosas, calumnias atroces que tan cruelmente debieron abrumar á un alma tan pura y tan noble, y agravar el aniquilamiento producido por su agonía y su horrible insomnio desde el jueves por la noche hasta el viernes por la mañana, en que fué arrastrado como un vil malhechor ante Pilatos, luego ante Herodes, y por último otra vez ante Pilatos.

Es cierto que en casa de este gobernador romano, Jesús, abrumado ya de oprobios y dolores, despues de los largos y penosos debates de que fué objeto, fué sometido al suplicio inhumano de los azotes (1). Ahora bien, ese suplicio debió agotar tanto mas sus fuerzas, cuanto que estaban ya debilitadas, y el objeto de Pilatos, indicado sin duda á los ejecutores, era dar satisfaccion á los encarnizados enemigos del inocente, reduciéndole á un estado bastante lastimoso para poder decirles en la confianza de salvarle: *Aquí tenéis al hombre* (2).

Es cierto que á ese cruel suplicio se siguió inmediatamente el no menos atroz de la diadema de espinas, coronacion mas bárbara todavia que insultante, cuyo horrible

(1) «El instrumento con que azotaban los romanos se componia de una porcion de tiras de cuero sujetas á un mango, al extremo de las cuales estaban adaptados pedazos de hierro ó de plomo. Por eso un poeta llamó á esas tiras de cuero *lora horrida*, y otro *horribile flagellum*. (*Historia de N. S. Jesucristo*, por el conde de Stolberg).

(2) San Juan, XIX, 5.

escarnio se divertían los soldados en realzar con escupir, abofetear, dar golpes en la cabeza y hacer genuflexiones burlescas.

Por último, es cierto que Jesús, atormentado hasta no poder más en el alma y en el cuerpo, fué cargado con la cruz; que los dos ladrones asociados á su último suplicio pudieron llevar la suya, pero Jesús perdió sus fuerzas y no pudo llevar el madero hasta el Calvario.

Y casi exánime, por efecto de esa cadena continua de quince horas al menos de horribles padecimientos, así en lo físico como en lo moral, reducido casi al último aliento, fué colgado á la cruz: largos clavos (pues el Evangelio habla de *clavos* (1) y no de *ligaduras*, como le place decir á M. Salvador en su *Historia del nacimiento de la Iglesia* (2); largos clavos taladraron sus manos y sus pies, rompieron sus venas, abrieron cuatro bocas á su sangre, y ninguna mano amiga pudo restañar sus heridas, por donde huían los restos de su vida.

Los tormentos de la cruz son horribles no sólo por la acción de las heridas exteriores, sino por la cruel posición en que está clavado el paciente, y también por los efectos necesarios de esa posición sobre la circulación de la sangre y sobre las demás funciones de la vida. La presión sobre la arteria principal ó la aorta, debió, según el sábio Ritcher, haber producido en el ventrículo derecho del corazón de Jesús una congestión más intolerable que cualquiera otro dolor y que la muerte misma: «las venas y las arterias pulmonares, añade, y las demás que hay alrededor del corazón y del pecho, por efecto de la abundancia de sangre que afluía acumulándose en ellas, debieron añadir terribles sufrimientos corporales á la angustia del alma (3).» Pero esos sufrimientos, resultado necesario de la

(1) Si no pongo mi dedo, dice el apóstol Tomás, en el agujero de los clavos, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré.» (San Juan, XX, 25).

(2) *Jesucristo y su doctrina, Historia del nacimiento de la Iglesia*, por F. Salvador.

(3) Jorge G. Ritcher, *Disertationes quatuor medicæ*, 1775.

crucifixión para todo condenado, debieron ser mucho más crueles para Jesús, á quien desde la tarde antes nada había faltado de cuanto podía debilitar su naturaleza de hombre, nada en punto á dolores físicos, á angustias morales: humillaciones inauditas y públicas, reiteradas y prolongadas; traición negra, infame de un discípulo, de un amigo; fuga cobarde de todos los demás; triple negativa de Pedro su jefe; vociferaciones injuriosas y furibundas de un pueblo colmado de sus beneficios; dolor presente y expresivo de su madre, testigo de su suplicio, *dolor inmenso como el Océano* (1).

A la verdad, un drama tan largo del que cada escena es una nueva ignominia ó un dolor nuevo; un drama abierto y continuado en la sangre y en la humillación y terminado en la humillación más abrumadora y en la sangre, justifica bastante á los ojos del fisiologista el relato del Evangelio, de que mientras el viernes por la noche todavía estaban con vida los dos ladrones, Jesús había ya muerto. ¿Qué cosa en sí más natural que el último suspiro de aquel *hombre de dolores* arrancado por el suplicio de la crucifixión mucho antes que el de los otros dos condenados que acababan de salir de la cárcel, que no habían tenido que luchar como Jesús con una agonía de sangre, que no habían pasado como él toda la noche anterior en fatigas y tormentos de toda especie, que no habían tenido que devorar hasta en el asilo sagrado del último suplicio los insultos más groseros, las burlas más humillantes?

Aquí, no obstante, M. Salvador viene á constituirse en eco de algunos filósofos racionalistas de más allá del Rin: «A los ojos de los adversarios del milagro, dice, la

(1) Jeremías, *Lament.*, II, 13. «Las causas de los padecimientos morales son infinitamente más activas, más penetrantes que las del dolor físico. Hay dolores morales que matan súbitamente destruyendo la vitalidad en su origen; es una especie de fulguración. Las obras de medicina están llenas de hechos que demuestran la verdad de este aserto.» (*Boletín general de terapéutica*, por Miquel).

muerte de Jesus no habria sido mas que aparente y no excitaria otra idea que la de un largo desvanecimiento, resultado material de dolores profundos. Segun eso, toda la catástrofe de esa horrible tragedia que acabamos de bosquejar quedaria reducida á un síncope! *Opinion extraña*, por confesion del mismo filósofo judío, que no deja por eso de procurar hacerla especiosa; opinion, hipótesis manifiestamente incompatible con los hechos. Porque si se supone un síncope por aniquilamiento, que se nos diga cómo pudo ser precedido inmediatamente de aquel *grande grito* que arrojó Jesus y llenó de asombro al mismo centurion (1). Y si se supone un síncope por congestión de la sangre en el corazón, que se nos diga cómo el lanzazo del soldado no pudo hacer volver en sí á Jesus ó hacerle dar al menos alguna señal de sensibilidad orgánica que hubiese obligado á los soldados á quebrarle las piernas como á los otros dos condenados. Evidentemente el hecho histórico del *grande grito*, ó el hecho histórico del lanzazo destruye el hecho hipotético del síncope.

Pero aun cuando concediésemos esa hipótesis, cuya inadmisibilidad está demostrada ¿qué conseguirían los adversarios del milagro? ¿No ha consignado la Providencia en el lanzazo una circunstancia capaz de quitar todo pretexto á la incredulidad mas suspicaz? En efecto, el lanzazo dado en el costado de Jesus, debió por necesidad, en la posición vertical en que se hallaba, herir de abajo arriba transversalmente, por poco elevada del suelo que es-

(1) San Mateo, XVII, 50.—San Marcos, XV, 37, 39.—San Lucas, XXII, 46, 47. El *grande grito* exhalado por Jesus antes de espirar, se explica perfectamente con su muerte real y la divinidad del cristianismo: es el Hombre Dios que en el extremo de la debilidad orgánica, muestra á los judíos por un acto de fuerza y energía sobrehumanas lo que podría si quisiese; es una elocuente respuesta á sus incitaciones insultantes; es Jesus que realiza lo que habia predicho él mismo, *que moriría porque queria morir, que no le quitarían la vida sino que la abandonaría él mismo, teniendo el poder para recuperarla* (San Juan, X, 18); en una palabra, es Jesus que muere siendo Dios.

tuviese la cruz, y no causó tan solo una *picadura* (1), sino que debió atravesar á Jesus profundamente, partiendo del brazo robusto de un romano, que queriendo asegurarse de la realidad de la muerte del condenado, lejos de dar el golpe con blandura, debió por el contrario darle con toda su fuerza. Conócese además bastante por las palabras de que se vale para expresar la herida, un testigo ocular, San Juan (2), cuyas palabras se ven empleadas con frecuencia para indicar una herida mortal (3): tambien se conoce por el modo con que el mismo testigo nos dice que Jesus, despues de su resurreccion distinguió las heridas de sus manos de la de su costado, invitando al apostol Tomás á medir las primeras *con el dedo* y la segunda *con la mano* (4). Esta distincion supone, en efecto, por necesidad en la del costado una longitud de dos ó tres dedos por la parte exterior; pero para que una lanza cuya punta aguzada se ensancha muy poco á poco hubiese podido hacer una incision de semejante longitud exterior, era preciso que penetrase en el cuerpo hasta una profundidad de diez á quince centímetros. Ahora bien, una incision de esa naturaleza hubiera sido mortal, suponiendo que Jesus no hubiese espirado todavia, porque, por una parte, San Juan nos asegura en los términos mas formales que *vió salir de ella súbitamente sangre y agua* (5), y por otra es un axioma de experiencia médica que la sangría es fatal en el síncope, y con mucha mas razon todavia una sangría tan profunda (6).

Seamos, con todo, mas generosos con nuestros adversarios; dejémosles salir de la hipótesis del síncope en que

(1) Expresion en extremo singular de M. Salvador: no parece sino que en sus sueños anticristianos vió á los soldados romanos armados de agujas.

(2) San Juan, XIX, 34, 35.

(3) Esto lo ha probado el doctor Christian Gruner (*Vindiciae mortis Jesu Christi veræ*).

(4) San Juan, XX, 27.

(5) San Juan, XIX, 34, 35.

(6) *Vindiciae mortis Jesu Christi veræ*. por Christian Gruner.

tan desgraciadamente se han comprometido y permitámosles hasta suponer una causa cualquiera desconocida de una muerte aparente. La *efusion súbita de sangre y agua* que promovió el lanzazo, denota de una manera cierta ó que fué atravesado el corazón ó que al menos fué abierto algun vaso importante, sin lo cual hubiera fluido la sangre lentamente en vez de *salir súbitamente* (1). ¿Pero no es mas que evidente que la ruptura del corazón ó de un vaso de primer orden hubiera bastado, y mas atendiendo al desfallecimiento estremado en que Jesús debía hallarse, para consumir su muerte y autentizarla á los ojos de la ciencia?

En fin, pongámonos en lo peor: supongamos (cosa imposible y contraria á todos los datos del buen sentido y de la ciencia médica) que, aun despues del lanzazo, no hubiese espirado Jesús; la *compresion de los lienzos y de los vendages empapados en cien libras de mirra y de aloe* en que fué envuelto su cuerpo de pies á cabeza, *segun costumbre de los judios* (2), lejos de contribuir á mantener un resto de vida en el espacio estrecho y cerrado del sepulcro, hubiera producido infaliblemente la asfixia y la muerte (3).

Así es que desde Jesucristo hasta el último siglo no se encuentra el menor vestigio de duda sobre la realidad de su muerte en el Calvario. Ha sido preciso que la frente del racionalismo moderno haya querido ponerse una venda sobre todo antes que abrir los ojos á la luz de la fé cristiana para atreverse á proclamar diez y ocho siglos despues del hecho, no una afirmacion contraria, pues eso hubiera sido demasiado repugnante al sentido comun, sino un *quien sabe*, un *tal vez* que rechazan de consuno con el Evange-

(1) Los médicos Bartholinus, Triller y Eschenbach (*Scripta medico-biblica*, Rostock, 1779) igualmente que Tirinus y otros comentaristas, opinan que el agua provino del pericardio, cápsula membranosa que envuelve al corazón.

(2) San Juan, XIX, 39, 40.—Se vé por la historia de Lázaro que era costumbre *envolver* hasta la cabeza. «El rostro, dice el Evangelio, estaba envuelto en un sudario.» (San Juan, XI, 44).

(3) *Vindicta mortis*, etc.—Caroli Fred. Gruner *commentatio antiquaria medica de J. C. morte vera*.

lio y la ciencia médica, la gran voz de los monumentos mas auténticos y de los testimonios solemnes mas irrecusables, y las confesiones mismas de nuestros adversarios aun los mas osados.

Desde el año 53 hasta nuestra época las generaciones humanas han recorrido un camino inmenso; pero cuán fácil es remontarnos hasta allá con la antorcha de la historia en la mano! Yo retrocedo y me detengo sucesivamente ante los diferentes monumentos que encuentro á mi paso: veo y leo la muerte de Jesús en el Calvario, en aquel poste sagrado que erigido á orillas del sendero solitario, indica el camino al viajero ó le tranquiliza anunciándole una próxima hospitalidad: la veo y la leo en esos templos magestuosos, verdaderas pirámides de la fé de las grandes poblaciones, como en la humilde iglesia de aldea, sencillo testimonio de esa misma fé: la veo y la leo en la creencia exterior perpetua y unánime de las naciones cristianas aunque divididas por el cisma ó la herejía, en sus liturgias, en su signo de la cruz, libro viviente reproducido sin cesar, cuyo primer tipo solo se encuentra en el leño venerado del Gólgota: veo y leo la realidad de esa muerte en un concurso de testimonios que no tiene igual. No hay cosa en si mas cierta que una muerte jurídica; pero ninguna muerte jurídica ha sido mas rigurosamente comprobada que la de Jesús. «¿Quereis la deposicion de numerosos testigos sin carácter legal? Todo un pueblo vió espirar á Jesucristo. ¿Quereis la declaracion de los magistrados civiles? Los escribas y los principes de los sacerdotes confesaron en presencia de Pilatos que el *seductor habia muerto* (1). Por último, la autoridad militar añadió su declaracion oficial (2) á todos esos testimonios (3).»

Y cuánta fuerza tienen, sobre todo en esto, las confesiones de esos hombres que mas al alcance estaban de sa-

(1) San Mateo, XXVII, 63.

(2) San Marcos, XV, 44, 45.

(3) *Historia de N. S. J.*, por el abate Bergé.

ber la verdad en el asunto, los mas interesados en negar el milagro, cuya base necesaria era la muerte de Jesus, base tan necesaria como el antecedente al consecuente. Evidentemente el Sanhedrin, los rabinos y los sofistas paganos de los primeros siglos debian conocer la verdad del caso; y en sus disputas y en sus obras contra el cristianismo no es posible que desconociesen la importancia de impugnar la muerte de Jesus para echar por tierra de un golpe el prodigio fundamental de su resurreccion. Sin embargo, la reconocieron como indudable: preguntádselo á los judios modernos y os dirán que sus antepasados no les han trasmitido la menor sombra de duda sobre este punto; y entre los antiguos filósofos Celso confiesa formalmente la verdad de él (1). ¡Oh! es que hubiera sido una locura ponerlo en duda, y no lo sería menos en los que quisiesen hoy atacar su certeza: de consiguiente tenemos de ello una certeza capaz de arrastrar en pos de sí el asentimiento mas lógico y mas firme.

¿Y por qué paganos y judios, filósofos y rabinos contemporáneos ó próximos á la época no hubieran podido, sin incurrir en la censura de locos, poner en duda la muerte de Jesus? Porque para suscitar la menor duda acerca de esa muerte era preciso chocar contra el conjunto completo, inatacable de los hechos notorios de una condena y de una ejecucion jurídicas, mofarse abiertamente del buen sentido público y burlarse á la vez de los otros y de sí mismos; porque las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á la crucifixion de Jesus, circunstancias que fueron casi todas obra de sus enemigos, hacian la muerte de Jesus visible y palpable á los ojos y manos de todo el mundo. Tratemos sino de colocarnos en el terreno de la denegacion y de atacar aquí el testimonio unánime de todos los siglos: ¿no quedaremos al punto confundidos, aplanados por la sola deposicion de los enemigos, de los perseguidores, de los verdugos de Jesucristo?..... Figúraseme oírles

(1) Orig. *contra Cels.*

decirnos con el acento tan enérgico de la naturaleza absurdamente calumniada: «¡Pues qué! sabeis que estábamos sedientos de su sangre, que pedimos á voz en grito esa sangre odiosa; que reclamamos ávida y tenazmente esa víctima como una presa que queríamos devorar; que por la violencia de nuestras amenazas sujetamos la mano á Pilatos que quería sustraer á Jesus á nuestro resentimiento, á nuestra venganza: y cuando logramos que nos lo entregara, cuando lo tuvimos en nuestro poder; ¿os atreveis á acusarnos de no haberle sabido hacer morir, de no habernos asegurado de que no escapara á nuestro furor? ¿Cómo podeis desconocer la accion inteligente, la prudencia instintiva de las pasiones humanas hasta el punto de atacar el hecho histórico de que nosotros somos autores y garantes, y cuya verdad confiesan á su pesar nuestros sucesores mas osados en el campo enemigo del cristianismo, aun en vuestros mismos tiempos? Lo que despues de nosotros admiten como cierto Celso y Juliano, y Espinosa, y Wolston, y Edelmann, y los enciclopedistas franceses, y el mismo Strauss, no os haceis gran favor con negarlo (1).»

¿Quiere, pues, examinarse la cuestion de la realidad de la muerte de Jesus el Viernes Santo, bajo el punto de vista histórico? Está resuelta afirmativamente por la historia monumental, oral, escrita; por los enemigos personales de Jesucristo, testigos oculares; por los enemigos del Evangelio, contemporáneos ó próximos á la época; de consiguiente por los hombres que mas interés tenían en rechazar ese hecho, que mas al alcance estaban de apreciar sus circunstancias, y que tienen por garantes de la verdad de su testimonio á filósofos modernos tan avaros, como es sabido, de concesiones al cristianismo. Y bastaria en rigor con la cuestion resuelta afirmativamente bajo este primer concepto: porque ¿á qué extrañas consecuencias no llegaríamos si fuese permitido echar por tierra con un quien sabe un hecho establecido asi históricamente?

(1) Véase *Anales de filos. crist.* III série.

¿Se quiere examinar esa misma cuestión bajo el punto de vista judicial y médico? Se halla resuelta afirmativamente por el conocimiento que tenemos de las pasiones y del interés de aquellos que hicieron prender á Jesus, le llevaron delante de Pilatos y pidieron su muerte con tal violencia y obstinación, que al fin asistieron en persona á la ejecución de la sentencia y llevaron las precauciones hasta poner guardias en su sepulcro (1): está resuelta afirmativamente por las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á la crucifixion de Jesus, y de las cuales, según todos los datos de la ciencia médica, es imposible que no resultara la muerte.

De consiguiente la muerte de Jesucristo la antevíspera de Pascua, es un hecho demostrado (2).

Segundo hecho: Realidad de la vida de Jesucristo el día de Pascua. Sobre este hecho importa notar que no puede exigirse mas que en el de su muerte, y quizá menos, porque es mas fácil en sí comprobar la vida que la muerte de un hombre. Concedo, no obstante, que nuestros adversarios se tomen aquí un derecho que la lógica no les reconoce: quiero mas: consiento en que me pidan casi lo imposible, que me digan: «No creeremos ese hecho á menos que los contemporáneos que lo han negado nos obliguen á creerlo tanto como los que lo han atestiguado.» Acepto la condicion y me comprometo á llenarla aunque parezca tocar al último límite de lo posible en materia de certeza histórica.

Los contemporáneos que han negado el hecho de la vida de Jesus posterior á su muerte, son los miembros de la sinagoga, sacerdotes y doctores. Habian tenido cuidado de alcanzar plenos poderes del gobernador romano, para poner auténticamente el sello sobre el sepulcro y colocar en él guardias de su eleccion á fin de impedir la sustrac-

(1) San Mateo, XXVII, 66.

(2) Al fin de la demostracion del *segundo hecho*, se encontrará otra prueba irrefragable de la realidad de esta muerte.

cion del cuerpo (1), y reservarse así, en caso necesario, el medio infalible de echar por tierra cualquier rumor de resurreccion, presentando el cadáver de su victima. Habian tenido, pues, la precaucion de comprobar la presencia del cadáver, y de asegurarse de que no existia en el sepulcro mas abertura que la de la entrada (2): esto era cosa que no podia escaparse á personas indiferentes que hubieran querido escudarse contra el peligro de un falso rumor de resurreccion: de consiguiente cuánto mas imposible es que los enemigos de Jesus, y enemigos como aquellos, omitiesen llenar ese deber instintivo de la prudencia mas vulgar y menos interesada en el objeto de semejante precaucion (3).

El cuerpo de Jesus no fué hallado ya en el sepulcro al tercer dia de su inhumacion: sus enemigos estaban en los lugares mismos que conocian tan perfectamente como las personas, y tenian en su mano toda la autoridad apetecible para descubrir la verdad. Por otra parte las consecuencias de la resurreccion de Jesus eran para ellos terribles, mortales. El desprestigio, la degradacion, la mancha infame de la sangre inocente vertida, su religion vacilante, hundida, y con su caída, su caída personal y la de su familia: habia motivos para poner en juego todos los recursos de su imaginacion, para escitar poderosamente á buscar medios eficaces de demostrar á los ojos de la muchedumbre la fábula de aquella resurreccion, y el peligro, el riesgo apremiante del honor y de la posicion.

(1) Gran guardia de la cohorte destinada especialmente al servicio del templo, lo cual se infiere de estas palabras de Pilatos: *¡guardias tenéis!* y de que despues de la resurreccion algunos de los soldados se fueron inmediatamente á casa de los principes de los sacerdotes. (San Mateo, XXVII, 65; XXVIII, 11).

(2) Una mirada bastaba, pues el sepulcro estaba labrado en la peña donde se le ve todavia.

(3) Aun cuando, contra toda posibilidad, hubiera sido de otro modo, no por eso estaria menos demostrada la resurreccion de Jesucristo: al fin de este capítulo se verá claramente.

social hace ingeniosos, aun á los menos hábiles. Pues bien: ¿en qué se fijaron exclusivamente como su único recurso? En sostener que los discípulos robaron el cuerpo de Jesus mientras dormian los guardias. Esto es lo que sabemos por la historia evangélica (1), por San Justino mártir, filósofo erudito, que habiendo nacido en Sichem, en la Palestina, y viviendo en la primera mitad del segundo siglo, no podía menos de hallarse bien enterado del hecho: San Justino echaba en cara al judío Tryphon que el Sanhedrin habia enviado hombres especialmente elegidos al efecto por todas partes donde habia israelitas, á fin de informar á estos de que *los discípulos de Jesus habian robado su cadáver depositado en un sepulcro* (2). Esto es lo que sabemos igualmente por el testimonio mudo, pero irrecusable de toda la antigüedad sagrada y profana que no presenta vestigio de ninguna otra alegacion de parte de la sinagoga: si la hubiese habido, por poco razonable que fuese, evidentemente los rabinos que le han sucedido y que han vivido siempre paralelamente á la Iglesia cristiana, no hubieran dejado de conservar el recuerdo de ella y de trasmitirla fielmente hasta nuestros dias. Esto es lo que resulta, en fin, de que los filósofos antiguos que participaron del ódio de los judíos al cristianismo, tales como Celso, Porfirio y Juliano no hayan tenido otra cosa que oponer. Esta alegacion es, pues, la única que pudieron emplear entonces; de consiguiente hoy como entonces, no hay medio entre estas dos hipótesis: ó la resurreccion

(1) San Mateo, XXVIII, 13, 14, 15.

(2) Seria hacer poco favor á mis lectores y á mi mismo el detenerme aqui en la fábula grotesca y absurda fabricada por algunos rabinos del siglo V, segun la cual *Jesus, no habiendo podido ser atado á ningun leño, porque habia tenido la precaucion de encantar todas las maderas pronunciando el nombre inefable de Dios, fué ahorcado de una col, y su cadáver robado por Judas* (que habia muerto antes que Jesus) *y presentado despues á la reina de Jerusalem Helena ó Oleina* (que jamás ha existido). No hay en el dia judío de tal cual sentido comun que se atreva á invocar esta necia rapsodia del Talmud de Babilonia: preguntenselo sino á M. Salvador.

de Jesucristo, ó el robo de su cuerpo por los discípulos. ¿Qué puede, en efecto, decirse, que los judíos no hubieran dicho si hubiesen podido? Y si no pudieron, ¿con qué derecho podrán hacerlo los incrédulos modernos?

Ahora bien; en esa suposicion de los judíos abundan las imposibilidades morales y físicas.

Es imposible, en primer lugar, que los apóstoles que debian forzosamente tener á Jesucristo por un impostor si no resucitaba, puesto que así lo habia prometido solemnemente (1); que por lo que toca á la tierra nada absolutamente tenían que esperar de su cadáver; que por lo que hace al cielo no podian aguardar mas que los castigos reservados por la Providencia para los fautores de un sectario sacrilego, de un usurpador impío de los derechos de Dios; es imposible que concibiesen el loco y malvado propósito del rapto con la idea de continuar y consolidar la impostura, cuando no han ofrecido al mundo mas que una admirable sabiduría, una piedad profunda y las virtudes mas grandes y ejemplares. En todo caso, que el filósofo que pueda decir: *Soy mejor que esos hombres, soy mas sinceramente religioso y respetuoso á la Divinidad que ellos; he mejorado mas que ellos el estado moral y social de los hombres*, les arroje la primera piedra (2).

Es imposible que los discípulos que emprendieron la fuga á la primera señal del peligro el jueves por la noche, á pesar de sus recientes protestas de fidelidad hasta la muerte (3), y cuyo jefe, que habia parecido al pronto mas determinado, acababa de negarse tres veces públicamente y bajo juramento á reconocer á Jesus, pasasen tan repentinamente de esa estremada pusilanimidad á la mas asombrosa osadía, de esa cobardía inaudita al valor necesario para jugar alegremente y sin esperanza humana

(1) San Mateo, XII, 49; XVI, 21.—San Marcos, VIII, 31; IX, 30; X, 31; XIV, 58.—San Lucas, XI, 30.—San Juan, II, 20.

(2) San Juan, VIII, 7.

(3) San Mateo, XXVII, 35.—San Marcos, XIV, 31.—San Lucas, XXII, 33.

su cabeza, arrojando el poder militar, civil y religioso, rompiendo el sello público, hollando con sus pies la autoridad de Pilatos á gusto del cual habia procedido la sinagoga, y que tenia, cosa que ellos no ignoraban, la vida y la muerte en sus manos proconsulares.

Es imposible que los discípulos hubiesen podido llegar hasta el cuerpo de Jesucristo sin pasar entre los guardias y por la única abertura del sepulcro que habian sellado los principes de los sacerdotes. Porque sabido es que ellos no eran hábiles mineros, y no se mina una roca sin ruido, sin estrépito, y sin que quede vestigio de ello: ahora bien, ni existe ni ha existido tal vestigio, y además nunca han sido acusados por sus enemigos de esa estratagemata evidentemente impracticable, atendidos los sitios, el tiempo y las personas.

Es imposible que los principes de los sacerdotes, fuertemente preocupados por el temor de que el cuerpo de Jesus fuese robado por sus discípulos, conociendo además de cuánta importancia era para ellos evitar ese rapto (pues decian á Pilatos: «El último error sería peor que el primero (1)»), y habiendo recibido de él facultades ilimitadas para elegir los guardias que quisiesen y emplearlos, como mejor les pareciese (2), es imposible, repito, que eligiesen soldados negligentes, incapaces de guardar su puesto, ó soldados sospechosos, capaces de dejarse seducir, capaces de prestarse todos á esa traicion, á ese crimen, firmes todos igualmente en su complicidad, sin que uno solo desistiese ni denunciase el crimen, sin que uno solo se arrepintiese durante el acto ó despues, ó comprase mas adelante su fortuna con una revelacion..... Así es que nunca los guardias han sido, por parte de los judios, objeto de semejante acusacion ni aun de semejante sospecha.

Es imposible que los soldados no recibiesen de la sinagoga la mas severa consigna de guardar con cuidado las

(1) San Mateo, XXVII, 64.

(2) Id., id.

avenidas, y las órdenes, las amenazas ó las promesas mas propias para tenerlos alerta contra cualquier evento: es imposible, además, que siendo tan corta la duracion de su cometido (hasta el tercer dia tan solo) no tuviesen fuerza para vigilar constantemente unos ú otros; y es imposible que no velasen cuando les iba en ello la cabeza, segun la ley.

Aun cuando fuese de otro modo, es imposible que los discípulos pasasen entre los guardias, rompiesen los sellos, hiciesen rodar, tan próximo á ellos, la enorme piedra que cerraba la entrada del sepulcro, sustrajesen el cuerpo, cuyo peso debia ser doblemente incómodo por la rigidez é inmovilidad de sus miembros, y se lo llevasen atravesando de nuevo entre los mismos guardias, sin que uno siquiera abriese los párpados ó volviese en sí.

De consiguiente, es imposible que los discípulos quisiesen, osasen ó pudiesen efectuar el rapto del cuerpo de Jesucristo, y aun admitiendo la realizacion de esa triple imposibilidad, es todavía imposible que lo hiciesen con las circunstancias consignadas en la historia; porque unos raptos no se habrian entretenido en despojar el cuerpo de los lienzos que lo envolvian, dejando en el sepulcro *las vendas separadas del sudario que habia cubierto su cabeza* (1). El rapto del cuerpo es por lo tanto la única alegacion de la sinagoga, la única que pudo aventurar, la única que puede aventurarse hoy (ya lo he dicho y demostrado): de consiguiente, la resurreccion de Jesucristo está probada por la denegacion misma de los contemporáneos, y tambien por su conducta.

¿Qué aconsejaba, qué exigía imperiosamente en tales circunstancias la prudencia mas vulgar? Una pesquisa judicial activa contra los guardias y los apóstoles, la cual era fácil y decisiva. Hacer condenar y castigar á los unos por su sueño y su connivencia, y á los otros por la violacion de un sepulcro y el rompimiento de un sello público, hu-

(1) San Lucas, XXIV, 12.—San Juan, XX, 6, 7.

biera sido dar á la fábula del rapto casi un carácter auténticamente histórico. Era preciso, además hacer pesquisas minuciosas para hallar el cuerpo de Jesús: lo cual hubiera sido un argumento concluyente contra la resurrección y contra el cristianismo. Si el río devuelve á sus orillas el crimen que el asesino quiere sumergir en sus aguas; si la tierra devuelve á la justicia humana los miembros mutilados que se le obligaba á ocultar en su seno; si el fuego mismo que los reduce á cenizas, puede dejar vestigios; y si en todos casos es cierto que nada impide apoderarse de los acusados que tiene uno bajo su poder, secuestrarlos y separar á unos de otros para hacerles vender su secreto por alguna contradicción, siempre había para la sinagoga una posibilidad favorable; ó posibilidad de hallar el cuerpo ó algunos vestigios de él, con tanto mas motivo, cuanto que en aquella época el crimen no era profundo calculador ni sábio sutil como en el seno de nuestra civilización corrompida, y solo se daba con torpes ignorantes: ó posibilidad al menos de hacer brotar la luz del choque de las respuestas de los apóstoles ó de los guardas á un interrogatorio aislado, individual. Ahora bien, aquí la sola posibilidad de éxito creaba una necesidad apremiante, irresistible de obrar, sobre todo cuando los que debían obrar nada tenían que arriesgar en sus pasos.

Y sin embargo, príncipes de los sacerdotes y doctores, en vez de proteger vuestro honor, vuestra existencia social y religiosa, en vez de servir los intereses de vuestra envidia y vuestro odio por alguno de esos medios, ¿qué hicisteis? Asistir con los brazos cruzados, inmóviles, á vuestro público descrédito, á vuestro peligro inminente de caer desde lo alto de la opinión y de la autoridad mas abajo del nivel del pueblo, en el polvo, en el lodo. Los supuestos culpables del rapto se presentaron á echaros en cara el horrible crimen del asesinato jurídico, el crimen inaudito del deicidio, y no apartásteis el rostro de esa in-

fernal iniquidad que caía como una ardiente lava sobre vosotros, y se incrustaba en vuestra frente en presencia de la multitud. Vosotros, antes tan activos, tan violentos contra Jesús; vosotros que lo sujetásteis á tantos interrogatorios, que lo arrastrásteis de tribunal en tribunal hasta que lográsteis su muerte, os limitais á vanos paliativos, á vanos simulacros de pesquisa contra los principales discípulos: todo os estimula, todo os apremia á proceder con el mayor rigor contra ellos y contra los soldados que tan mal correspondieron á vuestra confianza, y respecto de los cuales os da la ley su cuchilla, y os contentais con medidas débiles.... ¡menos todavía! pues dejais á los unos en plena libertad como personas fieles esclavas de su deber, y á los otros los amenazais primero, prohibiéndoles predicar la resurrección de Jesús, y luego los encarcelais, no ya como culpables del robo del cuerpo, no como profanadores de un sepulcro y del sello de los magistrados, sino como culpables de predicación; los encarcelais, no para interrogarlos uno á uno y fundar sobre la diversidad de sus dichos, si había lugar á ello, una acusación en forma, sino para encadenar sus palabras, que os desconciertan y hacen una admirable multitud de prosélitos (1). Ni aun parece que sospechais siquiera que el cuerpo que no está ya en el sepulcro pueda estar en otra parte, pues no tratáis de buscarlo. No, en ninguna parte, ni aun en las tradiciones orales ó escritas de vuestra nación, que puede admitir el buen sentido, se halla el menor vestigio de pesquisa ni de causa criminal contra los discípulos ni contra los soldados. Haced, pues, rendido forzosamente las armas á vuestros adversarios, y siempre tendreis contra vosotros este argumento: A toda costa debisteis formar causa; no lo hicisteis; luego no pudisteis hacerlo sin redoblar vuestra confusión, sin apresurar, sin precipitar vuestra perdición; no pudisteis hacerlo sino con

(1) *Actas de los Apóstoles*, IV, 2, 3, 17, 18; V, 18; II, 41; IV, 4; V, 14; VI, 1, 7.

esas condiciones; luego no era la impostura lo que teniais frente de vosotros, sino la verdad, cuya fuerza sujetó vuestras manos y encadenó vuestro despecho y vuestro ódio; luego vuestra conducta, tanto como vuestra alegación, demuestra la realidad de la vida de Jesucristo al tercer día de su muerte.

Y véase cómo los contemporáneos que negaron la resurrección de Jesucristo nos obligan lógicamente á creer en ella. Examinemos ahora el testimonio positivo de los apóstoles y de los demás discípulos, testimonio que puede muy bien excusar toda otra prueba.

Incurriría en una puerilidad ridícula á los ojos de todo hombre sensato, si quisiera demostrar por el raciocinio que aquellos no pudieron tomar á otro que á Jesús por Jesús mismo, pues habian pasado tres años con él en la mayor familiaridad, ó que no tomaron un fantasma por su cuerpo real y vivo, puesto que *les habló varias veces y por largo rato durante muchos días, y comió con ellos y se hizo tocar por ellos*, y tuvo que dar pruebas reiteradas y convincentes para vencer su primera incredulidad. Aquí evidentemente todo se rebela contra la posibilidad de ilusión en testigos oculares numerosos que no estaban prevenidos en favor y no eran crédulos. Si hubiesen estado prevenidos, ¿hubieran dicho los discípulos de Emmaus, con el acento de la esperanza frustrada: Nosotros esperábamos que fuese él el que libertara á Israel (1)? Pedro y Tomás, los hijos de Cebedeo, ¿hubieran vuelto á su oficio de pescadores de peces (2), olvidando que Jesús les habia prometido hacerlos *pescadores de hombres* (3)? Si hubiesen sido crédulos, ¿se hubieran negado á dar crédito al testimonio de María Magdalena, de Juana, de María, madre de Santiago, y de otras mujeres piadosas que les decian haber visto y oído á dos

(1) San Lucas, XXIV, 21.

(2) San Juan, XXI, 3.

(3) San Mateo, IV, 19.—San Marcos, I, 16.—San Lucas, V, 10.

ángeles afirmar la verdad de la vida de Jesús (4)? ¿Al de Magdalena, que decia haber visto al mismo Jesús? ¿al de los dos discípulos de Emmaus, que habian conversado con él largo rato y se habian sentado con él á la mesa (2)? ¿Hubieran merecido las reconvenciones severas de Jesús sobre el particular (3)? ¿Hubieran titubeado al verle ellos mismos, y no se hubieran decidido á creer sino despues de un exámen detenido de la realidad *de su carne y de sus huesos*, especialmente *de sus manos y pies* y aun despues de haberle servido de comer *pescado y un poco de miel*, haberle visto comer y haber recibido de sus manos los restos de esos alimentos (4)? Tomás sobre todo ¿hubiera declarado *que no creeria hasta haber puesto el dedo en las aberturas de los clavos y la mano en la herida de su costado* (5)? En una palabra, ¿hubieran necesitado los discípulos, para creer, la triple evidencia de los ojos, de los oídos y de las manos?... Y sin embargo, se han atrevido á hablar de error con semejantes testigos: Strauss ha osado sostener que fueron víctimas de una alucinación, como si la aplicación sucesiva y reiterada de esos tres sentidos de parte de testigos numerosos, diferentes en carácter, organización y temperamento, en sitios distintos, por espacio de cuarenta días (6), en un estado normal de salud, de razón y de juicio, y con disposiciones anteriores desfavorables (7), no hicieran manifiesta la falsedad de semejante pretensión. ¿A dónde no se nos podría conducir con esa teoría y un poco de lógica? Todas las relaciones, todos los derechos, todos los deberes sociales quedarían destruidos; todos los hechos históricos aniquilados; todas las

(1) San Lucas, XXIV, 10, 11.

(2) San Marcos, XVI, 11, 13.—San Lucas, XXIV, 13, 30.]

(3) San Marcos, XVI, 14.—San Lucas, XXIV, 25.—San Juan, XX, 27

(4) San Lucas, XXIV, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43.

(5) San Juan, XX, 25.

(6) Actas de los Apóstoles, 1, 3.

(7) El Evangelio dice formalmente que los discípulos de Jesús no habian comprendido que debiese resucitar de entre los muertos. (San Juan, XX, 9)

condenas en materia criminal reducidas á problema y en lo sucesivo hechas imposibles; el mundo trastornado (1).

(1) El doctor Briere ha publicado sobre las alucinaciones una obra científica en la cual proclama *la linea de demarcacion que separa las apariciones de la Santa Escritura de las de la Historia profana*; reconoce con Arnoldo é Hilbert, que las de los libros sagrados deben referirse á la *intervencion divina*, y declara que *no deben considerarse siempre como alucinaciones del oido y de la vista las circunstancias que parecen haber sido la causa de conversiones súbitas en individuos que no eran creyentes, y que tiene la firme conviccion de que Dios ha podido servirse de medios sobrenaturales para llamar á sí á hombres estraviados*.

Pero en otros varios pasajes se muestra demasiado esclusivamente médico. Ovída que ciertas analogías en los hechos no prueban su identidad; que la realidad de ciertos hechos consignados en la Santa Escritura, y que declara no ser del dominio de las alucinaciones, demuestra la posibilidad de la reproducción de esos mismos hechos; que la supervivencia del alma al cuerpo, y la existencia de agentes intermedios entre Dios y el hombre, pueden explicar mejor que la palabra alucinación, que en el fondo nada explica, el fenómeno de una aparición, en el caso en que el que asegura haber sido afectado de ella en plena vigilia por la vista y por el oido es persona muy digna de fé, y nada revela en ella ningun desorden de organización, ninguna alteración de las facultades, ninguna predisposición física ó moral. (Véase á Santo Tomas, *Suppl. q. 69, art. 3.*)

Creemos deber añadir todavía cuatro observaciones importantes para los que, contrariamente á las intenciones del autor, tratasen de asimilar las apariciones de Jesus resucitado á los casos de alucinación que refiere:

1.º Los casos de alucinación pura sin complicación de una de las formas de la locura son en extremo raros segun testimonio del mismo M. de Bois-mont que dice *no haber encontrado ninguno*: «Todos los alucinados que hemos conocido, añade, todos aquellos acerca de los cuales hemos leído observaciones en las obras de los autores modernos, presentaban señales que denotaban la perturbación de sus ideas, por muchas precauciones que tomasen para ocultar á los demas el estado de su espíritu.»

2.º Ni uno solo de los casos observados de alucinación pura que cita podría sostener una milésima ni una millonésima parte de la prueba de discusión á que hemos sometido los hechos evangélicos y el hecho de la resurrección de Jesucristo en particular: todos descansan sobre la narración de un solo autor, el cual se apoya solo en la afirmación de un solo individuo alucinado ó de dos ó mas alucinados durante la noche, al paso que los hechos evangélicos han sido vistos y tocados por mucho tiempo y de día, por numerosos testigos cuyo relato nos presenta todos los caracteres posibles de certeza. El apóstol San Pablo, citando diversas apariciones de Jesus, atestigua que *después de haberse hecho ver de once apóstoles á la vez, se mostró á mas de quinientos de los hermanos reunidos, muchos de los cuales vivian aun en su tiempo*. (1. Cor. XV, 5, 6.)

3.º En muchos de esos mismos casos citados por M. de Bois-mont, la ra-

Tenemos, pues, en los apóstoles y en los demas discípulos testigos que no se engañaron sobre la realidad de la vida de Jesucristo posterior á su muerte. ¿Se les tachará de impostura? No puede hacerse sin romper con la naturaleza y con el sentido comun: esto es lo que se deduce evidentemente de todo lo que hemos establecido en el capítulo IV sobre el carácter moral de los testigos evangélicos, y sobre su incomparable veracidad: esto es lo que se deduce con tanta mayor evidencia, cuanto que aquí no se

mon de la persona alucinada ha bastado para hacerle reconocer la falsedad de la aparición: en ninguno ha habido error de la vista, del oido y del tacto á la vez, á lo menos cuando el tacto ha sido aplicado sobre el objeto de la alucinación: todavía cita el autor dos casos, uno de día y otro de noche en que la aplicación del tacto sobre el objeto destruyó la ilusión. En las apariciones de Jesus resucitado, por el contrario, sería preciso admitir, si no fuesen reales, que la razón plena y cabal de una porción de testigos, ya en un mismo tiempo y lugar, ya en tiempos y lugares diferentes, lejos de desengañarlos por las dudas, las reflexiones y el exámen que por consiguiente debió sugerirles, les confirmó á todos invenciblemente en el error hasta el punto de hacerles sacrificar todo por sostener la realidad de esas mismas apariciones. Sería preciso admitir que esos numerosos discípulos que vieron con tanta frecuencia á Jesus por el día y le oyeron hablar ese lenguaje sencillo y sublime que solo se encuentra en sus lábios, que no pudieron menos de convencerse de que no era un fantasma, puesto que en una de sus apariciones *tomó pan y pescado y les sirvió de comer* (San Juan, XXI, 13); que en otra, *después de haber comido el mismo á su presencia, cogió los restos y se los dió* (San Lucas, XXIV, 42, 43); que una vez les invitó á que *le tocasen para que se convenciesen de la realidad de su carne y de sus huesos* (San Lucas, XXIV, 39); y que otra vez presentó delante de ellos al incrédulo Tomás, para que *las tocase, las cicatrices de las heridas de sus dos manos y de su costado* (San Juan, XX, 27);... fueron constantemente engañados por sus ojos, por sus oídos, por sus manos y por su razón, lo cual es el colmo de lo absurdo.

4.º Ninguno de esos hechos de alucinación se refiere á garantía alguna subsiguiente de la realidad del objeto, al paso que los hechos evangélicos, y especialmente el de la resurrección de Jesucristo, se hallan ligados no solo á toda especie de sacrificios de parte de los testigos, sino á milagros numerosos, incontestables, que hicieron en prueba de la verdad de su testimonio y de la realidad de aquella resurrección: ya hablaré de esto en el capítulo IX.

Creo que baste y aun sobre lo dicho para que no pueda establecerse ni una sombra de comparación entre los hechos evangélicos y cualesquiera hechos de alucinación. Basta y sobra lo dicho para relegar estos últimos á una distancia infinitamente inferior á las apariciones de Jesucristo resucitado.

trata de un engaño indiferente, sino de la impostura mas criminal, mas impia, mas execrable ante Dios y ante los hombres; la mas peligrosa y la mas comprometida para esta vida y la otra; la mas incompatible con la virtud mas vulgar y con la prudencia menos hábil y previsora.

De consiguiente esos testigos oculares ni fueron victimas de error, ni culpables de impostura; luego su testimonio es cierto, irrecusable; luego no creerlo es una injusticia, mas todavia, un extravio de la razon, porque si no se acepta un testimonio tan evidentemente exento de ilusion y de impostura, hay que rechazar tambien, para ser consecuentes, cualquiera otro testimonio humano, puesto que no hay ninguno que pueda igualársele, y entonces todo queda trastornado, todo viene abajo, y tendremos el caos, la fosa cerrada de la humanidad.

Pero todavia puedo hacer mas que referirme á lo que he dejado establecido antes; y en interés de la verdad debo hacerlo. Esos testigos á quienes se quiere acusar de impostura, ¿eran hombres razonables ó no?... Si que lo eran. Es preciso, si se quiere sostener que engañasen respecto de la resurreccion de Jesucristo, suponerles una razon, un talento, una habilidad extraordinarios, porque predicando esa resurreccion obtuvieron un éxito completo en la empresa mas gigantesca, mas difícil, mas humanamente imposible (1). Pues bien, no eran hombres ni de sentido comun siquiera, si no obedecieron al solo poder de la verdad. Principian, en efecto, á predicar públicamente la gloria de Jesus resucitado, cuando llegan á obtener la certidumbre mas completa de que Jesus les ha engañado indignamente y no pueden aguardar nada de él; despues de abandonarle estando con vida, luego que muere, y muere para siempre; todo lo sacrifican, vida y hacienda por él y por sostener el juego sacrilego de su impostura: primera locura... Principian esa predicacion en el teatro mismo donde acababan de tener lugar aquellas escenas, en

(1) Esta imposibilidad quedará demostrada en el capítulo VIII.

los sitios en que sobraba poder y facilidad para confundirlos, y no temen que todos los ecos de Jerusalem repitan contra ellos los gritos de muerte lanzados contra el mismo Jesus: segunda locura... Y por única prueba de la verdad de su palabra, dan su palabra y nada mas que su palabra: tercera é insigne locura... Dan su palabra grosera y desnuda, porque si mintieron no pudieron hacer milagros en prueba de su impostura; y esa pobre palabra de miserables pescadores, conmueve, penetra y convence á los mismos que vieron con sus ojos las ignominias y la muerte maldita del Maestro, *maldita* en la opinion de sus oyentes, porque entre los judios estaba escrito: *Maldito el que es ahorcado en el cadalso* (1). Y esos mismos oyentes en tropel olvidan todas sus preocupaciones de religion y de passion para adorar humildemente á un Dios en el *crucificado maldito* á despecho de la grande influencia de la sinagoga, de su autoridad, de sus amenazas y violencias contra los predicadores (2), á pesar de la publicidad del rumor del raptó esparcido por ella (3)... ¿Pues qué! ¿apóstoles y oyentes habian todos perdido la cabeza para obrar así contra lo que dictaba la naturaleza en todos conceptos?... No; seguramente no: los apóstoles dijeron la verdad, la verdad bien conocida y evidenciada por ellos: los oyentes creyeron en la verdad, en la verdad igualmente conocida y evidenciada por ellos: con eso todo se explica, todo entra en el órden de la razon y de la naturaleza humana. Y ademas, si hubiese sido de otro modo, si hubiese habido error ó impostura de parte de los discipulos, ¿les hubiera pres-

(1) Deuteronom., XXI, 23.

(2) Actas de los Apóstoles, IV, 3, 21; V, 40.

(3) Independientemente de las *Actas de los Apóstoles* que atestiguan esas numerosas conversiones (II, 41; IV, 4; V, 14; VI, 1, 7), sabemos por documentos incontestables que desde el principio hubo en Jerusalem una iglesia gobernada por el apóstol Santiago, que fué martirizado en aquella misma ciudad. (*Hist. ecles. de Fleury*). Los judios antiguos confiesan tambien que el número de los discipulos de Jesus se acrecentó prodigiosamente despues de su muerte, y que los apóstoles convirtieron á un gran número de judios. (*Hist. del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

tado Dios su poder para hacer en prueba de la resurreccion de su Maestro, numerosos milagros cuya certeza demostraremos en el capitulo IX?

Reasumamos.

El hecho de la muerte de Jesucristo el dia de viernes santo, es incontestable bajo el punto de vista histórico, judicial, filosófico y médico.

El hecho de la vida de Jesucristo el dia de Pascua, es asimismo incontestable bajo el punto de vista histórico, judicial, filosófico y médico.

De consiguiente el milagro de la resurreccion se halla demostrado científicamente.

Por lo demas, hubiéramos podido contentarnos, para inferir lógicamente esta consecuencia, con establecer la certeza del hecho de la vida de Jesucristo el dia de Pascua, y aun establecerlo solo con el testimonio de los discipulos, porque de ese solo testimonio, como se acaba de ver, resulta evidentemente la certeza de aquel hecho, y del mismo se deduce necesariamente la certeza del primero.

¡Pues qué! me dirá aquí mas de un lector: ¿quereis que la vida pruebe la muerte anterior? Esa consecuencia es una consecuencia insensata. Me he hecho á mí mismo esa objeccion, y vais á reconocer, como yo, la ilacion lógica de esos dos hechos. Si viviendo Jesucristo el dia de Pascua, no hubiese muerto realmente el viernes santo, al mostrarse á sus discipulos haciéndose pasar como resucitado, habria engañado inicuamente su buena fé con un objeto impio, sacrilego, abominable; de consiguiente, hubiera sido por ese solo hecho, el mas criminal impostor, el hombre mas infame del mundo.... ¿Y qué lengua, qué pluma podrian prestarse á esa blasfemia del infierno? Si: blasfemia filosófica, ya que no fuera blasfemia religiosa; blasfemia que rechaza de una manera absoluta su virtud á la vez tan santa, sublime é intachable; esa virtud que brota pura y candorosa de su corazon y de sus lábios; esa virtud que pudo arrojar á sus enemigos que se hacian todo

ojos y oidos para estudiarle y hallar en él la menor falta, aquel noble reto, aquel reto solemne: ¿quién de vosotros me convencerá de pecado (1)? esa virtud á la que hasta los oráculos de los gentiles tributaron este brillante homenaje referido por el filósofo Porfirio: «El alma de ese hombre era de una santidad eminente (2)!» esa virtud, en fin, que se vieron precisados á respetar los libros y las tradiciones de los judíos, como para confirmar el silencio de los contemporáneos de Jesus cuando hizo esta aquella interpelacion decisiva: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?» Y no venga á decirsenos aquí, como en ningun otro lugar, que la Iglesia cristiana tuvo los brazos bastante largos para adular esas tradiciones y esos libros de la nacion judaica que, aunque dispersa, ha vivido siempre enfrente de aquella desde su origen, ni que tuvo una mano bastante hábil y poderosa para borrar en ellos, á pesar de esa misma nacion, lo que podia desagradarle en ese punto.

Ademas, para hacer un papel es preciso que haya posibilidad. ¿Y cómo hubiera sido Jesucristo capaz físicamente de hacer el papel de resucitado con su debilidad extrema, resultado necesario de los largos y crueles padecimientos físicos y morales de su pasion; con sus cinco heridas abiertas todavia (porque era imposible naturalmente que al tercer dia se hubiesen cicatrizado)? ¿Cómo hubiera podido, no digo andar, y hacer lo que sabemos que hizo, sin que pareciera resentirse de esas mismas heridas, sino tenerse en pie siquiera? ¿Cómo hubiera podido, en fin, verificar otros milagros, tales como su entrada en el cenáculo, cuyas puertas tenian estrechamente cerradas los discipulos por temor á los judíos (3); su desaparicion súbita á los ojos de los dos discipulos de Emmaus, inmediatamente

(1) San Juan, XVI, 46.

(2) *Demostracion evangélica* de Eusebio, lib. III, cap. VI.

(3) San Juan, XIX, 26.

después de partido el pan que acababa de bendecir (1); y sobre todo, su ascension al cielo en presencia de aquellos testigos que firmaron con su sangre su deposicion (2)? ¿Cómo hubieran podido esos mismos testigos obrar milagros en su nombre (3)?

La realidad, pues, de la muerte de Jesus el día de viernes santo, resulta necesariamente de la realidad de sus apariciones posteriores; y acerca de la conexion lógica de estos dos hechos, presento á los adversarios del cristianismo la siguiente alternativa: No podeis negar, les diré, la resurreccion de Jesucristo, sino sosteniendo que murió el viernes y no estaba vivo el día de Pascua, ó que vivia el día de Pascua no habiendo muerto el viernes anterior. No hay aquí término medio; con que elegid. ¿Pretendeis que murió el viernes, pero que no estaba vivo al tercero día? La imposibilidad física de ilusion, la imposibilidad moral y metafísica de impostura en los discipulos, os confunden con su evidencia. ¿Pretendeis que Jesus vivia el día de Pascua, pero no habia muerto el viernes? La imposibilidad moral de una infernal supercheria de su parte, atendida su incomparable virtud, incontestable, y de hecho no contestada ni aun por sus enemigos mas encarnizados; la imposibilidad física de ejecutar ese cruel papel, y de hacer todo lo que hizo, atendiendo á los terribles padecimientos de su pasion, á los atroces tormentos de la crucifixion, á su abundante pérdida de sangre, y á sus heridas todavia abiertas; la imposibilidad metafísica de conciliar sus nuevos milagros y los de sus discipulos con esa infame y execrable comedia, os confunden igualmente

(1) San Lucas, XXIV, 30, 31.

(2) San Marcos, XVI, 19;—San Lucas, XXIV, 51;—*Actas de los Apóstoles*, 1, 9

(3) Véase el capítulo anterior.—De tal suerte se halla ligado y relacionado todo en las pruebas de la divinidad del cristianismo, que cuando se cree escapar de una viene otra á cerrar el paso, y á conducir lógicamente á la primera. Al fin de esta obra se verá puesto en evidencia este admirable encadenamiento.

con su evidencia. Quedais, pues, encerrados entre dos hechos que, examinados y discutidos separadamente, se hallan comprobados, que están tan intimamente enlazados entre sí, que aun cuando el uno estuviese despojado de sus pruebas, tendria una muy suficiente en la certeza del otro; entre dos hechos que no podeis negar juntamente, ni negar tampoco alternativamente sin condenaros á admitir los absurdos mas chocantes; y de ahí no podeis salir forzosamente sino por la consecuencia irresistible que se deduce de ambos hechos, el milagro de la resurreccion de Jesucristo. Este gran milagro, que es como la columna de la fé por la que se elevan al cielo nuestras esperanzas, queda, pues, mas y mas invenciblemente demostrado (1). ¿Habrá que contestar al terminar este capítulo, á la pregunta de Celso, y quizá tambien á la del lector: ¿Por qué la resurreccion de Jesus no fué pública como su muerte?... ¿Por qué? Porque Dios así lo quiso: es un hecho que así lo quiso y no caben argumentos contra un hecho: ¿pero por qué lo quiso Dios así? Es secreto suyo y no está obligado á descubrirnoslo. Sin embargo, no es difícil entreverlo. La nacion judaica, manchada todavia con la sangre de Jesucristo ¿no era altamente indigna de que el Hombre-Dios, vuelto á la vida, á pesar de ella, la honrase con una aparicion pública, y la obligase á su pesar á reconocerle por el Mesias? En el fondo, no hubiera sido eso mas que un milagro mas patente, y los milagros que los Apóstoles iban á hacer en breve delante del pueblo todo de Jerusalem, en prueba de la resurreccion del Salvador, debian bastar y con mucho. Véase el conjunto de la religion cristiana: en todas partes luz y oscuridad (2): bas-

(1) Esta última prueba, independientemente de todas las que preceden, destruye todas las posibilidades alegadas por Salvador en la obra que ya hemos mencionado: dicha prueba responde á todo, y no puede contestarse á ella ni aun por otra posibilidad que tenga algun viso de razon.

(2) No solo en el cristianismo sino en la filosofia puramente racional, hay siempre luz y oscuridad. ¿Qué cosa mas clara que la existencia de Dios? ¿Qué cosa mas oscura que su aseidad y el modo de su eternidad? ¿Qué

tante luz segun el pensamiento de Pascal, para alumbrar á los que sinceramente quieran ver; poca para los que tengan una disposicion contraria: bastante luz para que nuestra fé sea razonable y hasta razonada, lógicamente razonada; bastante oscuridad para que sea meritoria, para que nuestra sumision sea una hermosa virtud del alma, un magnifico tributo á la sabiduria, á la infalibilidad, á la veracidad infinitas de Dios, como las virtudes del corazon rinden homenaje á su santidad infinita y á sus demas perfecciones. La resurreccion de Jesucristo es una parte de ese admirable conjunto y no puede alterar su harmonia... En último resultado ¿no es cierta?—Si.—¿Está comprobada, como ningun otro hecho histórico puede estarlo, tanto por los que la han negado como por los que la han atestiguado?—Si.—¿No hay doble obligacion de creer lo que presenta esa doble certeza?—Si.—Pues silencio, y dese entrada á la fé: la razon lo exige. Querria saber si cuando el sol á mitad del dia se halla cubierto de nubes, ha ocurrido á nadie decir que no es de dia, ó quejarse de que no tiene bastante luz para dirigir sus pasos. ¿Y con qué derecho podriais quejaros aqui de no tener para dirigir vuestra razon en la aquiescencia á la verdad de la resurreccion de Jesucristo los rayos esplendentes de una irresistible evidencia? ¿Teneis bastante luz para caminar con paso seguro? Así lo habeis reconocido. ¿Es bastante? Pues Dios os da lo necesario: ¿os debe acaso lo supérfluo?... Y hasta lo supérfluo teneis, puesto que la resurreccion de Jesucristo está dos veces mas comprobada que los hechos históricos de que no es permitido dudar. ¿Quereis que Dios os deba la superabundancia, la saredad de luz?

cosa mas clara que su sabiduria, su bondad, su santidad infinitas? ¿Que cosa mas oscura que conciliar estas perfecciones con la existencia del mal y de todas sus consecuencias? De consiguiente, el Dios del cristianismo es muy bien el Dios de la naturaleza.

CAPITULO VII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LAS PROFECIAS.

El hombre por su ciencia reina sobre lo pasado, sobre lo presente y hasta sobre lo futuro que debe resultar de las leyes conocidas del mundo físico. Pero ante el porvenir que depende únicamente de la voluntad de Dios ó de las voluntades libres de las criaturas, especialmente de las criaturas que no existen todavía, se detiene, como ante una muralla insuperable al pie de la cual todos los esfuerzos de su genio espiran, ó cuando mas se agotan en vanas conjeturas. A la otra parte mora la ciencia divina porque nada hay oculto para Dios: eterno y solo él eterno abraza á la vez todo lo que ha sido, es y será: ó mejor dicho, para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo está presente á la vista de su inmóvil é indivisible eternidad. Lo que sabe, lo que ve, lo ha visto y sabido siempre, y siempre ha podido dar conocimiento de ello á un hombre con encargo de trasmitirlo. Si así lo ha hecho en cosa dependiente solo de su voluntad ó de las voluntades libres de las criaturas sobre todo no existentes todavía, esa es la profecía, hecho de la ciencia divina, como los demas milagros son hechos del poder divino.

Ahora bien, con muchos siglos de anticipacion mostró Dios sucesivamente á varios hombres la gran figura histó-

tante luz segun el pensamiento de Pascal, para alumbrar á los que sinceramente quieran ver; poca para los que tengan una disposicion contraria: bastante luz para que nuestra fé sea razonable y hasta razonada, lógicamente razonada; bastante oscuridad para que sea meritoria, para que nuestra sumision sea una hermosa virtud del alma, un magnifico tributo á la sabiduria, á la infalibilidad, á la veracidad infinitas de Dios, como las virtudes del corazon rinden homenaje á su santidad infinita y á sus demas perfecciones. La resurreccion de Jesucristo es una parte de ese admirable conjunto y no puede alterar su harmonia... En último resultado ¿no es cierta?—Si.—¿Está comprobada, como ningun otro hecho histórico puede estarlo, tanto por los que la han negado como por los que la han atestiguado?—Si.—¿No hay doble obligacion de creer lo que presenta esa doble certeza?—Si.—Pues silencio, y dese entrada á la fé: la razon lo exige. Querria saber si cuando el sol á mitad del dia se halla cubierto de nubes, ha ocurrido á nadie decir que no es de dia, ó quejarse de que no tiene bastante luz para dirigir sus pasos. ¿Y con qué derecho podriais quejaros aqui de no tener para dirigir vuestra razon en la aquiescencia á la verdad de la resurreccion de Jesucristo los rayos esplendentes de una irresistible evidencia? ¿Teneis bastante luz para caminar con paso seguro? Así lo habeis reconocido. ¿Es bastante? Pues Dios os da lo necesario: ¿os debe acaso lo supérfluo?... Y hasta lo supérfluo teneis, puesto que la resurreccion de Jesucristo está dos veces mas comprobada que los hechos históricos de que no es permitido dudar. ¿Quereis que Dios os deba la superabundancia, la saredad de luz?

cosa mas clara que su sabiduria, su bondad, su santidad infinitas? ¿Que cosa mas oscura que conciliar estas perfecciones con la existencia del mal y de todas sus consecuencias? De consiguiente, el Dios del cristianismo es muy bien el Dios de la naturaleza.

CAPITULO VII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LAS PROFECIAS.

El hombre por su ciencia reina sobre lo pasado, sobre lo presente y hasta sobre lo futuro que debe resultar de las leyes conocidas del mundo físico. Pero ante el porvenir que depende únicamente de la voluntad de Dios ó de las voluntades libres de las criaturas, especialmente de las criaturas que no existen todavía, se detiene, como ante una muralla insuperable al pie de la cual todos los esfuerzos de su genio espiran, ó cuando mas se agotan en vanas conjeturas. A la otra parte mora la ciencia divina porque nada hay oculto para Dios: eterno y solo él eterno abraza á la vez todo lo que ha sido, es y será: ó mejor dicho, para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo está presente á la vista de su inmóvil é indivisible eternidad. Lo que sabe, lo que ve, lo ha visto y sabido siempre, y siempre ha podido dar conocimiento de ello á un hombre con encargo de trasmitirlo. Si así lo ha hecho en cosa dependiente solo de su voluntad ó de las voluntades libres de las criaturas sobre todo no existentes todavía, esa es la profecía, hecho de la ciencia divina, como los demas milagros son hechos del poder divino.

Ahora bien, con muchos siglos de anticipacion mostró Dios sucesivamente á varios hombres la gran figura histó-

rica de Jesucristo, cada vez de una manera mas clara, con encargo de trazar cada cual á los siglos futuros lo que veia de ella, hasta que el cuadro quedó completo y acabado en sus detalles, especialmente en lo relativo á los últimos años de su vida y á las consecuencias de su muerte. De este modo los milagros de la ciencia de Dios han añadido su brillo á los milagros de su poder en favor del cristianismo.

Desdoblemos poco á poco los pliegues de ese antiguo lienzo, en el que tantas manos, á distancia á veces de muchos siglos, han venido á dar su pincelada. Intacto despues de tanto número de años, de reyes, de imperios y de naciones, forma todavia parte integrante, inseparable de un monumento escrito que se remonta al origen de las cosas y que es el mas auténtico como el mas antiguo del mundo; porque ha sido sometido en sus mil páginas al crisol de la ciencia humana mas avanzada y hostil, y ha salido triunfante de esa prueba mortal (1). Y aun cuando no nos ofre-

(1) Véanse los discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion por el Dr. Wiseman, y la obra notable de M. Nicolás: *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, tom. 1.º

M. Edgar Quinet insinuó en todas partes en la *Revista de ambos mundos*, pag. 335, año 1842, en el *Genio de las religiones* y hasta en el *Ultramontanismo*, que la exégesis alemana ha descubierto en los tesoros de la ciencia moderna con que minar la autenticidad de los libros santos. Pero cuando se habla de exégesis, hay que tener presente:

1.º Que los trabajos de hermenéutica sagrada que han dado á luz en los dos últimos siglos Ruet, Jacquolot, Abbadie, Lardner, Valsecchi, Guenée, Leland, Paley, Sherlock, Baltus, Bergier, Pompignan, Duvoisin, G. West, Lalucerne, Bullet, Veith, Pezron, Stattler, Arnauld, Colonia, Watson, Waterland, Fabrice, bastan al que los haya leído seriamente para impedirle hablar con tanta confianza de la exégesis de la escuela racionalista alemana;

2.º Que aun despues de los ataques de esa escuela, los cinco libros de Moisés no han perdido su valor histórico á los ojos de los autores de historia mas afamados de la Alemania contemporánea Stolberg, Heeren, Juan de Muller, Luder, Wachler, Schlosser, Léo, Ideler, Molitor, José Gærres, Federico de Schlegel;

3.º Que en la ciencia exegética no hay muchos nombres mas conocidos que los de Hoevernick, Hazeberg, K. Ranke, Sack, Rosenmuller, Jalm, Kueper, Hengstenberg, Cellerier, y que todos estos sábios discípulos de la

ciere esa garantia, ¿qué medio hay para contestar la autenticidad del antiguo Testamento, donde se hallan consignadas las diferentes profecías que vamos á examinar, cuando los judios tan interesados en no hacernos una confesion que les confunde, convienen y han convenido en ella en todos tiempos? Basta por otra parte para que el cuadro profético de Jesucristo conserve su fuerza de prueba, que los libros que lo contienen hayan existido incontestablemente mucho tiempo antes de la venida del que lo realizó, y la *version griega de los Setenta*, hecha, como todo el mundo sabe, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo, asegura á esos mismos libros toda la anterioridad apetecible.

Descubro primero la parte superior del cuadro y encuentro un primer trazo que data desde el principio de la familia humana y designa la redencion futura por la descendencia de la primera mujer: «Ella quebrantará tu cabeza, dice el Señor al instigador de la caída de Adan y de Eva (1).» —Pero la posteridad de la primera mujer debia ser tan numerosa y estar tan dividida y esparcida en todas las partes del globo bajo denominaciones de pueblos tan distintos! ¿Y de qué pueblo afortunado habia de salir el libertador universal?... Miro mas abajo y un segundo y tercer trazo me lo indican: «Haré salir de tí un gran pueblo, dice el Señor á Abraham, y todos los pueblos de la tierra serán

exégesis moderna demuestran la autenticidad de los cinco libros del Pentateuco;

4.º Que las objeciones que se suponen nuevas contra las profecías han sido hace mucho tiempo refutadas por sabios cuya competencia es difícil contestar. Los escritos de Ezequiel y Jeremias, por ejemplo, han sido defendidos victoriosamente por Eichhorn, Rosenmuller, Bertholdt, Gesenius, de Wette y Winer, que no son por cierto hombres crédulos: los de Isaías lo fueron por Richard Simon, Bochart, Dathe, J. D. Michaelis, Lowth, Pixer, Heusler, Jalm, Kleinert, Hengstenberg, Moeller, Hoevernick, y Beckhaus; los de Daniel por J. D. Michaelis, Jalm, Luderwald, Stocudlin, Dreser, Hoevernick, y sobre todo por Hengstenberg, cuyo profundo saber ha elogiado el mismo M. Quinet en su libro: *Alemania é Italia*. (Véanse los *Añales de filosofia cristiana*, III série, tom. XIII.)

(1) Génesis, III, 15.

benditos en tí: multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, y *todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de tí* (1). Mas abajo le veo nombrado en otros dos trazos: «De Isaac saldrá la raza que debe llevar el nombre de Abraham.... Estaré contigo y te bendeciré, dice Dios al mismo Isaac, para cumplir el juramento que hice á Abraham tu padre. Multiplicaré tus hijos como las estrellas del cielo, y *todas las naciones de la tierra serán benditas en el que descenderá de tí* (2).» Un sexto trazo completa esa designación: «Yo soy el Señor, dice Dios á Jacob, hijo de Isaac.... tu posteridad será numerosa como el polvo de la tierra.... *todas las tribus del universo serán benditas en tí y en tu descendencia* (3).» De consiguiente será el pueblo que tenga por tronco á Abraham, este nombre tan célebre hasta en el Oriente antiguo profano (4); el pueblo que habian de formar los descendientes de su hijo Isaac y de su nieto Jacob. Pero ese pueblo será dividido en tribus: y ¿cuál de esas tribus tendrá la gloria de producir al redentor?... Miro un poco mas abajo y veo la mano trémula de un anciano que en su lecho de muerte añade un nuevo trazo al cuadro: es el padre mismo de las doce tribus, Jacob, que remiando en torno suyo á sus doce hijos, profetiza acerca de cada uno de ellos, y al llegar á Judá, designa en términos solemnes la tribu que ha de llevar su nombre: «Tú, Judá, serás alabado por tus hermanas: pondrás tu mano sobre la cabeza de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán delante de tí;.... el cetro no saldrá de Judá y habrá siempre jefes de su raza hasta que venga el que ha de ser enviado, el que aguardarán las na-

(1) Génesis XII, 3; XXII, 17, 18.

(2) Génesis, XXI, 12; XXVI, 3, 4.—Véase á San Lucas, III; San Juan, VIII.

(3) Génesis, XXVIII, 13, 14.

(4) Véase la *Biblia de M. de Genoude*, y los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, por M. Nicolás.

ciones (1). Pero en esa tribu bienaventurada; ¿cuál será la familia que ha de dar al mundo su Salvador?... Un poco mas abajo todavia veo al menor de los hijos de Jessé, á David, que me indica en marcados caracteres, *el trono eterno de un rey que será hijo suyo* (2) y tambien *su señor engendrado antes de la aurora* (3); al cual *serán dadas en herencia todas las naciones* (4); y esos caracteres viene en seguida el sublime Isaias á revestirlos con sus ricos colores, pintando al *vástago que saldrá del tallo de Jessé*, sobre el cual reposará el espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fuerza, el espíritu de ciencia y de piedad; que juzgará á los pobres en justicia y se constituirá en vengador de los humildes; que herirá á la tierra con su palabra como con una vara; que será presentado como estandarte ante todos los pueblos; á quien las naciones irán á ofrecer sus oraciones y cuyo sepulcro será glorioso (5). Y á ese *vástago del tallo de Jessé* le llama el profeta Jeremias un *gérmen de justicia que Dios hará germinar de David y que será llamado el Señor nuestro justo* (6). Pero y en esa familia ¿cuál será la angusta madre de ese gran personaje? La que permaneciendo virgen no podrá llegar á ser madre suya sino por un prodigio del poder divino, y cuyo fruto se llamará *Dios con nosotros*. Tambien es Isaias el que añade ese trazo tan característico, pronunciando un oráculo que debe conmover á toda la descendencia de David: «Casa de David, presta atención.. *Ved que la virgen se hallará en cinta, dará á luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel* (7).»

Es, pues, entre el género humano el sexo de Eva el

(1) Génesis, XLIX, 5, 10. Véase la *Historia del Establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

(2) Salm. XLIV, 7, 8; CXXXI, 2.

(3) Salm. CIX, 1, 3.

(4) Salm. II, 8.

(5) Isaias, XI, 1, 2, 4, 10.

(6) Jeremías, XXIII, 6.

(7) Isaias, VII, 13, 14.

designado y designado únicamente para dar al Redentor su naturaleza de hombre; entre las innumerables hijas de Eva una mujer del pueblo hebreo; entre todas las mujeres del pueblo hebreo una mujer de la tribu de Judá; entre todas las mujeres de la tribu de Judá una mujer de la familia de David; entre todas estas últimas una virgen: porque la palabra empleada por el profeta, por mas que pese á la sutil erudicion de Voltaire, nunca significa en la Biblia otra cosa que *Virgen* en el sentido mas rigoroso (1). Reuniendo ahora todos los trazos de ese cuadro genealógico del Mesias y la historia evangélica, se ve si el hijo de Maria es el original sagrado del que ese cuadro no era mas que la copia anticipada. ¿No nació de la nacion judía, de la tribu de Judá, de la familia de David, de una virgen que pudo decir: «¿Cómo se hará eso, puesto que no conozco varon (2)?» ¿No ha sido llamado por último el *Hombre Dios*?

¿Pero en qué época se cumplirá ese gran misterio?... Cuando la tribu de Judá pierda su autoridad, nos había respondido ya Jacob (3): ahora bien, hace ya mas de diez y ocho siglos que se rompió el poder en las manos de Judá á impulsos de la política romana para no ser restablecido jamás (4)... Cuando se hayan sucedido los cuatro imperios de los asirios, los persas, los griegos y los romanos, responde Daniel, y antes de que queden totalmente destruidos: «En la época de esos imperios establecerá el Dios del cielo un reino que nunca desaparecerá y cuyo imperio no será dado á otro

(1) Véanse las *Cartas sobre Jesucristo* por Rosignol: *La incredulidad convencida por las profecías*, obra excelente de M. Pompignan, arzobispo de Viena: la *Carta tercera* de M. Drach, rabino convertido, á sus antiguos correligionarios. (*Anales de filosofía cristiana*.)

(2) San Lucas, I, 34. Según dice M. Salvador (*Jesucristo y su doctrina*, tom. I, nota) San Agustín habría creído que Maria era de la estirpe de Levi; pero el que lea al santo doctor, en el pasage mismo indicado por el filósofo judío, hallará formalmente lo contrario. (*Contra Faustum*, libro XXIII, 9.)

(3) Génesis, XLIX, 10.

(4) Véanse los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* por Nicolás.

pueblo; pero quebrantará y absorberá todos esos reinos y subsistirá eternamente (1). Ahora bien, la historia profana nos muestra la sucesion de los cuatro imperios verificada antes del establecimiento del cristianismo, que es el quinto: tambien nos muestra la historia profana el cuarto destruido hace muchos siglos y absorbido por el reino espiritual de Jesucristo, que *no ha sido dado á ningun pueblo en particular*, y que subsiste hace mas de mil y ochocientos años, á pesar de todos los combates que ha tenido que sostener, y á pesar de todos sus enemigos, asi interiores como exteriores... Tambien dijo Daniel: «Desde el edicto que se dará para la reconstruccion de Jerusalem hasta que Jesucristo aparezca, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas (2). Y tenemos que desde la orden de Artajerjes el de la Mano Larga, publicada el añovigésimo de su reinado para reconstruir la ciudad de Jerusalem, se halla cumplido ese periodo de *semanas de años* en el tiempo de la venida de Jesucristo (3)... El profeta Aggeo dijo, por último, hablando del segundo templo: «El deseado de todas las naciones vendrá y yo llenaré de gloria esta casa: si; la gloria de esta casa sobrepujará á la de la primera, y dará la paz en este lugar (4). Y lo mismo el profeta Malaquías: «Vendrá á su templo el dominador que buscáis y el ángel de la alianza que deseáis (5).» De consiguiente el segundo templo de Jerusalem se hallará en pié cuando venga el Mesias; y en pié estaba cuando vino Jesucristo, pues

(1) Daniel, IX, 25.

(2) Es evidente que en la profecía de Daniel se habla de *semanas de años*, porque sería absurdo colocar en el corto espacio que forman las *semanas de días* tantos acontecimientos considerables y sucesivos como anuncia aquel profeta. La palabra *semana* tenia ademas esa significacion entre los judíos, como se ve en el cap. XXV, vers. 8, del Levítico; y esa manera de contar tampoco era desconocida á los escritores profanos: Aristóteles habla de ella claramente (*Pol. lib. sub finem*) y especialmente Varron en sus libros intitulados las *Semanas* (M. Varro in Gellio, 3, 10).

(3) Véanse los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* por Nicolás.

(4) Aggeo, II, 8, 10.

(5) Malaquías III, 1.

hace cerca de diez y ocho siglos que fué arrasado.

Vemos, pues, que la época se halla predicha y comprobada por el estado político del pueblo judío, por el estado de los pueblos paganos y por la existencia del segundo templo, como por el número fijo de años.

También había sido anunciado el lugar del nacimiento del Mesías: De Belén de Judá, dice Micheo, saldrá el dominador de Israel, aquel cuya generacion data desde el principio y desde la eternidad (1): es decir, que será el Eterno mismo, Dios y hombre á la vez. «Dios con nosotros, había dicho Isaias antes que Micheo, el admirable, el Dios fuerte, el padre de la eternidad (2):—el Señor (Jehovah), dice también Jeremias (3):—el Santo de los Santos, dice Daniel (4).» Véanse pues claramente profetizados la nación, la familia, la virgen madre de Jesucristo, la época y el lugar donde debía nacer y su doble naturaleza divina y humana. Pero esto es poco todavía: Moisés, David, Isaias, Micheo, Jeremias, Daniel, Ezequiel, Zacarías, Malaquías le caracterizan con tanta precisión como brillantez. Será, dicen, semejante á Moisés, legislador, taumaturgo y libertador como él (5); el sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech (6); el príncipe de la paz que estenderá mas y mas su imperio y establecerá una paz eterna (7); el pastor único que apacentará las ovejas del Señor, el David que será su príncipe en la serie de todos los tiempos (8), el rey de Sion que es justo y lleva consigo

(1) Micheo, V, 2.

(2) Isaias, VII, 14; IX, 6.

(3) Jeremias, XXIII, 6.—Véase la segunda carta de un rabino convertido (M. Drach) en donde el autor prueba que las antiguas paráfrasis caldeas y todos los rabinos posteriores entendían esta profecía de la filiación humana y divina del Mesías: varios comentadores judíos dicen también formalmente que está predicho que el Mesías será el Verbo de Jehovah.

(4) Daniel, IX, 24.

(5) Deuteronomio, XVIII, 15, 18.

(6) Salmo CIX, 4.

(7) Isaias, IX, 6, 7.

(8) Ezequiel, XXXIV, 23; XXXVII, 24, 25.

la salud (1): él conducirá su rebaño con la fuerza del Señor, con la gloria del nombre del Señor su Dios: las gentes se convertirán porque él será glorificado hasta en las estremidades de la tierra, y será él mismo la paz (2). El será el justo que descenderá de las nubes y el Salvador que producirá la tierra (3); el Salvador que nuestro Dios debe enviar y que verán todas las regiones del universo (4); el ángel de la alianza deseada (5); alianza nueva, dice Jeremias, que no será semejante á la de la salida de Egipto, sino que grabará la ley de Dios en los corazones y hará conocer al Señor así al mas pequeño como al mas grande (6); alianza eterna de misericordia prometida á David (7). El será dado á los pueblos por testigo, por guía y por doctor (8); llevará la justicia entre las naciones (9), de las que será la luz y la salud (10); de quienes habrá sido esperado, nos ha dicho ya Jacob (11); de quienes habrá sido deseado nos ha dicho también el profeta Aggeo (12): si, el deseado de todos los pueblos en todos los tiempos, por confesion de Voltaire (13) y de Volney (14); pero mas especialmente en la época en que apareció Jesucristo: porque entonces los ojos de los pueblos que ardían en deseos y esperanzas se volvían al Oriente, polo de la esperanza de todas las naciones, según ha dicho el mismo Boulanger (15). Finalmente, á su venida de-

(1) Zacarías, IX, 9.

(2) Micheo, V, 4, 5.

(3) Isaias, XIV, 8.

(4) Isaias, LII, 10.

(5) Malaquías, III, 1.

(6) Jeremias, XXXI, 31, 32, 33, 34.

(7) Isaias, LV, 3.

(8) Isaias, LV, 4.

(9) Isaias, XLII, 1.

(10) Isaias, XLII, 6; XLIX, 6.

(11) Genesis, XLIX, 10.

(12) Aggeo, II, 8.

(13) Adiciones á la Historia general.

(14) Las Ruinas.

(15) Investigaciones sobre el origen del despotismo oriental.—Véase sobre lo generalmente que era esperado el Mesías, Jesucristo en presencia de

saparecerá la iniquidad, vendrá la justicia eterna y quedarán cumplidas todas las profecías (1).

Y cuando se acerque el tiempo de su manifestacion, gritará una voz en el desierto, dice Isaias: Preparad el camino del Señor, despejad sus senderos (2).—Envío á un ángel para que prepare mi camino antes de presentarme, dice tambien Malaquías, el último de los profetas, y al punto vendrá á su templo el dominador que buscáis y el ángel de la alianza que deseáis: vedle que viene ahí (3).—Ahora bien, en el desierto, inmediatamente antes de la manifestacion de Jesucristo, la voz de Juan Bautista, á cuya presencia acudian *Jerusalén, toda la Judea, todas las cercanías del Jordán y hasta muchos fariseos y saduceos* (4), les preparó los ánimos y los corazones; los ánimos con su testimonio solemne, puro á los ojos de todos, puesto que era reputado él mismo por el Mesías, fuerte con toda la autoridad de una virtud sublime, universalmente reconocida; los corazones con la predicacion y con su bautismo figurativo que los inclinaban á la paciencia (5).

¿Pero cuáles serán los signos característicos de la manifestacion del Mesías á los hombres? ¿Vendrá á herir sus ojos con cualidades exteriores?... No; crecerá, dice Isaias, como una débil planta y como un frágil tallo de una tierra seca. No hay en él belleza ni brillo. Nosotros le hemos visto; nada habia en él que atrajese las miradas, y le desconocimos (6).—Jesús nació de la familia de David en la época en que esta familia augusta, desposeida de toda su grandeza, se asemejaba á una tierra seca; y decian de él

siglo por M. Roselly de Lorgues; los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, por M. Nicolás: los *Anales de filosofía cristiana*, tablas generales: artículo *Mesías*.

(1) Daniel, IX, 24.

(2) Isaias, XL, 3.

(3) Malaquías, III, 1.

(4) San Mateo, III, 5, 7.—San Marcos, I, 4.

(5) San Juan, I, 23, 26, 29, 36.

(6) Isaias, LIII, 2.

al principio de su vida pública: «¿De donde han venido á ese hombre esa sabiduría y esos milagros?... ¿No es el hijo del carpintero (1)?» porque «imaginaban que era el hijo de José (2).»

¿Por qué signos, pues, se hará notar?... «Este es el que yo he elegido, dice el Señor en Isaias, en el que he puesto toda mi complacencia.... No gritará, ni hará afeccion de personas, ni hará resonar su voz en las calles, ni romperá la caña quebrantada, ni extinguirá la mecha que humea todavía: él juzgará en la verdad (3).» Y en otro lugar hace hablar al Mesías en estos términos: «El espíritu del Señor reposa en mí porque él me ha dado la unción divina: él me ha enviado para evangelizar á los pobres, para reanimar el valor de los corazones abatidos, para anunciar á los cautivos su gracia, á los presos su libertad; para publicar el año de reconciliacion con el Señor y el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar á todos los afligidos; para enjugar las lágrimas de los que lloran en Sion; para cambiar la ceniza de su cabeza en corona, sus lágrimas en alegría, su luto en manto de gloria (4).» Ahora bien ¿no es este, punto por punto, Jesucristo lleno de dulzura, de calma, de serenidad, de bondad, de indulgencia, de predileccion á los pobres, de piedad, de caridad universal, de amor puro de la verdad; Jesucristo, consuelo de todos los infortunios, reconciliador de los hombres con Dios, anunciando á los corazones endurecidos los terrores saludables del otro mundo y á los corazones dóciles las alegrías tan dulces de la virtud y la gloria inefable de la eternidad?

Y ese magnífico carácter del Mesías aparecerá realizado por el esplendor de los milagros mas grandes: «Vendrá el mismo Dios y os salvará; entonces se abrirán los ojos á los

(1) San Mateo, XIII, 54, 55.

(2) San Lucas, III, 3.

(3) Isaias, XLII, 2, 3.

(4) LXI, 1, 2, 3. ¶

ciegos y los sordos recobrarán el oído: entonces los cojos recuperarán la ligereza del ciervo y á los mudos se les desatará la lengua (1). • Ahora bien: Jesucristo curó milagrosamente á los ciegos, á los sordos, á los cojos, á los mudos, é hizo prodigios que *ningun otro habia hecho antes que él* (2).

Ah! indudablemente todos los espíritus y todos los corazones encantados de ese carácter y arrastrados por esos milagros ¿serán suyos?... No: «El será una piedra de escándalo para las dos casas de Israel, dice Isaías, un lazo y un objeto de ruina para los habitantes de Jerusalem: contra él se levantará una muchedumbre, y esta caerá y será destrozada (3). • Sabido es cómo los judíos han hecho de Jesucristo una piedra de escándalo, contra la que han chocado en tropel destrozándose hasta perder el estado de nacion.

Pues bien; ¿no hay bastante luz, bastante minuciosidad en las profecias?... Y sin embargo aun no hemos visto nada: esa manifestacion de la ciencia divina, á pesar de lo admirable que es, pierde casi su color ante la prediccion de la pasion y muerte de Jesucristo y de sus consecuencias.

Siete siglos antes de la aparicion del hijo de María sobre la tierra, habia visto y escrito Isaías en su capítulo 50, que Cristo sería *un hombre de dolores y sufrimientos y sería conducido á la muerte como una oveja al matadero* (4). Y cinco siglos antes de esos dolores y sufrimientos habia visto y escrito tambien Daniel en su capítulo 9 que *moriria de muerte violenta* (5); y como habia visto y precisado la época de su venida, vió y precisó la época de su muerte bajo el velo transparente de la *septuagésima semana*; y para obviar toda dificultad cronológica sobre las *semanas de*

(1) Isaías, XXXV, 4, 5, 6.

(2) San Juan, XV, 24.

(3) Isaías, VII, 14, 15.

(4) Isaías, LIII, 3, 7.

(5) *Que sería condenado á muerte por una sentencia jurídica, segun la fuerza de la palabra hebrea (Daniel, IX, 26).*

años, en la última de las cuales colocaba aquel gran sacrificio, anunció al mismo tiempo, como sucesos inmediatamente posteriores á él, la ruina total de Jerusalem, del templo y del pueblo judío, juntamente con el establecimiento de la alianza ó de la ley nueva y la abolicion de los sacrificios mosaicos: «Cristo será entregado á la muerte y el pueblo que ha de renegarle no será ya suyo. Un pueblo con su jefe que debe venir, destruirá la ciudad y el santuario: habrá ruina completa, y al fin de la guerra vendrá la desolacion pronunciada. Cristo confirmará su alianza con un gran número en la última semana, y á la mitad de esta semana quedarán abolidos las hostias y los sacrificios; la abominacion de la desolacion reinará en el templo y la desolacion durará hasta la consumacion, hasta el fin (1). • Ahora bien, la ruina total de Jerusalem, y la destruccion del templo verificadas hace cerca de diez y ocho siglos, la dispersion del pueblo judío, el establecimiento del cristianismo, la cesacion de los sacrificios de la antigua alianza, muestran á las inteligencias mas limitadas, la fecha de la inmolacion sangrienta del Mesias realizada en Jesucristo. ¿Dónde está el templo desde los últimos años del primer siglo? ¿Dónde las oblaciones y sacrificios del mosaismo? ¿Dónde la nacion judía? ¿No se halla la desolacion permanente desde entonces?... Y por otra parte ¿no ha reemplazado la Iglesia cristiana á la sinagoga? ¿no tiene en todas partes sus templos y sus altares?... No tenemos necesidad aqui ni de San Mateo, ni de San Lucas, ni de ningun autor del Nuevo Testamento: tomemos á Daniel de manos de los judíos *desolados*, leamos, y miremos despues á Jerusalem, á los judíos, á la Iglesia cristiana: ¡qué esplendor! ¡qué evidencia! ¡qué coincidencia tan completa con la muerte jurídica de Jesus en el calvario!

Pues todavia no ha sido eso bastante en los decretos de Dios, pues quiso que ese gran drama de la pasion y muerte de Jesus, único en los anales del mundo, fuese referido

(1) Daniel, IX, 26, 27.

muchos siglos antes con toda la minuciosidad de la historia, y si cabe decirlo, de un proceso verbal judicial; quiso que los testigos proféticos de ese mismo drama, elevados en alas de su espíritu divino hasta las cimas inaccesibles de la ciencia infinita, desde cuya altura contemplaban á sus pies la perspectiva del porvenir, hablasen como testigos oculares. Así es que profetas y evangelistas trazan con la misma pluma los unos el porvenir, los otros lo pasado: es el mismo cuadro y hay la misma fidelidad en las circunstancias, porque unos y otros tuvieron á la vista unos mismos objetos. Pongámoslos aquí en dos líneas paralelas y se verá que son dos espejos que reflejan unas mismas imágenes.

«Brinca de alegría, hija de Sion, da gritos de júbilo, hija de Jerusalen: mira que tu rey viene hácia ti: es el justo y el Salvador, pero es pobre y viene montado sobre una pollina y sobre el hijo de la pollina... él publicará la paz á las naciones y su poder se extenderá del uno al otro mar.» Esta es la profecía, es Zacarías (1). Jesucristo, montado de la manera dicha, hace su entrada régia en Jerusalen poco tiempo antes de su muerte, *entre los gritos de júbilo y alegría de la muchedumbre*: «Hosanna al hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor! Este es el Evangelio, es la historia (2).

Muy luego, despues de esta solemne ovacion se trama contra ese rey, ese justo, ese Salvador, una horrible traicion y se concierta una venta abominable: «Hé aquí lo que dice el Señor, mi Dios... Ellos han estimado mi valor en treinta monedas de plata: y el Señor me dijo: Arroja para el alfarero ese precio magnífico en que me han evaluado; y cogí esas treinta monedas de plata y las arrojé en el templo para el alfarero.» Esta es la profecía, es Zacarías (3).— «Uno de los doce, Judas Iscariote, fué á buscar á los

(1) Zacarías, IX, 9, 10.

(2) San Mateo, XXI.—San Marcos, XI.

(3) Zacarías, X, 4, 12, 13.

principes de los sacerdotes y les dijo: ¿Qué quereis darmé y os lo entregaré?... Y ellos convinieron en darle treinta monedas de plata.... Cuando Judas vió que Jesus habia sido condenado, impulsado por los remordimientos llevó las treinta monedas de plata á los principes de los sacerdotes y las arrojó en el templo..., y ellos despues de haberse reunido en consejo compraron la tierra de un alfarero para dar sepultura á los extranjeros.» Este es el Evangelio, es la historia (1).

¿Pero el Salvador no hubiera podido sustraerse á esa traicion, á esa venta execrable? Indudablemente que hubiera podido, si no se hubiese entregado voluntariamente por nosotros. «Fué inmolado porque quiso.» Esta es la profecía, es Isaiás (2). Jesus habia dicho: «Doy mi vida para volverla á tomar: nadie me la quita; yo soy quien me la quito porque tengo el poder para quitármela y volverla á recobrar (3).» Y en efecto en su mano estaba hacer abortar la traicion de Judas, á quien conocia tan bien de antemano: en su mano estaba no aguardar en el huerto de Gethsemani al traidor y á sus satélites. Este es el Evangelio, esta es la historia (4).

¿Y á qué fin entregarse de esa manera? ¿Para qué dejarse sacrificar de ese modo?... «El justo se acerca... Ese justo por excelencia cargará con las iniquidades de los hombres... El fué herido á causa de nuestros pecados, y fué martirizado por nuestros crímenes: el castigo que ha de traernos la paz cayó sobre él, y nosotros hemos sido curados por sus heridas: nosotros nos descarriamos todos como ovejas, estraviándose cada cual de su camino, y el Señor hizo recaer sobre sí la iniquidad de todos nosotros.» Esta

(1) San Mateo, XXVI, 14, 15.—San Marcos, XIV, 10.—San Lucas, XXII, 4.—San Juan, XIII, 2.—San Mateo, XXVII, 3, 5, 7.

(2) Isaiás, LIII, 7.

(3) San Juan, X, 17, 18.

(4) San Mateo, XXVI, 21, 45, 46.—San Marcos, XIV, 18, 41, 42.—San Lucas, XXII, 21.—San Juan, XIII, 21; XVIII, 4.

es la profecía, es Isaías (1). «Soy inocente de la muerte de este justo, exclamó Pilatos lavándose las manos delante del pueblo.» Jesús es «el cordero de Dios que quita los pecados del mundo: Soy el buen pastor, dice él mismo, y doy mi vida por mis ovejas: mi sangre va á ser derramada en favor de la muchedumbre para la remision de los pecados.» Este es el Evangelio, es la historia (2).

¿Y cuáles serán las circunstancias de ese sacrificio?... Despreciado, mirado como el último de los hombres, hombre de dolores, sabe lo que es sufrir: su rostro está como oscurecido por el desprecio, hasta el punto de que nosotros no hicimos de él ningún caso: le hemos mirado como á un leproso, como á un hombre humillado y herido por la mano de Dios.» Esta es la profecía, es Isaías (3). «Soy un gusano de la tierra y no un hombre, el oprobio de los hombres, y el desecho del pueblo: he abandonado mi cuerpo á los que lo atormentan, mis mejillas á los que las hieren: no he apartado mi rostro de las escupiduras de la ignominia: ellos atravesaron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos (4): ellos se complacieron en mirarme y contemplarme: ellos se repartieron entre sí mis vestiduras y se adjudicaron á la suerte mi túnica: ellos me dieron hiel por alimento, y para apagar mi sed me dieron á beber vinagre.» Esta es también la profecía, es David (5), á la cual hay que añadir esta otra frase de Isaías: «El fué colocado entre los malvados (6).» Jesús fué preso, atado como un ladrón, escarnecido, abofeteado, tratado como loco, azotado, cubierto de saliva, vestido por burla con algunos retazos de escarlata, coronado de espinas, golpeado en la

(1) Isaías, LI, 5; LIII, 11; LIII, 5, 6.

(2) San Mateo, XXVII, 24.—San Juan, I, 29; X, 14, 15.—San Mateo, XXVI, 21.—San Marcos, XIV, 24.—San Lucas, XXII, 20.

(3) Isaías, LII, 3, 4.

(4) Véase sobre este texto la disertación de la *Biblia de Venecia*, revisada por M. Drach.

(5) Salmo XXI, 17, 18, 19; LXVIII, 22.

(6) Isaías, LIII, 12.

cabeza; ridiculizado con un cetro de caña, con genuflexiones y saludos burlescos, comparado á Barrabás que fué preferido á él, condenado al suplicio infame de los esclavos: «luego le llevaron para crucificarle. Cuando llegó al sitio llamado Gólgatha ó Calvario, le dieron á beber vino mezclado con hiel, y crucificaron con él á dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda. Después de crucificado, los soldados cogieron sus vestiduras de las que hicieron cuatro partes, una para cada soldado: tomaron también la túnica y dijeron entre sí: No la dividamos sino echémosla á la suerte. Después de esto Jesús, sabiendo que todo estaba cumplido, á fin de que lo fuese también una palabra de la Escritura, dijo: Tengo sed; y como hubiese allí un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja, y atándola al hisopo se la acercaron á la boca.» Este es el Evangelio, es la historia (1).

Pero indudablemente, en medio de tantas humillaciones y sufrimientos brillará algo sobrehumano en la persona del Mesías.... Así es: una paciencia, una dulzura, una calma, un silencio sublimes, una generosidad digna de un Dios: «Fué sacrificado porque quiso y no despegó sus labios: será conducido á la muerte como un cordero: estará mudo como una oveja delante del que la esquila;... oró por los culpables.» Esta es la profecía, es Isaías (2). Jesús es objeto de las calumnias más atroces: «el Gran Sacerdote se levanta y le dice: ¿Nada respondes á lo que deponen contra tí? Pero Jesús guardaba silencio.» En presencia del gobernador romano, «hallándose acusado por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo, nada respondió. Entonces le dice Pilatos: ¿No oyes de cuantas cosas te acusan?... Pero él á nada contestó, de suerte que el gobernador estaba admirado.» Igual silencio delante de Herodes. En el camino del Calvario, unas piadosas muje-

(1) San Mateo, XXV, XXVIII.—San Marcos, XIV, XV.—San Lucas, XXII, XXIII.—San Juan, XVIII, XIX.

(2) Isaías, LIII, 12.

res vertieron lágrimas al verle: «No floreis por mí, les dijo, sino por vosotras y por vuestros hijos;» y clavado en la cruz ruega por sus verdugos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Este es el Evangelio, es la historia (1).

Queda una última circunstancia: «Todos los que me veían se burlaron de mí, hablaron con ultraje y movieron la cabeza diciendo: Ya que esperó en el Señor, que el Señor le liberte, que le salve ahora si le ama.» Esta es la profecía, es David (2). — «Los que pasaban blasfemaban de él meneando la cabeza y diciéndole: Tú que destruyes el templo y lo vuelves á edificar en tres días, sálvate á tí mismo; si eres el hijo de Dios, baja de la cruz; los principes de los doctores y los ancianos se burlaban igualmente de él diciéndole: El tiene confianza en Dios; si Dios le ama que le libre ahora.» Este es el Evangelio, es la historia (3).

Y á todas estas circunstancias proféticas de la muerte de Jesucristo añadió Dios indicaciones muy señaladas sobre su sepulcro: «Reservábasele la sepultura del impío y fué enterrado en el sepulcro del rico (4): porque ignoró la iniquidad, y la mentira no mancilló sus labios, su sepulcro será glorioso.» Esta es la profecía, es Isaías (5). Y antes que él había anunciado también David la resurrección que debía formar la gloria de ese sepulcro: «Mi carne descansar en la esperanza porque no dejareis mi alma en los infiernos y no permitireis que vuestro Santo sufra la corrupción (6).» — Un hombre rico de la ciudad de Arimathea, llamado José, que era también discípulo de Jesús, después de recoger su cuerpo, lo envolvió en un sudario muy limpio

(1) San Mateo, XXVI, 62, 63; XXVII, 12, 13, 14.—San Marcos, XIV, 60, 61; XV, 3, 4, 5.—San Lucas, XXIII, 9, 10, 27, 28, 34.

(2) Salmo XXI, 8, 9.

(3) San Mateo, XXVII, 39, 40, 41, 42.—San Marcos, XV, 29, 30, 31, 32.

(4) Este es el sentido del texto hebreo.

(5) Isaías, LIII, 9; XI, 10.

(6) Salmo XV, 9, 10.

y lo colocó en un sepulcro nuevo que había hecho socavar en la piedra.» Este es el Evangelio, es la historia (1). Y el gran milagro de su resurrección hizo imperecedera la gloria de ese sepulcro.

Finalmente, los frutos maravillosos del sacrificio de Jesucristo habían sido descritos por los profetas con los colores más brillantes. Prescindiendo de los testes que hemos tenido ya ocasión de citar: «Las prevaricaciones quedarán abolidas, dice Daniel, el pecado hallará su fin, la iniquidad será expiada, y vendrá la justicia eterna.» «El dió su vida por expiar el pecado, dice Isaías, pero tendrá una estirpe inmortal, y la voluntad del Señor será cumplida por sus manos: su alma sufrió en el dolor, pero él verá y será colmado de alegría; ese justo por excelencia justificará á una porción de hombres con su doctrina;... porque se entregó a la muerte y tomó sobre sí los pecados de la muchedumbre... le dará una multitud numerosa y tendrá parte en los despojos de los fuertes: él purificará la multitud de las naciones: ante él permanecerán los reyes en silencio, porque aquellos á quienes no fué anunciado han visto y contemplado á aquel de quien no habían oído hablar. Vengo, dice el Señor, para reunir todos los pueblos y todas las lenguas: ellos vendrán y verán mi gloria; elegiré entre mis servidores hombres á quienes enviaré lejos á las naciones del mar, á Africa, á Lidia, entre los pueblos armados de flechas, á Italia y á Grecia, á las islas más remotas, á hombres que no han oído hablar de mí y que no han visto mi gloria, y anunciarán mi gloria á los gentiles, y os traerán hermanos de en medio de todos los pueblos para ofrecerlos al Señor... y elegiré entre ellos sacerdotes y levitas (2).» Y en todo el capítulo XLIX que principia por estas palabras solemnes: «Islas, escuchadme; pueblos lejanos, prestad aten-

(1) San Mateo, XXVII, 57, 59, 60.—San Marcos, XV, 46.—San Lucas, XXIII, 51, 53.—San Juan, XIX, 38, 41.

(2) Isaías, LIII, 10, 11, 12; LII, 15; LVI.

cion, el mismo profeta pinta en un lenguaje lleno de entusiasmo, á la sinagoga por tanto tiempo sin esposo, llena de asombro á la vista de los numerosos hijos que el Mesías le lleva, y á toda la tierra que reconoce á su Salvador. David había anunciado del mismo modo el reinado del Mesías glorificado: «En los días de su imperio aparecerá la justicia y una abundancia de paz que durará tanto como la luna: él dominará desde un mar al otro, y desde el río hasta las estremidades de la tierra: todos los reyes del universo le adorarán, todas las naciones se someterán á su cetro, porque libertará al pobre de las manos del poderoso, al pobre, que carecía de auxilio; él tendrá compasión del desgraciado y del indigente, y su nombre será honrado á sus ojos: él vivirá y los pueblos le prodigarán continuas adoraciones, y le bendecirán durante todo el día. Sea alabado su nombre en todos los siglos: él subsistirá mucho mas que el sol, y todos los pueblos de la tierra serán benditos en él, todas las naciones tributarán gloria á su grandeza..... (1).» En el salmo XXI, en donde le hace hablar despues de pintar los dolores del Calvario, canta también la gran revolucion religiosa que debia seguir á ellos: «Haré conocer vuestro nombre á mis hermanos; seréis el objeto de mis alabanzas en una gran asamblea; los pueblos de las estremidades de la tierra se acordarán del Señor y se convertirán á él, y todas las familias de las naciones se prosternarán en su presencia, porque al Señor pertenece el dominio soberano y él reinará sobre las naciones: la generacion que ha de venir será declarada como perteneciente á Dios, y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer, que ha sido formado por el Señor (2).» Y ese pueblo que ha de nacer y reemplazar al pueblo judío desheredado, llevará un nombre bendito del cielo, al paso que el nombre del pueblo deicida quedará cubierto de maldicion: «Hé aquí lo que dice el Señor Dios:

(1) Salmo LXXI, 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 17.

(2) Salmo XXI, 23, 26, 28, 32.

Mis servidores se regocijarán, y vosotros os vereis llenos de confusion; y vosotros hareis que vuestro nombre sea para mis elegidos un nombre de imprecacion; el Señor Dios os perdonará y dará á sus servidores otro nombre: el que sea bendito en este nombre sobre la tierra, será bendito del Dios de verdad (1).»—Así es que la vocacion de los gentiles á la verdad, el haber enviado á los apóstoles á la conquista de las naciones, la palabra de salvacion anunciada hasta en las estremidades de la tierra, la multitud innumerable de los adoradores de Jesucristo, la eleccion de los sacerdotes de la nueva alianza entre todos los pueblos, la sumision de los príncipes de la tierra al yugo sagrado de la fé, el respeto y el amor evangélico hácia los pobres, la destruccion de los ídolos y la adoracion universal del verdadero Dios, el pueblo cristiano formado de todos los pueblos por el Señor, el nombre de cristiano, objeto de bendicion, el de judío, objeto de maldicion, son otros tantos hechos históricos cuya realizacion subordinada á un número infinito de causas libres, llama hoy la atencion de todos y habia sido vista y predicha claramente por los profetas.

Estendamos ahora ante nuestra vista con el pensamiento ese inmenso cuadro de Jesucristo y de su mision, cuadro prodigiosamente múltiple en sus detalles, prodigiosamente uno en su conjunto, cuyas partes todas tan numerosas y variadas, se enlazan tan estrechamente unas con otras, y parémonos á contemplar esa obra colosal de presciencia... ¿Cómo puede explicarse de otro modo que por la intervencion divina, esa creacion que sobrepuja en tanto grado á toda la perspicacia del entendimiento humano? ¿Se dirá que pudo ser resultado de la poética imaginacion de los profetas? Pero en ese caso no habrian imaginado circunstancias tan poco naturales, y hasta contrarias á todo lo que dicta la naturaleza, como son ignominias, tormentos y una muerte violenta é infame cuando

(1) Isaías, LXV, 13, 14, 15, 16.

se trata de trazar el papel de un personaje incomparable anunciado al mundo como su libertador. Y luego ¿cómo han venido á llenar punto por punto su realizacion en las profecías tantas particularidades dependientes de tantos agentes libres que vinieron al mundo mucho despues de la muerte de los profetas? ¿Fueron calculadas las predicciones sobre su cumplimiento, ó lo fué este sobre las predicciones? ¿Las predicciones cómo? ¿Con cinco, siete, diez siglos de anticipacion?... ¿Pues y el cumplimiento? En ese caso el hijo de Maria pudo elegir antes de que existiera, la nacion, la tribu, la familia, la madre á quien debia pertenecer, la época y el lugar de su nacimiento, disponiendo en seguida en provecho de una impostura abominable, de las voluntades libres de sus enemigos, hasta de los que no eran de su nacion, como Pilatos y los soldados, como de la voluntad de un solo hombre encadenada á la suya, sin que pudiera faltarle una sola circunstancia por casualidad, por olvido ó por un accidente cualquiera. Hay mas todavía, pues habria dispuesto de ellos de ese modo con un poder soberano para procurarse el placer de espirar entre largos y horribles sufrimientos, lleno de oprobio y de infamia, abandonado de Dios y de los hombres. Pero esto es poner en manos de Jesus un poder divino, en su cabeza un cálculo insensato, en su corazón una voluntad infernal, y por huir de la brillante luz que arrojan las profecías sobre la verdad del cristianismo, se viene á hacer de su autor no sé que especie de ser que no hay expresion con que nombrar en ningun idioma... ¿Y cómo hubiera podido, ademas, despues de su muerte, producir los frutos maravillosos de su sacrificio? ¿Cómo hubiera podido *haberse hecho amar* del un cabo al otro del universo por espacio de mas de diez y ocho siglos, y haberse hecho amar hasta el extremo de la abnegacion mas heroica, creando hácia su persona un amor igualmente sobrenatural y universal, un amor que prevalece sobre todo otro amor y *del que el tiempo, ese gran des-*

tructor, no puede gastar la fuerza ni limitar la duracion (1)?

¿Se dirá quizá que la casualidad reúne á veces coincidencias extraordinarias?... Coincidencias aisladas, transitorias, lo concedo; pero una série de coincidencias extraordinarias, y una série inmensa, tan complicada como perfectamente enlazada en todos sus innumerables elementos, eso no es ya casualidad (suponiendo un sentido á esta palabra); es la inteligencia mas elevada, mas vasta y mas profunda; es la sabiduría de combinaciones mas completa, mas segura en el cálculo, mas fuerte en los medios, mas infalible en la accion: en otros términos, es la ciencia y el poder de Dios puestos en práctica.

¿Se dirá que los hechos de *presentimiento, de lucidez, de prevision*, que se refieren al estado magnético ó á cualquier otro estado anormal del hombre, pueden suministrar la clave natural de nuestras profecías? Semejante aserto no puede menos de avergonzar al que sepa mirar, comparar y juzgar. Admitiendo como cierto lo que se dice sobre el asunto, no se hallaria en último resultado mas que algunos hechos fugitivos que no tienen enlace alguno entre sí ni con otros hechos incontestables, y que solo hacen relacion á personas existentes y á sucesos de un interés privado, á sucesos que no son públicos, muy próximos ó que se realizan en el momento del presentimiento ó de la prevision, aunque á distancia. En nuestras profecías, por el contrario, se reconoce un encadenamiento de predicciones auténticas, públicas, relativas á sucesos públicos y de un interés general que abrazan un periodo de dos mil años, y precisadas con minuciosidad de circunstancias, de lugares, de tiempo, de personas; un encadenamiento lleno de unidad de accion, de principio, de medios, de fin, de suerte que cada profeta forma, como una página, un capítulo de la historia de Jesucristo, en perfecta armonía con el que le precede; un encadenamiento de hechos precisados y detallados, relati-

(1) Véanse sobre el particular en los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* por Nicolás, los admirables pensamientos de Napoleon.

vos á las libres determinaciones, tanto de la voluntad de Dios como de la voluntad de criaturas no existentes, y que no debían venir al mundo sino muchos siglos despues; un encadenamiento cuyos numerosos eslabones fueron completados cerca de quinientos años antes de la venida del Hijo de María; un encadenamiento, en fin, enlazado, y enlazado lógicamente con otros hechos divinos cuya certeza hemos demostrado ya. ¿Qué hombre, pues, que se respete á sí mismo, se atreverá á hablar aquí de *presentimiento*, de *lucidez*, de *prevision magnéticos*?

Pero todavía se insiste y se dice: Esa armonía tan maravillosa de las profecías y de la historia, ¿no ha podido deberse á una combinación artística de frases extraídas de los diferentes profetas?—No por cierto: léase todo el capítulo XLIX, todo el capítulo LIII de Isaías (1), y el capítulo IX de Daniel. Además, las frases que hemos citado se hallan desprendidas por sí mismas; forman pasajes considerables, y tienen de suyo un sentido completo y de tal modo aplicable al Mesías, que, haciendo aplicación de ellas al mismo, son razonables y claras, y entendiéndolas de otro modo dejan de serlo. Por lo demás, aun cuando así no fuera, no por eso sería menos notable la concordancia de las profecías y de la historia.

Un escultor hizo exactamente todas las partes de una misma estatua, y en seguida las separó hábilmente, dispersándolas. Esas partes fueron halladas y reunidas, y la estatua quedó formada por sí misma: esto era muy sencillo, y así tenía que suceder. Pero varios escultores estatuarios, pertenecientes á diversos siglos, y sin que ninguno ajustara su obra á la de otro, hicieron, poniendo

(1) Ese capítulo LIII de Isaías que pinta á Jesús con tanta verdad, refuta suficientemente por sí mismo á los que han querido aplicarlo á Oseas, á Jeremías, al mismo Isaías, al pueblo judío oprimido por los gentiles, á la parte fiel de este pueblo. Basta para convencerse de ello leer con atención sus doce versículos y hacer en seguida la aplicación enunciada, sin quitarles nada de su significación natural y razonable.

uno un brazo, otro una mano, otro la cabeza, los diferentes miembros de un cuerpo humano. Mucho tiempo despues de la muerte del último, se reunieron todas esas obras parciales, y sin añadir ni quitar nada á ellas, quedó la estatua perfecta, una, como la obra premeditada y trabajada con esmero por un solo artista: además resultó que esa estatua representaba, con la exactitud mas minuciosa, á un héroe contemporáneo, en su cuerpo, en su aire, en todas las facciones de su rostro y en todas las cualidades físicas de su persona. ¿Es esto natural? ¿Debia ni podia ser?... No, y hasta tal punto, que puede apostarse lo infinito contra uno que no sucedió así. Luego, aun cuando todo el cuadro de Jesucristo no fuese mas que un tejido de pasajes aislados, todavía podia apostarse lo infinito contra uno que la perfección de la semejanza no es efecto del arte en la coordinación de esos mismos pasajes, y que ha intervenido, en los autores que los escribieron á tan larga distancia de los sucesos, la influencia dominadora de la ciencia divina que hizo inclinar la pluma de cada profeta hácia la unidad de ese retrato, verdadera reproducción de la naturaleza. Ahora bien, *el poderse apostar lo infinito contra uno*, prueba aquí incontestablemente el milagro de la ciencia divina, como, por confesión del mismo Rousseau, prueba la imposibilidad de la producción del orden físico del mundo por el acaso, y la existencia de un Dios ordenador supremo (1).

Y siendo tales el conjunto, la claridad de las profecías realizadas en la persona de Jesús, y la necesidad lógica del milagro de la ciencia divina que resulta de esa realización, ¿cómo vosotros, judíos antiguos, contemporáneos de ese mismo Jesús, y vosotros, descendientes suyos hasta nuestros días, habeis podido y podeis desconocer en él al Enviado, objeto de todas vuestras aspiraciones?

¿Teniais y teneis aun en vuestras manos esas profecías

(1) *Emilio*, lib. IV.

que acabamos de exponer, y las mirábais y miráis aun como auténticas?

Sí.

¿Las aplicábais (vosotros al menos, judíos antiguos, que os ateniáis al sentido trasmitido por vuestros antepasados), las aplicábais casi todas, y especialmente las mas importantes al Mesías, como nosotros?

Sí: nuestras antiguas *Paráfrasis*, nuestros comentarios antiguos, expresion escrita de las tradiciones nacionales, lo atestiguan (1).

¿Por qué, pues, habeis rehusado dar crédito al Hijo de Maria?...

¡Ay! no aguardemos de ellos la respuesta: estaba predicho que serian incrédulos, y por lo mismo que el espíritu y el corazón del hombre son dos *abismos que se unan de concierto* (2) para rechazar la verdad, hicieron prodigios de voluntaria ceguera y obstinacion, cuya herencia ha pasado á sus hijos con la de un castigo único en el mundo. Y al cumplir así lo que las profecias habian anunciado relativamente á su incredulidad y á su reprobacion, han puesto y ponen el último sello á la evidencia del milagro de la ciencia divina en favor del cristianismo. Miradlos con una venda de hierro sobre los ojos: en una mano tienen abierto el libro sagrado, y con la otra nos muestran continuamente las páginas de Daniel, de Isaías, de Oseas, de David, de Moisés, y no ven lo que ven todos los pueblos cristianos, esas mismas manos teñidas en una sangre que no se asemeja á ninguna otra de la tierra: es la sangre misma que sus antepasados, ante el pretorio romano, llamaron en otro tiempo á grandes gritos *sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus hijos* (3).

(1) *Diccionario teológico de Bergier*, artículo *Paráfrasis*.

(2) Salmo XLI, 8.

(3) San Mateo XXVII, 28.—Ya se ha visto que Isaías habia anunciado que por su incredulidad harian los judíos del Mesías como *una piedra de escándalo contra la cual chocarian y se destrozarian*, y que Daniel habia profetizado claramente su atentado contra el Mesías, y su castigo. Oseas

Desventurado pueblo, errante en el universo, en el que en ninguna parte puedes plantar una bandera ni erigir un altar para tus sacrificios, deten, si es posible, deten por un momento la marcha incésante de tu suplicio, y dínos *qué es lo que ha cubierto tu camino de tinieblas*; dínos el nombre de ese *ángel vengador* que habia visto David, y *que te arroja sin piedad lejos de tu patria* (1).... Dínos por qué has recibido y bebido el cáliz de la humillacion de todas las manos que te lo han presentado; por qué todos los pueblos con quienes has tropezado te han mandado como amos: «Inclínate, échate á tierra, porque queremos pasar por encima de tu cuerpo (2)»; y por qué has obedecido de esa suerte á todos los pueblos: dínos qué ha sido del escudo de la proteccion de tu Dios; habla; ¿qué has hecho de él?.... Nada nos contesta.... ¡Ah! pues reconoce la voz de tu hermano segundo en la voz del pueblo cristiano: él te compadece, te llama, te tiende los brazos para comunicarte la verdad que posee; ven, abracémonos; es Jacob, que tiende sus brazos á Esaú.... El pueblo judío aparta los oídos; nos maldice.... luego parece como que sacude su cabeza, esa cabeza encorvada bajo el peso de diez y ocho siglos de destierro, ignominias y sufrimientos; su pecho se dilata, se hincha.... ¡ay! ¡si pudiese llorar! ¡si

habia dicho tambien: «Los hijos de Israel estarán por muchos dias sin rey y sin príncipe, sin sacrificios y sin altares,» añadiendo para el fin de los tiempos: «Ellos vendrán y buscarán al Señor su Dios, y á David su rey, y recibirán con religioso espanto el beneficio que Jehovah reserva para el último de los dias (III, 4, 5).» Y á ese deplorable estado de los judíos habia opuesto Malaquías, para hacer mas sensible la señal del dedo de Dios, la conversion de las naciones idólatras y la ofrenda á Dios de una víctima pura y sin mancha en todos los puntos de la tierra: «Mi amor no está en vosotros, y no recibiré ya ofrenda de vuestras manos, dice aquel profeta dirigiéndose en nombre del Señor al pueblo judío; pero desde el Oriente hasta el Occidente mi nombre es grande entre las naciones, y me hacen sacrificios en todas partes, y ofrecen á mi nombre una oblacion pura, porque mi nombre es grande entre los pueblos, dice el Señor de los ejércitos (1, 11).»

(1) Salmo XXIV, 5, 6.

(2) *Incurvare ut transeamus, et posuisti ut terram corpus tuum, et quasi viam transeuntibus* (Isaías, LI, 23).

podiera caer de su párpado una sola lágrima ardiente! Pero, ¡ay! el cielo le ha negado lágrimas, y así es que su rostro se contrae, sus labios se agitan, su boca se abre, no para exhalar arrepentimiento, sino para proferir blasfemias, y de lo íntimo de esa antigua conciencia deicida sale todavía en el siglo XIX ese grito infernal: *Reus est mortis* (1): la sentencia de Jesucristo fué legal (2).

¡O Dios! ¡que ese grito de desesperación no retarde la hora de gracia y de conmiseración! ¡apresurad, apresurad mas bien la marcha de los acontecimientos que deben traerla, y que entre tanto vuestros fieles creyentes os glorifiquen, porque haceis servir tan admirablemente para el esplendor de la verdad, la incredulidad obstinada de ese pueblo disperso siempre y siempre vivo para dar el testimonio mas auténtico á vuestras profecías! ¡Que los adversarios de nuestra santa religion, despojándose de sus prevenciones, reconozcan al fin con el profundo pensador Pascal, que la realizacion de esas profecías es un milagro que subsiste hace cerca de dos mil años, y cuya incontestable garantía se halla en las manos mas desinteresadas, mas hostiles y mas fieles, como un faro destinado á llevar la luz á los ojos que quieren ver la verdad del cristianismo (3)!

(1) San Mateo, XXVI, 66.

(2) Eso es lo que pretende Mr. Salvador en su *Historia de las instituciones de Moisés*, etc., en el capítulo intitulado: *Juicio y sentencia de Jesús*. Mr. Dupin, el mayor, ha refutado perfectamente al filósofo judío en su opúsculo *Jesús ante Caifás y Pilatos*. (Véanse las *Demostraciones evangélicas* publicadas por Mr. Migne, tomo XV).

(3) Únicamente los ateos explican los judíos. La naturaleza demuestra tan claramente á Dios como la Escritura á Jesucristo; y sin embargo, hay espíritus que se ciegan hasta negar á Dios. *Los judíos son los ateos de la redención*, ha dicho muy bien M. de Genoude (*Biblia traducida*, etc.: nota al versículo VIII del cap. II de Aggeo).

CAPITULO VIII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR EL SOLO HECHO DE SU ESTABLECIMIENTO.

Jesucristo habia dicho: «Cuando yo haya sido crucificado, atraeré á mi todas las cosas (1).» ¡Frase estraña, frase insensata bajo el punto de vista humano, preciso es convenir en ello!... Figurémonos si no, que viene un hombre á decirnos con la mayor serenidad: «Cuando yo haya sido ajusticiado como el mas vil de los malhechores, me adorarán en todo el universo;» ¡con qué carcajadas, con qué profunda lástima acogeríamos semejante anuncio! Pero si realizado el hecho del suplicio, viésemos con nuestros propios ojos cumplirse igualmente el otro hecho, sin ninguna causa humana, ¿no es cierto que esclamaríamos al punto con el profeta: *Esa es la obra de Dios* (2)? ¡Con cuánto mas motivo experimentaremos esa irresistible convicción cuando hayamos reconocido por medio de una discusión profunda que el cristianismo no ha tenido para establecerse ningun medio humano, y que ha tenido en contra suya todo cuanto podia impedirle humanamente que se estableciese en el mundo!

Que el cristianismo no ha tenido para establecerse, ni la fuerza de las armas, ni el poder de los reyes, ni la influencia de la fortuna, es cosa que nadie ha puesto en duda.

(1) San Juan, XII, 32.

(2) *A Domino factum est istud* (salmo CXVII, 32).

podiera caer de su párpado una sola lágrima ardiente! Pero, ¡ay! el cielo le ha negado lágrimas, y así es que su rostro se contrae, sus labios se agitan, su boca se abre, no para exhalar arrepentimiento, sino para proferir blasfemias, y de lo íntimo de esa antigua conciencia deicida sale todavía en el siglo XIX ese grito infernal: *Reus est mortis* (1): la sentencia de Jesucristo fué legal (2).

¡O Dios! ¡que ese grito de desesperación no retarde la hora de gracia y de conmiseración! ¡apresurad, apresurad mas bien la marcha de los acontecimientos que deben traerla, y que entre tanto vuestros fieles creyentes os glorifiquen, porque haceis servir tan admirablemente para el esplendor de la verdad, la incredulidad obstinada de ese pueblo disperso siempre y siempre vivo para dar el testimonio mas auténtico á vuestras profecías! ¡Que los adversarios de nuestra santa religion, despojándose de sus prevenciones, reconozcan al fin con el profundo pensador Pascal, que la realizacion de esas profecías es un milagro que subsiste hace cerca de dos mil años, y cuya incontestable garantía se halla en las manos mas desinteresadas, mas hostiles y mas fieles, como un faro destinado á llevar la luz á los ojos que quieren ver la verdad del cristianismo (3)!

(1) San Mateo, XXVI, 66.

(2) Eso es lo que pretende Mr. Salvador en su *Historia de las instituciones de Moisés*, etc., en el capítulo intitulado: *Juicio y sentencia de Jesús*. Mr. Dupin, el mayor, ha refutado perfectamente al filósofo judío en su opúsculo *Jesús ante Caifás y Pilatos*. (Véanse las *Demostraciones evangélicas* publicadas por Mr. Migne, tomo XV).

(3) Únicamente los ateos explican los judíos. La naturaleza demuestra tan claramente á Dios como la Escritura á Jesucristo; y sin embargo, hay espíritus que se ciegan hasta negar á Dios. *Los judíos son los ateos de la redención*, ha dicho muy bien M. de Genoude (*Biblia traducida*, etc.: nota al versículo VIII del cap. II de Aggeo).

CAPITULO VIII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR EL SOLO HECHO DE SU ESTABLECIMIENTO.

Jesucristo habia dicho: «Cuando yo haya sido crucificado, atraeré á mi todas las cosas (1).» ¡Frase estraña, frase insensata bajo el punto de vista humano, preciso es convenir en ello!... Figurémonos si no, que viene un hombre á decirnos con la mayor serenidad: «Cuando yo haya sido ajusticiado como el mas vil de los malhechores, me adorarán en todo el universo;» ¡con qué carcajadas, con qué profunda lástima acogeríamos semejante anuncio! Pero si realizado el hecho del suplicio, viésemos con nuestros propios ojos cumplirse igualmente el otro hecho, sin ninguna causa humana, ¿no es cierto que esclamaríamos al punto con el profeta: *Esa es la obra de Dios* (2)? ¡Con cuánto mas motivo experimentaremos esa irresistible convicción cuando hayamos reconocido por medio de una discusión profunda que el cristianismo no ha tenido para establecerse ningun medio humano, y que ha tenido en contra suya todo cuanto podia impedirle humanamente que se estableciese en el mundo!

Que el cristianismo no ha tenido para establecerse, ni la fuerza de las armas, ni el poder de los reyes, ni la influencia de la fortuna, es cosa que nadie ha puesto en duda.

(1) San Juan, XII, 32.

(2) *A Domino factum est istud* (salmo CXVII, 32).

Solo, pues, nos cumple hacer ver, que el cristianismo, privado de esos medios exteriores, nada ha tenido en sí que pudiera bastar humanamente para su establecimiento; nada en sus dogmas, nada en su moral, nada en su culto, nada en su origen ni en sus propagadores.

Tres misterios profundos, repugnantes á la razon en sus apariencias, y que era preciso hacer profesion solemne de creer en el acto mismo de la iniciacion, eran su primera enseñanza, é inmediatamente despues venia la de otros dogmas no menos abrumadores para el orgullo del entendimiento humano. El cristianismo se hallaba, en efecto, constituido desde el principio, y no ha consultado bien la historia M. P. Leroux al sostener que sus dogmas habian ido saliendo sucesivamente del escrutinio de los concilios generales (1): antes por el contrario, los vemos claramente enunciados en escritos de una autenticidad incontestable, que aparecieron mucho tiempo antes de la celebracion de esos mismos concilios, cuyas decisiones, por otra parte, dan un brillante mentís á aquel aserto. El primer concilio general de Nicéa, por ejemplo, al tratar de materias puramente de disciplina, se espresa en estos términos: *Nos ha parecido conveniente decretar lo que sigue; pero cuando habla de dogma: La iglesia de Dios enseña*, lo cual demuestra con evidencia que los concilios no han hecho mas que comprobar la existencia anterior de los dogmas en vez de crearlos (2).

¿Y en qué siglo se intentaba hacer adoptar esos dogmas impenetrables, y hacerlos creer firmemente hasta el punto de dar la vida antes que faltar á esa fé? En un siglo que á la verdad no carecia de luces, en un siglo en que el orgullo no conocia límites, en que el escepticismo habia,

(1) *Enciclopedia nueva*, artículo Cristianismo, Concilios.—Véanse el *Ensayo sobre el panteísmo* por el abate Maret y la *Universidad católica*, tomo XXIII de la coleccion.

(2) *Conferencias sobre las doctrinas y las prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman.

por decirlo así, corroido los espíritus como el epicureísmo los corazones, y en que la alta sociedad, tan influyente con las masas, se adormecía blandamente, parte en una vaga incredulidad y parte en un indiferentismo apático. ¿Bajo qué concepto podia el cristianismo, por su doctrina dogmática, atraer á sí los espíritus de entonces, arrancándolos de las dulzuras de ese letargo soñoliento, he dicho mal, de las sombrías tinieblas de esa muerte en que yacia el mundo romano sin esperanza?... Verdad es que desataba con esa doctrina el nudo hasta entonces indisoluble de la condicion del hombre sobre la tierra; pero explicar el hombre por la caída y la redencion, era explicar un misterio por otros misterios. Verdad es tambien que ofrecia una teoria satisfactoria sobre las relaciones del hombre con Dios, y un medio positivo de obtener gracia de él despues de la violacion del orden moral, y ofrecia asimismo la realizacion completa del presentimiento natural de nuestra inmortalidad. Pero para gozar de esas ventajas habia que creer bajo su palabra (porque le suponemos aquí abandonado á sí mismo y privado de todo medio sobrenatural), habia que creer, digo, bajo su palabra, dogmas tan oscuros para la razon humana como las dudas insolubles á que contestaba. Que unos dogmas sencillos, claros, acomodados á la pasion favorita del hombre, á la independencia de todo lo que no va directamente á sus ideas y preocupaciones, logren hacerse creer naturalmente, es cosa fácil de concebir; pero dogmas complicados, oscuros, incomprendibles, misterios tales como los del cristianismo, lejos de atraer naturalmente á los hombres, debian enemistarlos, sublevarlos contra una religion de la que constituian la base.

En aquella época, han dicho algunos pensadores modernos (1), la filosofia se reasumia en la doctrina del Verbo, y estaba admitida universalmente la creencia en la

(1) Véase el *Ensayo sobre el panteísmo*, por el abate Maret, y *Jesucristo y el Evangelio*, por el abate Eduardo Chassay.

encarnacion de los dioses: de consiguiente, no tuvo el cristianismo ningun trabajo en hacer aceptar su dogma del Verbo encerrado bajo el nombre de Hijo de Dios. ¿Pero cómo unos hombres sensatos pueden olvidar que la doctrina del Verbo de Platon, ó la doctrina análoga de la filosofía del Oriente, ó de los santuarios del Egipto, eran solo conocidas de los sábios, que no eran ni con mucho la generalidad, y que no todos se hicieron cristianos? ¿Cómo pueden olvidar que su autoridad, por otra parte, era nula sobre el inmenso vulgo completamente extraño á la terminología de los filósofos y á la doctrina misteriosa de los templos; vulgo entre quien tuvo sin embargo lugar la mayor parte de las conversiones? ¿Cómo pueden desconocer la enorme distancia que separa al Verbo filosófico ó sacerdotal y las encarnaciones paganas, del dogma cristiano de la encarnacion del Hijo de Dios para la salvacion de los hombres? En Platon el Verbo era una denominacion congetural, vaga, enigmática y hasta manchada, á lo que parece, con un vergonzoso sabeismo: ó si se quiere (porque la doctrina del filósofo griego se dilata ó se condensa á voluntad de los diversos comentaristas), era una emanacion de la divinidad, pero una emanacion finita, inferior; y para convencerse de ello basta consultar los testos griegos completos de sus obras, las fuentes donde behió sus doctrinas, y las explicaciones dadas por sus discípulos. En los filósofos ó en los sacerdotes del paganismo oriental, no se halla mas que una teoría análoga de emanacion, mas ó menos oscura, ó bien alegorías metafísicas enlazadas con ensueños extravagantes; y en Egipto una cosa tan confusa y tenebrosa que los antiguos y los modernos han imaginado sobre esa doctrina religiosa las hipótesis mas contradictorias (1)... En el cristianismo, el

(1) Véanse el *Ensayo sobre el panteísmo*, por M. Maret; la *Theodicea cristiana*, por el mismo; *Jesucristo y el Evangelio*, por E. Chassay; los *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a série; los *Padres de la Iglesia*, traducción publicada por M. de Genoude; prefacio, tomo II.

Verbo era, por el contrario, una realidad dogmática y precisa; una persona divina, infinita, co-eterna é igual á Dios Padre, distinta del Padre, aunque en unidad de naturaleza. Eso es lo que demuestran las diversas partes del Nuevo Testamento, los documentos tradicionales de los tres primeros siglos; por ejemplo, la obra de Tertuliano contra Praxeas (cap. II y VII), y los escritos de San Justino, cuyo nacimiento frisa con los apóstoles: «El espone y desenvuelve, dice el doctor Neandro de Berlin, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad de las personas en Dios, con tal precision y claridad, que se ve que no era esa una doctrina formulada solo por él sino una enseñanza muy familiar entonces (3).»

Por otra parte las encarnaciones del paganismo eran fábulas sin fundamento, y fábulas acomodadas á los gustos y á las pasiones de los hombres... En el cristianismo la encarnacion del Hijo de Dios era una historia auténtica, pero historia que les heria de frente. Ese Verbo, Hijo de Dios, Dios mismo, Dios hombre, ofrecia en todas las fases de su vida mortal, los hechos mas asombrosos, y en el drama que lo terminó, todo cuanto podia lastimar y sublevar la razon humana... por diadema las espinas ensangrentadas de la ignominia y del tormento; por manto real, unos harapos encarnados; por trono, la columna de los azotes; por cetro, la caña del escarnio; por homenajes, las genuflexiones burlescas, las bofetadas, la saliva del mas profundo desprecio, y luego el leño de la infamia, el castigo de los malvados y de los esclavos entre dos criminales, en medio de las risas, de las burlas, de las bravatas mas insultantes á que no respondió la victima sino con el silencio de una impotencia aparente.

Y ahora pregunto á todo hombre sensato; ¿qué tienen que ver con esto Platon ni su Verbo, el Egipto, el Oriente, y sus doctrinas religiosas y filosóficas, ó la creencia

(3) Neandro, *Antignosticus*.—Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a série.

en las encarnaciones paganas?... ¡Ay! todo eso predisponia tan poco los ánimos á admitir al hombre Dios del Evangelio, que en la época de que hablamos muchas sectas heréticas, divididas por otra parte entre sí, estaban acordes en sostener que un Dios no habia podido nacer, sufrir y morir mas que en apariencia (1).

La nueva religion que no ofrecia atractivo ninguno por sus dogmas, no lo ofrecia mas por su moral. Indudablemente la moral cristiana era propia para agradar á una razon elevada, ilustrada, exenta de toda influencia de las falsas preocupaciones de la educacion, de la costumbre, de las pasiones. ¿Pero dónde se hallaba entonces esa razon, elevada, ilustrada, libre de influencias contrarias?... La moral cristiana era propia tambien para agradar á las conciencias enfermas, á los pobres y á todos los desgraciados, ¿Pero quién no sabe que una conciencia gangrenada concluye por no sentir su mal, ó que al menos el aguijon del remordimiento se embota por el hábito, y el peso de los mayores crímenes se hace ligero, sobre todo, cuando el desbordamiento carece de freno y es universal? Y lo era en aquella época. ¿Quién no sabe además que el cristianismo, indulgente con el verdadero arrepentimiento, era inexorable con la conversion hipócrita, y que exigia, no solo la promesa, no la apariencia vana, sino la realidad de la conversion probada por obras y por obras penosas? ¿Cuántos preceptos no imponia capaces seguramente de paralizar en los corazones abrumados por el remordimiento y en los infortunados, el deseo que hubieran podido tener naturalmente de abrazarlo? La reparacion de todas las injusticias, la enmienda de todos los agravios, las reconciliaciones mas costosas, ayunos frecuentes, abstinencias multiplicadas, privaciones por penitencia (2), la renuncia á cariños ilícitos

(1) Los basilidianos, los saturninianos, los valentinianos, los marcionitas, etc.

(2) Un autor pagano de la época, que habia observado la vida de los cristianos, representaba á estos «con el rostro pálido, la cabeza inclinada, y

tan dulces como fuertes, á hábitos los mas inveterados y halagüeños para una naturaleza corrompida, el evitar ocasiones las mas inocentes en apariencia, siempre que se viese comprometido en ellas el interés de la fé ó de la virtud; el abandono de toda riqueza poco pura, de todo provecho ilegítimo, de los teatros, de las fiestas, de los juegos públicos, de los festines mezclados de prácticas supersticiosas, de todas las reuniones profanas, en fin, cuyo sacrificio debia ser tanto mas costoso cuanto que aquella época era de molicie y disolucion y ese sacrificio debia arrastrar muchas veces en pos de sí la pérdida de la paz doméstica, bien tan dulce como precioso.... ¿No habia lo bastante para quitar el encanto de la moral evangélica á los ojos de aquellos á quienes podia presentarse al pronto como un remedio ó como un auxilio?....

Nótese bien, además, en lo que toca á los pobres y desgraciados que el cristianismo no venia, cual otro Esparlaco, á predicar una especie de cruzada contra los poderosos y felices del siglo. Su moral queria que *todos trabajasen para merecer el sustento*, como escribia San Pablo á los Tesalónicos (1); queria que los servidores, lejos de romper violentamente el yugo, *obedeciesen á los amos con el mayor respeto, no solo á los que fuesen dulces y moderados, sino tambien á los que eran ásperos y duros* (2); queria que grandes y pequeños *crucificasen todos la carne con sus pasiones y sus deseos inmoderados* (3). Seguramente no veo qué atractivo haya en semejantes prescripciones, cuyo peso debia contrabalancear con exceso para la naturaleza cualquiera otra ventaja. Todavía alcanzo menos cómo podian ser inducidos los pobres á dar el ejemplo de las primeras conversiones: naturalmente debian desear, y con

diciéndose entre sí: Haremos un ayuno de diez dias; pasaremos las noches cantando himnos.» (Luciano, *Philopatris*.)

(1) II, Thessal. III, 10.

(2) I, San Pedro, II, 18.

(3) Galat. V, 24.

arder, que los grandes, los poderosos, los ricos abrazasen la moral del cristianismo; pero ellos los primeros!.... ¿y por qué, si no era divino? ¿No estaban acaso tan apegados como las clases superiores á la religion antigua, y eran menos capaces de gustar la elevada doctrina moral de la nueva? ¿Se comprende que los pobres para poner en común su indigencia sacrificasen todas sus preocupaciones y pasiones? Humanamente no era cordura hacerlo: ¿y lo será decirlo?.... ¿Quién no sabe, por lo demás que hemos visto en nuestros días al sansimonismo, apoyado por la fortuna y hasta por el saber, y que despues de apelar á todas las pasiones de los pobres y de los proletarios, y de entretener por algun tiempo las miradas curiosas de la multitud, acabó por morir?.... Vergüenza y lástima han quedado sobre su tumba. Por último ¿quién no comprende que lo que hubiera podido ser en los pobres desgraciados, cuando se estableció el cristianismo, la causa ocasional de algunas conversiones aisladas, no pudo evidentemente ser la causa eficaz de la conversion del mundo pagano?

Se ha hablado de semejanza entre la moral de los sabios de Grecia y de Roma y la moral cristiana, como lazo que pudo hacer adoptar esta última. Pero aun suponiendo, que no es así, que de la moral filosófica antigua á la moral evangélica no haya mucha distancia ¿puede desconocerse acaso que habia muchisima distancia de la teoria á la practica? Sabido es que la teoria moral de los sabios griegos y romanos no era la práctica de la inmensa muchedumbre entregada á una disolucion espantosa; y aun entre los filósofos mismos ¿no desmentia su conducta sus hermosas palabras (1)? Al paso que la moral del cristianismo fué practicada desde el principio admirable y generalmente, mas generalmente todavia por aquellos que no sabian, por decirlo así, si habia filósofos en el mundo (2).

(1) Véanse los respectivos artículos en el *Diccionario histórico* de Feller.

(2) Véase el capítulo siguiente.

Ahora bien, para comprender, no diré lo poco fácil sino lo humanamente imposible que eso era, dirijamos una mirada en torno nuestro. Entre aquellos cuya cuna ha bendecido la religion cristiana, que han tomado posesion de la vida intelectual y moral bajo su feliz influencia, y que para observar sus preceptos no tienen que vencer educacion, preocupaciones, ni temor alguno humano, ¿cuántos hay harto débiles ó corrompidos para no vivir en armonia con sus creencias! ¿Qué habia de poder, pues, naturalmente el soplo dulce y puro de la moral evangélica sobre aquel mundo de idólatras, nacidos en la corrupcion, educados y criados en la corrupcion, que ocultaban bajo las brillantes esterioridades de la vida toda la fealdad de la muerte?.....

Por lo demás consta por la historia (y esto cortaría en caso necesario toda dificultad) que en el establecimiento del cristianismo el dogma y la moral caminaban á la par, siendo predicados y enseñados juntamente, y exigiéndose á la vez la ceremonia del uno y la práctica de la otra. Pero basta un simple exámen de ambos para convenirse de que el dogma debia naturalmente servir de obstáculo á la aceptacion de la moral, aun cuando esta no hubiera sido tan austera, como la moral debia tambien naturalmente servir de obstáculo á la aceptacion del dogma, aun cuando este no hubiera presentado todas las dificultades cuya importancia hemos dado ya á conocer.

Añádase á esto que el culto cristiano, aunque basado en la oracion y el sacrificio, cosas admitidas y practicadas en el politeismo, hablaba poco á los sentidos, estaba despojado de todo lo que halaga á la naturaleza y hasta era penoso. La sujecion á oraciones frecuentes, á prácticas molestas, á vigiliias prolongadas, iba unida á la falta de todas las distracciones, de todos los atractivos de las solemnidades paganas, porque la Iglesia tenia entonces por única pompa los graves y lúgubres simbolos de los sufrimientos y de las ignominias de su fundador, las sombrías tinieblas de la noche ó la desnudez de la soledad, y las profundi-

dades de las catacumbas (1). ¿Qué atractivo, pues, podían hallar los paganos que eran enteramente esclavos de los sentidos, en semejante culto que acompañaba á una moral y á unos dogmas tan poco propios para atraerlos?

Vemos, pues, que el cristianismo era para ellos repugnante en su origen. ¿De dónde procedía en efecto? De la Judea, país despreciado hasta lo sumo en todo el imperio. ¿De quién y por quién venía? De un judío y por judíos; y á mas de eso, de un judío de familia de artesanos, artesano él mismo, desdeñado, aborrecido y perseguido á muerte por sus propios conciudadanos, crucificado á petición de estos por los romanos, y de consiguiente objeto de aversion tanto para unos como para otros, y á mas de eso por judíos de la hez del pueblo, sin nombre, sin bienes de fortuna, sin ciencia, desdeñados también y perseguidos cruelmente por sus compatriotas. ¿Qué cuna la Judea, qué jefe un judío ajusticiado como un ladrón, qué bandera la cruz, y qué ejército doce judíos, doce pobres ignorantes! ¿Qué hombres para atraer á sí y someter sin trabajo á su autoridad á la universalidad de las naciones! ¿No había en eso á la verdad lo muy bastante para hacer mover la cabeza de lástima, mas bien que de desprecio, á todos los pueblos?

Verdad es que San Pablo cooperó con ellos, que no era un hombre vulgar y que antes de su conversión había sido iniciado en la secta de los fariseos por el doctor Gamaliel. Pero San Pablo era profundo, oscuro; y tenía un estilo muy poco popular, como se ve por sus epístolas. Ahora bien, con el oscuro fondo de la ciencia farisáica y sus cualidades de espíritu tan poco acomodadas á la inteligencia de las masas ¿qué efecto podía hacer él solo en ellas? Por eso pone por testigos á los que convirtió de que no lo fueron ni por su elocuencia, ni por la ciencia humana, sino

(1) Cecilio, en M nocio Félix, hablando de los cristianos, dice que no tienen templos, que sus reuniones son clandestinas, sus sacrificios nocturnos. (Nums. IX, X).

por la lógica de los hechos (1); y sus adversarios le echaban en cara que tenía un modo de decir despreciable (2).

Se ha dicho que el celo de esos primeros propagadores del Evangelio había hecho mucho, igualmente que la fama de sus prodigios y el temor del fin próximo del mundo unido á la esperanza de la inmortalidad del alma con que infatuaban á sus oyentes; pero eso es una pobreza digna apenas de contestacion. ¿Pues acaso los apóstoles lejos de anunciar el fin próximo del mundo no rectificaban sobre el particular el error de los que se figuraban que estaba cercano? Léase si no á San Pedro en su segunda epístola (III, 4, 8, 9) y á San Pablo en la segunda á los Tesalónicos (II, 1, 2, 3). ¿Era además el dogma de la otra vida una cosa tan nueva para el paganismo? ¿Por ventura el temor del fin del mundo ó la esperanza de la resurrección de los cuerpos, que era para la razón una especie de misterio, hubieran podido algo sin prueba ninguna, sin prenda alguna segura, sobre todo cuando ese temor y esa esperanza iban enlazados con la necesidad de creer el dogma, de practicar la moral, de observar el culto de una religión humanamente despreciable en su cuna?... Y en cuanto al celo, ¿era natural ó no? Si lo primero, esplíquenos por qué los sofistas, por ejemplo, que iban dando lecciones de ciudad en ciudad (3), no han dejado nada en pos de sí, á pesar de su celo; por qué los hereges primitivos con doctrinas favorables á las pasiones del espíritu y de los sentidos tuvieron tan poco éxito á pesar de todo su positivismo. Además en los apóstoles, y esto no puede ponerse en duda, su celo no era el de la cimitarra, sino el de la simple persuasión, sin arte, sin preparacion, sin el recurso estudiado del talento de la palabra que el mismo San Pablo se gloriaba de despreciar (4); y ese celo, aun cuando llevado al extremo

(1) Cor. II, 4.

(2) II, Cor. X, 10.

(3) Diccionario de Moreri; art. *Sofistas*.

(4) I, Cor. I, 17, 11, 14, 3.

¿era bastante humanamente para neutralizar la repugnancia tan natural y tan fuerte que inspiraban el dogma, la moral, el culto y el origen de la nueva religion?..... Era sobrenatural el celo de los apóstoles?.... ¡Oh! convengo en ello sin dificultad; pero entonces ese celo es un arma á favor nuestro y una prueba mas en favor de nuestra causa.

Queda la seducción de los prodigios. Ya se verá en el capítulo siguiente la realidad y la divinidad de los milagros hechos por los apóstoles, y de consiguiente lo vano de esa supuesta explicacion de los triunfos del cristianismo. Pero ¿quién no sabe que el paganismo oponia prodigios á prodigios (1)? ¿Quién no ha oido hablar de Apolenio de Tya-neá recorriendo casi todas las provincias del imperio para afirmar á los pueblos en el culto de los dioses por sus discursos y por los prodigios que le atribuian (2)? ¿Y quién no ve en último resultado que si los falsos milagros hacen ilusos cuando nada cuesta creer en ellos, hubieran sido insuficientes para hacer aceptar el cristianismo con todo lo que este tenia de repugnante á los espíritus y á los corazones, sin hablar de lo que debia en apariencia impedirles adherirse á él y que espondremos en breve?

Por lo tanto el cristianismo, privado de la fuerza de las armas, del poder de los reyes, de la influencia de la fortuna, no ha tenido para establecerse humanamente ni sus dogmas, ni su moral, ni su culto, ni su origen, ni sus predicadores. ¿Pues qué tenia entonces? Nada..... Y sin embargo se ha estendido: este es un hecho cierto sobre el cual no cabe duda, y mucho antes de Constantino se habia esparcido por todas partes, llenando, dice Tertuliano, las ciudades, las islas, los castillos, las aldeas, los campos, las tribus, las decurias, los palacios, el senado, el foro. De esto ponía por testigos en el siglo segundo, á los enemigos, á los perseguidores del cristianismo, en una defensa que

(1) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(2) *Id.*

publicó dirigida á los mas poderosos é ilustrados de ellos (1); y en verdad que no era imbécil ni insensato ese ilustre defensor de la religion cristiana..... Euhorabuena, me dirán, pero habló hiperbólicamente.... ¿Y acaso hombres como Tertuliano forman tales hiperboles por el solo capricho de aparecer á los ojos de todos como necio y ridiculo y de hacer triunfar á los enemigos á quienes quieren combatir?.... Y además ¿San Ireneo, San Justino, Origenes, Clemente de Alejandria, San Cipriano, Minucio Félix, Arnobio, llevaban tambien la monomania del engaño oratorio hasta el punto de hacerse burlar y despreciar de todos los hombres sensatos, sobre todo, cuando para defender al cristianismo ante los paganos hablaban de la multitud de cristianos como de un hecho confesado por todo el mundo? ¿Y Tacito (2) y Plinio el jóven (3) y Séneca (4) y Dion Cassio (5) que hablan en lugar oportuno casi como Tertuliano, y Ceiso, que dice que la multitud de cristianos se hallaba esparcida por todas partes y que todo hombre cuerdo estaba disgustado de su doctrina por la muchedumbre misma de los que la abrazaban (6) eran tambien abogados cristianos que empleaban hiperboles exageradas?

Podria, pues, (y con tanto mas motivo cuanto que prescindiendo aqui de otras pruebas históricas del mismo hecho), podria, pues, mantener la cifra enorme que supone el testo de Tertuliano, pero nuestra causa no necesita de eso.

(1) San Ireneo, *Advers. hæres.*, lib. 1.º cap. 10.—San Justino, *Dial. cum Tryphon.*, núm. 117.—Origenes, *Homil. in Genes.*, núm. 9.—Clemente de Alej. *Stromat.*, lib. 6, cap. 18.—San Cipriano, *de Unitate eccles.*—Minucio Félix, *Octavius*, núm. 9.—Arnobio, *Advers. gentes*, lib. II, cap. 12.

Vease sobre el particular en los *Anales de filosofia cristiana* la relacion de varios pasages de la *Historia de la decadencia del paganismo en Occidente*, por M. Beugnot.

(2) *Anales*, lib. XV, 49.

(3) *Carta 97.*

(4) En San Agustin *de Civil. Dei*, lib. IV, cap. XI, núm. 36; y *Fragmentas de los libros de Séneca*, tom. IV, edicion de Turin, 1829.

(5) *Hist. rom.*, lib. 71, núm. 9.

(6) *Contra Cels.*, lib. II, núm. 46; lib. III, núms. 10 y 73.

Antes de Constantino había una porción de iglesias constituidas de un modo regular, en todos los puntos del imperio: las había en la India, en las Galias, en España, en Grecia, en la Palestina, en Egipto, en el Ponto, en Africa, en la isla de Creta, en la Acaya, en Capadocia, en Persia, en Macedonia, en Epiro, en la Arabia, en Bythinia, etc.: este es un hecho patente para todo el que tenga ojos y eche una mirada sobre los documentos históricos de aquella época (1). Ahora bien, este hecho se realizó por medios humanos ó por medios divinos: no cabe medio. Se ha visto que no fué por medios humanos, luego fué por medios divinos. He consiguiente el establecimiento del cristianismo es un hecho divino y por lo tanto el cristianismo es divino también... ; Pero cuánto mas asombrosa, por su fuerza irresistible de verdad, será esta consecuencia, cuando hayamos probado que el cristianismo que no tuvo en su favor nada que pudiera bastar para su establecimiento, tuvo en contra todo lo que humanamente podía impedirlo!

Abramos la historia de aquella grande época; y hablo de la historia reconocida por todos, hasta por aquellos que blasonan de ser justos y consecuentes en todo, á escepcion de la religion cristiana y de sus títulos. ¿Qué veremos en ella? A la inmensa sociedad pagana envejecida en el apego hereditario mas profundo al culto de los ídolos, que miraba como la religion primordial, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y que habia hecho engrandecerse

(1) A los documentos citados ó indicados añadiremos aqui el pasaje de San Ireneo, en que este santo doctor invoca el testimonio de las iglesias de Alemania, de España, de la Galia céltica, de Egipto, de la Lybia, de las que se hallan así en los extremos como en el centro del mundo. (*Advers. Hær.*, lib. 1, c. 10); el de Tertuliano en donde escribiendo contra los judíos habla de las iglesias de los parthos, de los medos, de los armenios, de los gétulos, de los moros, de la Iberia, de las Galias, de los bretones, de los sarmatas, de los dacios, de los germanos, de los scitas y de una porción de provincias é islas desconocidas (*Advers. Jud.*, c. 7); y los concilios celebrados relativamente al día de Pascua en Palestina, en Acaya, en el Ponto, en Roma, en las Galias, sin contar las asambleas de obispos del Asia menor (*Eusebio. Hist. eccl.*, lib. V, c. 13).

á las familias y á los imperios; la veremos devorada hasta las entrañas por el cáncer de la codicia, de la intemperancia, del egoismo duro y brutal, de la lujuria mas asquerosa; veremos á los pequeños y á los esclavos iniciados en todas las torpezas de los grandes y de los poderosos (1); los veremos á todos apasionados por las fiestas risueñas en que los aromas esquisitos, los brillantes adornos, los ricos cintillos, los juegos, los bailes y los conciertos embriagaban los sentidos. Y con sobrada frecuencia, como es sabido, en el culto pagano, constituidas las pasiones en sacerdotisas desvergonzadas de los dioses, modelos de todos los vicios, ofrecían impudentemente en altares abominables con la cabeza coronada de flores y los pies en el fango, el incienso impuro y fétido de una sucia corrupcion y de un torpe desenfreno.

Añádase á ese poder de la costumbre erigida en naturaleza, á ese poder de la tradicion inmemorial, de la inclinacion imperecedera y tan fuerte á todo lo que hace la felicidad del hombre carnal, los numerosos oráculos, los cuadros votivos en los templos, los prodigios atribuidos á los dioses (2).

Pues bien, el cristianismo se presenta á ese mundo pagano hiriendo con el anatema y cubriendo de solenne desprecio todas sus creencias, prohibiendo con inexorable severidad la pompa de sus sacrificios y fiestas y el placer de los espectáculos (3), exigiendo imperiosamente y sin demora un cambio moral completo en el individuo y en sus relaciones de familia y de sociedad, una renuncia absoluta de las inclinaciones favoritas, de los hábitos mas arraiga-

(1) Véase *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, part. 2.º cap. 1.º *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(2) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(3) Origenes *contra Cels.*, lib. VIII, 21, 24, 28.—Los paganos corrían con tal frenesí á los espectáculos, que Tertuliano pudo decir muy bien: «muchos hay á quienes la idea de verse obligados á renunciar á este placer aleja mas del cristianismo que el temor de ser condenados á muerte por haberlo abrazado» (*Contra los espectáculos*, núm. 11).

dos y tenaces, hasta el horror á una sola mirada voluptuosa, á un solo deseo impuro, á un solo pensamiento desordenado, el horror á la venganza en apariencia mas legitima, el perdón de las injurias mas graves, hasta el amor á los mas crueles enemigos; en una palabra, el cristianismo viene á reconstituir al hombre y al hombre todo entero; y en vez de todo lo que podía atraerle por los sentidos á una religion nueva, no ofrece mas que formas austeras, tristes, y la desnudez de un culto demasiado en armonía con sus dogmas y su moral. Ese recién llegado de Jerusalem, rechazado, escarnecido por la inmensa mayoría de la nación que le había visto nacer, al intentar hacer una revolucion completa en el hombre y en la gran masa de los pueblos, así en el espíritu como en el corazón y en los sentidos ¿debía vencer ó morir, especialmente cuando era despreciable á sus ojos en los apóstoles igualmente que en la vida oscura y en la muerte afrentosa de su fundador (1)? Porque naturalmente no podían mirar á Jesús sino como á un miserable vagabundo, á un vil rival de César justamente castigado por el gobernador romano. ¿Debía vencer ó perecer hallándose destituido de todo medio exterior, humano, de triunfo? ¿Cuando para él todos los medios exteriores fueron otros tantos obstáculos, como lo probaremos en breve y tuvo que luchar contra tantos enemigos nacidos en su propio seno (2)? Para derribar la creencia de la sociedad pagana, tan halagüeña á las pasiones, arraigadas en lo íntimo de las entrañas, identificadas, especialmente en los romanos, con el patriotismo, confirmadas por los innumerables triunfos de sus águilas por su dominación universal, sostenidas por falsos prodigios (3); para

(1) Arnobio, I, 36.

(2) Nunca han surgido tantas heregias como en los primeros tiempos de la Iglesia; y los paganos no se descuidaban en echar en cara á los cristianos sus divisiones, que por confesion de Clemente de Alejandria, retardaban los progresos de la verdad (Origenes, contra Cels., lib. III, núm. 10.—Gleusenta de Alejandria, Stromat., lib. VII, núm. 8).

(3) Véase la Historia del establecimiento del cristianismo, por Bulet.

dominar las costumbres mas disolutas, la licencia mas desenfrenada de todas las inclinaciones; para triunfar de todos los encantos de un culto sensual y hasta voluptuoso, la razón dice que el cristianismo, aunque hubiese estado armado de todos los medios humanos posibles, habría gastado inútilmente todos sus esfuerzos. Y al ver que privado de todo medio humano, trabajado por disensiones intestinas, y hallando los mayores obstáculos así en la antigua religion como en sí mismo, la destruyó antes de Constantino en una multitud inmensa de espíritus y corazones, la venció en tan gran número de ciudades, provincias y reinos; al ver que en lugar de ella hizo entrar en los ánimos la convicción mas fuerte de sus creencias, hizo practicar maravillosamente los preceptos y hasta los consejos evangélicos, hizo abandonar todo lo que podía agrandar naturalmente y adoptar todo lo que naturalmente debía desagradar, la razón se queda muda de asombro y esclama levantando los ojos al cielo: ¡honor y gloria al Altísimo (4)!... ¿Qué será, pues, cuando haya visto que el cristianismo, para establecerse en el mundo pagano, no solo tuvo que luchar, sin auxilio exterior, contra los motivos de repulsión inherentes á sí mismo, inherentes á la sociedad religiosa en cuyo seno enarbolaba el estandarte de la cruz, sino que tuvo que vencer la oposición exterior mas fuerte, mas encarnizada, mas general!

Nada le faltó en efecto en este concepto de lo que debía hacerlo hundir, si no hubiese estado apoyado sobre el brazo del mismo Dios. Tuvo á la vez en contra suya á los emperadores que, como jefes de la antigua religion, se veían atacados personalmente por los progresos de la religion nueva, y á los oficiales y magistrados del imperio que veían en la religion antigua un elemento esencial de la organización civil y política que era preciso conservar á toda costa; tuvo en contra suya sus proscripciones, sus calabozos, sus hogueras y cuchillas, sus tigres y sus leones y sus legiones de verdu-

(4) I, Timoteo, I, 17.

gos; tuvo en contra suya á los sacerdotes paganos amenazados en su existencia y en la de sus familias, y á la muchedumbre esclava de la autoridad sacerdotal; tuvo en contra suya á todos aquellos que por su arte, su profesion, su comercio, se hallaban materialmente interesados en el servicio de los dioses, á todos los que se aprovechaban de los templos y de los sacrificios (1); tuvo en contra suya á los ricos y á los grandes que desde lo alto de su fastuoso orgullo miraban con desden ese aborto de la Judea, osado nivelador del esclavo y del hombre libre; tuvo en contra suya á la mayor parte de las personas instruidas y de los filósofos que despreciaban el Evangelio de grosero estilo para su gusto, tanto como á los barqueros galileos fanáticos de baja esfera, deslumbrados por los nombres solos de Epicuro, de Aristipo y sobre todo del divino Platon (2). Todos se burlaban de los misterios cristianos como de una fabula mal fraguada, buena cuando mas para mujeres y niños (3); y semejantes á aquellos doctores judios que al pie del Gólgota prodigaban las burlas mas insolentes al divino crucificado, tambien ellos se mofaban con risa despreciativa de una religion que no oponia á las persecuciones, á los suplicios mas crueles sino la paciencia, é iban diciendo que un Dios que no protegía á sus adoradores contra sus enemigos no era Dios (4). Ahora bien, si los filósofos eran impotentes para derribar la idolatría, no carecian de influencia para mantener creencias y prácticas favorables á las pasiones del vulgo... Hasta se vió en aquella epoca á escritores habiles (5) poner su talento á servicio del paganismo

(1) Véase en las *actas de los apóstoles* (XIV, 24) al platónico Demetrio que reúne á todos sus camaradas y los subleva contra San Pablo diciéndoles que el cristianismo iba á arrebatárles toda la ganancia que les procuraban sus obras en honor de Diana.

(2) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

(3) Luciano, *Philopatris*.—Origenes *contra Cels.*, lib. III, 44, 49, 56.

(4) Origenes *contra Cels.*, lib. VIII, 38, 34.—Minucio Felix *Octavius*, núm. XII.—Clemente de Alejandria, *Stromat.*, lib. IV.

(5) Celso y Porfirio, que escribió segun los consejos de Platon, dice M. Ear-

y hacer sufrir á la nueva religion una guerra de pluma no menos temible quizá que la de la espada. Vióse formar contra ella en esa ciudad que Alejandro habia lanzado en su carrera sobre las márgenes del Nilo una escuela que desde el principio se anunció como una reforma y como un sosten de las antiguas creencias y del antiguo culto, y de consiguiente como enemiga del cristianismo, al que los neoplatónicos se esforzaron en poner un dique mezclando á un politeísmo depurado, ennoblecido, espiritualizado, cosas tomadas de la doctrina cristiana (1).

No faltó, en una palabra, á esa conjuración universal la guerra mas mortificante y de la mas tenaz calumnia. Si; derramóse el ultraje y la injusticia á manos llenas sobre los objetos mas sagrados de la fé y sobre los discipulos del Evangelio. El cristianismo, decian, es una *necedad absurda*, una *ciega ilusion*, una *espantosa demencia*; los cristianos son *locos rebelados contra la divinidad*; son *atéos abominables*, *antropósa*, *os monstruosos*, *enemigos de las leyes*, *de las costumbres y de toda la naturaleza*. «Merecen la cruz que adoran (2)», decian, y la cruz era entonces el instrumento maldito del suplicio mas infamante. Asi era que si sobrevenia alguna calamidad pública, á ellos se les echaba la culpa; solo ellos eran la causa por su impiedad; solo ellos debian sufrir la pena: una inundación, un temblor de tierra, el hambre, la peste eran obra de los

thelemy Saint-Hilaire. (*De la Escuela de Alejandria*, informe á la Academia, de ciencias morales y políticas).

(1) Véase la *Universidad catól.*, tom. IV; los *Anales de filosofía cristiana*, tercera serie.

(2) San Justino, *Apolog.*, I, núm. 6; *Apolog.*, II, núm. 3.—Athenágoras, *Apología de los cristianos*, núm. 30.—Tertuliano, *Apolog.*, II, VII.—Origenes, *contra Cels.*, lib. III, núm. 15; lib. VI, núms. 27, 40; *ad Autolyc.*, libro III, núm. 4.—Minucio Félix, *Octavius*, núms. 9 y 28.—Arnobio, *adversus gentes*, lib. I.—San Cipriano, *ad Demetrian.*

Tertuliano, Lactancio y otros mencionan con frecuencia la denominación de *hostes publici* aplicada á los cristianos, y en una inscripción relativa á la persecución de Diocleciano se lee: *Nomine christianorum delato, qui rempublicam evertebant.* (*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bulet.

discipulos de Cristo que despreciaban á los dioses (1). Si permanecian firmes é impasibles en medio de los tormentos y de los suplicios de toda especie, era efecto de impuros maleficios (2), porque les atribuian prácticas llenas de torpeza y crueldad (3). Se les acusaba hasta de adorar la cabeza de un vil animal, y de ahí se tomaba pie para estigmatizarlos con el apodo más innoble (4). En todas partes eran mal vistos y rechazados; eran los *parias* del imperio romano sobre los cuales se vomitaba por do quiera el ódio, la abyeccion, el oprobio y la infamia. Llegóse á emplear contra el cristianismo hasta el teatro (5) escuela poderosa de desprecio: ¿y quién lo creería? hasta la caricatura, esa arma tan apropiada para envilecer en el ánimo de los pueblos hasta las más elevadas magestades de la tierra. Tertuliano nos dice que en la ciudad de Cartago fué espuesto al público un cuadro cuya pintura, por un abominable disfraz del mismo Jesucristo, provocaba á risa á la multitud, y cita la infame inscripcion que completaba ese espantoso sacrilegio (6).

De consiguiente guerra interior de la heregia, guerra exterior del paganismo, guerra del destierro, de las prisiones, de la cuchilla, del hacha, del fuego, de las bestias feroces, de los tormentos y de la muerte cruelmente variada y prolongada (7); guerra de un sacerdocio numeroso y poderoso y de todos los interesados en el culto de los

(1) Tertuliano, *Apolog.*, cap. 40.—Orígenes, *series commentarior. in Mattheum*, XXVIII, núm. 39.—San Cipriano, *Epist. ad Demetrianum*.—Arnobio, *advers. Gent.*, libro I.

(2) Véase la *Universidad católica*, tom. IV.

(3) Tertuliano, *Apolog.*, VII.—Minucio Félix, *Octavius*, núm. 9.

(4) Se les llamaba *Asinarii*.—Tertuliano, *Apolog.*, XVI.—Minucio Félix *Octavius*, núm. 9.

(5) *Vida de los santos*, por Baillet, XXV de agosto, San Ginés

(6) *Apolog.*, XVI, *Deus christianorum Onokoitis*. Una figura semejante se halla en una ágata cuyo dibujo ha dado Munter en su obra titulada: *Los cristianos en la casa pagana* (Copenhague, 1828)—Véase la *Universidad católica*, tom. IV).

(7) Véase el capítulo siguiente.

ídolos; guerra de los grandes y de los ricos; guerra de los literatos y de los filósofos; guerra del raciocinio; guerra de la calunnia, del desprecio, del sarcasmo y del ridiculo por la palabra, por la pluma y hasta por las artes; guerra de una especie de ilotismo á que estaban condenados los que abrazaban la religion nueva (1), todas las tuvo que sufrir el cristianismo: todo lo tuvo en contra suya, todo excepto á Dios. ¿No era esto bastante y muy de sobra para que si hubiese sido obra humana, la hubiera hundido para siempre en el olvido profundo y eterno en que han caido tantas locas empresas humanas?.... El cristianismo todo lo tuvo contra sí, y desarmado, todo lo venció; y á pesar de lo poco halagüeño, digo mal, lo repugnante que era por sí mismo para los paganos, ese océano de odio, de calumnias, de desprecio, de burlas y de ultrages, de poder humano irritado, furioso; ese océano desencadenado que mil veces debia sumergirlo sin remedio, se inclinó ante él arrojando sobre sus costas los restos inmensos de los ídolos y de sus altares, mientras que hundia en sus vastos flancos la antigua religion con sus vicios y sus crímenes y los desórdenes de toda especie de que era madre querida y adorada protectora. ¿Quién es, pues, el que puede gloriarse del establecimiento del cristianismo? ¿Serán acaso los hombres? Esa obra se consumó á pesar suyo, á pesar de todos los esfuerzos combinados de todas sus pasiones, á pesar de la masa compacta de todos los obstáculos que pudieron oponerle; y eso demuestra cuán poco sólida y cuán contraria á los hechos históricos es la alegacion de los que por no reconocer en eso la accion divina han hablado de amor á la novedad ó disgusto por la idolatria. ¿Cómo puede en efecto hallar cabida el amor á la novedad en ese desencadenamiento universal contra la nueva religion, ni el disgusto por la idolatria en ese furor de sostener el politeísmo por todos los medios humanos imaginables (2)?

(1) Véase la *Universidad católica*, tomo IV.

(2) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

Pero para conocer mejor todavía que solo á Dios corresponde la gloria del establecimiento del cristianismo, pongamos á un lado el paganismo con sus emperadores, sus gobernadores proconsulares, sus magistrados y sus verdugos; con sus sacerdotes y todos sus adláteres y todos sus fautores interesados; con sus Cresos y sus grandes señores; con sus prosistas, sus poetas, sus filósofos y sus burlas y sus razonamientos sofisticos; con sus dogmas enteramente sensuales, su moral tan cómoda, su culto embriagador, sus juegos, sus fiestas, sus espectáculos; añadamos sus oráculos, y sus prodigios y sus vicios bajo todas las formas y de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases; su corrupcion pública, universal, desde las mas altas notabilidades hasta el último grado de la gerarquia política, civil y doméstica; añadamos, en fin, ese abismo insondable de desenfreno del espíritu, del corazón, de los sentidos, de la palabra, de la pluma, de las artes, embellecido, ennoblecido y consagrado por aquella religion.—Y al otro lado pongamos al cristianismo solo, sin recurso ninguno, ni de la ciencia, ni de la riqueza, ni de la fuerza; al cristianismo con un nacimiento, un apostolado, un culto, una moral y unos dogmas enteramente desfavorables al hombre pagano; al cristianismo solo, teniendo que habérselas á la vez con enemigos interiores y exteriores. ¿Cuál de los dos debía vencer naturalmente en la balanza? El paganismo, como se ha visto, era la montaña contra el grano de arena, y sin embargo, el grano de arena fué el que venció. ¿Y qué auxilio debió tener para ello? El peso del poder de Dios, y nada menos. La razon lo proclama, y por ese mismo hecho proclama la divinidad del cristianismo, cuyo esplendor va á duplicarse con el exámen de los hechos divinos que han producido su establecimiento en el mundo.

CAPITULO IX.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LOS HECHOS DIVINOS QUE HAN SERVIDO PARA ESTABLECERLO.

La accion de Dios, que la razon demuestra haber debido intervenir necesariamente en el establecimiento del cristianismo, se halla históricamente revelada por hechos incontestables y divinos de poder, de ciencia, de celo y de virtud. Pero antes de entrar directamente en las pruebas de esos hechos, tal vez no será inútil indicar aqui una especie de presuncion legitima en favor de esas cuatro especies de milagros.

En las ciencias humanas, cuando se comprueba un fenómeno cuya explicacion no puede hallarse en tal ó cual orden especial de leyes de la naturaleza, se dice: La causa está en otra parte. Indágase esa causa, y cuando en otra parte se encuentra una explicacion satisfactoria, se la acoge con placer y se dice: Esta es, porque lo explica todo. Una cuestion religiosa tiene derecho á ser tratada por lo menos bajo el mismo pié que una cuestion científica. Una vez, pues, que está demostrado, no solo que el establecimiento del cristianismo no pertenece á tal ó cual orden de fenómenos naturales, sino que se halla fuera completamente de todo orden de hechos humanos, es preciso buscar su ex-

Pero para conocer mejor todavía que solo á Dios corresponde la gloria del establecimiento del cristianismo, pongamos á un lado el paganismo con sus emperadores, sus gobernadores proconsulares, sus magistrados y sus verdugos; con sus sacerdotes y todos sus adláteres y todos sus fautores interesados; con sus Cresos y sus grandes señores; con sus prosistas, sus poetas, sus filósofos y sus burlas y sus razonamientos sofisticos; con sus dogmas enteramente sensuales, su moral tan cómoda, su culto embriagador, sus juegos, sus fiestas, sus espectáculos; añadamos sus oráculos, y sus prodigios y sus vicios bajo todas las formas y de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases; su corrupcion pública, universal, desde las mas altas notabilidades hasta el último grado de la gerarquia política, civil y doméstica; añadamos, en fin, ese abismo insondable de desenfreno del espíritu, del corazón, de los sentidos, de la palabra, de la pluma, de las artes, embellecido, ennoblecido y consagrado por aquella religion.—Y al otro lado pongamos al cristianismo solo, sin recurso ninguno, ni de la ciencia, ni de la riqueza, ni de la fuerza; al cristianismo con un nacimiento, un apostolado, un culto, una moral y unos dogmas enteramente desfavorables al hombre pagano; al cristianismo solo, teniendo que habérselas á la vez con enemigos interiores y exteriores. ¿Cuál de los dos debía vencer naturalmente en la balanza? El paganismo, como se ha visto, era la montaña contra el grano de arena, y sin embargo, el grano de arena fué el que venció. ¿Y qué auxilio debió tener para ello? El peso del poder de Dios, y nada menos. La razon lo proclama, y por ese mismo hecho proclama la divinidad del cristianismo, cuyo esplendor va á duplicarse con el exámen de los hechos divinos que han producido su establecimiento en el mundo.

CAPITULO IX.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LOS HECHOS DIVINOS QUE HAN SERVIDO PARA ESTABLECERLO.

La accion de Dios, que la razon demuestra haber debido intervenir necesariamente en el establecimiento del cristianismo, se halla históricamente revelada por hechos incontestables y divinos de poder, de ciencia, de celo y de virtud. Pero antes de entrar directamente en las pruebas de esos hechos, tal vez no será inútil indicar aqui una especie de presuncion legitima en favor de esas cuatro especies de milagros.

En las ciencias humanas, cuando se comprueba un fenómeno cuya explicacion no puede hallarse en tal ó cual orden especial de leyes de la naturaleza, se dice: La causa está en otra parte. Indágase esa causa, y cuando en otra parte se encuentra una explicacion satisfactoria, se la acoge con placer y se dice: Esta es, porque lo explica todo. Una cuestion religiosa tiene derecho á ser tratada por lo menos bajo el mismo pié que una cuestion científica. Una vez, pues, que está demostrado, no solo que el establecimiento del cristianismo no pertenece á tal ó cual orden de fenómenos naturales, sino que se halla fuera completamente de todo orden de hechos humanos, es preciso buscar su ex-

plicacion en otra esfera distinta. Trato de buscarla, y se me presenta una historia: la abro, y esa historia me explica ese establecimiento, humanamente inexplicable por cuatro especies de causas que satisfacen plenamente; so pena de inconsecuencia, debo admitirlas y decir: Por una parte, esas causas son muy posibles; por otra explican muy claramente lo que he reconocido ser humanamente inexplicable, humanamente imposible; luego esas causas, esos hechos son admisibles de antemano y científicamente creíbles, como auténticamente no se prueba que sean falsos.

Busco esa prueba de falsedad, y lejos de hallarla descubro en favor de esos mismos hechos las garantías más sólidas de certeza.

Los apóstoles y sus discípulos inmediatos consignaron y publicaron en sus escritos, en vida suya, la promesa que Jesús les había hecho del poder de hacer milagros (1). De consiguiente, los hacían cuando publicaban esa promesa del Maestro; porque si no, era lo mismo que haber perdido el juicio hasta el punto de destruir á sabiendas con una mano lo que se esforzaban en edificar con la otra; era lo mismo que dar á su Maestro, á quien llamaban su Dios, el mentís más lógico y contundente, y dárselo también á sí mismos públicamente. *Primera garantía.*

«Los tiempos antiguos, nos ha dicho Mr. Guizot (2), nos han dejado muy pocas obras cuya autenticidad se halle tan bien comprobada como la de las *Actas de los Apóstoles*, que refieren una parte de esos hechos, y son atribuidas á San Lucas, médico de Antioquia, contemporáneo, poco lejano de los sitios, y muchas veces hasta testigo ocular. Ese libro se halla citado como obra auténtica de un autor irrecusable por San Ireneo (3), contemporáneo de los discipu-

(1) San Mateo, X, 1, 8.—San Marcos, III, 15; V, 7; XVI, 17.—San Lucas, IX, 1.—San Juan, XIV, 12.

(2) Guizot, en su traducción de Gibbon.

(3) *Contra hæreses.*, lib. III, cap. XII, núm. 1; cap. XIV, núm. 1.

los inmediatos de los apóstoles, y de tan grave autoridad, como ya hemos visto; por Tertuliano (1), por Clemente de Alejandria (2), por Orígenes (3), etc. Nótanse además en él, en sus numerosos puntos de contacto con la historia, con la geografía y la antigüedad clásicas, las cualidades de un historiador tan instruido como fiel: en medio de los diversos acontecimientos que tuvieron lugar en las iglesias de la Palestina, en la capital de Grecia, en presencia de las sectas filosóficas, ante el tribunal de los procónsules romanos, en presencia de los reyes de Judea, de los gobernadores paganos de las provincias, en el seno de las olas encrespadas por la borrasca, en todas partes se lee la enunciación de las fechas, de los días, los nombres de los lugares, hasta de las personas públicas, y en todas partes se reconoce una exactitud perfecta, comprobada por los documentos profanos hasta en sus menores detalles (4). En una palabra, el autor de ese libro demuestra la prudente y concienzuda sencillez de un testigo que depone sin quitar ni añadir nada á los hechos que refiere (5). *Segunda garantía.*

Ese mismo libro está estrechamente enlazado con las Epístolas de San Pablo, que dan por supuestos los mismos hechos y atestiguan otros semejantes (6). Esas *Epístolas* se

(1) *Adversus Marcion*, lib. V, c. II, c. III.

(2) *Fragment. Ad umbrationes in priorem Petri epistolam.*

(3) *Epist. ad Africanum*, núm. 9, y á cada paso en su tratado de los principios, en el de la oración, en su exhortación al martirio, en su obra contra Celso.

Véase la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tomo V.

(4) Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a série; la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tom. V.

(5) Por ejemplo, en los capítulos XVII, 32; XXVIII, 22, 24. Véase el tomo de los *Anales*, etc.—*Credibilidad de la historia evangélica*, por Tholuck.

(6) Rom., XII, 6; XV, 19.—1 Cor., II, 4, 5; IX, 1; XII, 8, 9, 10, 28, 29, 30; XIII, 8; XIV, 5, 12, 13, 18.—2 Cor. XII, 12; XIII, 8.—Galat., III, 5.—Ephes., IV, 11.—1 Thessal., 1, 5. En estas Epístolas, San Pablo habla á los fieles á quienes escribe de los milagros que hizo en su pre-

hallan citadas ó indicadas en casi todos los escritos de los hombres apostólicos y de los doctores cristianos de la generación que sucedió al gran apóstol, y si hay algo probado históricamente sobre el Nuevo Testamento, es que desde el primer siglo eran leídas en el culto público, como obra de San Pablo (1). La relación entre las *Actas* y las *Epístolas* es tan íntima que estas en mil lugares contienen alusiones inexplicables sin la narración de las *Actas*; y además, está tan poco calculada, que los puntos de conformidad que la caracterizan parecen en cierto modo fortuitos, y no se dejan percibir sino con las observaciones delicadas de una crítica hábil sobre una porción de pasajes comparados (2). *Tercera garantía.*

Las *Actas* y las *Epístolas*, tan estrechamente enlazadas entre sí, se hallan encadenadas por mil puntos á los cuatro Evangelios, uno de los cuales, el de San Marcos, atestigua formalmente, aunque de una manera general, los mismos milagros (3): en otros términos, hechos y alusiones expresas, evidentes, se ligan y encadenan lógicamente á otros hechos que hemos sometido al examen mas riguroso, y cuya certeza hemos reconocido. *Cuarta garantía.*

Una tradición oral inmensa, inmemorial, unánime, esparcida en una multitud de pueblos separados mas aun por las rivalidades, las antipatías hereditarias, los inte-

rencia y del poder milagroso que ellos ejercen: si no hubiera podido, ¿se hubiera atrevido á hablar así sin la certeza evidente de esos milagros y de ese poder?

(1) *Del origen auténtico y divino del Nuevo Testamento*, por J. E. Cellerier. Las citas de las *Epístolas* de San Pablo en los autores mas antiguos son tan numerosas, que sería sobrado largo indicarlas: véase la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tom. VI, y también el número XXXVI de las *Prescripciones* de Tertuliano, donde atestigua la existencia de los originales de esas *Epístolas*.

(2) Véase la *Autoridad de los libros del Nuevo Testamento*, por du Voisin;—la obra del docto William Palley, *Horæ Paulinæ*;—la *Introducción hist. y crit.* por J. B. Glaire, tom. VI.]

(3) San Marcos, XVI, 20.

reses tan poderosos de religion, que por las montañas y los mares, se enlaza con el libro de las *Actas* y con las *Epístolas*. Esa tradición, en otros puntos que se refieren á sus creencias, aparece rota por disensiones profundísimas; pero en cuanto á los hechos que nos ocupan, hoy, ayer, siempre, en todas partes se rinde un tributo unánime á su incontestable verdad. *Quinta garantía.*

Los hechos atestiguados por el libro de las *Actas*, por las *Epístolas* y por esa tradición tan digna de fé, eran hechos públicos capaces de excitar el mas vivo interés, esencialmente unidos á una cuestión de vida ó muerte entre el judaismo y el paganismo por una parte y el cristianismo por otra; de consiguiente objeto de la mayor atención, de la discusión mas animada: nunca han sido negados por los contemporáneos mas encarnizados contra la religion cristiana, como veremos muy en breve: han sido creídos por una multitud inmensa, ya en los sitios en que pasaron, ya en los países mas distintos; han sido creídos, á pesar de las preocupaciones nativas de la religion judaica ó pagana, y de las pasiones mas vivas y mas halagüeñas, y por hombres sensatos, despues de un maduro examen (1): han sido creídos como consecuencia y prueba á la vez de los milagros de Jesucristo, y particularmente de su resurrección y de su ascension al cielo. Porque es una verdad histórica en su mas alto grado, que los apóstoles predicaron en otro tiempo la resurrección y la ascension de Jesucristo, y que esa predicación obtuvo el mayor éxito entre los judíos, y especialmente entre los gentiles: estos son dos hechos que no pueden ponerse en duda mas que los hechos de César ó de Alejandro. Luego, por una parte, el testimonio constante, generoso y arriesgado de los apóstoles, y por

(1) Así es que Tertuliano decía á los paganos de su época: «En otro tiempo insultábamos nosotros á la religion de Cristo, como haceis vosotros. Hemos sido de los vuestros, porque no nace uno cristiano, sino que se hace.» (*Apolog.* XVIII).

otra el crédito que dieron á estos una porcion de judíos y millares de hombres de todas las naciones á quienes atrajeron á la penitencia (1) por medio de esa fé, nos responden evidentemente de los hechos divinos que las *Actas*, las *Epistolas* y la tradicion nos dicen que acompañaron á ese testimonio. *Sexta garantía.*

Compárense ahora los hechos antiguos de que á ningun hombre sensato es permitido dudar, con los que nos ofrecen esas garantías, y dígasenos despues si hay otro alguno que las presente mayores.

Pero que se nos muestren sobre todo hechos que privados de tales garantías, puedan todavía vencer la denegacion: este es privilegio de los hechos divinos cuya certeza establecemos. Si; supongamos que todo lo que acabamos de esponer carezca enteramente de solidez (y cuidado que admitida esa suposicion ¿qué sería de la critica? ¿qué de la historia?)... Pero hagámosla por un momento: no pido mas sino que se me permita invocar á los enemigos primitivos mas instruidos y mas encarnizados de los apóstoles, de sus discípulos y de sus obras: indudablemente, testigos de esta clase no pueden ser sospechosos. Pues bien; esos convienen en que los apóstoles y sus discípulos hicieron actos de poder sobrehumano... ¿Quién podrá, pues, negarlo razonablemente? ¿Quién tendrá derecho á ser mas incrédulo que Celso, Porfirio y Juliano (2)? Verdad es que para evitar la consecuencia de semejante confesion dicen, como de los milagros de Jesucristo, que ese poder no es divino, sino magia, teurgia. Pero seguramente que no hubieran echado mano de ese expediente en el siglo XIX: y porque los dijese en los primeros siglos de nuestra era, ¿tendrán mas valor esos subterfugios?

No por cierto, se me contestará; pero en aquella época

(1) *Act.*, XI, 18.—Véase al fin de este capítulo la transformacion moral de los paganos convertidos al cristianismo.

(2) Véase la *Historia del establ. del cristian.*, por Bullet.—Los judíos antiguos convenian tambien en ello.

era cosa admitida generalmente por una y otra parte el poder mágico ó teúrgico: era una concesion recíproca y nada mas.—Por eso precisamente debian esos filósofos contestar, negar á toda costa, si hubiesen podido, la verdad de los hechos; porque evidentemente, al confesarlos como verdaderos se condenaban á sí mismos sin apelacion, puesto que reconocian con esa confesion la superioridad inmensa y victoriosa del cristianismo sobre el poder de la religion pagana. En efecto, los prodigios de los apóstoles y de sus discípulos sobrepujaban de tal modo á los atribuidos á los dioses de los gentiles, que á favor de esos mismos prodigios el cristianismo iba ganando sin cesar y conquistaba provincias y reinos á pesar de los esfuerzos del paganismo y de sus defensores, tan numerosos como poderosos. Estos, pues, debian á su causa, debian á sí mismos, que se presentaban públicamente como sus celosos protectores, no solo abstenerse de colocar en una misma línea los milagros cristianos y los prodigios paganos (lo cual comprometia ya grandemente la cuestion), sino oponer á los progresos incesantes de la nueva religion una barrera insuperable negando los milagros que constituian su fuerza, y suministrando la prueba perentoria de esa negativa. Esta prueba, sobre todo, si hubiesen podido acompañarla con la prueba de la realidad de los prodigios paganos, hubiera aniquilado el cristianismo y multiplicado el ascendiente y la vitalidad de la religion antigua. Pero aquellos filósofos ni lo hicieron, ni intentaron siquiera hacerlo: en presencia de aquel rio magestuoso que crecia de dia en dia é iba á inundarlo todo, en vez de procurar levantar un dique insuperable que le hubiera hecho retroceder hasta su nacimiento, se contentaron con toda su inteligencia, su habilidad y su ardor, con amontonar algunos granos de arena que debian ser tragados á la primer oleada. De consiguiente les era imposible negar los hechos: luego su confesion es el testimonio mas positivo, mas desinteresado y mas irrecusable, sobre la verdad de esos mismos

hechos de los que solo nos falta comprobar su naturaleza: ¿De dónde podían venir sino de Dios?... En Jerusalem un pobre cojo de nacimiento, de mas de cuarenta años de edad (1), y conocido en toda la ciudad, pide limosna á Pedro y á Juan. Pedro *no tiene oro ni plata, pero le da lo que tiene*: «En nombre de Jesus de Nazareth, levántate y echa á andar (2).» Y al momento se levanta el cojo brincando y alabando á Dios, y todo el pueblo le ve andar y alabar á Dios, y cerca de cinco mil hombres abrazan la fé cristiana (3). La sinagoga instruye un expediente solemne acerca de esa curacion, y esta se hace aun mas pública y evidente (4). En Lydda, Eneó, paralítico clavado en su lecho de dolor hacia ocho años, se levanta y echa á andar á la voz del mismo apóstol, y todos los habitantes de Lydda y de la llanura de Saron, *habiéndolo visto*, se convierten (5). En Joppé cae enferma Tabitha y muere: Pedro estaba en Lydda y le envian dos hombres para suplicarle que vaya. Llega, en efecto, y dice: «Tabitha, levántate,» y al punto abre ella los ojos, se levanta, y es devuelta viva á las viudas y á los pobres que lloraban la pérdida de su madre. El hecho es sabido en toda la ciudad y produce un aumento considerable de prosélitos (6). En Lystra, un hombre baldado desde la cuna, nunca habia podido andar: Pablo le divisa entre su auditorio, le mira y le dice: «Mantente derecho sobre tus pies;» y al punto el baldado salta y camina en presencia de la multitud, y todo el mundo asombrado llama á Pablo un dios y quiere ofrecerle, igualmente que á Bernabé, que iba con él, un sacrificio solemne (7). En la capital de Samaria prueba tambien Felipe la verdad de su predicacion con *la curacion de paralíticos y cojos*.

(1) *Actas*, III, 1 y siguientes; IV, 22.(2) *Id.*, III, 6.(3) *Id.*, IX, 36 y siguientes.(4) *Id.*, IV, 5 y siguientes.—Véase la *Universidad católica*, tom. XXIV.(5) *Actas*, IX, 33, 34, 35.(6) *Actas*, IX, 36 y siguientes.(7) *Id.*, XIV, 7 y siguientes.

con los prodigios mas brillantes (1). De todas partes vienen á exponer en Jerusalem á los enfermos en el camino público, á fin de que pase sobre ellos al menos la sombra de Pedro, y quedan curados (2): tambien acuden en tropel de todas las ciudades vecinas á traer á los enfermos, y todos *recobran la salud* (3); en una palabra, los milagros se multiplican por las manos de los apóstoles (4); y así como en Jerusalem bastaba la sombra de Pedro para hacerlos, en Efeso ponian sobre los enfermos los lienzos que Pablo habia traído, y desaparecian las enfermedades (5).

Hablando de buena fé, unos hechos tan públicos, tan importantes, tan numerosos, seguidos de conversiones naturalmente tan difíciles, y sin embargo tan repetidas, ¿pueden explicarse por las fuerzas ocultas de la naturaleza, ó por la intervencion de Satanás? No, como no pueden explicarse así los milagros de Jesucristo; y el lector no habrá olvidado sin duda lo que expusimos sobre el particular en el capítulo V. Y fuera de eso, ¿cómo habia de querer prestarse el ángel del mal á la destruccion del mal? ¿Cómo habia de querer destruir con sus propias manos sus propios altares?... ¿Se podrán acaso explicar esos hechos por juegos de destreza? Pero el carácter moral de los apóstoles, contra quienes sus mas antiguos y violentos enemigos, como hemos visto, no han podido articular la menor cosa, rechaza abiertamente esa hipótesis. Y aun cuando así no fuese; aun cuando se supusiese en ellos toda la maldad y toda la astucia de que estaban tan lejos, toda la habilidad que desmiente la historia, se vendria á caer, por negar sus milagros, que son conformes á la razon, dignos y convenientes por todos conceptos, y ademas muy fáciles para el brazo de Dios (lo cual es evidente), se vendria

(1) *Actas*, VIII, 8, 13.(2) *Id.*, V, 15.(3) *Id.*, V, 16.(4) *Id.*, II, 43; V, 12; VI, 8.(5) *Actas*, XIX, 12.

á caer, repito, en la necesidad lógica de admitir otra porción de milagros ridículos, absurdos, y hasta imposibles para el mismo Dios. Porque sostener que los habitantes de Jerusalem, por ejemplo, ó de Lydda ó de Joppé, abrazaron sin exámen y sin prueba, sin exámen sério y sin prueba cierta, una religion nueva contraria á todas las preocupaciones del ánimo, á todas las pasiones del corazon, á todos los gustos de los sentidos, ó que esos centenares, esos millares de testigos se dejaron engañar sobre hechos palpables y públicos, tales como enfermedades de nacimiento conocidas de toda la ciudad, y para cuya curacion súbita es la habilidad radicalmente impotente, ó sobre un hecho no menos palpable y público, el de su curacion sin otro medio que la voluntad expresada por unas cuantas palabras, es admitir el trastorno repentino y simultáneo de los sentidos, de la razon, de la naturaleza en una multitud innumerable de hombres; es dar un mentís á la sabiduría inmutable de Dios, que solo puede querer para fines dignos de ella una derogacion cualquiera de las leyes del orden fisico y del orden moral.

Hechos divinos de poder, primera causa del establecimiento del cristianismo en el mundo: segunda causa, hechos divinos de ciencia. Los apóstoles eran primitivamente hombres sin instruccion, hombres ignorantes, y su entendimiento estaba naturalmente poco desarrollado (1). Jesus, en sus lecciones, rebaja hasta el nivel de las inteligencias mas vulgares la sublimidad de lo que habia venido desde el cielo á referir al mundo (2); ellos estan todavía en grado mas inferior, de suerte que el Maestro les reprende por la pereza de su inteligencia: «¡Qué! les dice: ¿no comprendeis todavía (3)?...» Por lo demas, ami-

(1) Los paganos de los primeros siglos confesaban que los apóstoles eran ignorantes, hombres rústicos y pobres, hombres toscos que vivian de la pesca. (Historia del establecimiento del cristianismo, por [Bullet].

(2) San Juan, I, 18.

(3) San Mateo, XV, 16.

gos y enemigos estan acordes en este punto. Pero hé aquí que, poco tiempo despues de la muerte de ese mismo Jesus, se encuentran aquellos transformados en talentos ilustrados, elevados, en filósofos sublimes, admirables por la firmeza y unidad de su doctrina, y con el don de expresarse, cuando tan torpes eran poco antes en el lenguaje popular, en toda clase de idiomas (1), con una facilidad, una lucidez y una correccion verdaderamente asombrosas. A la verdad, no son pomposamente elocuentes: ¿qué necesidad tenia Dios de la elocuencia humana para su obra? Pero sin estudio ninguno anterior, como por instinto, despues de treinta ó cuarenta años de una ignorancia completa de los hombres y de las cosas, con un entendimiento tardo y obtuso, manifiestan súbitamente una erudicion, una sabiduría, una claridad de ideas que no conseguirian despues de largos estudios los talentos mas vivos, mas prontos y mas capaces; muestran una inteligencia perfecta de todas las lecciones de Jesus: el conjunto, el encadenamiento, las consecuencias de los principios que no habian comprendido en sus lecciones orales y cotidianas por espacio de tres años, todo se halla admirablemente clasificado en su cabeza, legándonos en sus escritos un cuerpo de doctrina tan maravilloso, que ofrece por una parte la expresion viva de los atributos que la razon da al Ser Supremo, y por otra la reunion de todos los móviles que pueden desarrollar en el alma humana la perfeccion moral. Escuchad, leed á Pedro, á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo; y como los emisarios de los principes de los sacerdotes y de los fariseos, asombrados al oír al Hijo de Maria (2), exclamareis espontáneamente: *Nunca hombre alguno habló ni escribió como estos hombres....* No; jamás el Pórtico ni la Academia conocieron nada tan elevado, tan puro, tan completo, tan satisfactorio acerca del hombre y de Dios....

(1) *Actas*, II, 4 y siguientes.

(2) *Nunquam sic locutus est homo sicut hic homo.* (San Juan, VII, 46).

¿Pero son esos realmente los ignorantes pescadores del lago de Tiberiades?—Seguramente que sí; ¿y cómo dudarlo, cuando los judíos y los filósofos paganos que mas vivamente declamaron contra el Evangelio, nunca lo han contradicho?—Pero si son ellos, ¿fué acaso en sus barcas y en sus redes donde hallaron lo que no habrían hallado en los libros mas hermosos de Grecia y de Roma?—Eso sería un absurdo.—Ademas, ¿podían engañarse á si mismos sobre su ciencia, creyendo, por ejemplo, hablar lenguas que no hablaban?—Otro absurdo.—¿Podían engañar sobre el particular á sus oyentes?—Nuevo absurdo.—Luego se efectuó en ellos un cambio contrario á todas las leyes de la naturaleza; si, un milagro, un gran milagro: luego la ciencia les vino del cielo, y aun cuando la historia mas auténtica, al atestiguarlos esa ciencia no nos atestiguara tambien el hecho divino que la produjo, la razon dice suficientemente que no pudo tener otro origen (1).

¿Cómo, ademas, si el origen no hubiese sido divino, hubieran podido los apóstoles comunicar el don de lenguas á sus prosélitos?... Pues es un hecho incontestable que ellos los enriquecieron súbitamente con ese don milagroso, y multiplicaron esos prodigios vivos en los diversos países que evangelizaban, y en las clases menos ilustradas. Prescindiendo de lo que nos refiere el libro de las *Actas* (2), tenemos ahí la Epístola de San Pablo á los Corintios, cuyo original nos asegura Tertuliano que existia en su tiempo (3), y en la que el apóstol les habla repetidas veces de ese mila-

(1) Es un hecho histórico confesado por todos, que los pescadores de Tiberiades no conocian mas que su lengua materna; que, sin embargo, predicaron la palabra evangélica con éxito pronto y brillante á una multitud de pueblos de idiomas diferentes, y sin valerse de intérpretes, que no hubieran sido por otra parte mas que un medio casi nulo, y en todo caso *excesivamente lento*. Ahora bien: ó se hablan muchas lenguas, ó no: no cabe medio: se oyen hablar ó no. Luego aquí era imposible toda ilusion, todo charlatanismo: de lo que se infiere irremisiblemente que los apóstoles, por necesidad, hablaron milagrosamente muchas lenguas.

(2) *Actas*, X, 45, 46; XIX, 6.

(3) *De Præscript.*, XXXVI.

gro que se operaba entre ellos diariamente (1). Sólo un insensato, y el mas extravagante de los insensatos hubiera podido poner así por testigos á los habitantes de Corinto, si el hecho no hubiese sido evidente como la luz del día; y San Pablo era, por confesion unánime, una de las cabezas mas fuertes y mejor organizadas de su época.

Hechos divinos de ciencia, segunda causa que explica el establecimiento del cristianismo, humanamente imposible: hechos divinos de celo, tercera causa de ese fenómeno sobrenatural. ¿Qué eran los apóstoles antes de su predicación? Hombres medrosos, tímidos, débiles, cobardes (á pesar de sus protestas unánimes de fidelidad inmutable), hasta el punto de abandonar á su Maestro á la primera señal de peligro. Pero luego que principian á usar de la palabra, por un cambio súbito y verdaderamente inaudito, los corazones medrosos se sienten resueltos; los corazones débiles, enérgicos; los corazones cobardes, valerosos hasta rayar en heroísmo. Véase en Jerusalem: allí son llamados á la barra del senado de la nacion; se les interroga, y se les pide cuenta del gran milagro hecho con el cojo que mendigaba á la puerta del templo; y ellos contestan con una calma y una firmeza admirables, con una nobleza de sentimientos verdaderamente sublime: «Una vez que nos obligais á justificarnos hoy de haber hecho una buena accion, curando á un hombre impedido, sabed vosotros todos, y todo el pueblo de Israel, que ha sido curado en nombre de nuestro Señor Jesucristo de Nazareth, á quien habeis crucificado, y á quien Dios resucitó de entre los muertos: por él es por quien ese hombre está ahí ya sano en vuestra presencia (2).» ¿Y quién es el que habla de ese modo?... ¡Ah! el pobre Pedro, que ayer todavía, temblando de miedo, cuando sospechaba una mujer que era un discípulo de Jesus, no sabia mas que repetir con juramento esta desleal y mentirosa denegacion: «No conozco á ese

(1) I Cor., XII, 10, 28, 30; XIII, 8; XIV, 2, 5, 9, 22, 26, 27, 30.

(2) *Actas*, IV, 9, 10.

hombre (1).» No fué seguramente en sí propio donde halló aquel magnífico y elocuente valor.

«En vista de la firmeza de Pedro y de Juan, conocidos por hombres sin instruccion y toscos, los miembros de la asamblea se quedan atónitos: no teniendo, por otra parte, nada que replicar ante el cojo que habia sido curado, y que se hallaba de pié con los apóstoles, prohíben á estos que digan ni enseñen cosa alguna en nombre de Jesus. Pero Pedro y Juan responden: *Juzgad vosotros mismos si es justo ante Dios obedeceros á vosotros antes que á Dios. Lo que hemos visto y hemos oido no podemos dejar de decirlo* (2).» ¡Qué feliz mezcla de moderacion y de firmeza!... Por temor al pueblo se contentan con despedirlos con amenazas: ellos van á buscar á sus hermanos, invocan todos con voz unánime el brazo del Todopoderoso por el nombre de Jesus su hijo, y terminada su oracion, continúan «la predicacion de la palabra de Dios con entereza (3), y dan testimonio de la resurreccion de Jesucristo con la mayor energia (4). Los milagros se multiplican, y la multitud de creyentes, así en hombres como en mujeres, se aumenta mas y mas (5).» Entonces el gran sacerdote reune de nuevo el consejo y á todos los ancianos del pueblo, y hace conducir á su presencia á los apóstoles por los guardias del templo. Por una parte reconvenciones mas violentas: por la otra la misma calma, la misma moderacion, la misma energia, la misma respuesta: «*Hay que obedecer á Dios antes que á los hombres*. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus á quien habeis hecho morir en una cruz. Ese es el jefe y el Salvador que Dios suscitó por su poder para dar á Israel la penitencia y la remision de los pecados. *Nosotros somos los testigos de ello* y el Espiritu Santo lo es

(1) San Mateo, XXVI, 74.

(2) Actas, IV, 13, 14, 18, 19, 20.

(3) *Idem*, IV, 31.

(4) *Idem*, IV, 33.

(5) *Idem*, V, 12, 14.

tambien, el que Dios ha dado á todos los que le obedecen (1).» Sus jueces apasionados, confundidos con estas palabras, recurren á la violencia, última razon de los que no tienen á favor suyo la verdad, y los hacen azotar como á esclavos insolentes y rebeldes. Los despiden en seguida y los apóstoles se van *celebrando que los hallen dignos de sufrir el ultraje por el nombre de Jesus, y no cesan de predicar todos los dias anunciando á Jesucristo en el templo y en las casas* (2)... En seguida se esparcen por el mundo, se aislan unos de otros, y entregado cada cual á su propio corazon, alejados de los estímulos de la amistad ó del ejemplo, hacen una *carrera de gigante* (3). En todas partes son fieles así mismos: ninguno de ellos se desmiente en los mil obstáculos que vienen á cerrarles el paso: todos los superan y los vencen. Llenos de fé y de amor, de un amor inmenso hácia los hombres, ninguno desmaya ante los peligros de los mares, ni ante los de la tierra; ninguno, ni en las cadenas, ni en los calabozos, ni en presencia de los jueces, de los tormentos, del fuego, de las hachas, de las cruces; y lo que no es menos prodigioso, comunican ese valor y esa firmeza inalterable á sus discípulos, y estos á los suyos, de suerte que el heroismo se propaga en el mundo con el Evangelio; en todos los reinos, en todas las provincias, en todas las ciudades, en todas las edades, en todos los sexos, en todas las clases (4).

¿Y eso puede ser obra del hombre?... ¿Tiene este en su mano hacerse héroe y crear héroes á su voluntad?... No, y ni aun de siglo en siglo los concede Dios al mundo. El celo de los apóstoles, atendiendo á su carácter débil bien conocido, fué un verdadero milagro de heroismo, y produjo en todas partes héroes á millares: de consiguiente, no fué humano sino que venia de arriba, *ex alto*, segun la

(1) *Idem*, V, 29, 30, 31, 32.

(2) *Idem*, V, 41, 42.

(3) *Idem*, IV, 33.

(4) Véase el capítulo siguiente.

promesa de Jesús (1); y con esta sola palabra todo se comprende respecto de ese fenómeno, como sin ella, todo se halla en contradicción con la experiencia universal mas constante.

Y nótese cómo ese celo, sobrehumano en su principio y en sus efectos, lo es también en su fin. ¿Cuál era el objeto de los apóstoles? ¿Las riquezas? No: viven pobres y trabajan con sus manos para sustentarse y procurarse con que aliviar la miseria del prójimo (2). ¿Los placeres? ¡Buenos placeres! los de la paciencia, las fatigas, las privaciones, los oprobios, las persecuciones, y si se quiere, los de las cadenas, los suplicios y la muerte (3)! ¿La gloria? Jamás se la atribuyen á sí mismos (4): *nunca se glorian mas que en Jesús y en Jesús crucificado* (5). Sin hacer alto en lo que piensan ó dicen de ellos, caminan siempre con paso seguro á donde Dios les llama. En el heroísmo humano hay con sobrada frecuencia algo que revela el orgullo del actor detras de la virtud del hombre: aquí todo es sencillo, sin preparacion: su heroísmo no se para á mirarse á sí propio, sino que va derecho al fin marcado por las miradas de Dios, sin pensar en sí, ni curarse de las vanas miradas de los hombres. Dios y Dios solo, Dios solo y su gloria sola es todo lo que quieren, todo lo que codician con toda la fuerza de su ser. ¡Oh! ¡qué ambiciosos! Trabajar, sacrificarse todos los dias, sufrir y morir por Dios solo ¿se habia visto acaso nunca?... ¿Cómo pudo entrar tan elevado pensamiento en semejantes almas? ¿Y cómo pudo producir en ellas una abnegacion total del hombre, abnegacion tan contraria á todo lo que se habia visto hasta

(1) San Lucas, XXIV, 49.

(2) *Actas*, XX, 34, 35; II, *Cor.*, XII, 14, 17, 18.

(3) *Actas*, XIV, 21; XX, 19, 23, 24.—*Rom.*, V, 3; VIII, 17, 18, 35, 36, 37, 38, 39.—I, *Cor.*, VI, 11, 12.—II, *Cor.*, I, 5, 8; II, 4; IV, 8, 10, 11, 12; XI, 23, 24, 25, 26, 27, 28; XII, 5, 10.—Santiago, I, 2.—I, San Pedro, II, 21; III, 14; IV, 1, 14.—*Apocal.*, I, 9.

(4) *Thessal.*, II, 4, 6.—II, *Cor.*, XII, 5, 6; *Galat.*, I, 10.

(5) I, *Cor.*, II, 2.—*Galat.*, IV, 14.—*Philipp.*, III, 3.

entonces, á todo lo que se agita en el fondo de la naturaleza humana desde la infancia y desde el principio del mundo?... ¡Oh! algo divino se habia infiltrado en esos hombres que hasta entonces no habian respirado mas que el aire grosero de las chozas de pescadores ó de los despachos de publicanos; ó que como Pablo no se habian alimentado sino del orgullo y el egoísmo farisaicos; indudablemente sí, algo divino que se manifestaba admirablemente en su lenguaje. Escúchese á Pedro delante de todo el pueblo de Jerusalem, maravillado de la curacion del cojo del templo: «Israelitas, ¿por qué os admirais de ese milagro, y por qué nos mirais como si hubiésemos hecho andar á ese hombre por nuestro propio mérito y nuestro poder (1)?» Escúchese á Pablo y á Bernabé en Lystra. El sacerdote del templo de Júpiter se acerca á ellos con toros y coronas, escoltado por una inmensa muchedumbre, y los toman por dioses en figura humana, porque habian hecho un gran milagro (2). ¿Qué hubieran hecho en el lugar de los apóstoles, qué hubieran hecho unos hombres cuyo celo hubiese sido humano? ¿Qué hubiera hecho Simon el mago, por ejemplo, que se dejaba llamar *la gran virtud de Dios* (3)? ¿Qué hubiera hecho Herodes que saboreaba el incienso de esta sacrilega adulacion: *No es un hombre el que habla sino un Dios* (4)? ¿No se hubieran atribuido á sí mismos el milagro?... Pero Pablo y Bernabé, desgarrando sus vestiduras por el gran dolor que les causaba el estravío de aquella ciega muchedumbre: «¿Qué vais á hacer? esclaman: nosotros no somos mas que mortales, hombres como vosotros, que os predicamos que renunciéis á esas supersticiones para convertirlos á Dios vivo, criador del cielo, de la tierra, del mar y de todo lo que en ellos se contiene (5).» De suerte que tanto en Lystra como

(1) *Actas*, III, 12.

(2) *Idem*, XIV, 10.

(3) *Idem*, VIII, 9.

(4) *Idem*, XII, 22, 23.

(5) *Idem*, XIV, 13, 14.

Ese celo por el verdadero Dios se pinta también admirablemente en lo

en Jerusalem, son hombres que no hablan como hombres, porque no sienten como hombres y su corazón se halla inflamado de un fuego celestial.

Pero si su celo está exento de todo orgullo humano, no lo está menos de toda exaltación, de todo fanatismo. Cierta matiz sombrío, fogoso, violento y hasta sanguinario, el despecho irritado con las contradicciones, el furor ante los obstáculos, la severidad inflexible, la guerra y la venganza con el saqueo y el asesinato, si es preciso, para satisfacer los instintos brutales de un loco entusiasmo, tales son los caracteres del celo fanático: eso es lo que se ha visto en las revoluciones religiosas hechas por manos del hombre. ¿Qué necesidad hay de citar aquí nombres propios? ¿Quién no los ha leído en caracteres de fuego y de sangre en las páginas de la historia?... Por el contrario, la serenidad, la moderación, la dulzura, la caridad tierna, hasta con los enemigos jurados y los más crueles perseguidores, la alegría en las humillaciones, en las cadenas, en los sufrimientos, la mayor mesura en las palabras y en los hechos, la paciencia y la persuasión solas con la ferviente oración hasta por los verdugos, hé ahí lo que se encuentra en los apóstoles y en sus discípulos (1): ¿y en qué otra parte pudiera hallarse? ¿Ni dónde sino en ellos se podría hallar un celo semejante al suyo en su principio, en sus efectos y en su fin? El principio era divino, divino los efectos, divino el fin; y de consiguiente, el carácter debía serlo también y lo fué, como sus virtudes fueron sobrehumanas, igualmente que las de sus prosélitos.

Contémplese á los apóstoles antes de Pentecostés y se les verá orgullosos, envidiosos, egoistas: no sueñan más

que las *Actas* dicen de San Pablo en Atenas: «Su espíritu se agitaba en sí mismo á la vista de aquella ciudad entregada á la idolatría (XVII, 16).» ¿Se ha podido decir eso jamás de ningún antiguo filósofo?...

(1) *Actas*, III, IV, V, 41; VII, 59; XXVI, 29; XXXVIII, 19, 20.—*Rom.*, IX, 3.—*I, Cor.*, VII, 4.—*Philipp.*, IV.—*I, II, Timoth.*—Santiago.—*I*, San Pedro.—*II*, San Pedro.—*I*, San Juan.—*II*, San Juan.—*III*, San Juan.—San Judas.

que un Mesías temporal y un reino terrestre, cuyos primeros puestos se disputan de antemano (1). Su Maestro muere en el suplicio como un malvado, su maestro, de quien aguardaban todo lo que halagaba su esperanza ó su imaginación fascinada; pocos días después cambian todos sus deseos y aspiraciones. Son, sin embargo, los mismos judíos, á quienes tres años de lecciones y ejemplos de Jesús, dejaron enteramente carnales en sus sentimientos y en sus miras; y Pablo que se les agregó era fariseo, que es cuanto hay que decir. Si, son los mismos judíos, pero no son ya los mismos corazones. Son modestos, humildes hasta complacerse en los oprobios (2); ellos, que se escandalizaban poco antes de la pasión y muerte de su Maestro cuando éste se las predecía (3); ellos, que le habían renegado ó abandonado en medio de sus humillantes sufrimientos, aman su corona de ignominia y su cruz, y encuentran en ellas gloria y consuelo (4); son caritativos y apasionados hasta el punto de abrazar al universo entero en su ternura, y el corazón del fariseo quiere morir, mas todavía, quiere ser anatematizado por el Señor por la salvación de sus enemigos (5), y traza un retrato de la caridad digno del cielo (6); se desprenden de todo lo que naturalmente encadena á los hombres: su patria es la tierra entera; sus hermanos todos los hombres; sus riquezas las virtudes que siembran en el mundo con su palabra, y esas virtudes, de que son modelos vivos, llegan á ser una de las mayores maravillas que se hayan ofrecido nunca á las miradas de los hombres. Todo lo que era desconocido hasta entonces, todo lo que era diametralmente opuesto á las enseñanzas, á los hábitos y hasta á los ritos del politeísmo,

(1) San Mateo, XVIII, XX, 20, 24.—San Marcos, IX, 33; X, 35, 37.—San Lucas, IX, 46; XXII, 24.—*Actas*, I, 6.

(2) *Actas*, V, 41.

(3) San Mateo, XVI, 22, 23.—San Marcos, VIII, 32, 33.

(4) *Actas*, V, 41.—Santiago, I, 2.—*I*, San Pedro, III, 14; IV, 13, 14, 16.

(5) *Rom.*, IX, 3.

(6) *I, Cor.*, XIII.

la humildad, la benevolencia y la beneficencia hacia los extranjeros y enemigos como hacia los conciudadanos y amigos; la caridad llevada hasta sacrificar la vida por los demas (1); la temperancia austera; la castidad, cuyo nombre era un signo sin realidad en las costumbres paganas; todo eso practicaban los apóstoles de un modo que obligaba al silencio á sus enemigos mas encarnizados, y (¡prodigio grade!) hacian practicar todo eso donde quiera que predicaban (2). ¿Qué encanto tenían, pues, sus palabras, qué encanto capaz de abrir tantos oídos cerrados por el triple sello de la educacion, de la religion, del hábito inveterado? ¿Qué encanto bastante poderoso para resucitar á la vida moral mas magnífica á tantos corazones en plena corrupcion?... Que el corazón de los apóstoles cambiase tan pronto y pasase, no por grados y á la larga, sino súbitamente de un estado puramente humano á otro enteramente divino de virtud, es cosa que sobrepuja incontestablemente á todas las explicaciones naturales que la razon puede dar de un fenómeno. Pero que hayan llegado sin largos esfuerzos, por el solo ascendiente de su palabra, á cambiar así á sus innumerables oyentes, á arrancarlos á su añeja naturaleza para transformarlos en modelos de las virtudes mas puras y difíciles, eso es mas divino todavía, si así puede decirse, eso debia asombrar y conmover á los paganos hasta en lo íntimo de su ser, eso debia hacerles proclamar el milagro. Y en efecto, la historia escrita á vista de ellos

(1) I, San Juan, III, 16.

(2) Véase á San Clemente, papa, *Epístola á los Corintios*.—San Justino, *primera Apología*, XIV, XVI; *A Diognetes*, núm. 5.—Atenágoras, *Apología*, II, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV.—San Teófilo, *a Autolytus*, I, III, núm. XV.—Minucio Felix, *Octavio*, XXX, XXXI, XXXII, XXXV.—Tertuliano, *Apologét.* III, XXXIX, XLIV, XLV, XLVI, XLVII; *A las naciones*, I, I, núm. 5; Orígenes, *Contra Celso*.—*Tratado de la religion*, por Bergier, t. IX y t. X.—*Curso de historia eclesiástica*, por el abate Blanc; *Historia de la Iglesia*, por Rohrbacher, t. IV, V; *Historia eclesiástica*, de Fleury, t. I.—*Costumbres de los cristianos*, por el mismo.—*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet; *Cursus completus theolog.*, de Migne, t. III, *Appendix de primitivis christianis*.

nos reproduce las exclamaciones de los pueblos maravillados, sobre todo de la heroica caridad de los cristianos en una época en que el egoismo secaba todos los corazones: «¡ved con qué ternura se aman! ¡ved qué dispuestos se hallan á morir unos por otros (1)!...» Luego cuando Rousseau escribió respecto de los apóstoles: «De todos los milagros con que Dios honraba su fé, el mas admirable era la santidad de su vida (2),» habló como la historia, y al llamar á sus virtudes un milagro, habló como lo exigen la razon y la lógica. Pero si la santidad de los apóstoles fué un milagro, la de sus discípulos fué otro mil veces mayor, puesto que se renovó mil veces, variando hasta lo infinito en cuanto á la edad, al sexo, á la condicion, al pueblo y al clima.

Y ahora se ve cómo se estableció el cristianismo, á pesar de la elevacion de sus dogmas, de la austeridad de su moral, de la desnudez de su culto, del disfavor que acompañó á su origen y á sus primeros propagadores, á pesar de los obstáculos humanamente invencibles que tuvo que superar. Dios puso su mano en esa obra; Dios prodigó en favor suyo milagros de poder, milagros de ciencia, milagros de celo, milagros de virtud, y con eso todo se explica. Pero entonces la divinidad del cristianismo aparece con una cuádruple evidencia en las causas de su establecimiento. Saludemos, pues, con todas las potencias de nuestra alma á ese *rey pacífico* (3) de los corazones y de las inteligencias, cuya diadema refleja el brillo del poder creador; á él, como al *rey inmortal de los siglos* (4), de quien emana obediencia, amor, alabanza y gloria en nombre de la razon humana, que, libre de toda preocupacion, demuestra felizmente la divinidad de los títulos de la religion

(1) *Apologét.* de Tertuliano, núm. 39. Véase la *Biblioteca escogida de los Padres*, por Guillon, t. IV, *Consideraciones sobre los tres primeros siglos*.

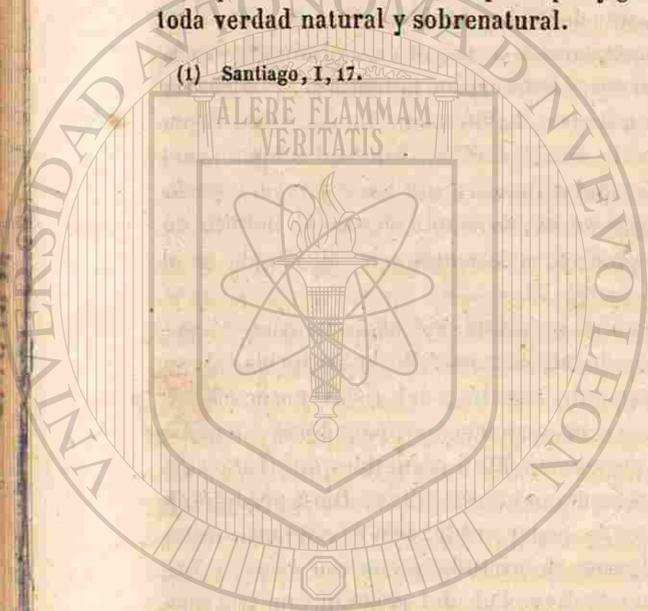
(2) *Respuesta al rey de Polonia*.

(3) Isaías, IX, 6.

(4) I Timoth., I, 17.

cristiana. Porque ella es tambien hija del Altísimo, y cuando establece lógicamente los derechos divinos de la religion revelada, es una hermana que teje una corona á otra hermana querida para ofrecer un homenaje mas puro y solemne al *padre de las luces* (1), principio y garantia infalible de toda verdad natural y sobrenatural.

(1) Santiago, I, 17.



CAPITULO X.

CONFIRMACION BRILLANTE DE TODO CUANTO PRECEDE POR LOS MARTIRES.

Espectáculo único en los anales humanos es el que presenta á una mirada observadora la guerra encarnizada hecha al cristianismo desde su origen por los principes de la tierra. Proscripciones, calabozos, ó destierros peores que los calabozos, *tormentos refinados, suplicios crueles*, segun dicho nada sospechoso del historiador Tácito (1), muertes horribles, agonias prolongadas, mas horribles que esas mismas muertes, millares de hombres y mujeres, desde la edad mas tierna á la mas decrepita, precipitándose, por confesion de Luciano y de Juliano el Apóstata (2), á las hogueras, á los leones, á las ruedas afiladas, como si acudieran á las delicias de un festin, y bendiciendo á sus perseguidores y á sus verdugos; los verdugos mismos prosternándose de admiracion á los pies de las victimas, convertidos á su fé y sometiéndose á compartir su suerte (3); sangre, casi siempre sangre por espacio de tres siglos, y en ese rio de sangre cristiana, que bañaba el vasto suelo del imperio, *la humilde planta evangélica, creciendo como un árbol inmenso* (4), echando profundas raices hasta en las entrañas de la tierra, extendiendo su sombra saludable de

(1) *Anales*, lib. XV, capítulo XLIV.

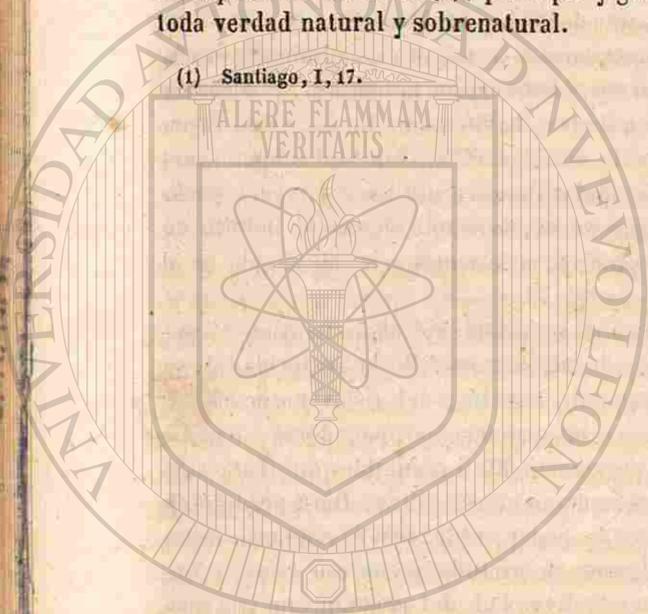
(2) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(3) *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, XXXIII.

(4) San Marcos, IV, 31.—San Lucas, XIII, 19.

cristiana. Porque ella es tambien hija del Altísimo, y cuando establece lógicamente los derechos divinos de la religion revelada, es una hermana que teje una corona á otra hermana querida para ofrecer un homenaje mas puro y solemne al *padre de las luces* (1), principio y garantia infalible de toda verdad natural y sobrenatural.

(1) Santiago, I, 17.



CAPITULO X.

CONFIRMACION BRILLANTE DE TODO CUANTO PRECEDE POR LOS MARTIRES.

Espectáculo único en los anales humanos es el que presenta á una mirada observadora la guerra encarnizada hecha al cristianismo desde su origen por los principes de la tierra. Proscripciones, calabozos, ó destierros peores que los calabozos, *tormentos refinados, suplicios crueles*, segun dicho nada sospechoso del historiador Tácito (1), muertes horribles, agonias prolongadas, mas horribles que esas mismas muertes, millares de hombres y mujeres, desde la edad mas tierna á la mas decrepita, precipitándose, por confesion de Luciano y de Juliano el Apóstata (2), á las hogueras, á los leones, á las ruedas afiladas, como si acudieran á las delicias de un festin, y bendiciendo á sus perseguidores y á sus verdugos; los verdugos mismos prosternándose de admiracion á los pies de las victimas, convertidos á su fé y sometiéndose á compartir su suerte (3); sangre, casi siempre sangre por espacio de tres siglos, y en ese rio de sangre cristiana, que bañaba el vasto suelo del imperio, *la humilde planta evangélica, creciendo como un árbol inmenso* (4), echando profundas raices hasta en las entrañas de la tierra, extendiendo su sombra saludable de

(1) *Anales*, lib. XV, capítulo XLIV.

(2) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(3) *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, XXXIII.

(4) San Marcos, IV, 31.—San Lucas, XIII, 19.

Oriente á Occidente, de un polo al otro: eso es lo que vió el mundo en otro tiempo; y este cuadro incomparable del heroísmo cristiano, que triunfa de la fuerza brutal, subsiste vivo todavía en las páginas mas auténticas de la historia y en los monumentos innumerables que hablan tan alto como la historia, y nos ofrece una confirmacion tan brillante como gloriosa de las demas pruebas de la divinidad del cristianismo.

¿Por qué corrió, en efecto, tanta sangre por tan largo tiempo?... ¿Era, por parte de las víctimas, fanatismo, abnegacion ciega y tenaz?... En diferentes épocas se ha visto á hombres, extraviados por el delirio de la exaltacion, entregar su cuerpo á los tormentos y á la muerte; la libertad ha tenido sus Scévolas, el gymnosofismo sus Calanus, el ismaelismo sus asesinos del Viejo de la Montaña. Aquí no puede haber comparacion.

Por una parte vemos una abnegacion transitoria, local, limitada á un pequeño número; por la otra el heroísmo es permanente por espacio de tres siglos; es de todos los países y de todas las poblaciones, y sus caracteres se reiteran sin cesar y se diversifican de un modo maravilloso bajo todos los climas y en todas las edades, en todos los sexos, en todas las condiciones. Como garantía de ello tenemos los testimonios mismos de los paganos Tácito (1), Suetonio (2), Plinio el jóven (3), Antonino (4), Celso (5), Dion Casio (6), Marco Aurelio (7), Libanio (8); los trabajos de los Ruinart (9) y de los Ansaldi (10), que con documentos in-

(1) *Anales*, l. II, núm. 85; l. XV, núm. 44.

(2) *Vida de Neron*, c. XVI.

(3) A Trajano, carta 97.

(4) *Cartas citadas por San Justino en su Primera Apologia*, 69.

(5) Orígenes. *Contra Cels.*, l. VII, núm. 40; l. VIII, núms. 39, 69.

(6) *Hist. rom.*, l. 67.

(7) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(8) *Parent. in Julian.*, núms. 58, 59.

(9) Prefacio de las *Actas de los Mártires*.

(10) *De causis inopia veterum monumentorum pro copia martyrum dignoscenda*. Mediol., 1740.

contestables, destruyen los falsos asertos de Dodwell (1) y de Gibbon (2) sobre el particular; por último, las inscripciones monumentales que pulverizan esos mismos asertos de una manera directa y perentoria. Resulta de esas inscripciones recogidas por Visconti (3), que la crueldad de las persecuciones, hasta en tiempos de los emperadores tenidos por suaves y benignos, y el gran número de mártires cristianos, son dos hechos que pertenecen ya á la ciencia histórica (4). Indudablemente, en ese largo paroxismo de odio, de furor y de rabia, que principia en Neron, y se prolonga, mas ó menos violento, hasta Maximiano Galero, hubo intervalos. A la muerte de cada príncipe perseguidor, la Iglesia podia respirar un poco; ¿pero qué es el respiro de algunos años en padecimientos de tres siglos? ¿Es preciso acaso que unas cenizas se toquen á otras, unos cadáveres á otros, para poder decir que todo un país se halla entregado á fuego y sangre? Así es que puede muy bien decirse que no se siguen los pasos al cristianismo, desde su salida de Jerusalem hasta la época en que subió al trono de los Césares, sino al resplandor de las hogueras ó por los rastros de sangre (5); y comparando todas las víctimas que esto supone con el corto número de víctimas del fanatismo, aisladas en cuanto al país, al pueblo, al sexo, á la edad, á la condicion y en cuanto al tiempo, exclamaremos con justicia y con la conviccion de una superioridad victoriosa: ¡Qué diferencia!

Véase, por otra parte, lo peculiar que es de nuestros mártires cristianos la manera de sufrir y de morir. En estos nada hay que parezca exaltacion ó el extravío estúpido

(1) *Disertaciones latinas sobre San Cipriano*.

(2) *Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano*, capítulo XVI.

(3) *Memorie romane di antichità*, t. I. Roma, 1825.

(4) Véase *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion*, por Wiseman, t. I, *Discurso V*, Arqueología.—La *Defensa del cristianismo*, por M. Frayssinous.—*Diccion. de teol.*, por Bergier, art. *Mártires*.

(5) Véase la *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

de un espíritu fascinado (1). Ellos no provocan la persecucion; pero si esta va á buscarlos, levantan los ojos al cielo, y diciendo con San Pablo: *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra nuestra* (2)? se presentan con un valor modesto, pero noble, ante los jueces. En el acto del tormento se muestran tranquilos y hasta benévolos con sus verdugos, dulces con los suplicios mas crueles y con la muerte mas horrible: sin jactancia, sin acritud, y sin saber, como su jefe, mas que orar y bendecir, no conocen la murmuracion ni la queja, y muchas veces su naturaleza, como por efecto de un secreto encanto, parece insensible á los garfios de hierro, al aceite hirviendo, al plomo derretido, al fuego mas ardiente, hasta el punto de no oirse escapar de sus labios ni aun el gemido involuntario del dolor. Y la tímida debilidad de la edad primera, la complexion delicada del sexo, son las que con frecuencia ostentan esos corazones de héroe, cuyo valor nos llena de admiracion, no por su estóico y frio desden del dolor y de la muerte, sino por su alegría sobrehumana, que brillaba en medio de las llamas, entre las garras de los leones, y en los horribles tormentos inventados por la crueldad mas ingeniosa y refinada (3). Seguramente que debia haber mucha distancia de ese modo de sufrir los suplicios y la muerte al en que los soportaban los demas pacientes.

(1) Hablamos aquí, en vista de documentos los mas auténticos, de los mártires en general, y esto basta. Aun cuando la reconvencion de celo indiscreto que los filósofos han dirigido á algunos fuese fundada, ¿qué son algunos hechos, cien hechos, si se quiere, en comparacion de los millares de mártires tan moderados y sublimes por su heroica firmeza antes y en el acto de sus tormentos?

(2) Rom., VIII, 31.

(3) «Nostrí, autem, ut de viris taceam, dice Lactancio, pueri et mulierculæ tortores suos tacite vincunt, et exprimere illis gemitum nec ignis potest!» (*Div. Institut.*, t. V, cap. XIII, 15). Véase en las *Actas de los Mártires*, por Ruinart, á Santa Blandina, Santa Felicitas y Santa Perpetua, á San Vicente, San Sinfiriano, San Ignacio, San Policarpo, San Pionio, San Taraco, San Probo, San Andrónico, Santa Eulalia, etc. Véanse tambien las obras de Albano Butler, de Tillemont, y el curioso tratado de Gallonio, *De sanctorum martyrum cruciatibus*, Paris, 1660.

cuando en aquellos tiempos, en que las ejecuciones eran diarias, y en que los paganos estaban avezados á esos horrores, tanto por las guerras civiles como por los juegos sangrientos del anfiteatro, no podian eximirse de una emocion poderosa al ver á nuestros mártires. Ya hemos dicho que mas de una vez eran efecto súbito de ella conversiones espontáneas (1); y Tertuliano pone á los gentiles por testigos del acrecentamiento de los cristianos, que era su resultado ordinario: «Vuestras crueldades mas refinadas, les dice, no os sirven de nada: son mas bien el cebo del cristianismo. Nos multiplicamos á medida que vosotros nos vais segando: nuestra sangre es una semilla de cristianos (2).» Y en seguida muestra la razon lógica de ese hecho: «Esa invencible firmeza que nos echais en cara, obra como leccion poderosa. ¿Quién puede asistir á ese espectáculo sin sentir la necesidad de llegar, por la reflexion, hasta el fondo de la cosa? ¿Quién la profundiza sin venir á unirse á nosotros, sin arder en deseos de sufrir por nuestra fé, despues de haberla abrazado (3)?»

Así ese ilustre africano con su elocuente dialéctica refutaba diez y seis siglos hace, la brillante máxima de nuestros adversarios modernos: *La persecucion es un viento que propaga la llama del fanatismo...* Filósofos, una sola pregunta. Si hay en vuestro axioma algo mas que una frase pomposa y una imágen hueca, decidnos: ¿por qué ese viento

(1) *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, XXXIII. Este hecho es único en la historia, y tiene inmensa trascendencia. Cuando Honorio y Teodoro perseguian á los donatistas, Teodora á los maniqueos, Fernando é Isabel á los judios y á los moros, no se vió que ningun espectador de su suplicio abandonase inmediatamente sus propias creencias por abrazar las de las víctimas, y se adhiriere á ellas á costa de su sangre.

(2) *Apologet.*, L.

(3) *Apologet.*, L.—San Justino (*Diálogo con Trifon*, núm. 110).—Clemente de Alejandria (*Stromat.*, l. VI, 18).—Arnobio (*Contra los Gent.*, l. II, 3), y Lactancio (*Div. Institut.*, lib. V, c. 23), atestiguan igualmente este hecho, garantido ademas por la conducta de Juliano el Apóstata, de quien el pagano Libanio dijo que hizo cesar la persecucion contra los cristianos, porque veia que servia para acrecentar su número. (*Parentalis in Julian.*, núm. 59).

de la persecucion ha detenido ó estinguido esa llama en todo lo que no ha sido el cristianismo? Ya teneis noticia en el imperio romano de la suerte del maniqueismo, de la heregia de los Albigenses en Francia, del judaismo é islamismo en España, y de otra multitud de doctrinas en otras partes, esterminadas por las ventajas, segun vosotros tan fecundas, de la persecucion. ¿De qué proviene, pues, esa diferencia en los efectos de una misma causa? ¿No sería quizá de que transformais en perjuicio del cristianismo la escepcion en regla, al paso que la historia hace de vuestra pretendida regla la escepcion? En verdad que Tertuliano veía y filosofaba mejor que vosotros. La constancia de los mártires, segun él, provocaba el exámen de los hechos que demostraban la divinidad de la religion cristiana; el exámen de los hechos producía la conviccion; la conviccion de la verdad producía la conversion: esto es lógico. En las sectas, por el contrario, ¿qué es lo que podía y debía producir el exámen sério de los hechos? La conviccion del error, y lo produjo en efecto, y el viento de la persecucion detuvo ó estinguió lo que, segun vosotros, debía propagar.

Véase, pues, en el modo de sufrir y de morir una segunda diferencia que distingue esencialmente á los mártires cristianos de todos los héroes del fanatismo.

Otra no menos palpable resulta del exámen del principio fundamental que constituía la fuerza de los segundos, y que no se halla en los primeros. Descartemos primero de esa comparacion á los que habiendo sido ajusticiados como vencidos ó enemigos, ó sediciosos y rebeldes al poder político, no hubieran podido escapar de los padecimientos y la muerte desmintiéndose en el tormento: viéndose en la necesidad de sufrir y morir, se creaban una especie de indemnizacion sosteniendo hasta el fin su papel; de lo que se infiere que su constancia puede muy bien explicarse humanamente.

Algunos otros, en corto número, sacrificándose voluntariamente por pura ostentacion, ó por puro fanatismo, se

hubieran salvado retrocediendo de la muerte; ¡pero á qué precio para su orgullo! Hubieran tenido que sufrir por el resto de sus dias el desprecio universal de sus amigos y enemigos. Ahora bien, sabido es que el orgullo es capaz de impulsar hasta el extremo la voluntad humana, antes que consentir una mancha semejante. Aquí, pues, la constancia se explica tambien humanamente.

Otros, en fin, hubieran podido sustraerse á los tormentos y la muerte por un desistimiento, hasta simulado, de sus opiniones y de sus creencias. Pero contra ese desistimiento luchaban necesariamente el amor innato del honor y el temor de la acusacion de cobardía ó hipocresía; y ademas, para determinarles á ello ¿se les hizo acaso pasar sucesivamente por los tormentos mas largos, variados y espantosos? ¿Se emplearon al mismo tiempo con ellos los estímulos mas poderosos? ¿Se les hicieron promesas halagüeñas y seductoras?... Puede suponerse, pues, muy bien que su valor estuvo sostenido por el orgullo que los dominaba, al que por una parte no se oponian sufrimientos absolutamente insuperables, y por otra no se ofrecía una indemnizacion que pudiera decidirles á sacrificar ese mismo orgullo.

La constancia de los falsos mártires, se explica, pues, humanamente. No sucede así con la de la inmensa mayoría de los mártires cristianos.

Se halla en efecto comprobado que casi siempre, á la menor señal de apostasia, nuestros mártires estaban seguros de hacer cesar los tormentos y librarse de la muerte, puesto que solo eran perseguidos por motivos de religion. Tenemos la prueba de ello en la carta de Plinio el jóven á Trajano (1), en la respuesta de este emperador (2), en los edictos de Diocleciano y de Maximiano (3), en una carta del mismo Juliano, en donde confiesa que el cristianismo

(1) *Epistolæ*, l. X, *epist.* 97.

(2) *Idem*, *epist.* 98.

(3) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

se estableció por la práctica, al menos aparente, de todas las virtudes (1). También la tenemos en las actas auténticas de su proceso y de sus condenas, en los antiguos apologistas, Justino, Atenágoras, Minucio Felix, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, que sobre el particular invocan altamente la notoriedad de los hechos (2). Finalmente, el número de los que, no apoyándose lo bastante en la fuerza de arriba (3) cedían á los tormentos y recobraban su libertad por una retractación (aunque haya sido bien pequeño en comparación del de los mártires) demuestra suficientemente que ese era un medio seguro de libertarse.... Añádase que los tormentos empleados por los perseguidores eran demasiado horribles, diversos y prolongados para no hacer vacilar aun á las almas más fuertes; y que la apostasia, que era para ellos un camino infalible de salvación, se hallaba provocada y estimulada con frecuencia por las instancias en lo humano más eficaces, por las promesas más halagüeñas, por el atractivo de los honores y de todos los felices resultados de la protección imperial, y generalmente por el de la estimación, del favor de los magistrados y del aplauso de los paganos (4). Ahora bien, el deshonor personal y el desprecio de sus hermanos cristianos, que era lo que podían temer desdiciéndose, estaban lejos de compensar la esperanza segura de aquellas ventajas temporales. No era, en efecto, cosa que pudiera inspirar gran sentimiento el desprecio de una sociedad cubierta de oprobio y detestada, como era entonces la Iglesia cristiana. ¿Podía acaso temerse cuando mediaba por otra parte la protección de una sociedad poderosa que por su influencia constituía la opinión pública?

De consiguiente nuestros mártires estaban seguros de librarse de los tormentos y de la muerte con una retractación.

(1) Carta 49, á Arsacio.

(2) Véase el *Dicc. de teol.*, por Bergier, art. *Mártires*.

(3) San Lucas, XXIV, 49.

(4) Véase la *Hist. del establ. de crist.*, por Bullet, y las *Actas de los Mártires*, por Ruinart.

Lejos de poder temer el desprecio de sus enemigos desdiciéndose, debían, en general, aguardar todo lo contrario, y en cuanto al desprecio de sus amigos, sabían que quedarían más que vengados de él con la estimación y benevolencia de los paganos. En una palabra, ellos se veían siempre impulsados y escitados vivamente á la apostasia con suplicios que no pueden imaginarse más horribles, y muchas veces con otros medios capaces de neutralizar y vencer el interés de amor propio que hubiera podido retenerles. Lo que explica, pues, humanamente la constancia de los falsos mártires, no podría explicar la de los mártires cristianos: tercera diferencia esencial entre unos y otros.

Examinemos ahora el motivo que animaba y sostenía su valor. Se concibe que un hombre se encapriche obstinadamente por una opinión, por el interés de una pasión, hasta sacrificarse á esa divinidad facticia. Una opinión, que es fruto de nuestra inteligencia, y á veces de sus laboriosos trabajos, ó que hemos hecho nuestra adhiriéndonos á ella bajo la influencia de otro con el ardor del entusiasmo, nos inspira un amor de padre, ó por mejor decir, de madre; esto es, un amor loco y ciego, sobre todo, si nos honra y nos eleva á los ojos de nuestros semejantes: llega á hacerse para nosotros una verdad absoluta que hay que defender á toda costa so pena de deshonor y de infamia. Y cuando se apodera de nosotros una pasión violenta, cuando le abandonamos el imperio de nuestras facultades, ¿á qué estravagancias y delirios no arrastra al desventurado que le vendió su libertad!... Pero que un hombre, y sobre todo un número inmenso de hombres de todos países, edades, sexos y condiciones se obstinen en sufrir y morir por hechos cuya verdad ó falsedad les es fácil conocer, cuando no solo no tenían interés en reputarlos como verdaderos, sino que por el contrario les importaba por muchos conceptos que fuesen falsos, es lo que nunca se ha visto, lo que no se verá jamás; sería preciso para ello cambiar, trastornar la naturaleza humana.

Ahora bien, todos los que por orgullo, por exaltación filosófica, patriótica, política y hasta religiosa, arrojaron en diferentes siglos los tormentos y la muerte, se sacrificaron á una opinión, á una pasión. Por el contrario, nuestros héroes mártires se sacrificaron voluntariamente por hechos, por hechos públicos que por su naturaleza y consecuencia provocaban el mas formal exámen, y que eran susceptibles de un exámen tan fácil como profundo; por hechos en cuya falsedad tenían un gran interés, á parte del de su libertad y de su vida; porque la religion que profesaban era, á causa de esos mismos hechos, despreciada, molesta, estaba llena de misterios opuestos al orgullo del entendimiento, de exigencias contrarias á las inclinaciones del corazón y de los sentidos, y comprometía en sumo grado su tranquilidad y su honor y los de sus familias: por otra parte no ofrecía mas que la esperanza de bienes invisibles y futuros en cambio de los sacrificios que imponía, de las tristes y espantosas realidades de lo presente.

Y esta es la cuarta diferencia que hace ver claramente que por un abuso enorme del lenguaje, por un verdadero contrasentido se ha dado el nombre de mártires á las víctimas voluntarias de una exaltación cualquiera. No, nunca ha habido mártires de la libertad, ni mártires de la filosofía, ni mártires de otra religion que no sea el cristianismo. Quien dice mártir dice testigo. ¿Pero de qué hecho, base y prueba de su opinión, prenda de la legitimidad del sentimiento que los exaltaba, de qué hecho, en cuya falsedad tuviesen toda clase de interés, eran testigos los que enrojecían con su sangre el altar de la libertad, del orgullo, del espíritu de secta ó de partido, ó de la ciega superstición? ¿Qué milagro habían visto que les demostrase que rendían homenaje á la verdad con su sacrificio, ó que Dios estaba por ellos, cuando los hombres estaban armados en contra suya de odio y de furor? O bien, ¿en qué milagros garantidos por un testimonio histórico incontestable fundaban su abnegación? ¿Podían decir como nuestros mártires:

tires: «Nosotros somos testigos, *nos sumus testes* (1)?

Así hablaron los apóstoles en presencia del sanhedrin y de sus sayones brutales, como si hubiesen dicho: «No somos entusiastas ni fanáticos, sino que atestiguamos lo que hemos visto y oído (2).» Y habían visto y oído la prueba en acción de ese cristianismo tan poco acomodado á sus preocupaciones nacionales, á los intereses de la naturaleza y de la vida de este mundo. Dispersados luego por el universo iban repitiendo este testimonio: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos oído, lo que hemos examinado con atención, lo que hemos tocado con nuestras manos, os lo anunciamos (3),» á fin de cumplir la palabra de su maestro: «Me servireis de testigos hasta en los confines de la tierra (4).» Y ese testimonio, como vimos en el capítulo cuarto, concluyeron por sellarlo con su sangre.

Los mártires que vinieron en pos de ellos, sufrieron también y murieron por hechos cuya verdad no tenían naturalmente el menor interés en defender. Ellos eran testigos del hecho de la predicación del cristianismo por los apóstoles, como fundado por el hijo de Dios, testigos de la narración de sus milagros, de la verdad de su resurrección y de su ascensión, como vistas y reconocidas por los apóstoles y los demás discípulos, testigos de los milagros obrados por los apóstoles y los demás discípulos en prueba de su misión y de su predicación; testigos de sus triunfos prodigiosos en los diversos países que habían evangelizado. Tales fueron San Ignacio de Antioquia, San Policarpo, San Clemente de Roma, San Justino, San Quadrato, San Ireneo, y tantos otros que habían visto y oído á sus apóstoles y á sus discípulos inmediatos.

Los mártires, que después de estos últimos derramaron generosamente su sangre, eran testigos de una religion

(1) *Actas de los apóstoles*, V, 32.

(2) *Idem* IV, 20.

(3) San Juan, I, I, 3.

(4) *Actas de los apóstoles*, I, 8.

enlazada toda ella de hechos en su conjunto y en sus pruebas, basada toda en hechos certificados por la cuádruple garantía de la tradición oral, de la historia escrita, de los monumentos y de las confesiones de sus más violentos adversarios (1). Eran testigos de la constancia de sus predecesores, que habían perseverado contra todos los intereses humanos en aquella religión; testigos de los milagros verificados con frecuencia durante sus suplicios, milagros que nunca negaron sus perseguidores, muchos de los cuales, por el contrario, se convertían al verlos, y los demás se contentaban con atribuirlos a magia en vez de negarlos ó de convertirse: esto es lo que vemos en las sábias obras de los Bollandistas, de Tillemont, de Fleury y de D. Ruinart. Por último, eran testigos del homenaje tributado á la verdad de los hechos por el silencio de los apóstatas, porque jamás entre los cobardes que en medio de los tormentos renegaron de la fé, hubo uno que debilitara esos hechos ni tratara siquiera de confundir el testimonio de los mártires: y cuánto no hubieran ganado por parte de sus perseguidores, si hubiesen podido dar un mentís fundado á los gloriosos testigos de la religión cristiana!... Y no olvidemos que los mártires de que se trata debían desear tan naturalmente como sus predecesores, poderse librar, sin violar la razón y la conciencia, de sufrir y morir por esos mismos hechos.

Tenemos, pues, una primera generación de mártires testigos de los hechos, ó de la notoriedad de los hechos primitivos que demostraban la divinidad del cristianismo; una segunda generación de mártires, testigos de ese primer testimonio y de los milagros obrados por los apóstoles y por los otros primeros discípulos, ó de la notoriedad de esos milagros, igualmente que del establecimiento prodigioso del cristianismo que era su efecto; una tercera generación de mártires, testigos de la constancia de la segunda y de los hechos milagrosos que muchas veces real-

(1) Véase el cap. IV.

zaron el brillo de esa constancia, y testigos también de las garantías incontestables de todos los hechos anteriores: de consiguiente, tenemos una triple cadena de testimonios que constituyen la cuarta diferencia entre los mártires verdaderos y los falsos, pues estos se sacrificaban á una opinión, á una pasión exaltada, al paso que los otros se sacrificaban por hechos históricos incontestables, base lógica de sus convicciones.

Gloria, pues, á Dios que dió al cristianismo en la innumerable multitud de mártires, una nube inmensa de testigos (1) irrecusables de su verdad! ¿Qué religión hay que pueda honrarse con tener así en favor suyo un testimonio de sangre durante tres siglos, sin analogía en la historia, y revestido de caracteres inesplicables para la razón humana? Ante ese testimonio, no puede uno menos de hacerse esta pregunta: ¿La reunión de las cuatro diferencias que distinguen á nuestros mártires de todas las víctimas voluntarias de una exaltación cualquiera, proviene de Dios ó de los hombres?... ¿De los hombres? No: la historia y la razón lo demuestran. ¿De Dios? Luego la religión cristiana proviene también de Dios, porque Dios no se hace cómplice del error ni del fanatismo. Pero, por otra parte, ese testimonio de nuestros mártires tiene por objeto los hechos divinos que, según hemos visto, demuestran sucesivamente la verdad del cristianismo, ó otros hechos semejantes que se relacionan y enlazan necesariamente á esos hechos divinos, ó á otros hechos que son una garantía subsiguiente de aquellos: luego de ahí resulta á la vez una nueva prueba y una brillante confirmación de las otras pruebas: luego la sangre de los mártires constituye una de las glorias y una de las pruebas del cristianismo, añadiendo un noble título más á los títulos auténticos de su celeste origen.

(1) Hebr. XII, 1

CAPITULO XI.

EL VERDADERO CRISTIANISMO NO SE HALLA MAS QUE EN LA IGLESIA CATÓLICA.

Después de habernos convencido racionalmente de que la religión cristiana es divina, no nos queda más que buscar cuál es la sociedad religiosa que la posee: muchas pretenden, en efecto, ser las fieles depositarias de ella, y sin embargo, solo puede serlo una. ¿Será la iglesia griega? ¿o la iglesia anglicana? ¿o la iglesia luterana? ¿o la calvinista? ¿o la iglesia católica?... Desde luego salta á los ojos de todo hombre pensador una cosa. Esas cinco sociedades religiosas, cualesquiera que sean por otra parte sus diferencias, convienen todas en reconocer como verdadero el símbolo de los apóstoles, que remonta á los primeros tiempos, y en ese símbolo se dice: *Creo en la Iglesia católica*. Luego la verdadera religión cristiana tiene por nombre *católica*, y de las cinco rivales solo una lleva y ha llevado siempre ese nombre. ¿Por qué extraño trastorno habría abdicado la verdad su nombre propio para cederlo al error, que gozaría de él, por una posesión inmemorial?... Pero sigamos adelante en el asunto de nuestras investigaciones.

El verdadero cristianismo debe por necesidad venir de los apóstoles, porque Jesucristo lo estableció por ellos, y

de ellos á nosotros no ha podido perecer, ó hay que decir, blasfemando, que Jesucristo lo cimentó sobre arena, y que estas palabras solemnes tan expresas: «Edificaré mi Iglesia sobre la piedra, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (1)», no fueron más que palabras vacías de sentido en su adorable boca. ¿Pero cuál de las cinco sociedades religiosas que se dicen cristianas, es la que tiene el privilegio de descender directamente de los apóstoles?... Cuando dos familias se disputan el privilegio de un gran nombre, se decide la cuestión entre ambas por el hecho de las genealogías; y la que prueba en línea recta, continua y constantemente legítima su descendencia del tronco ilustre cuya herencia está en litigio, destruye por ese mismo hecho, ante todos los tribunales humanos, la pretensión de su rival. Del mismo modo, para una sociedad religiosa que se dice cristiana, hay un medio decisivo de demostrar que ella sola tiene derecho á ese título, y es demostrar que solo ella existe por una filiación real, directa, continua, desde los apóstoles hasta nuestros días. Una filiación dudosa ó interrumpida por espacio de muchos siglos no es admisible evidentemente; tampoco lo es la que aparece bastardeada por el cisma, puesto que habiendo quedado rota por el trastorno de la innovación, no está ligada al tallo apostólico, del mismo modo que la rama cortada del tronco, plantada lejos de él, y en que se ha ingerido una sávia extraña, no queda ligada al tallo primitivo.

Abremos ahora la historia, porque la cuestión es puramente histórica: principiemos por Pio IX, y remontémosnos hasta el día en que el divino fundador del cristianismo dijo á Simon, hijo de Juan: «Te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (2)». La serie de los pontífices es continua: el nombre, el principio y el fin del reinado de cada uno de los sucesores de Pedro, primer vicario de Jesucristo, encargado por él de *afirmar á sus hermanos*

(1) San Mateo, XVI, 18.

(2) San Mateo, XVI, 18.

en la fé (1), de apacentar los corderos y las ovejas (2), los fieles y los pastores, estan presentes á nuestros ojos. Recorriendo esa cadena genealógica, llegamos al glorioso barquero de Bethsaida, que es su primer eslabon, ora como jefe de la Iglesia, ora como obispo de Roma. En efecto, su viaje á esta capital del mundo, y el establecimiento de su silla pontificia en esa ciudad inmortal, son hechos atestiguados por su sepulcro, por San Ignacio (3), San Clemente (4), Papias (5), discípulos todos tres de los apóstoles, por San Ireneo (6), San Dionisio de Corinto, Clemente de Alejandria, Cayo, sacerdote romano (7), Origenes (8), Tertuliano (9), San Cipriano (10), Arnobio (11), Lactancio (12), etc.; y por el dicho de los hombres mas sabios y menos sospechosos; Pearson (13), Grocio (14), Usserio (15), Blondel (16), Basnage (17), Leibnitz (18), etc., autores todos protestantes.

(1) San Lucas, XX, 32.

(2) San Juan, XXI, 15, 16, 17. Véanse sobre la supremacia de San Pedro las *Cartas* del R. P. Ventura á M. L.... T..., ministro protestante, 1849, carta segunda.

(3) *Epístola á los romanos*.

(4) *Epístola á los corintios*.

(5) *Hist. eclesiást.* de Eusebio, lib. II, cap. 15.

(6) *Contra hæres*, lib. III, cap. 3.

(7) *Hist. ecles.* de Eusebio, lib. II, cap. 25; lib. III, cap. 14, 15.

(8) *Explan in Gen. apud Euseb.*, lib. III, cap. I; *Hist. ecles.*, libro IX, cap. 2.

(9) *De præscript.*, XXXII, XXXVI.

(10) *Epíst.*, 52, 55.

(11) *Contra Gent.*, l. II.

(12) *Div. Institut.*, l. IV, cap. 11, 21; cap. 2, de mort. persec.

(13) *Opera posthuma*, p. 27, 31, 32, 43.

(14) *In S. Petr.*, V, 13.

(15) *Usser. ad ann. Christ.*, 65, 66, 67.

(16) *De Primatu*, etc., p. 14, 19, etc.

(17) *Historia de la Iglesia*, lib. VII, cap. 3.

(18) *Exposicion*, etc., p. 305. Véanse las palabras notables del célebre Leibnitz:

«Como los antiguos atestiguan de comun acuerdo que el apóstol Pedro gobernó la Iglesia en la ciudad de Roma, capital del universo; que allí sufrió el martirio y designó en ella su sucesor; y como jamás fué allí nin-

Abramos igualmente la historia de las sectas que se dicen cristianas, y busquemos en ella una genealogia semejante á la de la Iglesia católica: en todas partes vemos vacios inmensos; en todas un principio bien marcado posterior al ilustre crucificado de Roma y á todos los apóstoles, ó un fin consumado ya hace muchos siglos, ó una filiacion adulterada por el cisma, y necesariamente ilegítima. ¿En dónde estábais, religion luterana, calvinista, antes de que vuestros fundadores conocidos hubiesen levantado la bandera de la heregia en el mundo? Entonees no existiais: luego no venis de los apóstoles; luego no venis de Jesucristo; luego no sois el verdadero cristianismo.... Oigo una voz de Wittemberg, una voz de Ginebra que dice: «Estábamos ocultos, invisibles en medio de los hijos de la Iglesia romana.» ¿Habeis estado ocultos, invisibles por espacio de doce ó quince siglos?... ¿Y en dónde? pregunto. ¿Y de tal suerte, que no habeis dejado huella en ninguna parte durante ese inmenso espacio de tiempo?... ¿Y por qué estábais ocultos, invisibles? ¿Era para desmentir el oráculo solemne de Jesucristo, que habia declarado en voz muy alta que su Iglesia no podia estar oculta, que estaria visible como la ciudad situada en la cima de la montaña (1)? Hablando en razon, se necesitan en materia de religion titulos tan positivos al menos como los que se exigen en las contestaciones humanas. Pero una genealogia cuya línea permaneciese invisible por un intervalo de muchos siglos, ¿seria en ninguna parte de algun valor?

gun otro obispo para ocupar la silla, con razon reconocemos al obispo de Roma como el primero de todos.»

Véase sobre el particular la *Disertacion de la Biblia*, de Vence, revisada por M. Drach, t. III.—La *Guía del catecúmeno valdense*, por M. A. Charvaz, t. II.—Las *Conferencias sobre el protestantismo*, por Wiseman, t. II, confer. 8.—El *Pontificado considerado en su origen*, etc., por el abate Maguin.—*Cartas* del R. P. Ventura á M. L.... T..., ministro protestante, 1849, tercera carta, donde se halla perfectamente refutado el opúsculo de este ministro: *¿Estuvo siempre San Pedro en Roma?*

(1) San Mateo, V, 14.

Y el que defendiese su causa, ¿no pondría con eso mismo en evidencia la debilidad de ella? ¿no la haría insostenible?... De todos modos, vosotros sois los que decís que estábais ocultos, invisibles; pero vuestra afirmación sin prueba positiva es nula de derecho; y aun cuando tratéis de defenderla, ¿cómo podríais salir de este dilema? Si antes del siglo XVI había luteranos ó calvinistas ocultos, ó fueron todos unos infames hipócritas, y entonces no podéis reconocerlos por padres, ó se abstuvieron de profesar y practicar lo que profesaba y practicaba la Iglesia católica. Es un hecho, sin embargo, que no podéis poner en duda, que cuando aparecieron Lutero y Calvino hallaron difundidas universalmente todas las creencias y prácticas que luego desecharon. Mas todavía, ¿no eran Lutero y Calvino católicos antes de dogmatizar? ¿no habían creído y practicado en un principio, como todos los demás, lo que creía y practicaba la Iglesia romana?... Antes de ellos no era, pues, vuestra religión visible ni invisible, puesto que no existía, y la fecha de su nacimiento está fija en su frente como una prueba cierta de que no es apostólica, como un sello de error indeleble.

Pero oigo por otra parte, la voz de la iglesia anglicana y de la iglesia griega que dicen: «Nosotras, al menos, descendemos de los apóstoles.» Podría preguntar, en primer lugar, á la iglesia griega, si en la lista de los nombres de sus patriarcas no se hallan huecos por espacio de muchos siglos, ó dudas poco compatibles con una genealogía incontestable (1); y á la iglesia anglicana si no existen dudas graves no solo sobre la validez de las ordenaciones de sus ministros, sino hasta sobre el hecho de la consagración episcopal de Barlow de la cual proviene la de Mateo Parker y la de todos los demás obispos anglicanos (2). Podría de-

(1) Véase el *Diccionario* de Moreri; arts. *Jerusalén, Antioquia, Alejandria, Constantinopla*.

(2) Véase la *Escelencia de la religion* por Milner, carta XXIX.—Richardson en sus notas sobre el comentario de Godwin se vé precisado á hacer la

cirles: «Pongamos vuestra genealogía al lado de la genealogía de la iglesia católica y se verá de que parte resalta el esplendor de la verdad.» Pero para cortar de una vez toda discusión y hacer ese esplendor irresistible, basta responder á esas dos iglesias: Vosotras descendéis de los apóstoles, no os lo disputo: pero como dos ramas ilegítimas, y vuestra genealogía no tiene valor. ¿Qué erais, en efecto, antes de vuestra separación de la iglesia católica? Una porción de esa misma iglesia y nada más; una provincia de un gran reino, cuya capital no estaba en vuestro seno, cuyo jefe residía lejos de vosotras, pero al que estabais sometidas. ¿Qué derecho teníais para cambiar esa organización, para sustraeros á la autoridad superior de esa antigua silla de Roma á la que todo el resto de la Iglesia debe permanecer unido (1), á esa autoridad universalmente reconocida hasta por vosotros antes de vuestra acta de independencia? Si, Roma poseía de tiempo inmemorial, la primacía sobre vosotras, como sobre todas las demás iglesias particulares. Porque no podéis decirnos cuándo, cómo ni por quién principió la supuesta usurpación de su silla; y sin embargo, un hecho de tal magnitud hubiera debido herir en lo vivo por necesidad todas las rivalidades naturales de las demás sillas episcopales, y provocar gritos universales de reclamación: en una palabra, hubiera dejado por necesidad, hondas y grandes huellas en la historia. Vosotras admitis como nosotros este axioma: *Nada de lo que principia es apostólico*. Pero también hay que reconocer lógicamente por apostólico todo lo que no tiene principio posterior á los apóstoles; y el hecho patente de la posesión inmemorial de la Santa Sede hace patente y palpable la apostolicidad de su supremacía que por otra parte es de por sí un hecho escrito positivamente en las páginas de la

confesión siguiente acerca de Barlow: «*Dies consecrationes ejus nondum apparet.*»—Véase el *Diccionario* de Bergier, art. *Anglican*.

(1) Expresiones literales de S. Ireneo, en el segundo siglo. (*Advers. hæreses*, libro III, c. 3).

historia mas auténticas. Por una parte el homenaje tributado á esa supremacia por S. Ignacio, obispo de Antioquia, discípulo de S. Pedro y de S. Juan (1), por Hegesippe, hácia el año 157 (2), por S. Policarpo, obispo de Smirna y discípulo de S. Juan, hácia el año 160 (3), por S. Ireneo, discípulo de S. Policarpo (4), por Tertuliano á fines del siglo segundo (5), por Origenes á principios del tercero (6), por S. Cipriano (7), S. Atanasio (8), S. Basilio (9), etc. y por el mismo pagano Amiano Marcelino (10); por otra los actos de autoridad pontificia ó de recurso á esa autoridad que tuvieron lugar con mas ó menos frecuencia, segun las circunstancias, desde S. Clemente inclusive, cuarto papa contemporáneo del príncipe de los apóstoles, no dejan lugar á duda alguna razonable sobre ese hecho y confundirán para siempre á todo el que quiera substituir el espíritu de sistema á la verdad histórica (11).

(1) *Epistol. ad Roman.*

(2) *Hist. ecles. de Eusebio lib. IV, c. 22.*

(3) Véase la *Hist. ecles. de Fleury*, lib. III, núm. 48.

(4) *Advers. hæres.*, lib. III, c. 3.

(5) *De præscript.*, núm. 36; *De pudicit.* I.

(6) *Hom. V in Exod. in cap. VI ad Rom.*

(7) *Epistol. 44, ad Cornel.*; 51, *ad Anton*; *Epist. 57*; *Epist. 66*; *Epistola 72, ad Jubaia*, *Lib. de unitate Eccles.*

(8) *Epist. ad Marc.*

(9) *Epist. LII.*

(10) *Rerum gestar.*, lib. XV.

(11) A fines del primer siglo se dirigen los corintios al papa S. Clemente para que haga cesar un cisma que los dividia, aunque habia otras iglesias menos lejanas fundadas como la de Roma por apóstoles, y vivia ademas a la sazón el apóstol S. Juan. Y S. Clemente hablando con autoridad, les dirige una carta muy enérgica que pone fin al cisma. (S. Iren. *Adv. hæres.*, l. III, c. 3;—Clemente de Alejandria, *Stromat.*, l. IV.—Eusebio, *Hist. ecles.*, l. III, c. 12, 27; V. 6).

Véanse otros ejemplos del segundo y tercer siglo en el *Dicc. de teol.* por Bergier, art. *Papa*.—Los actos de autoridad pontificia fueron menos frecuentes en los primeros siglos, porque eran mas escasas las ocasiones de ellos, y las persecuciones hacian mas difíciles las relaciones del jefe de la Iglesia con las provincias (*Curso de hist. ecles.* de M. Blanc, lecciones 42, 46, número 2). Véase tambien para la esposicion de las pruebas de la supremacia de la Santa Sede la *Escelencia de la religion católica* por Milner, t. II, l. V. *Conversaciones I, II, III*;—el *Pontificado considerado*, etc., por Maguin;—la *His-*

De modo que la Iglesia católica nos muestra con una mano en la inexorable historia, el acta de nacimiento de las sectas que se titulan cristianas, nacimiento muy posterior á los apóstoles, ó el acta de separacion por la que se desprendieron ellas mismas del árbol geneológico de la apostolicidad; y con la otra nos muestra su filiacion directa, continua, visible siempre y legítima hasta el príncipe mismo de los apóstoles. Solo ella, pues, tiene un derecho incontestable al título de apostólica.

Ella sola tambien posee la unidad de doctrina; carácter esencial de verdad (1). ¿Qué hizo el Hombre-Dios al establecer el catolicismo? Enseñar una doctrina compuesta de cosas que hay que creer y cosas que hay que practicar, á las que quiso que sometiésemos nuestra inteligencia y nuestra voluntad, para merecer con esa sumision la felicidad eterna de la otra vida: esto es lo que resulta con evidencia de la simple lectura del Nuevo Testamento. Ahora bien, Jesucristo no ha enseñado mas que una sola doctrina, y nunca ha dicho unas veces *si* y otras *no* sobre un mismo punto, sino que siempre ha estado acorde consigo mismo (2). De consiguiente, la enseñanza de la sociedad religiosa, depositaria de esa doctrina, debe ser una, inva-

toria del desarrollo de la doctrina cristiana ó motivos para volver á la iglesia católica por J. H. Newman, de la universidad de Oxford.

(1) Trátase aquí de la unidad dogmática, porque respecto á los puntos de disciplina ó de policía exterior (*Dicc. teol.* de Bergier, art. *Disciplina*), es evidente que pueden variar sin que cambie en lo mas mínimo la doctrina de Jesucristo, porque esos puntos se hallan establecidos por la Iglesia y adaptados por la misma á las diversas circunstancias. «Así es, dice Bergier, que la ley impuesta á los primeros cristianos por el concilio apostólico de Jerusalem, de abstenerse de la sangre y de las carnes ahogadas (*Act. de los Apóst.*, XV); las pruebas á que se sometia á los catecúmenos antes de recibir el bautismo; las costumbres de prohibirles la asistencia al santo sacrificio; la de someter á los pecadores escandalosos á una penitencia publica, etc., son leyes de disciplina eclesiástica que nada tienen que ver con el dogma, y que pudieron ser útiles en un tiempo y poco convenientes en otro; y la Iglesia que las hizo, pudo modificar su obra sin tocar de modo alguno á la doctrina dogmática.

(2) *Dei filius Jesus Christus*, dice el apóstol San Pablo, *non fuit est et non sed est in illo fuit* (II, *Cor.*, 1, 19).

riable; sin lo cual esa sociedad no enseñaría el verdadero cristianismo, ni la Iglesia de Jesucristo sería cristiana.

Ahora bien, esa unidad, esa invariabilidad en la Iglesia católica, es un hecho histórico cuya certeza no puede combatirse. Esa Iglesia ha visto nacer á todos los sectarios, y mientras que pasaban dogmatizando por delante de ella, les dijo: ¡Innovadores!... y esa palabra, que nunca pudieron rechazar, esa palabra que nunca pudieron desmentir, cayó sobre ellos como un anatema fulminante. Ella enseñaba antes que ellos lo que despues de ellos continuó enseñando, lo que enseña hoy, y siempre desde los primeros siglos ha confundido á todos los que quisieron mezclar la impura liga de las concepciones humanas al oro puro de la revelación con este simple reto, al cual jamás pudo nadie responder: «Si no enseñó la verdadera doctrina de Jesucristo, decidme dónde, cuándo, cómo y por quién ha sido corrompido en mis manos el depósito divino de esa doctrina.... ¿Os callais? Luego no he variado, luego soy la fiel esposa del esposo (1) celestial, y vosotros sois los que queréis hacerme adúltera.» Si, tal ha sido constantemente la respuesta contundente de la Iglesia católica: no hay mas que prestar el oído y se la oirá repetir de siglo en siglo por todos los ecos de la historia (2).

(1) San Juan, III, 29.

(2) El desarrollo del dogma que resulta de las decisiones sucesivas de la Iglesia católica sobre los diversos puntos de su creencia, no puede dañar á la admirable unidad de su doctrina. «Hay en la Iglesia de Jesucristo, decía San Vicente de Lerins en el año 434, *progreso y no variación*: por el *progreso* se engrandece una cosa permaneciendo siempre la misma; por la *variación* se transforma en otra.» Y despues de demostrar como el cuerpo humano pasa, guardando su identidad, por todas las fases de su desarrollo, «del mismo modo es preciso, continuaba aquel profundo teólogo, que el dogma cristiano, siguiendo las leyes de un progreso análogo, se afirme con los años, y se engrandezca con el tiempo, incorruptible é inalterable siempre en su integridad... Así la Iglesia, por los decretos de los concilios, ha querido que lo que la antigüedad ha creído sencillamente, se creyese en lo sucesivo con mayor prevision y esas creencias de los antepasados que había recibido por manos solo de la tradición oral, quiso transmitir las auténticamente por medio de la escritura á la posteridad, encerrando en breves palabras una multitud de

En presencia de esa unidad invariable, pongamos por un momento á las diferentes sectas que se han separado de ella, pues importa mucho advertir que ella nunca tuvo que separarse de nadie la primera, porque jamás ha innovado (1). Los griegos fueron los primeros á quienes se les ocurrió negar en los últimos siglos lo que habían venido confesando cien veces antes, «no solo especulativamente, dice el gran Bossuet, sino prácticamente en los concilios que hemos celebrado juntos por espacio de setecientos años (2):» por ejemplo, en el concilio de Efeso, donde reconocen en las cartas del papa Celestino una autoridad á la que deben obediencia todos los espíritus. Los griegos fueron los que en 869, en 886, en 952 y en 1019 (3) acudieron al soberano pontífice para pedirle confirmación de elecciones episcopales, actos de jurisdicción, prestando así un testimonio solemne de su fé á la supremacía de la Santa Sede, y los que, por efecto de la negativa, cesaron de creer en ella. Y en 1260 ¿no se adhirieron á los artículos que son objeto de su disidencia, abjurándolos de nuevo

cosas, y designando las mas veces, para ilustrar mejor la inteligencia, con la propiedad de una palabra nueva una fé que no era nueva.» (Commanitor, c. XXIII).—Véase la *Historia del desarrollo de la doctrina cristiana*, por J. H. Newman, obra sabia, tanto mas propia para ejercer una influencia persuasiva, cuanto que su ilustre autor la escribió antes de entrar en la Iglesia católica.—Véase tambien sobre el particular en los *Anales de filosofía cristiana*, un excelente artículo que lleva por título: *Exámen del Manua de la historia de los dogmas*, del doctor Enrique Klee.

(1) «El apóstol San Judas, dice Bossuet, señaló por carácter á todos los que formaron nuevas sectas en la religion, el haberse separado ellos mismos (Ep. V, 19). Esta es una mancha indeleble. Ninguna heregia se ha librado de ella, haya hecho lo que quiera. Arrianos, macedonios, nestorianos, pelagianos, eutiquianos, todos los demas, en cualquier siglo que hayan aparecido, lejano ó próximo á nosotros, llevan en su nombre que procede del de su autor, el sello de su innovación. Siempre se citará á Jeroboam que se separó é hizo pecar á Israel. El cisma es conocido siempre por su autor: la llaga no se cierra con el tiempo, y por poco atentamente que se examine, la rosetura aparece siempre fresca y ensangrentada.» (*Política sacada de la Escritura*, lib. VII, 5.ª proposición).

(2) 1.ª *Instr. past. sobre las prom.* de la Iglesia, núm. 38 y 2.ª, números 84 y 86.

(3) *Hist. ecles.* de Fleury. *Hist. de la Igles.* por Rohrbacher.

poco despues? ¿No firmaron tambien en 1459 la profesion de fé católica para abjurarla de nuevo poco tiempo despues (1)? Por último, esa infortunada Iglesia ve pulular sectas en su seno, y su union aparente va disolviéndose por las simpatias anglicanas, por la ignorancia y el servilismo político del clero eismático ruso, por las invasiones del iluminismo de los salones y del roskolismo de los campos, y por las consecuencias necesarias de la ignorancia y de la degradacion del clero eismático de Oriente y de sus ovejas (2).

Hé aquí ahora todos los sectarios que bajo el nombre de *reformados*, no contentos con innovar como los griegos, han abierto la puerta por el libre exámen á toda especie de innovaciones y contradicciones. *Jesucristo está en la Eucaristia*, dicen los luteranos y una parte de los anglicanos: *Jesucristo no está en ella*, dicen los calvinistas;—*Jesucristo es Dios*, dicen unos y otros, al menos aquellos que han permanecido fieles á las enseñanzas de los primeros jefes de la reforma;—*Jesucristo no es Dios*, dicen los unitarios;—*Hay tres sacramentos*, dicen unos;—*No hay ninguno*, dicen los otros no menos acordes con su principio comun, el libre exámen;—*La fé sin las obras basta para salvarse*, dicen los metodistas;—*No*, dicen los evangelicos; *se necesita la fé que obre por la caridad* (3). Se vé, pues, que

(1) Véanse las mismas obras.—Los dogmas en que se han separado de la Iglesia católica, son la procesion del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, la oracion por los difuntos, la admision en el cielo de las almas suficientemente purificadas y la primacia del papa establecida en la persona de San Pedro. (Proyecto de reunion entre los católicos y los protestantes de Alemania, segunda parte, carta de Bossuet á Mad. de Brion.

(2) Véase la obra *del papa*, por M. de Maistre, t. II, lib. IV, cap. I, capítulo III.—Los *Anales de filosofia cristiana*, t. I, de los Roskolniks.—La *Universidad católica*, t. II, segunda serie; *del cisma moscovita desenmascarado*, etc.—La *Correspondencia de un viajero en Oriente*, por Eugenio Boré.

Los Roskolniks son sectarios de la iglesia griega en Rusia.

(3) Véanse en el *Dicc. de teol.* de Bergier los articulos *Luteranos*, *Calvinistas*, *Unitarios*, *Metodistas*, etc., y el *Guia del catecúmeno valdense* por monseñor Charvaz, tomo III, lib. VII, conversaciones II, III, IV y siguientes.

la Reforma solo nos ha abandonado para poner sus reales en las llanuras de Sennaar y plantar su bandera sobre las ruinas de Babel.... ¿Y puede admitirse la confusion de lenguas en la verdadera Iglesia? Es cosa absurda, imposible; luego hay falsedad en la sociedad religiosa en que existe esa confusion por una consecuencia inevitable de su principio constitutivo. Sin embargo, en medio de esa anarquia de creencias se levantan voces que, conociendo la necesidad de la unidad, lanzan un grito de union *sobre los articulos fundamentales*. Pero ese grito se ha perdido en la refriega, como no podia menos de suceder, porque era invocar una nueva confusion. ¿Qué acuerdo puede en efecto caber sobre los articulos fundamentales, cuando queda cada cual en libertad de pensar y obrar como mejor le parece? ¿Quién va á discernir, sobre todo entre los simples fieles, los articulos fundamentales de los que no lo son, cuando el mismo ministro Jurieu confiesa que *esa es una cuestion espinosa y difícil de resolver* (1)? ¿Quién va á atreverse á imponer á otro su propio juicio sobre la materia; quién osará decir el primero: «Bajo mi palabra creed que hay diez articulos esenciales, bajo pena de salvacion», cuando al punto para taponarle la boca puede otro responderle: «Bajo mi palabra no hay mas que cinco: en virtud de nuestro comun principio vos y yo tenemos igualmente razon?...» Y por otra parte, ¿dónde puede buscarse el derecho de dividir la doctrina de Jesucristo en dos partes, una esencial y otra accesoria? ¿Cómo podrá resolverse nunca un cristiano que adora á su Dios en ese angusto Maestro, á suponer que ese Dios se haya respetado tan poco á sí mismo que imponga á los hombres ciertas cosas que creer, dejándoles la facultad de no prestarles fé, y ciertas cosas que practicar dejándoles la de no conformarse á sus preceptos?

(1) *Sistema de la Iglesia*. Véase la *Hist. de las variaciones*, etc., por Bossuet, l. XV, núm 88;—la *Tercera advertencia á los protestantes*, número 21, y la *Sesta advertencia*.

¿Y cuánto no podría añadir, si quisiera bosquejar sólo á grandes rasgos las variaciones perpétuas de la Reforma desde su nacimiento? Bossuet ha escrito una larga historia de ellas, que nadie ha podido desmentir, y á la que no puede responderse sino sosteniendo contra la evidencia que la verdadera Iglesia puede variar en su doctrina; es decir, que la doctrina de la Iglesia de Jesucristo puede no ser la de Jesucristo. Pero Bossuet no ha escrito la última página ni el último tomo, y esa variabilidad inherente al principio de los reformados ha producido, desde que vivió el grande obispo de Meaux, efectos tan deplorables, que el célebre autor protestante del *Banquete de Theodulo* hacia notar su triste realidad, hace solo cuarenta años, en esta elocuente frase: «Si Lutero y Calvino volvieran sobre la tierra, se sorprenderían en extremo de no ser de la religion que ha tomado de ellos su denominacion (1). ¿Y no se ha visto hace pocos años á ministros protestantes obligar á sus recipiendarios, no solo á firmar, sino á jurar un formulario de fe?... ¡Hasta tal punto conocen que les falta la unidad, y que la anarquía doctrinal invade cada vez mas las almas, como un cáncer indomable (2)!

(1) *Banquete de Theodulo*, traducido al francés con el título de *Conversaciones filosóficas*, etc., por el baron de Stark, ministro protestante.

(2) En la sola Confesion de Augsburgo se halla impreso el artículo de la Cena de cuatro maneras diversas: ¿cuál es la verdadera?... Enormes diferencias separan á los calvinistas de los luteranos y de los anglicanos. Los primeros se han dividido ellos mismos entre sí. Hoy se rechaza en Ginebra la doctrina de Calvino, pues nada se dice sobre la divinidad de Jesucristo. El catecismo, la liturgia, las lecciones de los profesores de teología, la traduccion de la *Biblia* publicada en Ginebra en 1807, las predicaciones de los pastores, las tesis públicas, todo anuncia un descenso hacia el cristianismo. Han sido expulsados los ministros Empeytas, Mejanel y Malan, que no querían someterse á ese sistema. Estos hechos son notorios, y están confesados hasta por autores protestantes.

Véase en la *Historia de las sectas religiosas*, por Gregoire, el capítulo que trata del *Estado reciente del protestantismo*.—Los números 284 y 285 de periódico el *Amigo de la Religion*, Paris, 1817.—La *Coleccion de discursos pronunciados en el sínodo protestante de Ginebra* desde 1830.—El *Guia del catecúmeno valdense*, por monsenor Chervaz, t. I, lib. III, conferencia 2.ª sobre las variaciones y las contradicciones de los protestantes de

Solo, pues, á la Iglesia católica pertenece la unidad invariable de doctrina: segunda prueba de que ella sola posee el verdadero cristianismo.

Tambien ella es la única que nos ofrece la autoridad necesaria para trasmitir pura é intacta, y conservar sin

Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia.—La *Estadística religiosa* de los Estados-Unidos en los *Anales de filosofía cristiana*, t. XIII.—La *Excelencia de la religion católica*, por Milner, t. I, carta 14.—La *Simbólica de Mæther*, lib. II; y sobre todo, la sabia obra de Hæninghaus, la *Reforma contra la Reforma*, t. I, cap. I; t. II, cap. VIII.

Véase tambien un excelente artículo de M. Enrique de Riancey sobre los sínodos protestantes más modernos, en el *Amigo de la Religion*, 1849, núm. 4,389.

No será quizá inútil citar aquí una parte al menos de las sectas comprendidas bajo el nombre colectivo de protestantes y engendradas por la Reforma: los anglicanos, los colegianos, los callados, los llorosos, los indiferentes, los multiplicantes, etc.; los cuáqueros, los shakeros, los gruñidores, etc.; los metodistas, los generacionistas, los southcolistas, los anabaptistas, los adiaforistas, los entusiastas, los pneumáticos, los brownistas, los interimitas, los mennonitas, los berboritas, los calvinistas, los evangélicos, los labadistas, los luterano-calvinistas, los baptistas, los luterano-baptistas, los universales-baptistas, etc., etc.; los luteranos, los muncerianos, los sabbaterianos, los puritanos, los arminianos, los socinianos, los zwinglianos, los presbiterianos, los antipresbiterianos, los luterano-zwinglianos, los calvino-zwinglianos, los oziandrianos, los luterano-oziandrianos, los stancerinianos, los syncretinianos, los synergianos, los ubiquistas, los pietistas, los konakerianos, los versechorianos, los latitudinarianos, los cecederianos, los burrignonianos, los camisarianos, los glasinianos, los sandemanianos, los hutchonsinianos, los cameronianos, los filipistas, los marechalianos, los necesarianos, los hopkinsianianos, los edwasianos, los prestianios, los relief-cecederianos, los burgerianos, los antiburgerianos, los bereanianos, los ambrosianos, los monasterianos, los anomeanos, los munsterianos, etc.; los mamitarios, los clancularios, los grubenarios, los stablerios, los bacutarios, los nupedales, los sanguinarios, los confesionarios, los unitarios, los trinitarios, los antitrinitarios, los convulsionarios, los anticonvulsionarios, etc.; los impecables, los regocijados, los rustadios, los taciturnos, los demoniacos, los libres, los apostólicos, los espirituales, los olieros, los pastoricidas, los conformistas, los no-conformistas, los episcopales, los místicos, los concienzudos, los schvedenborgianos, los uckwallistas, los janjacobosianos, los herrnhutas, etc., etc., etc.

Todas estas sectas se apoyan en el mismo principio, y deducen lógicamente de él sus doctrinas opuestas, al paso que entre los católicos no puede formarse una secta sino á condicion de cesar de ser católica, conculcando el principio de autoridad infalible, que es la base de nuestras creencias, y que demostraremos aquí por medio de la razon.

alteracion la doctrina de Jesucristo entre los hombres. Habiendo bajado este del cielo á traer al mundo una religion y á tanta costa, es evidente que no pudo ser su voluntad hacer una obra sin consistencia; ni pudo carecer en esa obra, él que es la sabiduría increada, de esa sabiduría vulgar, de ese buen sentido comun (si es permitido hablar así), que dirige á todo legislador, á todo fundador de una sociedad cualquiera. Ahora bien, ¿entrega un legislador sus leyes á las interpretaciones caprichosas de cada cual, ni las arroja como un juguete en medio de los embates permanentes de los intereses y de las pasiones, sin una autoridad que las conserve y que en caso necesario juzgue en última instancia? No, porque eso sería hacer y deshacer. ¿Intenta el fundador de una sociedad constituir la sin un poder que tenga el derecho y la fuerza para hacerse obedecer? No, porque eso sería querer el fin sin los medios, querer la anarquía y la muerte de esa sociedad: eso sería, en ese legislador, en ese fundador, contradicción, desvario, locura. Si Jesucristo, pues, no hubiese establecido en la sociedad religiosa de almas que ha fundado, una autoridad suficiente para mantener intactas las leyes que imponía á la inteligencia y á la voluntad de los cristianos, y terminar sin apelacion las contestaciones relativas á esas leyes; si no hubiese dado á esa autoridad el derecho y la fuerza de hacerse obedecer por todos los miembros de su Iglesia, habria procedido como no se puede proceder sin incurrir en contradicción, en desvario, en locura. Esto es una horrible blasfemia: luego Jesucristo ha establecido esa autoridad; y es esto tanto mas cierto, cuanto que, siendo Dios, sabia perfectamente que desde el primer siglo hasta nuestros dias, habria casi continuamente cismas y heregias; y que tantas opiniones, sistemas y errores, como debian llamar frecuentemente en su auxilio á todas las pasiones humanas, no podrian menos de destruir naturalmente su obra.

Pero para que esa autoridad establecida necesariamen-

te por Jesucristo no sea una quimera, es preciso que la haya hecho infalible en materia de doctrina, porque si podia enganarse y hacer incurrir á los fieles en el error, no tendria ni el derecho ni la fuerza de hacerse obedecer. Dios nos ha dado, en efecto, la inteligencia y una voluntad libre, nobles facultades que no pueden depender mas que de él solo, ó de aquellos á quienes haya dado el privilegio de mandar en ellas en su nombre: de lo contrario, someterse seria para el hombre una cosa peor que el vasallaje vergonzoso de un rey arrodillado delante de su igual. Ahora bien, Dios, que es la verdad suprema, la verdad por esencia, no puede obligarnos á abrazar el error; luego es necesario que preserve del error á la autoridad á quien quiere que nos sometamos en materia de doctrina religiosa.

Adviértase por otra parte que es absolutamente necesaria una autoridad viva é infalible para la muchedumbre, incapaz de discernir ni interpretar, por sí misma, la doctrina de Jesucristo; y no es menos necesaria tambien para los talentos cultivados, y hasta para los genios, á fin de fijarlos, de impedirles que sustituyan sus sistemas á la verdad, ó que la alteren por la mezcla de sus propias ideas. Negar, pues, la existencia de esa autoridad en la verdadera Iglesia es acusar á Jesucristo de haber dejado sin satisfacer la necesidad de todos en una obra que hacia para todos; es acusarle de haberse conducido como un mal padre y como un político inepto, de haber sido menos que un hombre vulgar en una constitucion divina.

No hay tal, exclaman aqui los reformados, porque existe otro medio de conocer con certeza la doctrina del Hombre-Dios, cual es la lectura de la Biblia hecha con la asistencia del Espiritu Santo (1).—De ahí se desprende que

(1) Véase la excelente obra intitulada: *La lectura de la sagrada Biblia en lenguaje vulgar juzgada segun la Escritura, la tradicion y la sana razon*, por J. B. Malou (*Anales de filosofía cristiana*, série III, t. XVII).—«La reforma, dice M. Monod (en su opúsculo *Lucilo ó la lectura de la Biblia*), se cifra toda ella en este principio: que un cristiano puede y debe leer la Biblia él mismo, implorando las luces del Espiritu y Santo.» Cbi-

según el sistema protestante, Jesucristo habría adoptado para hacer llegar su doctrina á conocimiento de los fieles, un medio cuyo uso sabía que sería físicamente imposible para la mayor parte de aquellos *por espacio de catorce siglos!* Porque él, cuya mirada divina penetraba claramente en el porvenir, no ignoraba que antes de inventarse la imprenta, no habría en el mundo más que un número de biblias manuscritas, infinitamente pequeño en comparación del inmenso número de fieles. Tenemos, pues, que la negación de la autoridad infalible en la Iglesia arrastra á la reforma á esta consecuencia: que Jesucristo ha frustrado á sabiendas su objeto, y que la sabiduría infinita ha hecho un acto indigno de cualquier hombre razonable.—Se dice, no obstante, que los fieles podían escuchar, al menos en sus asambleas, la lectura que no pudiesen hacer por sí mismos.—¿Y cómo hubieran podido asegurarse entonces de que no les engañaban, ya fuese leyéndoles otra cosa que la Biblia, ya truncando esa lectura, ya adulterando la traducción del texto? Porque la lengua del texto original

lingworth había dicho en pocas palabras: «La Biblia es la religión de los protestantes.» (*The Dublin Review*, julio de 1836).

Sin entrar en la refutación directa del sistema protestante, ¿no bastaría hacer esta sencilla observación? Jesucristo enseñó oralmente su doctrina. Cuando envió á sus apóstoles á difundirla por el universo, no les dijo: «Id y haced leer la Biblia á todo el mundo;» sino que les dijo: «Id y enseñad á todas las naciones á observar todas las cosas que os he prescrito en mis mandamientos.» (San Mateo, XXVII, 19, 20). Finalmente, los apóstoles transmitieron oralmente esa doctrina, y encargaron á sus sucesores que la transmitiesen de la misma manera. «Conservad lo que habeis sabido de mí delante de muchos testigos, escribía San Pablo á su discípulo Timoteo, y comunicadlo á hombres fieles que sean capaces de instruir de ello á otros.» (II, *Timoth*, II, 2). De consiguiente, la enseñanza de Jesucristo ha sido oral; el modo de enseñar prescrito por él á los apóstoles y empleado por estos fué oral; la enseñanza de sus sucesores inmediatos fué oral; y hasta tal punto, que á mediados del segundo siglo, según testimonio de San Ireneo, muchos pueblos creían en Jesucristo por la autoridad de la tradición, conservando fielmente grabados en su ánimo los preceptos relativos á la salvación, y creyendo todos los artículos de la fe sin el auxilio de la Escritura (*Adv. hær.*, lib. III, c. IV). No es, pues, el sistema protestante el medio establecido por Jesucristo para hacer llegar con certeza á los fieles el conocimiento de su doctrina.

no hubiera sido comprendida por la inmensa mayoría de los oyentes. ¿Cómo hubieran podido los fieles entender y retener, por una simple lectura oída, tantos pasajes diferentes sobre puntos dogmáticos y morales? ¿Cómo hubieran podido comparar y coordinar todos aquellos que, aunque esparcidos, son relativos á un mismo objeto ó que necesitan ser explicados uno por otro (1)?... ¿Habrían podido atenerse á las afirmaciones y explicaciones de los pastores á quienes la reforma acusó precisamente de haberles hecho incurrir por espacio de tantos siglos, en los errores más deplorables? Por otra parte, siendo falibles, según ella, todos los pastores en cuerpo, aceptando los fieles sin garantía posible para ellos sus afirmaciones y explicaciones, nunca hubieran tenido más que un cristianismo fundado sobre una enseñanza sujeta á sus ojos á error, y de consiguiente se habrían visto precisados á aceptar una religión que debían mirar necesariamente con prevención de que pudiera ser falsa.

Pero no es eso todo. Por el sistema protestante, para hacer conocer Jesucristo á los fieles su doctrina con certeza, habría adoptado un medio que sabía debía ser, aun después de inventada la imprenta, moralmente impracticable para la muchedumbre, é ineficaz lógicamente para todos. En efecto, suponiendo (cosa que Jesucristo sabía bien que no sucedería) que después de inventada la imprenta, los ejemplares de la Biblia en lengua vulgar hubiesen sido bastante numerosos, y el arte de leer estuviere bastante generalizado para que la multitud pudiera leer los libros

(1) Por ejemplo, Jesucristo dice en el Evangelio, según San Juan (capítulo XIV, 28): «El Padre es más grande que yo.» Ateniéndose solo á estas palabras, se le creería hombre solamente, y solo comparando ese pasaje con otros en donde se halla afirmada claramente su divinidad, se reconoce al Hombre-Dios menos grande que el Padre por su naturaleza humana, igual al Padre por su naturaleza divina.

También se lee en el Evangelio, según San Lucas: «Cuando prepareis una comida ó una cena, no inviteis á vuestros amigos ni á vuestros hermanos.» (XIV, 12). ¿No es preciso comparar también este pasaje con otros análogos para deducir su verdadero sentido?

sagrados, ¿cómo hubiera podido asegurarse la mayor parte de los fieles de que el libro que tenían en las manos era realmente la Biblia? ¿de que los diferentes libros que la componen eran obra de los autores cuyos nombres llevaban? ¿de que por tantos siglos como tenía que atravesar, se conservase intacta sin que ninguna mano sacrilega hubiera añadido ni quitado nada importante? ¿de que su traducción era fiel, la traducción que por el cambio de algunas palabras y hasta por la sola puntuación puede destruir el sentido de los pasajes más importantes (1)?... En fin ¿cómo hubieran podido asegurarse de que la Biblia era la palabra de Dios? ¿de que, por ejemplo, el Evangelio de San Marcos y el de San Lucas fueron inspirados, sin embargo, de que ninguno de los dos autores recibió el Espíritu Santo el día de Pentecostés, como San Mateo y San Juan (2)?— Dicese que pudieron atenerse á lo que decían los sábios.— Pero no podían hacerlo sino abandonando el principio fundamental del libre examen individual para atenerse á la autoridad de aquellos y á una autoridad mirada necesariamente por ellos como infalible. Y luego los mismos sábios

(1) Uno de los pasajes más formales en favor de la divinidad de Jesucristo es el siguiente, tal como se halla su puntuación en la Vulgata: *En quibus est Christus secundum carnem, qui est super omnia Deus benedictus in sæcula* (Rom, IX, 5). Grocio y Socin quitan á ese texto toda su fuerza con solo sustituir un punto á la *con* que hay después de *secundum carnem*.

(2) Trátese de hacer leer á un fiel cualquiera dos capítulos que le sean igualmente desconocidos, uno de la epístola de San Clemente, y otro de una epístola de San Pedro, y preguntásele después cual de los dos fué inspirado; ó hágasele leer el *Eclesiástico*, que los protestantes admiten como inspirado, y luego el *Eclesiástico*, que no admiten como tal, y propóngaseles la misma pregunta. Pronto se verá por esa prueba si es posible á los fieles entregados á sí mismos distinguir lo que es *palabra de Dios* de lo que no es más que *palabra del hombre*.

Esta sola observación demuestra bastante lo falso que es el sistema de los protestantes que quieren que cierto resplandor de la Escritura sagrada baste para que los fieles distingan los libros canónicos de los que no lo son.

Puede verse en la *Verdad católica*, etc., por el obispo de Bayona, en la actualidad arzobispo de Tolosa, tom. II, carta 3.ª, la futilidad de algunos otros medios imaginados por los protestantes para dar á los fieles la certeza de que un libro es divino.

no han estado ni están acordes sobre todos esos puntos de los cuales depende el uso del medio imaginado por la Reforma. Por ejemplo, los sábios católicos han reconocido y reconocen como pertenecientes á la Biblia varios libros enteros, y ciertas partes de otros rechazados por los protestantes; y estos tampoco están acordes entre sí sobre este punto, pues los luteranos rechazan muchos que admiten los calvinistas (1). Por otra parte, en cuanto á las traducciones, se encuentran tantas y más divisiones aun entre los reformados. Lutero hizo una, y Zwinglio, después de haberla examinado, declaró que alteraba y corrompía la palabra de Dios. Calvino hizo otra, pero Dumoulin, célebre ministro calvinista, reconoció que hizo violencia al texto, y mezcló en ella trasposiciones y adiciones. Zwinglio hizo también la suya, y los luteranos le han dirigido los mismos cargos que él había hecho á Lutero. Ecolampadio y los doctores de Basilea dieron también la suya: pero Bèze la ha juzgado impía en muchos pasajes. Este publicó otra, y los doctores de Basilea le trataron á su vez de impío. Los ministros de Ginebra las juzgaron á todas viciosas, hasta tal punto, que emprendieron una nueva: Jacobo I, en el coloquio de Hamptoncourt, la declaró la peor y la más infiel de todas. Todavía se vió aparecer las de Tyndal, Coverdale y los obispos de la reina Isabel; pero adulteraban el texto de una manera tan visible, que en la época de su publicación se levantó un grito unánime de reprobación entre los sábios protestantes, igualmente que entre los católicos: y aunque nuevos traductores han corregido muchos errores voluntarios de parte de los que les habían precedido, «todavía han dejado, dice Milner, un número bastante grande, de los que no sé que sus abogados den ninguna excusa (2).» Finalmente, las traducciones francesas

(1) Véase la *Verdad católica demostrada*, ó *Cartas del obispo de Bayona*, en la actualidad arzobispo de Tolosa, t. II, carta 3.ª.

(2) *Excelencia de la religión católica*, por Milner, t. I, carta IX.

de Ostexvald (1) y de David Martin (2), reimpresas hace pocos años, ¿no presentan graves infidelidades en el Antiguo y Nuevo Testamento? Examinese el versículo 8.º del capítulo VIII del libro de Nehemías, el versículo 9.º del capítulo XVII de Jeremías, el versículo 24 del capítulo V de la epístola á los Romanos, el versículo 27 del capítulo IX de la primera epístola á los Corintios, y se hallarán adiciones al texto y hasta verdaderos contrasentidos inspirados por el único deseo de favorecer las doctrinas de la Reforma (3).

(1) Edición en 8.º de 1817: en casa de Smith en París.

(2) Edición en 12.º de 1827: en casa de Smith en París.—Edición de 1843, de la sociedad bíblica.

(3) En el versículo 8.º del capítulo VIII de Nehemías, en que se dice que los levitas *leyeron el libro de la ley de Dios distintamente y de una manera inteligible*, los traductores han puesto: *haciéndolo comprender por la Escritura*, añadiendo estas últimas palabras para apoyar su sistema de que la Escritura es la única regla de fé.

En el versículo 9.º del cap. XVII de Jeremías, se lee: *El corazón de todos los hombres está corrompido*, y ellos han añadido la palabra *desesperadamente* para apoyar este otro error; que el libre arbitrio se halla destruido en nuestra naturaleza degradada, y que la voluntad del hombre no es capaz mas que de pecar.

Enemigos de los honores tributados á María, en vez de decir con el griego y el latín del versículo 28 del cap. I de San Lucas: *Te saludo, llena de gracia*, dicen: *Te saludo, ó tú que eres recibida en gracia*: ó con Beze ó *tú, que eres amada graciosamente*.

En la epístola á los romanos (cap. V, 12), en vez de decir como el apóstol, hablando del primer hombre, *en el que todos pecaron*, dicen: *porque todos pecaron*: traducción falsa que el mismo Beze reprueba, despues de San Agustín, como una invención culpable de los pelagianos (Vease *Nov. Testam.* Th. Bezae, en folio, Cambridge, 1642, pág. 402).

San Pablo *trataba duramente á su cuerpo y le reducía á esclavitud por temor*, decía (I. Cor., cap. IX, 27), *de que despues de haber predicado á los demás no sea yo mismo reprobado*. Los traductores le hacen decir: *por temor de que no llegue á ser yo mismo en cierto modo inadmisibile*, á fin de evitar en ese texto la condenación de la seguridad con que un protestante debe creer en su justificación y en su salvación como en la existencia de Dios.

Añadiremos que en la Biblia de David Martin se lee en el capítulo II de la epístola de San Pablo á los gálatas: *El hombre no es justificado por la obra de la ley, sino solo por la fé de Jesucristo* (Galat., 1, 16); y que la adición de la palabra *solo* que no se halla en el texto, es una corrupción grandísima en favor de la pretendida justificación del hombre por solo la fé.

Y aun cuando la autoridad de los sábios, en vez de dejar á los fieles en la incertidumbre, les hubiese dado hasta hoy plena seguridad respecto de la autenticidad, de la integridad de la Biblia, de la fidelidad de las traducciones y de la inspiración del texto, todavía habría quedado una dificultad insoluble para ellos; la de conocer con certeza el sentido de ese libro sagrado. Todas las sectas protestantes tan numerosas y opuestas entre sí, no han cesado de apoyarse en la Biblia, interpretándola cada cual á su favor, y por otra parte la Iglesia católica mas estendida que cada una de ellas, ha creído ver siempre en las mismas negados los dogmas. En medio de esas contradicciones ¿qué sentido hubieran podido adoptar racionalmente los fieles?... Pretender que estos han tenido siempre la asistencia del Espíritu Santo para dirigirlos, al menos sobre los artículos fundamentales, es, en primer lugar, como ya hemos visto, suponer gratuitamente que hay en la revelación artículos esenciales y otros que no lo son, es suponer en Jesucristo la falta imposible de haber olvidado lo que se debía á sí mismo, y luego es afirmar en el aire un principio capital. ¿Qué garantía dan, en efecto, los reformados de esa existencia del Espíritu Santo para la lectura de la Biblia? Precisamente algunos textos de la Biblia, lo cual no es mas que incurrir en un círculo vicioso; y los textos alegados son tan poco claros y tan poco demostrativos que no solo los católicos, tan numerosos y á quienes no se les puede negar su justa parte de buena fé y de inteligencia, sino hasta los cismáticos griegos los han entendido siempre en otro sentido.

Pero vayamos mas allá, y admitamos, contra la verdad, que los fieles hayan podido asegurarse siempre de lo que hemos demostrado que debía ser para ellos un motivo constante de duda relativamente á la Biblia: admitamos tambien que hayan podido tener la certeza de ser asistidos del Espíritu Santo para la inteligencia é interpretación de ese libro; otra nueva imposibilidad viene á aniquilar todas

esas concesiones y á destruir el sistema protestante. ¿Qué medio han tenido nunca los fieles para saber si eran dóciles ó indóciles á la inspiracion del Espíritu Santo?... Lutero y Calvino, por ejemplo, han estado en completo desacuerdo sobre puntos muy esenciales. El uno admite como parte de la Biblia libros enteros que el otro rechaza como no inspirados: por consiguiente, el uno ha visto la palabra de Dios donde el otro no ha visto mas que la del hombre. Calvino ha hallado en la Biblia que *Dios es autor del pecado*, Lutero que *ese es un error abominable*; Calvino que *hay dos personas en Jesucristo*, Lutero que *no hay mas que una*: Calvino que *las buenas obras son inútiles para la salvacion*, Lutero que *son necesarias*; este que *es preciso adorar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia*, Calvino que *ese es un acto de idolatria*. Necesariamente, ó Calvino ó Lutero han incurrido en error sobre estos puntos diversos, y sin embargo, ambos á dos podian contar con la asistencia del Espíritu Santo, lo mismo que otro fiel cualquiera, segun el principio fundamental de la Reforma: de consiguiente, uno de los dos ha sido por necesidad indócil á la inspiracion divina. ¿Qué medio hay de conocer cual de los dos haya sido? Ninguno. ¿Qué medio tienen los fieles para saber si al leer é interpretar la Biblia obedecen ó resisten al Espíritu Santo? Ninguno; porque evidentemente, cuando Lutero ó Calvino han resistido á su impulso, sin que haya sido posible nunca discernir al culpable, todos los fieles colocados en las condiciones del sistema protestante, están espuestos á errar como ellos, y están lógicamente condenados á no tener nunca sobre este punto una garantia que los asegure. ¿Qué digo? deben lógicamente dudar con tanto mas motivo, cuanto que una multitud inmensa de católicos han leído siempre la Escritura, y han hallado hasta hoy en ella todo lo contrario de lo que encuentran los reformados, los cuales evidentemente no pueden atribuirse el privilegio exclusivo de ser asistidos del Espíritu Santo. Y nada se gana en sostener con

ciertos ministros, que el Espíritu Santo guia infaliblemente á las personas *bien dispuestas* (1), ó que *las obras, la práctica de la ley de Dios* dan á conocer bastante si uno es fiel ó no á ese divino guia (2). Porque por una parte queda siempre una cuestion insoluble, la de saber si se practica bastante fielmente ó no la ley de Dios, atendiendo especialmente á que el grande apóstol, ese *vaso de eleccion* (3), declara él mismo que *su conciencia en nada le remuerde, pero que no por eso está justificado* (4). Por otra, ¿cómo los protestantes pueden señalar las *buenas disposiciones* ó las *obras* como un medio seguro de conocer si se comprende bien ó mal la Biblia, cuando no ponen en duda que haya habido y que haya todavia entre los católicos una multitud de hombres *perfectamente dispuestos, de una virtud y una piedad admirables*, que lean ese libro sagrado como ellos, y crean con la mayor sinceridad y firmeza ver en él las doctrinas mas opuestas á las suyas, conducidos por ese mismo medio á convicciones religiosas que son, segun ellos, las mas falsas y condenables (5)?... Añadamos que la opinion de los que quieren que la *práctica de la ley divina* baste para asegurarse de si uno es fiel ó infiel al Espíritu Santo, es inadmisibile bajo otro punto de vista. Es preciso, en efecto, conocer la ley para practicarla; y en ese sistema es preciso

(1) Véase la *Religion del corazon*, por el abate de Baudry, parte tercera.

(2) Un ministro metodista me declaró á mí mismo que *las obras ó la práctica de la ley y de toda la ley* eran su criterio.—¿Lutero y Calvino, le dije, tenían las obras en el sentido que decís?—Sí, me respondió.—¿Pues cómo es que se hayan contradicho tenazmente en puntos capitales?

(3) *Actas de los apóstoles*, IX, 16.

(4) I, *Cor.*, IV, 4.

(5) Tavernier ha dicho de San Francisco Javier, que «la santidad de su vida fué una enseñanza tan elocuente como su palabra» (*Coleccion de viajes*); y Baldæus: «La vida entera de ese hombre, su celo, la santidad de sus costumbres deben inspirar á todo hombre que piense bien el deseo de imitar sus virtudes. ¡Oh Javier! ¡á Dios plugiera que hubieses sido uno de los nuestros!» (*Geschichte von Indien*).—«La Iglesia, que es la única que ha conservado el nombre y carácter de católica, dice tambien el ilustre Leibnitz, presenta y propaga ejemplos eminentes de las virtudes mas sublimes» (*Sistema teológico*).

practicarla para conocerla, puesto que hay que buscar en la Biblia la ley divina, dogmática y moral, y no puede uno hallarla en ella con certeza sino en tanto que se practique. ¿Puede darse un paralogismo mas chocante (1)?

Deduzcamos, pues, que el sistema protestante, absolutamente insostenible, nos suministra una nueva prueba de la existencia de una autoridad infalible en la verdadera Iglesia. Porque no puede negarse que Jesucristo haya establecido un medio cualquiera para dar á conocer con certeza á los fieles su doctrina: ese medio no es la revelacion inmediata de esa doctrina á cada fiel; esto es de hecho evidente: ese medio no es la lectura de la Biblia con asistencia del Espíritu Santo, lo cual es evidente, por raciocinio y hasta de hecho, que así puede decirse: luego ese medio es una autoridad viva é infalible que trasmite la verdad cristiana de generacion en generacion y no cese de enseñar en nombre del Hombre-Dios y bajo la guarda inviolable de su providencia.

Solo nos falta ver ahora en cuál de las diferentes sociedades religiosas que se llaman cristianas se encuentra esa autoridad. No está en la iglesia griega que pretende que no debe haber en ella tribunal encargado de constituir la

(1) Ninguna de las dificultades insolubles para el protestante existe para el católico; porque este recibe la Escritura sagrada de manos de la autoridad infalible de la Iglesia, y no admite mas que las traducciones aprobadas por ella, y el sentido determinado por su interpretacion. No funda tampoco su fé en la lectura de la Biblia, sino en la enseñanza tradicional de la Iglesia, enseñanza de cuya verdad se da cuenta del modo mas sencillo.

«Si un pastor cualquiera, puede decirse á sí mismo, quisiese introducir un cambio en la doctrina católica, al punto se levantarían contra él reclamaciones de parte de los fieles y de los demas pastores: sería denunciado á la autoridad eclesiástica y obligado á retractarse ó á verse condenado y separado del seno de la Iglesia. De consiguiente, introducir un cambio en la doctrina católica es cosa imposible hoy. Pues lo que hoy es imposible, lo ha sido siempre, porque siempre ha habido pastores y fieles para reclamar contra toda innovacion doctrinal. La enseñanza que recibo de mi párroco católico, y que remonta por él á mi obispo, y por mi obispo al papa, y por el papa, de predecesor en predecesor hasta San Pedro y hasta Jesucristo, ha sido por lo tanto inalterable en todos los siglos: luego espresa la verdadera doctrina del Hombre-Dios.»

unidad de fé. ¿Y por qué? Porque ese tribunal, continúa, lo ha decidido todo en los siete primeros concilios (1). Así vemos que por orden de los griegos se ha prohibido á Dios que deje surgir ninguna nueva contestacion religiosa, ninguna heregia nueva despues de los siete primeros concilios. Esto es el colmo del desvario, y sin embargo así es, y cuadra perfectamente á esos cismáticos que han principiado por el orgullo, y continuado por el orgullo, y que se obstinan en vagar lejos del centro de la unidad, por las vias tenebrosas de las preocupaciones religiosas y nacionales bajo la ley servil del poder temporal.... Tampoco hay que buscar la autoridad viva é infalible entre los sectarios del siglo XVI, todos los cuales, segun hemos dicho, han puesto en lugar suyo el juicio privado de cada cual interpretando á su manera la Escritura. De modo que segun la Reforma, debe ser acepto á Dios que su Iglesia se resuelva en el *individualismo*; que el cuerpo divino de doctrina enseñado por Jesucristo se desnaturalice y descomponga en tantos átomos contradictorios como fieles puede haber en el mundo (2), y que concluya por perderse en los sistemas mas anti-cristianos. Véase á dónde han ido á parar los protestantes avanzados de todos los paises (3) y á su frente el doctor de Tubinga (4).—Esos no son de los nuestros, responden los defensores del protestantismo cristiano.

(1) Véase la obra de M. de Maistre: *del Papa*, t. II, lib. IV, cap. VI.

(2) Los mas hábiles profesores modernos de la Reforma reconocen hoy que la unidad es contraria á su naturaleza y por consiguiente imposible (Véase á M. Cheneviere, *Autoridad en la Iglesia reformada*:—M. Vinet, suplemento al núm. 129 del *Narrador religioso*;—el *Noticiero valdense*, año de 1838, núm. 27, art. *Iglesia de los profesantes*, etc.)

«El protestantismo está privado de unidad, dice M. Vinet: lo creo muy bien: el protestantismo tiene por principio la libertad, y tiene que resolverse necesariamente en la diversidad.»—M. Vinet hubiera podido y debido decir: *en la contradiccion*.

(3) Se encuentran confesiones notables sobre el particular en *la Reforma contra la Reforma*, por Hoeninghaus, t. I, cap. I;—en el *Guia del catecúmeno valdense*, por monseñor Charvaz, t. I, lib. III, conversacion 2.

(4) Strauss.

—¿Que no son de los vuestros?... ¡Pues qué! ¿os aríais atribuirlos respecto de ellos el derecho de condenarlos, de excomulgarlos, que habeis negado á la Iglesia católica?... Eso sería una contradicción chocante, una cruel injusticia. Si; son de los vuestros, son los hijos legítimos de vuestro principio, usan del derecho de que los habeis revestido irrevocablemente; y si sois lógicos teneis que resolveros á decir al mismo Strauss tendiéndole la mano: «Hermano, todos somos de una misma sangre: tú has caminado mas á prisa que nosotros en la senda de las consecuencias: escusamos la velocidad de tu talento y excusa tú nuestra lentitud: no tardaremos en abrazarnos en el deísmo puro conculcando contigo con un pie el Vedam y con el otro la Escritura.»

No existe, pues, la autoridad viva, infalible, ni en la iglesia cismática griega, ni en las iglesias llamadas reformadas: de consiguiente, tiene que estar por necesidad en la Iglesia católica ó no está en parte alguna: luego esta es la verdadera Iglesia, ó Jesucristo ha faltado á su Iglesia y á sí mismo. Esta Iglesia es además la única que está en posesion inmemorial y perpétua de una autoridad doctrinal: esta autoridad la ha ejercido constantemente desde el concilio de Jerusalem celebrado por los apóstoles hasta nuestros dias; y constantemente han estado de acuerdo los católicos en reconocerla en la mayoría del cuerpo de los obispos unidos al papa, su jefe, ora sea que pronuncien juntos en un concilio, ora que el papa dicte una decisión á la que la mayoría de los obispos se adhiera despues expresa ó tácitamente: este es un doble hecho histórico fuera de discusión (1). Pues siendo esto así, esa autoridad le

(1) Desde el segundo siglo fueron condenados los montanistas por muchos obispos de Asia: el papa y los demas obispos de la cristiandad se adhirieron á ese juicio, que equivalió á la decisión de un concilio general. En el siglo tercero se celebró en Roma un concilio que condenó la heregia de Novaciano: su juicio fué recibido igualmente en toda la Iglesia. En el mismo siglo se celebró otro en Antioquia, que condenó la heregia de Pablo de Samosata. Su decisión equivalió tambien al juicio de un concilio ecumé-

viene necesariamente de Jesucristo por los apóstoles, y si le viene de Jesucristo, es, segun hemos visto, necesariamente infalible. Repetimos, pues, que la Iglesia católica es la única que posee la autoridad necesaria para conservar pura é intacta la doctrina de Jesucristo entre los hombres (1).

Ella sola en fin posee el verdadero apostolado. Por una parte es innegable que Jesucristo encargó á su Iglesia que anunciara el cristianismo á todas las naciones (2): por otra,

nico por la aprobacion del papa y de los obispos que no habian asistido á él. En el cuarto, el concilio de Nicea, presidido por los legados de la Santa Sede, condenó la heregia de Arrio; el concilio de Constantinopla condenó la de Macedonio, y aunque no fué general, su juicio se hizo definitivo por la aprobacion del papa y de los demas obispos. En el quinto tuvieron lugar los grandes concilios de Efeso y de Calcedonia, presididos por los legados de la silla apostólica, etc., etc. (Véase la *Historia eclesiástica* de Fleury, la *Historia de la Iglesia* de Rohrbacher y el *Diccionario de los concilios*).

Añadiremos aqui una observacion importante. Los teólogos llamados *ultramontanos* opinan que el papa, aun considerado independientemente del cuerpo de obispos, es personalmente infalible en las decisiones doctrinales que emite como jefe de la Iglesia; los teólogos llamados *galicanos* piensan lo contrario, y todos están igualmente en comunión con el papa y con toda la Iglesia católica. Esto prueba que hay libertad de opinar sobre el particular; pero de ningun modo que los católicos ignoren dónde reside la autoridad infalible instituida por Jesucristo, puesto que todos estan unánimes en reconocer que existe en la mayoría del cuerpo de obispos unida al papa. (Véase la *Discusion amistosa*, etc., por el obispo de Strashurgo, t. I, carta V).

(1) Véase en qué sentido debe entenderse la autoridad *infalible* del cuerpo de pastores de la Iglesia: «No se trata de creer, dice el ilustre autor de la *Defensa del cristianismo*, que los obispos son inspirados como pudieron serlo los profetas y los apóstoles, y se hallan iluminados por una revelacion inmediata. El mismo Dios que gobierna el mundo, gobierna tambien de una manera especial la Iglesia cristiana: se sirve de todo, de las pasiones, de las preocupaciones, de la ignorancia para conseguir el triunfo de la verdad, como se sirve del choque de los elementos para la armonía del universo: dispone los ánimos, los corazones y los sucesos, de suerte que la verdad prevalece siempre en la universalidad del cuerpo de los pastores, y por lo tanto de los fieles (*Defensa del cristianismo ó Conferencias*, etc., por monseñor Frayssinous, t. III, de la *autoridad de la Iglesia*).

(2) Jesucristo, antes de subir al cielo, dijo á los apóstoles: «Id, é instruid á todos los pueblos, bautizándolos en nombre del Padre, del Hijo y

es cierto por los hechos, que Jesucristo quiso que esa conversion de los pueblos se verificase sucesivamente hasta que la plenitud de las naciones haya entrado en su redil (1). Veamos, pues, cuál de todas las sociedades que se llaman cristianas es la que ha llenado esa mision divina. Evidentemente la Iglesia que aparezca haber continuado sola desde los apóstoles la obra de la conversion de los pueblos con un celo y un exito igual al de aquellos, llevará sobre su frente una señal sensible de la Iglesia de Jesucristo, un sello marcado de verdad.

Aquí se despliega ante nosotros un vasto y magnífico asunto que procuraremos encerrar dentro de los limites menores posibles. Bosquejemos primero rápidamente el cuadro histórico del apostolado de la Iglesia católica desde su origen, y despues señalaremos sus caractéres, poniendo frente á frente las diferentes sectas que se han separado de ella (2).

En el primer siglo los doce apóstoles de Jesucristo, admirables conquistadores de almas, habian evangelizado un número considerable de regiones de Asia, Europa y hasta de Africa, y al abandonar la tierra, *sepultados en sus triunfos* (3), habian dejado una porcion de herederos de su fé, de su celo y de su valor. Así vemos que la Iglesia, despues de su muerte, lejos de detenerse en su marcha,

del Espíritu Santo, y enseñándoles á observar todo lo que os he prescrito; y estad seguros de que estaré yo mismo con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» (Mateo, XXVIII, 19, 20).—Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura» (Marcos, XVI, 15).—«Dareis testimonio de mí en Jerusalem y en toda la Judea y la Samaria, y hasta en los confines de la tierra.» (Actas de los apóstoles, I, 8).—Antes habia dicho: «Cuando me haya elevado de la tierra, todo lo atraeré á mí» (Juan, XII, 32).

(1) Rom., XI, 25.

(2) Véanse los documentos históricos relativos á este bosquejo, en la *Historia eclesiástica* de Fleury; en la *Historia de la Iglesia* de M. Rohrbacher; en las *Vidas de los santos* de Albano Butler; en las de Baillet; en el *Curso de histor. ecles.* del abate Blanc; en el *Diccionario* de Morel; en los *Beneficios de la religion cristiana* de Eduardo Ryan.

(3) Flechier, *Oracion fúnebre*, de Turena.

continúa sus progresos afirmando sus conquistas. Muchas veces, con las manos cargadas de cadenas y aherrajados los piés, revolcándose por lo regular en su propia sangre, caminaba, es verdad, lentamente, pero avanzaba y avanzaba de dia en dia á vista de ojos; de suerte que, como hemos probado, al advenimiento de Constantino, el reino de Jesucristo se estendia hasta las estremidades de la Persia, en la Arabia, en la Armenia, en toda el Asia menor; por otra parte en las Galias, en España, en la region de los numidas, de los moros, de los gétulos, en Egipto, por lo cual decia Eusebio, contemporáneo de aquella época: «La voz del Evangelio se ha hecho oír por toda la tierra y se ha abierto el camino de todas las naciones: la Iglesia ha echado profundas raices, y su cabeza se levanta hasta lo mas alto de los cielos (1).»

¿Pero por medio de quién se habia abierto esa voz el camino de todos los pueblos?... En aquellos tiempos de perturbacion casi continua que precedieron á Constantino, y en que la Iglesia, agitada sin cesar por los embates de la tempestad de la persecucion, no podia llevar con regularidad sus anales, escaparon mil nombres gloriosos al recuerdo de la posteridad. No obstante, cuando el Evangelio se propagaba á partes lejanas, por necesidad tenia que haber misioneros: porque ¿hubieran podido oír las naciones la buena nueva si no hubiese habido predicacion? ¿Y cómo pudo haber predicacion si no habia misioneros (2)? A pesar de todo, las dificultades y desgracias de los tiempos no han impedido que llegue á nuestros oidos el nombre de muchos de ellos. ¿No oimos resonar acaso todavia el de San Trofimo de Arlés, el de San Pablo de Narbona, el de San Marcial, apostol de Aquitania, el de San Dionisio en Paris, enviado por el papa San Clemente; los de San Pottino y San Ireneo en Lyon, el de San Ferreol en Besan-

(1) *Preparat. evang.*, l. I, cap. III.

(2) ¿Quomodo, dice San Pablo, *audient sine predicante? Quomodo vero predicabunt nisi mittantur?* (Rom. X, 14).

zon; los de San Audeol en el Vivaresado, de San Benigno en Borgoña; los de San Gaciano en Tours, de San Austremonio en Auverña, enviados por el papa San Fabian; el de San Saturnino en Tolosa (1); en la Germania los de San Materno, San Clemente, San Eucherio (2); en las Indias el de San Pantheno, el de San Frumencio en la Etiopia, etc.? Y entre esos gloriosos enviados del Señor, la historia nos muestra muchos de ellos triunfantes en los suplicios, y que unieron á la corona de apostol la palma del martirio.

Despues de Constantino, otros misioneros continúan la obra del apostolado católico. Veo á San Sisino subiendo las montañas de Trento; al sacerdote elegido por San Crisóstomo abordar á los scytas nómadas y llevarles los tesoros de la fé y de la caridad cristiana; veo á San Paladio en Escocia, á San Latuino en la Normandía; veo y oigo á San Patricio, enviado por el papa San Celestino para evangelizar la Irlanda. Glorioso, inmortal apostol, ¡qué noble raza vas á crear para Jesucristo (3)! ¡La semilla que esparces con tanto celo producirá frutos maravillosos perpétuos, en aquella isla que merecerá ser llamada la isla de los Santos, y que hasta en nuestros dias se mostrará heróica asi en su fé como en sus dolores!

Tocamos casi al sexto siglo, pero antes de entrar en él saludemos con una mirada de admiracion al apostol de la antigua Nórica, San Severino, aquel célebre taumaturgo, cuya edad y cuyo pais nunca han podido saberse, y que decia á los que le preguntaban: «¿Qué os importa la edad ni el pais de un hombre que hace profesion de no conocer mas edad que la eternidad, ni mas pais que el cielo?»...

Al atravesar el sexto siglo, hallamos á San Maló sobre las costas de la Armórica, á San Colombo entre los pictas del Norte, á San Medardo en Flandes, á San Felix y á San

(1) Véase el *Curso de hist. ecles.*, por el abate Blanc, leccion VIII, *Orígenes de la iglesia galicana.*

(2) Véase la misma obra, leccion VIII.

(3) *Galat.*, IV, 19.

Ciriaco, enviados por el papa San Gregorio á Cerdeña, á San Agustin, enviado por el mismo pontífice á Inglaterra al frente de cuarenta misioneros para convertir á los sajones. Allí bendice Dios de un modo tan maravilloso sus esfuerzos, y especialmente la fé y el celo de su jefe, que San Gregorio se creyó obligado á decirle: «Cuidad de que los milagros que obráis en esa nacion no tienten vuestra vanagloria (1).»

En el siglo sétimo sale de Roma una nueva colonia de apóstoles para ir á sostener las cansadas fuerzas de los primeros obreros que sucumben bajo el peso de la cosecha inglesa (2). Luego el papa Honorio envia á San Birino para atraer al gremio de la Iglesia á los sajones occidentales. El mártir San Kiliano va á predicar á Franconia, San Amando á los flamencos, á los corinthios, á los esclavos, á todos los bárbaros que moraban á lo largo del Danubio: San Amando, que tanto tuvo que sufrir en sus peregrinaciones apostólicas, que, como San Pablo fué muchas veces apaleado cruelmente y hasta precipitado en los rios, que trabajando como aquel, con sus manos para sustentarse (3), podia decir á los infieles: «Conservad vuestras tierras, vuestro oro y vuestra plata, y dadme vuestras almas (4).» San Willibrod, al frente de cuarenta misioneros, recibe tambien poderes del papa Sergio, y va á conquistar para Jesucristo la Frisia y la Holanda.

Hemos entrado ya en el siglo octavo, en el cual todavia se levanta en la historia radiante con la aureola del apostolado y la aureola del martirio el ilustre San Bonifacio, que recibiendo como sus predecesores su mision de la Santa Sede, inunda con sus inmensos trabajos y sus prodigiosos triunfos el Hesse, la Turingia, la Sajonia, la Ba-

(1) Véanse las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por M. Wiseman, conferencia sétima.

(2) San Mateo, IX, 37.

(3) *Actas de los apóstoles*, XVIII, 3; XX, 34.

(4) *Non quero quæ vestra sunt, sed vos* (II, *Cor.*, XII, 1).

viera, y muere bajo el hacha de los bárbaros con cincuenta y dos compañeros suyos sobre las costas mas apartadas de la Frisia.

En pos de él se presenta á nuestros ojos con un esplendor admirable el siglo noveno. Apóstoles cuyos nombres amontonados unos sobre otros brillan en los fastos de la Iglesia, van á arrojar sus redes de *pescadores de hombres* (1) entre los cimbrios, los daneses, los suecos, los vándalos, los húngaros, los chazanes ó turcos del Danubio, los moravios, los rusos, los bohemios, la inmensa familia de los slavs, al mediodía de la Europa entre los vascos, *y sus redes se rompen* bajo el peso de su pesca milagrosa (2). En medio de ellos, un hombre sublime entre todos aquellos sublimes misioneros, deja escapar al fin de su carrera una lágrima que no es de la tierra, que no es del hombre y que debemos recoger de paso con todo el respeto debido á lo que viene del cielo. El denodado San Anscario, apellidado el *apostol del Norte*, llora por no morir mártir.... ¡Oh! ; que se busque eternamente en otra parte que en la Iglesia católica, y se nos muestre si es posible, un hombre que se lamenta de morir con una muerte demasiado suave!

Por último, desde aquella época hasta fin del siglo XII, entran sucesivamente en el redil de Jesucristo á la voz de San Adalberto, San Sigefrido, San Poppon, San Bruno y otros misioneros católicos, los polacos, los suecos, los daneses, los prusianos, los húngaros, los normandos, los noruegos, los pomeranos, los finlandeses, los habitantes de Curlandia y de Islandia; otros tantos trofeos gloriosos de la Iglesia sobre las supersticiones brutales, sobre la disipacion, sobre la degradacion de la humanidad, sobre la barbarie de las ideas y de las costumbres. Véase como esa edad media, tan desacreditada por la Reforma, que no quiere ver en ella mas que una época de decadencia deplorable, se muestra fiel, constantemente fiel en cumplir el

(1) San Mateo, IV, 19.

(2) San Lucas, V, 6.

mandato del divino Maestro: «Id é instruid á todas las naciones (1),» no cesando de trabajar y trabajando eficazmente en civilizar y santificar nuevos pueblos: ahí estan los hechos y ahí están consignadas en la historia por la pluma nada sospechosa de Eduardo Ryan, las virtudes mismas de los pueblos convertidos (2).

Hemos llegado ya al siglo XIII: continuemos marcando los pasos benditos de aquellos que *el señor* envia á los pueblos *que no le buscan* (3). A vosotros os toca ahora, habitantes de la Livonia: ya es tiempo, levantad la cabeza, vuestra noble cabeza de hombres inclinada ignominiosamente ante bestias, árboles y espíritus inmundos; y vosotros tambien, cumanos, pueblo nómada, infiel y bárbaro, ved que os llegan ángeles de paz y de luz; entrad á vuestra vez en el gremio de la Iglesia católica, acudid á poner á los pies de los misioneros en cambio de la verdad religiosa y de la civilizacion que os llevan, el tributo de vuestras almas para aumentar el tesoro de conversiones que esa misma Iglesia amontona sin cesar *en los graneros del Padre celestial* (4)... Ya acuden esos *lobos rapaces* (5) á sentarse tímidos como corderos al hogar de la gran familia católica: y en pos de ellos en los siglos XIV y XV van á colocarse allí tambien numerosos neófitos de la Tartaria, de Persia, de Georgia, de Moldavia, de Lituania, de las islas Canarias, del Congo, de Angola, de otras comarcas de Africa y de las Indias Orientales.

Con esos inmensos trabajos del apostolado se encadenan á porfia las órdenes religiosas suscitadas por Dios para defender y estender su Iglesia: los hijos de Santo Domingo, los hijos de S. Francisco de Asis, los de S. Francisco de Paula, como en la edad media los hijos de S. Benito, habian

(1) San Mateo, XXVIII, 19.

(2) *Beneficios de la religion cristiana*, obra de Eduardo Ryan.

(3) *Idem* LXXV, 1.

(4) San Mateo, XIV, 30.

(5) San Mateo, VII, 15.

hecho admirar con frecuencia su celo y su valor para las misiones. ¡Qué hermoso espectáculo es ver volar de Europa al otro lado de los mares á esa multitud de apóstoles que no respiran mas que el dulce fuego de la caridad de Jesucristo y dejan en todas partes á su paso huellas de gigantes! Un humilde religioso de S. Francisco, por ejemplo, el hermano Montcorvino, marcha á pié vestido con un saco de lana y un palo en la mano sin mas apoyo que el de su Dios; cruza la Tartaria, la Persia, visita una parte de las Indias y penetra hasta en la China septentrional con una misiva del Papa para el emperador: ese es el salvo conducto del misionero, esas son sus credenciales. Llega allá, es bien recibido y se le concede libertad para predicar: en seis años bautiza á seis mil personas..... ¡Y qué mas maravilla que los triunfos inauditos de esos otros franciscanos que en la Bulgaria bautizaron en ciento sesenta dias (el número es increíble pero verdadero porque el rey hizo inscribir exacta y oficialmente todos los nombres en registros públicos) á mas de cien mil hombres! ¡Oh Iglesia católica! ¡gloria á ti! gloria inmortal! ¡gloria á tu propagacion progresiva, incesante, universal! ¡gloria al elevado poder de tus órdenes religiosas, á esos ilustres, á esos incomparables regeneradores de las naciones!...

En el momento de entrar en el siglo XVI, recojámonos por un momento ante esa grande época. Una era enteramente nueva va á inaugurarse sobre el mundo. El demonio de la heregia hace agitar el cráter de los infiernos contra la Iglesia: entreabrense los flancos del abismo; y sobre reinos enteros se precipita como un torrente una lava ardiente de racionalismo mordaz, de iluminismo fanático, de injurias atroces, de impudente libertinage. De Wittemberg, por la puerta de la taberna del Águila Negra (1); de Ginebra, por la puerta de un consistorio teocrático (2); de Lon-

(1) Véase la *Historia de Lutero*, por Audin.

(2) Véase la *Historia de Calvino*, por el mismo autor.

dres, por la del gabinete impuro de una vil cortesana (1) sale ese torrente devastador vomitando las olas encrespadas de su cólera y de su orgullo no domado. Así nació el protestantismo. ¿Y qué va á hacer la Iglesia? ¿Llamará de las comarcas lejanas en su socorro á las santas legiones de sus misioneros magnánimos?... No. Mientras que la Reforma surge é invade una parte de Europa, América sale tambien de las aguas: nace un nuevo mundo, y al mismo tiempo un plantel inagotable de nuevos obreros evangélicos, de nuevos defensores, de nuevos propagadores de la fé católica, que bastan para proteger la porcion sana de la cosecha reunida hace tantos siglos en Europa y para ir á recojer á tierras lejanas la cosecha nueva. Ignacio ha venido ya al mundo y se ha hecho hombre: es herido en el sitio de Pamplona y es ese un golpe de la Providencia: véasele muy luego convertido en peregrino, despues en humilde estudiante, luego en misionero, en creador de todo un pueblo de misioneros, á ese page, á ese valeroso soldado que mereció que un protestante dijera en gloria suya que «sus hijos, misioneros y mártires, hicieron ellos solos mas conquistas para el catolicismo, que pérdidas le habia causado la Reforma (2).» Mirad como se afanan: no pueden ser contados, en fuerza de lo mucho que se multiplican: no puede seguirseles con la vista, pues tal es la rapidez con que marchan por todas las vias del apostolado y la multitud de playas que á la vez visitan (3)... En medio de todos esos nobles heraldos del Evangelio descuella á mayor altura que la de la cabeza (4) el humilde Francisco Javier. Ignacio le encuentra en Paris y se asocia á su empresa: marchan los dos á Roma, y el Papa pone en manos de Javier la antorcha sagrada del Evangelio para las naciones orien-

(1) Véase la *Historia de Enrique VIII*, por el mismo.

(2) *La Reforma contra la Reforma*, por Hoeninghaus, t. I, pág. 487.

(3) Véase la excelente *Historia de la compañía de Jesús*, por M. Cretineau-Joly.

(4) I, Reyes, X, 23.

tales, como si le dijese: «Alemania, Suiza é Inglaterra nos abandonan: marcha, pues, que necesitamos nuevos reinos: atrae á Dios nuevos hijos de los países lejanos y nuevas hijas de las estremidades de la tierra (1)...» Parte el jóven jesuita de treinta y seis años y se lanza como un gigante (2) en la inmensa carrera que se abre á su celo. Dios no le permite emplear en sus conquistas mas que el corto espacio de diez años, y en esos diez años consume su obra: en esos diez años aquel milagro viviente hace viajes que computados uno tras otro en linea recta hubieran bastado para dar tres veces la vuelta al mundo (3), y luego muere á la vista de la China cuya conversion ambicionaba con toda la fuerza de su celo, y muere radiante de júbilo legando á su querida madre, la Iglesia católica, todo un mundo de fervientes neófitos.

¡Y cuánto no podríamos decir de las misiones que hacen en otros puntos otros hijos de S. Ignacio y de los prodigios que verifican! ¡Qué tiernas páginas nos suministrarían sus piadosas emboscadas para atraer á los salvajes y amansarlos suavemente con el yugo sagrado del Evangelio, y aquellas admirables sumisiones del Paraguay de las que el mismo Raynal hace un magnífico elogio (4)! ¡Cuánto no podríamos decir también de tantos y tantos apóstoles infatigables muertos de estenuacion y de sufrimientos, ó asesinados y devorados por los mismos á quienes iban á criar para la vida nueva de la gracia (5) á costa de tantos sacrificios! ¡Oh! Preciso es nombrar al menos al prodigioso padre Claver que se consagró por un voto perpetuo á servir á los negros á fin de conquistarlos para Dios, y que pasó alegremente su vida en los establos húmedos donde yacian amontonados, curando sus llagas con indecible amor y haciendo fructifi-

(1) Is., XLIII, 6.

(2) Salm., XVIII, 6.

(3) Véase la vida de S. Francisco Javier, por el P. Bonhours.

(4) Historia filosófica y política de los establecimientos europeos en las Indias, t. III, lib. VIII.

(5) Galat., IV, 19.

car á fuerza de cuidados y de paciencia heroica las hermosas virtudes del cristianismo en aquellas toscas almas.

¡Pero qué inmenso cuadro despliegan á nuestros ojos las misiones de Levante, de la América, de las Indias, de la China, de Tonquin, de la Abisinia, de la Georgia, etc.! ¡Qué admirable historia la de las diferentes sociedades católicas consagradas á ese ministerio en todo el universo desde el siglo diez y seis hasta nosotros! No solo las congregaciones religiosas que hemos citado ya y que continúan todavía la obra apostólica, sino los lazaristas, los teatinos, los sacerdotes de la propaganda, los del seminario de las misiones extranjeras, los del seminario del Espíritu Santo, los de la sociedad de Picpus, los maristas, los oblatos, etc., suministrarían rico asunto para numerosos volúmenes, y no bastarían estos para referir sus trabajos y sus triunfos, para pintar sus heroicos sufrimientos, sus martirios sublimes (1). ¡Quién no ha oido hablar en nuestros dias de los Marchand, los Gagelin, los Perboyre, los Chanel, los Epale y tantos otros que tan generosamente hicieron el sacrificio de su vida, como también de los Galy, los Duclos, los Charrier, etc., nobles confesores de la fé católica que llevaban sobre sus cuerpos las honrosas cicatrices del junco indiano y de las cadenas, dignos sucesores todos ellos de aquellos doce primeros misioneros elegidos y enviados por Jesucristo, que tan bien supieron padecer y morir por su predicacion (2)!... La sangre vertida por esos héroes contemporáneos nuestros, humeaba todavía sobre la tierra extranjera y ya en nuestros puertos se embarcaban sabiéndolo bien, otros sacerdotes católicos para ir tan lejos á recoger la peligrosa herencia de su apostolado (3). Mas todavía: Charrier y Galy,

(1) Véase la interesante coleccion de las *Cartas edificantes y curiosas*; el de los *Anales de la propagacion de fé*; la *Historia de las misiones*, por Henrion; las *Conferencias sobre las doctrinas y las prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, t. I, conferencia VII.

(2) Véanse los *Anales de la propagacion de la fé*, de 1838 á 1848.

(3) Véase la misma coleccion.

tos numerosos, habian sido libertados por la intervencion de una fragata francesa ¿no volvieron á salir para la Cochinchina, seguros de encontrar allí de nuevo la persecucion, pero diciendo al abandonar otra vez su patria: «Es siempre un gran motivo de confianza en el momento de la agonía, llamar á la puerta del cielo con los hierros de que uno muere cargado por el nombre del divino Jesus (1)?»

Véase, pues, desde hace mas de diez y ocho siglos una cadena no interrumpida de misioneros, una raza perpétuamente viva de héroes consagrados en vida y muerte, y á través de mil dificultades y trabajos de toda especie, á la felicidad de aquellos á quienes no conocen y de quienes no aguardan mas que desaires, ingraticudes, suplicios!... Véase un pueblo imperecedero de conquistadores pacíficos, que no saben mas que esparcir beneficios sobre sus enemigos mismos, que no saben mas que inmolarse por ellos y vengarse aumentando su celo y su caridad mas tierna. ¡Fenómeno maravilloso humanamente inexplicable!... Hé visto en la historia un Alejandro, un César, pero en pos de cada uno de ellos un vacío inmenso: en vano he buscado los herederos de su grandeza y de su gloria. Hemos visto en este siglo al gran hombre de los tiempos modernos, al génio militar y político; pero ¿dónde están los sucesores de ese héroe entre todos esos hombres que se agitan sobre la escena del mundo? Y luego Alejandro, César, Napoleon dejaron gloria en pos de sí; pero también ruinas, lágrimas, sangre.... ¿y quién no sabe cuál fué su móvil?... Hé visto en la historia pueblos conquistadores; pero ¿cuánto tiempo han durado? A veces la vida de un hombre y una vida corta como la de Alejandro: á veces también algunos centenares de años, pues su pueblo no vivió engrandeciéndose con sus conquistas mas que el espacio de dos siglos, y no pudo conservar su imperio y su magestad mas que cuatrocientos años, despues de los cuales, encetado por todas partes, principió una agonía larga, terminada

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 25.

por la disolucion mas completa.... Así vemos que los héroes de la gloria humana pasan sobre la tierra sin dejar posteridad que se les asemeje: los pueblos conquistadores viven mas largo tiempo, pues así debe suceder; pero á su vez pasan, y como pueblos, pasan pronto. Al contrario el apostolado católico es una inmensa familia de héroes, de celo sobrehumano, una familia de héroes permanente hace mas de diez y ocho siglos: la Iglesia católica es una inmensa nacion conquistadora, á pesar de las luchas intestinas que ha tenido que sostener constantemente contra las heregias (1), conquistadora siempre por medios siempre pacíficos, por el solo ascendiente de la palabra ayudada de la fuerza de arriba (2)... Honor, pues, honor y gloria eterna á esa Iglesia de quien la historia enseña que nunca ha faltado á este divino mandato de su fundador: «Id é instruid á todos los pueblos (3)!» Honor y gloria á esa Iglesia que continúa tan noblemente en nuestros dias la obra de los apóstoles, y que se deja con tanta generosidad abrir las venas para regar y fertilizar las tierras incultas que está llamada á desmontar y á cubrir de ricos sembrados!

(1) Véase el cap. XIII siguiente.

(2) San Lucas, XXIV, 49.—Véase el *Diccionario teol.* de Bergier, art. *Misiones*, y art. *Norte*.

(3) San Mateo, XXVIII, 19.

CAPITULO XII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CARACTERES DEL APOSTOLADO CATÓLICO.

El apostolado católico, cuyo cuadro hemos bosquejado rápidamente, presenta á todo espíritu observador cuatro caracteres culminantes, propios, exclusivos: perpetuidad, fecundidad, desinterés y fuerza.

Nuestros misioneros, como se ha visto, se suceden sin interrupcion desde el primer siglo hasta el diez y nueve: véase el carácter de perpetuidad. No hay siglo, no hay medio siglo en que no hayan conquistado algun nuevo pueblo para la Iglesia católica, y en que no hayan verificado maravillosas transformaciones de ideas y costumbres: desde un polo al otro todo lo han doblegado á la doctrina dogmática y moral del cristianismo, la diversidad de razas, de inteligencias, de temperamentos, de hábitos, de instituciones (1): véase el carácter de fecundidad. No hay nacion lejana, no hay tribu que no haya tenido que admirarse de verlos internar en su seno, no por amor á la glo-

(1) Véase los *Beneficios de la religion crist.*, por Eduardo Ryan; la *Historia general de las Indias*, por Herrera; la obra de Muratori sobre las misiones del Paraguay: la *Historia del Japon* y la *Hist. del Paraguay* por Charlevoix; las *Cartas edificantes*, etc.; los *Anales de la propagacion de la fé*; la *Hist. de las misiones*, por Henrion; las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, tom. I, conferencia séptima.

ria y á la ciencia, no por amor al oro ó á la plata, sino por la caridad sola, por el amor de Dios y el amor de sus semejantes á Dios: véase el carácter de desinterés, al que un autor anglicano ha rendido este magnífico homenaje: «Hay que confesar que es un espectáculo admirable para todo hombre imparcial, ver á aquellos hombres excitados por motivos tan diferentes de la mayor parte de las acciones humanas, exponerse á toda especie de peligros, sacrificar todas las comodidades de la vida, vencer todas las prevenciones que van unidas á la cualidad de extranjeros en un pais donde se mira como un crimen abandonar los sepulcros de los antepasados, y finalmente obtener los establecimientos necesarios para la propagacion de su fé, sin hacer servir nunca su influencia á sus intereses personales. Su conducta supone por necesidad sentimientos que los mundanos apenas creen que puedan existir (1).» En una palabra, no hay tierra evangelizada por nuestros misioneros que no haya sido regada con sus sudores, casi ninguna que no lo haya sido con su sangre, y en donde no hayan señalado su ministerio con sufrimientos, con muertes heroicas. Véase el carácter de fuerza que tan bien expresan estas palabras de una carta de M. Chauveau, clérigo de las misiones extranjeras, fechada en Macao á 20 de noviembre de 1845: «O los chinos nos escuchan, ó nos ex-

(1) *Relacion auténtica de una embajada enviada por el rey de la Gran Bretaña al emperador de la China*, por sir G. Staunton, Londres, 1797, tom. II.—Véase los *Anales de la propagacion de la fé*, número 30.—En ese mismo número se halla un extracto del periódico protestante la *Revista mensual* (enero de 1831), que llama á los misioneros franceses, españoles y portugueses de América, los padres y bienhechores de los pueblos, por cuya salvacion, dice, *velan con tanto cuidado y tanto celo*. A este homenaje hay que añadir el de un escritor protestante, que al hablar de los jesuitas (bastante odiados, como es sabido, por la Reforma, para que la pluma de uno de sus adeptos debiera naturalmente negarse á ese elogio) dijo: que «los triunfos de sus misioneros provenian especialmente de su heroica caridad.» (*Quarterly Review*, núm. LXIII, página 3).—Sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla de Ceilan, ha elogiado tambien el desinterés de los misioneros católicos (*Conferencias de N. Wiseman*; conferencia séptima).

CAPITULO XII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CARACTERES DEL APOSTOLADO CATÓLICO.

El apostolado católico, cuyo cuadro hemos bosquejado rápidamente, presenta á todo espíritu observador cuatro caracteres culminantes, propios, exclusivos: perpetuidad, fecundidad, desinterés y fuerza.

Nuestros misioneros, como se ha visto, se suceden sin interrupcion desde el primer siglo hasta el diez y nueve: véase el carácter de perpetuidad. No hay siglo, no hay medio siglo en que no hayan conquistado algun nuevo pueblo para la Iglesia católica, y en que no hayan verificado maravillosas transformaciones de ideas y costumbres: desde un polo al otro todo lo han doblegado á la doctrina dogmática y moral del cristianismo, la diversidad de razas, de inteligencias, de temperamentos, de hábitos, de instituciones (1): véase el carácter de fecundidad. No hay nacion lejana, no hay tribu que no haya tenido que admirarse de verlos internar en su seno, no por amor á la glo-

(1) Véase los *Beneficios de la religion crist.*, por Eduardo Ryan; la *Historia general de las Indias*, por Herrera; la obra de Muratori sobre las misiones del Paraguay: la *Historia del Japon* y la *Hist. del Paraguay* por Charlevoix; las *Cartas edificantes*, etc.; los *Anales de la propagacion de la fé*; la *Hist. de las misiones*, por Henrion; las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, tom. I, conferencia séptima.

ria y á la ciencia, no por amor al oro ó á la plata, sino por la caridad sola, por el amor de Dios y el amor de sus semejantes á Dios: véase el carácter de desinterés, al que un autor anglicano ha rendido este magnífico homenaje: «Hay que confesar que es un espectáculo admirable para todo hombre imparcial, ver á aquellos hombres excitados por motivos tan diferentes de la mayor parte de las acciones humanas, exponerse á toda especie de peligros, sacrificar todas las comodidades de la vida, vencer todas las prevenciones que van unidas á la cualidad de extranjeros en un pais donde se mira como un crimen abandonar los sepulcros de los antepasados, y finalmente obtener los establecimientos necesarios para la propagacion de su fé, sin hacer servir nunca su influencia á sus intereses personales. Su conducta supone por necesidad sentimientos que los mundanos apenas creen que puedan existir (1).» En una palabra, no hay tierra evangelizada por nuestros misioneros que no haya sido regada con sus sudores, casi ninguna que no lo haya sido con su sangre, y en donde no hayan señalado su ministerio con sufrimientos, con muertes heroicas. Véase el carácter de fuerza que tan bien expresan estas palabras de una carta de M. Chauveau, clérigo de las misiones extranjeras, fechada en Macao á 20 de noviembre de 1845: «O los chinos nos escuchan, ó nos ex-

(1) *Relacion auténtica de una embajada enviada por el rey de la Gran Bretaña al emperador de la China*, por sir G. Staunton, Londres, 1797, tom. II.—Véase los *Anales de la propagacion de la fé*, número 30.—En ese mismo número se halla un extracto del periódico protestante la *Revista mensual* (enero de 1831), que llama á los misioneros franceses, españoles y portugueses de América, los padres y bienhechores de los pueblos, por cuya salvacion, dice, *velan con tanto cuidado y tanto celo*. A este homenaje hay que añadir el de un escritor protestante, que al hablar de los jesuitas (bastante odiados, como es sabido, por la Reforma, para que la pluma de uno de sus adeptos debiera naturalmente negarse á ese elogio) dijo: que «los triunfos de sus misioneros provenian especialmente de su heroica caridad.» (*Quarterly Review*, núm. LXIII, página 3).—Sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla de Ceilan, ha elogiado tambien el desinterés de los misioneros católicos (*Conferencias de N. Wiseman*; conferencia séptima).

pulsan, ó nos matan. Si nos escuchan, se convertirán, si nos expulsan, volveremos á entrar; si nos matan, otros vendrán (1).»

Citemos ahora ante el tribunal de una razon imparcial á las sectas separadas de la Iglesia católica, para que reciban auténticamente, caso de que les sea debido, el honor de compartir con ella esa espléndida corona del apostolado, ó para que se vean obligadas á confesar que á ella sola pertenece esa corona, y que ella sola es la heredera legitima de los doce primeros misioneros de Jesucristo.

Compareced primero vosotras, sectas del Oriente, y venid á sufrir la prueba jurídica de esta comparacion. Ignoro que jamás hayais aspirado al honor de un proselitismo á la vez puro, fecundo, universal, y esto solo os pone fuera de parangon; esto solo, en presencia de la Iglesia católica, os convence de una inferioridad abrumadora, de una flagrante infidelidad al gran precepto del Hombre-Dios: «Id é instruid á todos los pueblos (2).» Pero por otra parte, veo el celo de los nestorianos encerrado en algunos rincones de la Tartaria y de las Indias, donde se ha extinguido, y el de los griegos circunscrito á los limites de la Rusia y de la Bulgaria. Ahora bien, esos ensayos atajados como por una muralla de bronce, no hacen mas que redoblar vuestra confusion: no haber intentado nada, sería evidentemente quedar vencidos; pero haber intentado avanzar y concluir luego por hacer de la inaccion un hábito y una especie de naturaleza, es asemejarse al viajero enfermo que se detiene á poco de haber emprendido su marcha porque le falta el corazon, y que renuncia á seguir su viaje porque desespera de llegar al término.

Están juzgadas, pues, las sectas de Oriente. Llamemos al protestantismo, y para evitar toda sospecha de parcialidad, limitémonos á invocar aqui los testimonios de los suyos en todo lo que les sea desfavorable.

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 105.

(2) *San Mateo*, XXVIII, 19.

mútuamente; escenas horribles de desesperacion manchan las últimas convulsiones del pueblo judío que espira como pueblo; sus escombros se esparcen al viento, y todavia vemos sus tristes restos errantes por el universo y recordando á todas las naciones por un infortunio sin ejemplo, el crimen inaudito de sus antepasados deicidas.

No se hallaban aun vencidos estos, cuando se levantó contra la Iglesia el paganismo armado con toda la influencia de las mas añejas y tenaces preocupaciones, con toda la fuerza de las pasiones mas profundamente arraigadas en el corazon del hombre, con toda la autoridad de los sacerdotes, con todo el ascendiente de los talentos cultivados, con todo el poder de los magistrados, con la omnipotencia de los Césares. Era una guerra á muerte entre el cristianismo tan joven todavia y sin armas, y aquel robusto y vigoroso atleta, cubierto de bronce, capaz humanamente de derribarlo y reducirlo á polvo. Coge este á su adversario á brazo partido, destrózale con sus garras de hierro como el tigre á su presa, corre la sangre y no es por eso el herido menos temible: ¿qué digo? gana terreno al paso que pierde sangre, y el que la hace verter vomitando contra él torrentes de calumnias, burlas y ultrajes, se debilita por grados y retrocede. El paganismo gasta en este duelo incomparable, en que tiene de su parte todo lo humano, un largo periodo de su demasiado larga vida. Por espacio de tres siglos emplea en él todo su ser: sepulta en los abismos del mar, quema, deshace, descuartiza, entierra vivos á los cristianos. ¡Vanos esfuerzos!..... Cansado al fin de suplicios, de matanza, de brutal ferocidad, se detiene para contemplar su obra, y al ver tantos girones humanos todavia palpitanes en sus brazos empapados en sangre, esclama: *He vencido*, y acuña una medalla en memoria de la *extincion del nombre cristiano*; y erige una columna *al cristianismo abolido* (1). Y mientras bate palmas sobre los cadáveres de los mártires, el cristianismo avanza un paso

(1) Véase la *Hist. del establ. del crist.*, por Bullet.

mas en la arena y este paso le basta para ir á sentarse en el trono imperial, desde cuya altura derriba el trofeo de la idolatría moribunda y los templos que le quedan (1).

Pero ¡oh prodigio! ¡oh caminos maravillosos de la Providencia! Con la guerra en su seno y con divisiones intestinas que la desgarran, combate la Iglesia por fuera y triunfa. Desde el primer siglo veo á seis sectas diferentes empeñarse en debilitar su fuerza vital y en comprimir su desarrollo. Y despues cada siglo, á escepcion del décimo en que permanecian ocultos y en silencio varios errores esparcidos por una y otra parte, cada siglo, ha ido suministrando regularmente varias cabezas (á veces hasta trece y hasta diez y siete) (2) á esa hidra de la heregia que en sus variedades tan numerosas parece inmortal para realzar el esplendor de la Iglesia, inmortal tambien, pero en su invariable unidad. Cada secta tiene su fisonomía, su carácter marcado, su nombre particular; y sin embargo, si pregunto á cada una conforme las veo pasar sucesivamente por delante de mí en la historia, lo que en otro tiempo preguntaba Jesús al endemoniado Geraseniense: «¿Cuál es

(1) No hablamos de la persecucion del emperador Juliano el Apóstata que renovó contra la Iglesia todas las que habia sufrido en los tres primeros siglos. «Lo mismo que los filósofos confidentes suyos (dice Bullet en la *Hist. del establ. del crist.*), apoyó la idolatría con falsos prodigios; separó de ella los absurdos chocantes; trató de mejorar sus costumbres, le devolvió la pompa de sus ceremonias, la sostuvo con su ejemplo, la quiso hacer amar con sus beneficios. Al cristianismo, por el contrario, lo atacó con sátiras, lo combatió con obras, protegió á todos sus enemigos, amenazó con su indignacion á los que lo profesaban, aprobó las violencias que se empleaban contra estos, de suerte que los paganos mismos le han censurado de haber sido un perseguidor demasiado ardiente de los cristianos aunque se abstuvo de derramar su sangre: *Nimius religionis christianæ insectator perinde tamen ut cruore abstineret* (Entrop., I, X, núm. 16). Prohibió á los cristianos pleitear, añade Ticlér (*Dioc. hist.*), defenderse en justicia, y ejercer cargos públicos. Hizo mas, pues no quiso que enseñasen las bellas letras sabiendo las grandes ventajas que sacaban de los libros profanos para combatir el paganismo.....» ¿Pero de qué sirvieron tantos esfuerzos? De proporcionar á la Iglesia un nuevo triunfo.

(2) Véase la *Tabla de los docs primeros tomos de los Anales de filosofía crist.*, art. *Heregias*.

tu nombre? todas podrán contestarme uniformemente: «Me llamo *legion* porque somos una muchedumbre (1).» Cada una es en efecto una *legion*, un ejército temible, menos todavia por el número de los que cada heresiarca seduce y asocia á la guerra contra la Iglesia, que por el número de los hijos que él y sus adeptos dejan en pos de sí, y por la funesta confraternidad que une á todos los sectarios, cualquiera que sea su bandera, á todos sin escepcion contra aquella fiel depositaria de la doctrina apostólica..... ¿Cuántas veces tambien no se ha mostrado la heregia armada de teas y puñales tanto como de sofismas, calumnias y ultrajes? ¿Cuántas veces no ha apelado, escudada con los decretos y la fuerza de los príncipes de la tierra, á todas las pasiones, á todas las violencias contra aquella *columna de la verdad divina* (2)? Y no hablo del mahometismo, cuya fuerza material, ciega, inflexible, identificando el culto y el Estado y sometiéndolo todo al dogma de la fatalidad, hizo tan profundas heridas al reino de la Iglesia en Asia, África y Europa, ni del cisma de Oriente, á que dieron origen pretensiones ambiciosas, que favorecieron grandemente las revoluciones políticas de las dos partes del imperio y que ha alimentado siempre contra la Iglesia católica una antipatia, un odio señalado mas de una vez por la persecucion.

En esa guerra casi continua de la heregia contra la Iglesia, ha ido aquella á guarecerse con frecuencia osada, vigorosa y hasta elocuente en los labios ó en la pluma de hombres poderosos por sus ideas, por sus palabras, y así el ataque ha sido mas temible, la victoria mas difícil, el triunfo mas brillante. Véase, por ejemplo, á Basilides, á Valentino, á Marcion, á Tertuliano, á Manés, á Donato, á Arrio, á Macedonio, á Joviniano, á Pelagio, á Vigilancio,

(1) *Quod tibi nomen est? Legio mihi nomen est, quia multi sumus.* (San Marcos, V, 9).

(2) *Eclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis*, (I, Timoteo, III, 15).

á Nestorio, á Eutiquio, á Gotescale, á Berenger, á Arnaud de Bresse, á Amauri; véase á Lutero, á Calvino, dotado el uno de una facundia ardiente, arrebatadora y de una manera de argumentar en cierto modo corrosiva: mas erudito el otro que el fraile Agustino de Sajonia, menos elocuente, menos preciso, pero de una elegancia y pureza de estilo notables, sutil, perspicaz, versado en la ciencia de la Escritura y de los Santos Padres. ¿Y en nuestros dias la heregia del siglo diez y nueve no ha tenido su origen en un hermoso génio que por espacio de quince años habia sembrado como una especie de encanto sobre los espíritus por el lujo de una elocuencia deslumbradora, por la fuerza de una lógica llena de vigor y de imágenes?... Pero á la voz reverenciada del augusto jefe de la Iglesia, se quedó solo el que poco antes se veia rodeado de tan brillante comitiva, y ha podido oír de lejos á sus numerosos admiradores y á sus ilustres amigos repetir con dolor estos acentos del profeta: «¿Cómo has caído tú que brillabas como el astro de la mañana (1)?»

Véase como desde los apóstoles ha tenido la Iglesia que sufrir constantemente los ataques violentos del error; y sin embargo esa nueva Jerusalem permanece siempre en pié, siempre la misma. Ni una sola piedra han podido desprender de su unidad admirable los golpes incesantes del ariete enemigo, y ante sus muros yacen sepultadas todas las sectas que la han batido en brecha, todas á escepcion del cisma griego á quien hemos visto ya caminando á la dissolution, pero al que por una parte una sumision llena de servilismo al poder de la media luna y por otra el absolutismo imperial y pontifical del czar retienen sobre la pendiente de su ruina. A esta escepcion solo hay que añadir algunos restos casi desapercibidos y descompuestos de antiguas heregias en ciertos rincones de Oriente; y en el Occidente, la Reforma que va revolviéndose en ese deísmo

(1) *Quomodo accidisti qui mane orisbaris?* (Is. XIV, 12).

vago que la voz del gran Bossuet le asignó en otro tiempo como último término y como tumba (1).

A la verdad que hay motivo en esto para sorprender y admirar al ánimo mas preocupado con tal que sea recto y sincero. Entréguese á la accion devastadora del tiempo y á los ataques continuos reproducidos bajo mil formas, ardientes siempre y fuertes con el apoyo de las pasiones humanas, una institucion cualquiera humana tambien que no sea favorable á los intereses de esas mismas pasiones, pero establecida lo mas sólidamente que se quiera: ¿cuántos años se necesitarán para trastornarla, mutilarla, destruirla?... ¿Cómo, pues, la Iglesia católica ha podido pasar diez y ocho siglos contrariando todas las pasiones humanas, sufriendo continuamente con la accion corrosiva del tiempo las luchas mas violentas, mas obstinadas, mas terribles, sin doblegarse jamás, rompiendo sin contemplacion con los reyes, con los conquistadores, con el génio, con los pueblos, tan luego como el interés de la verdad se hallaba comprometido por su obstinacion (2)? ¿Y cómo es que se muestra todavía á nuestros ojos tal como salió de las manos de su autor? No, no: esa integridad de constitucion tan duradera que desafía todos los poderes del mundo materiales é intelectuales, esa identidad permanente de doctrina, de organizacion, de expansion continua, esa virilidad perpetua en medio de los elementos de alteracion y decadencia mas activos renovados sin cesar, no llevan el sello de un hecho natural. Pero si ese hecho no está en la esfera de la naturaleza, es sobrenatural, es divino: esto salta á la vista de

(1) *Sesta advertencia á los protestantes; II Instruccion pastoral sobre las promesas de la Iglesia.*

(2) «Los Estados, dice Pascal, perecerian si á veces no se hiciese á las leyes plegarse á la necesidad. Pero nunca la Iglesia ha permitido eso ni lo ha usado nunca. No es extraño que una institucion se conserve doblegándose, y aun esto no es propiamente conservarse: los Estados mismos perecen á pesar de eso enteramente, y no hay uno que haya durado mil quinientos años. Pero que esa religion se haya conservado siempre é inflexible es cosa divina.» (*Pensamientos*, parte 2.)

todos y habla alto, muy alto para hallar eco en todas las almas que aman sobre todo la verdad.

Lo que acaba de poner en relieve el sello divino marcado visiblemente en ese hecho es que la Iglesia ha sostenido intacta el esfuerzo constante de todas esas luchas, á pesar de hallarse frecuentemente desgarrada con escándalos: escándalos de hábitos seculares, y hasta militares en la tribu sagrada; escándalos de abusos de riquezas; escándalos de intrigas políticas; escándalos de ambicion puramente humana; escándalos de rivalidades deplorables; escándalos de apostasias solemnes; escándalos de inmoralidad..... ¿qué se yo? Cuanto mas se añada á esa multitud de escándalos diversos, mas se realzará esa fuerza divina que ha resistido á tantos ataques mortales. Consúltese la historia: limitándome á hablar no mas que de los jefes de la Iglesia, vereis la barca de San Pedro *agitada como una eriba* (1) por la tempestad de las pasiones humanas, lanzada hasta las nubes por las olas furiosas, hundida de repente en los abismos, arrojada bruscamente contra los escollos, pero sujeta siempre invariablemente al áncora de la doctrina ortodoxa. Ha podido ser sacudida con violencia, pero no romperse: ha podido verse cubierta por las olas, pero nunca sumergida: ha tenido pilotos infieles, é infieles á la santidad, al honor de su divino ministerio (2), pero que han sido siempre fieles á la pureza, á la verdad de la doctrina. Sin duda que han podido mostrar las tristes flaquezas de la humanidad; pero en medio de esas flaquezas jamás han enseñado, aprobado ni tolerado error alguno ni aun en moral. ¿Y es esto humano tambien?... Que en una série de doscientos cincuenta y ocho pontífices romanos haya habido algunos que bajo el peso del honor inmenso de la

(1) San Lucas, XXII, 31.

(2) Véase la *Religion del corazon*, por el abate de Baudry, 2.^a parte, seccion 8;—el *Guia del catecúmeno valdense*, por M. A. Charvaz, t. II, l. V, conversacion 3.^a;—*Conferencias sobre las doctrinas, etc. de la Iglesia católica*, por N. Wiseman: conferencia octava.

triple corona se hayan doblegado como hombres, es natural y nada mas: ¿no eran acaso hombres?..... De doce apóstoles elegidos por el mismo Jesucristo, amaestrados y preparados largo tiempo por ese divino Maestro para el apostolado, hubo un avaro, un ladron, un traidor sacrilego que vendió á su Dios por treinta dineros. Pues hágase ahora la comparacion: aun admitiendo las apreciaciones parciales del fogoso Dawisson relativamente á 12 y á 258 la proporcion es exacta, casi matemática. Pero que de esos 258 papas haya habido cerca de 60 dignos de ser venerados en los altares (y sabido es qué heroismo y qué pruebas de virtud exige la Iglesia para ese honor), cerca de 60 cuya mitad ha consagrado con su sangre las gradas de la silla apostólica; que de esos 258 en quienes el Pontificado dejaba subsistentes las inclinaciones de la naturaleza corrompida y que se hallaban además espuestos por su elevada posicion á las faltas y á los abusos de toda especie, haya habido tan pocos que hayan flaqueado; que ese corto número haya aparecido en una época que fué como la hez de los siglos cristianos, en una época en que la corrupcion de las cortes de Europa era universal y cenagosa, en una época en que las cábalas, las intrigas criminales de la ambicion debían por necesidad relajar las costumbres, y en que era casi imposible que esa relajacion no penetrase hasta en el santuario, y que los manejos y violencias de los partidos no ocasionasen algunas elecciones deplorables (á no ser por un milagro que Dios no estaba obligado á hacer); que ese corto número haya pasado sobre el trono apostólico en un tiempo en que no habia otro peligro grave para la Iglesia, como las nubes preñadas de desastres pasan providencialmente sobre nuestras cabezas cuando nada hay en la atmósfera que pueda desgarrar sus costados para devastar y destruir nuestras ricas cosechas: que ese corto número haya conservado religiosamente el depósito de la revelacion, y la Iglesia nada haya tenido que sufrir por ellos ni en la harmonia de su fuerte constitucion, ni en la unidad de su enseñanza, mien-

tras que basta muchas veces un príncipe débil ó vicioso para cambiar la suerte de los imperios y precipitarlos desde el apogeo de la gloria y del poder en la confusión, la anarquía y la ruina, eso sí que no es natural, eso sí que está en desacuerdo con la historia de las cosas humanas; y la sana filosofía, no hallando la razón de ello sobre la tierra, no titubea en buscarla más alto, en los consejos adorables de la sabiduría divina.

La Iglesia triunfó, pues, del odio y de la persecución de los que rodearon su cuna en la Judéa; triunfó de la persecución del paganismo, de la persecución casi continua de la herejía, de la persecución de los cismas, de la persecución de los escándalos. Pero no es eso bastante: le estaba reservado causar los esfuerzos de todos los enemigos posibles; porque era preciso que de ella y solo de ella pudiera decirse: Contra todo tuvo que combatir y todo lo venció.

Hay sobre la tierra dos palancas poderosas para trastornar y destruir: la una que obra sobre el amor propio tan susceptible y tan sensible á la herida más ligera: la otra sobre la inteligencia tan orgullosa de sí misma, tan propensa á rechazar lo que sobrepasa al alcance de su vista, tan celosa de sus adquisiciones y de sus nuevas conquistas en el dominio de los conocimientos humanos. Y cuando esas dos palancas, cuando el ridículo y el raciocinio están en manos de todo cuanto hay de más elevado en talento y saber, y se emplean contra lo que lastima y contraria todas las pasiones, entonces bien puede decirse que nada hay sobre la tierra comparable á esas dos armas. Pues bien, la Iglesia católica ha tenido que sufrir y ha sufrido con feliz éxito, con gloria, esa prueba la más formidable que pueda concebirse.

El siglo último fué como una especie de cita universal dada por el genio del error á todo cuanto podía haber de más elevado en las bellas artes y en las ciencias, de más capaz en lo humano para minar y derribar la obra de Jesu-

cristo. Vióse surgir entonces, especialmente en Francia, todo un ejército de poetas, de prosistas, de metafísicos, de geómetras, de naturalistas, de arqueólogos, de filósofos, en fin, que traducían cada cual en su lengua las blasfemias del infierno, y repetían en ecos ruidosos y prolongados los acentos sofocados de *las profundidades del abismo* (1). Páginas escritas con deslumbrador ingenio, seductoras por sus sofismas y elocuencia, volúmenes atestados de todo el aparato de una erudición profunda inundaron la Europa. Nada se perdonó: escribióse contra los dogmas en general y contra cada dogma en particular, que fué sometido al análisis devorador de una razón ebria de orgullo y de odio: escribióse contra la moral, contra el culto, contra el sacerdocio, al que se arrastró por el cieno, contra los abusos que los hombres habían podido hacer de la religión católica para satisfacer sus pasiones, y con una impudente injusticia se echó sobre esta la responsabilidad de los crímenes cometidos á pesar de sus máximas y contra sus prohibiciones espresas. Escribióse contra sus libros sagrados y para atacarlos se interrogó á la India y al Egipto, á la Asiria y á la China; se examinaron hasta las entrañas de la tierra: hacinóse testimonio sobre testimonio, y los sábios de la época publicaron que la ciencia desmentía formalmente á la Escritura. La burla, el sarcasmo, la tergiversación, la mentira, la calumnia más insolente vinieron en su ayuda: un hombre eminentemente sagaz para el mal, admirablemente organizado para odiar, ridiculizar é insultar, se encargó de dirigir esa parte del ataque contra la Iglesia. Triunfó, no á medida de su deseo, apasionado como estaba hasta el delirio contra la verdad (2), pero más

(1) *Apocalipsis*, IX, 1.

(2) Se ha querido decir que esta frase de Voltaire, esta frase impía, criminal, abominable: *Erasez l'infame* (destruid al infame ó á la infame), la dijo hablando, no de la religión católica sino del fanatismo. Pero hablaba acaso del fanatismo ó de la religión cuando en una de sus cartas, del 23 de junio de 1760, decía: «Quisiera que destruyeseis á la infame. Ese es el pun-

de lo que podían creer todas las previsiones humanas. La incredulidad se erigió en principio, se hizo de moda, eran cosas incompatibles ser hombre de talento, hombre de buen tono y católico: y entre nosotros los franceses especialmente, cuando ese extraño tirano que acabo de nombrar se mezcla en una cosa, sabido es hasta donde van la infatuación y el capricho: así es que era preciso ocultarse para adorar á Jesucristo ¿qué digo? casi hasta para creer en Dios. Y á fin de que nada faltara á esta última prueba de la Iglesia católica, á fin de que se renováran en ella todas las demás, muy luego se unió á esa guerra violenta, encarnizada, del ridículo, del raciocinio, de la ciencia, la guerra de la proscripción, del destierro, de los calabozos, de la devastación, del cuchillo, del cisma y de los escándalos. Lo que había principiado por el ceno de la Regencia, lo que había continuado y crecido prodigiosamente por todos los recursos del talento y hasta del génio, por los semi-descubrimientos de la ciencia, por los vicios y la impiedad de los grandes sobrado poderosos siempre en este punto sobre la muchedumbre, concluyó por grandes defecciones, por ilustres apostasias, por el mazo brutal del vandalismo y por el hacha sangrienta del verdugo. En ese horrible hacinamiento de ruinas morales, políticas, sociales, religiosas; en ese inmenso cementerio en que todo lo que humanamente podia proteger al catolicismo había hallado su tumba, la Iglesia á quien llamaban vetusta, anticuada, decrepita, debía naturalmente hallar la suya..... Y sin embargo se vió entonces que su sangre no había envejecido, y que todavia corria por sus venas bajo el hierro de la persecucion, llena de vigor como la sangre cristiana de los primeros siglos. Y cuando á los ministros oficiales de la muerte se les cayeron los brazos de cansancio, cuando pasó el torrente devastador, cuando por una parte un general cismático cumplió la mision providencial de venir al to principal: es preciso reducirla al estado en que ella está en Inglaterra.

frente de los hijos del Norte á hacer posible y proteger la eleccion católica del sucesor de Pio VI, cuya noble y valerosa ancianidad habia consumido una prision francesa; y por otra el génio ambicioso de un soldado francés que se sentia con fuerzas de gigante en la cabeza, el corazon y el brazo, dijo con su acento de amo á la impiedad: *Calla y ocúltate*; á las puertas de nuestros templos: *¡abrios!* al sacrificio y á la oracion: *voces expiadoras de la tierra*, *¡subid libremente al cielo!* se vió á la Iglesia levantar su cabeza radiante sin herida ni cicatriz alguna. Nada pudo cercenarse ni en su doctrina, ni en su culto, ni en sus libros sagrados, ni en sus creencias, ni en su constitucion. Todo respiró, en fin, bajo la dulce influencia de su accion consoladora y reparadora; y muy luego sentada como reina sobre las cenizas olvidadas de sus enemigos de todo un siglo, pudo esperar en parte á que la ciencia humana se volviese hácia ella y á que Dios hiciese tributar justicia á su palabra.

Dios no le ha faltado. Escritores elocuentes han puesto en evidencia las magestuosas bellezas de la religion y convencido de ineptia ó de mala fé á sus detractores apasionados que habian engañado al otro siglo. Otros han arrancado la máscara de una falsa erudicion á esos pretendidos sábios que habian tomado las hipótesis por hechos completamente establecidos, publicando con el mayor aplomo las consecuencias presuntuosas de una ciencia mal estudiada; y por una circunstancia providencial, los descubrimientos modernos que han venido á defender sucesivamente todos los puntos combatidos de nuestros libros sagrados, son debidos á hombres que no trabajaban con ese objeto: mas todavia, pues una parte de ellos se debe á hombres formalmente hostiles al cristianismo. De este modo ha obligado Dios á los labios que se abrian para blasfemar y maldecir, á bendecir y á tributar homenaje, y ese hacinamiento de dificultades amontonadas contra nuestra fé no ha servido mas que para realzar el esplendor de la verdad,

hasta el punto de que aun hablando de filosofía humana se pueda asentar hoy como principio, en virtud de los datos analógicos, que todo progreso de la ciencia que no aparezca de acuerdo con la religión revelada, es fruto de observaciones incompletas ó de deducciones mal sacadas, y hasta que la ciencia incurra en error siempre que no se halle de acuerdo con la Biblia (1).

Muy consolador es en verdad para nosotros que nuestra religión pueda desafiar así impunemente la luz de la discusión mas severa, y que no solo no tenga nada que perder con ella, sino que por el contrario se eleve por ese medio á la altura de un glorioso triunfo sobre sus enemigos mas temibles. ¿Qué cosa hay mas admirable, mas humanamente inesplicable, dado que no sea divina, que el que pueda desafiar el catolicismo el exámen menos benévolo en los mil puntos de contacto que tienen sus libros sagrados y sus dogmas con la cronología, la sucesión de los monarcas mas antiguos, los hábitos, las costumbres y el lenguaje de las diferentes naciones, las grandes tradiciones religiosas de los pueblos mas antiguos, el origen y la dispersión de la raza humana, y los progresos maravillosos de las ciencias en los tiempos modernos? ¿Por qué milagro tanto número de autores diferentes como han trabajado en la redacción de los diversos libros de la Escritura, desde el Pentateuco hasta el Apocalipsis han logrado preservarse de decir cosa alguna que haya podido ser desmentida nunca por los hombres mas hábiles y hostiles ni por los descubrimientos mas imprevistos? ¿Quién no se ha de asombrar al ver que esa misma religión ha ganado tanto como se le pretendía quitar y que las objeciones mas fuertes en apariencia han acabado por convertirse en pruebas?.... Y no podía ser de otro modo; no solo era preciso que la obra del Altísimo pudiera despreciar todos los ataques del hombre y que todos los es-

(1) Véase los *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión*, por N. Wiseman, tom. II, discurso último; y la *Cosmogonía de Moisés*, por M. Marcel de Sevres, 2.ª edición.

fuerzos humanos vinieran á espirar ante ella impotentes, como las olas del mar embravecido á los pies de la roca inmóvil que blanquean inútilmente con su espuma, sino que así como el sol, despues de una hora de tempestad que amontona delante de su fulgor densas nubes, reaparece mas brillante que nunca, así tambien la verdad del catolicismo, sol radiante de las inteligencias, esparciese una luz mas viva despues de los vapores momentáneos que la falsa ciencia humana habia acumulado fastuosa y trabajosamente en torno suyo.

Así es que la Iglesia católica, que ha visto venir á estrellarse contra ella los esfuerzos continuos de toda especie de enemigos en el espacio de diez y ocho siglos, coronada con tantos laureles gloriosos puede presentarse con santa altivez á la generación presente y á las generaciones futuras; y *levantando al cielo su brazo poderoso*, ese brazo al que ha sido dado mandar á todas las tempestades, puede exclamar: *«Mi vida es inmortal (1)*. Mirad: lo pasado es mio, un pasado de diez y ocho siglos de combates incesantes y de incesantes triunfos, y ese pasado responde de mi porvenir. He gastado á la sinagoga con sus magistrados y su sacerdocio y á todos sus celosos servidores; he gastado á los reyes y á los emperadores con sus fieras, sus verdugos, sus hogueras y su cuchilla; he hecho gastarse el odio, el desprecio, el encarnizamiento, el ascendiente de los filósofos del paganismo; he hecho gastarse la heregia bajo todas sus formas protegida con todos los recursos humanos; he hecho gastarse los escándalos mas ruidosos é imponentes, los racionios de la filosofía moderna, los ataques de la ciencia en sus numerosas ramificaciones, en sus descubrimientos que á primera vista parecían concluyentes, el ridículo y el sarcasmo con su sal mas corrosiva, sus picaduras mas agudas, sus dardos mas penetrantes y mas hábilmente emponzoñados; he gastado la auto-

(1) *Levabo ad cælum manum meam et dicam: Vivo ego in æternum*, (Deuteron., XXX, 40).

ridad inmensa de los grandes disolutos, impíos y mofadores sobre un pueblo impresionable hasta el esceso. ¿Donde están hoy (1) mis innumerables enemigos, mis enemigos de todos los siglos?..... Ellos no han cesado de asestarme golpes que creían mortales, ellos se gloriaban ya de su victoria; hombres de algunos días, ellos han pasado y yo vivo porque los siglos son míos. ¿Qué han de hacer en lo sucesivo contra mí, que no hayan hecho ya, é inútilmente? ¿Qué han de decir, qué han de escribir que no se haya dicho y escrito sin otro resultado que el de depurar y acrecentar mi gloria y ensanchar la aureola de luz que acompaña á mis títulos?..... Venid, pues, á mi todos los que estais fatigados (2) consumiendo vuestros esfuerzos en busca de la verdad religiosa: venid á descansar á la sombra de mi centro tutelar y consolador; venid, espíritus enfermos, os consolaré de vuestras angustias (3); yo fijaré las oscilaciones dolorosas de vuestra inteligencia tan penosamente agitada por la duda; aceptad el yugo de mi autoridad divina y hallareis la paz de vuestras almas (4).

(1) *Dixi: Ubinam sunt?* (Deuteron., XXX, 26).

(2) San Mateo, XI, 28.

(3) San Mateo, XI, 28.

(4) San Mateo, XI, 29. «El catolicismo, dice M. Guizot, se adapta maravillosamente á la disposición de los ánimos cansados y disgustados de la duda. Erige la autoridad en principio y la pone en práctica con una gran firmeza y una rara inteligencia de la naturaleza humana. Es la escuela mas santa de respeto que ha visto jamás el mundo. Sobresale en dar reposo á las almas inspirándoles un sentimiento profundo de seguridad y ofreciéndoles una luz que nunca vacila.» (Fragmentos impresos en la Revista francesa, julio de 1838, con este título: *Del catolicismo, del protestantismo y de la filosofía*).

Véanse en los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, por Augusto Nicolas, tom. IV, cap. VIII, dos artículos muy notables sobre la perpetuidad de la Iglesia; el uno de M. Eugenio Robin, publicista afamado, y el otro de M. Macauley, protestante, hombre de estado y publicista de los mas distinguidos de Inglaterra.

CAPITULO XIV.

CONCLUSION.

Al término ya de nuestras investigaciones sobre la verdad religiosa, recorramos la cadena de los diferentes hechos en que descansa, y partiendo de la Iglesia católica, de ese grande hecho vivo que está en todas partes, que en todas da el testimonio mas auténtico é irrecusable de la verdad traída del cielo por Jesucristo, notemos la relacion intima, indisoluble de todas las pruebas que hemos espuerto y vienen á terminar en ese mismo hecho. Como se ha visto ya, la Iglesia, por si misma, por los caracteres naturales y culminantes que la distinguen, admira, embarga, subyuga el ánimo de todo el que la compara con todas las obras humanas conocidas: ella se sobrepone á él lógicamente con la autoridad mayor, mas augusta y mas racional que puede haber en el mundo. Esa autoridad que pone coto á todas las dudas, viva siempre, siempre combatida y siempre triunfante, se enlaza por su existencia no interrumpida al testimonio sobrehumano de la sangre de los mártires: ese testimonio se enlaza á los hechos divinos que han servido para el establecimiento del cristianismo; esos hechos divinos á la necesidad lógica de la intervencion divina que se deduce del hecho solo de ese establecimiento; la necesidad lógica de esa intervencion divina á las

ridad inmensa de los grandes disolutos, impíos y mofadores sobre un pueblo impresionable hasta el esceso. ¿Donde están hoy (1) mis innumerables enemigos, mis enemigos de todos los siglos?..... Ellos no han cesado de asestarme golpes que creían mortales, ellos se gloriaban ya de su victoria; hombres de algunos días, ellos han pasado y yo vivo porque los siglos son míos. ¿Qué han de hacer en lo sucesivo contra mí, que no hayan hecho ya, é inútilmente? ¿Qué han de decir, qué han de escribir que no se haya dicho y escrito sin otro resultado que el de depurar y acrecentar mi gloria y ensanchar la aureola de luz que acompaña á mis títulos?..... Venid, pues, á mi todos los que estais fatigados (2) consumiendo vuestros esfuerzos en busca de la verdad religiosa: venid á descansar á la sombra de mi centro tutelar y consolador; venid, espíritus enfermos, os consolaré de vuestras angustias (3); yo fijaré las oscilaciones dolorosas de vuestra inteligencia tan penosamente agitada por la duda; aceptad el yugo de mi autoridad divina y hallareis la paz de vuestras almas (4).

(1) *Dixi: Ubinam sunt?* (Deuteron., XXX, 26).

(2) San Mateo, XI, 28.

(3) San Mateo, XI, 28.

(4) San Mateo, XI, 29. «El catolicismo, dice M. Guizot, se adapta maravillosamente á la disposición de los ánimos cansados y disgustados de la duda. Erige la autoridad en principio y la pone en práctica con una gran firmeza y una rara inteligencia de la naturaleza humana. Es la escuela mas santa de respeto que ha visto jamás el mundo. Sobresale en dar reposo á las almas inspirándoles un sentimiento profundo de seguridad y ofreciéndoles una luz que nunca vacila.» (Fragmentos impresos en la Revista francesa, julio de 1838, con este título: *Del catolicismo, del protestantismo y de la filosofía*).

Véanse en los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, por Augusto Nicolas, tom. IV, cap. VIII, dos artículos muy notables sobre la perpetuidad de la Iglesia; el uno de M. Eugenio Robin, publicista afamado, y el otro de M. Macauley, protestante, hombre de estado y publicista de los mas distinguidos de Inglaterra.

CAPITULO XIV.

CONCLUSION.

Al término ya de nuestras investigaciones sobre la verdad religiosa, recorramos la cadena de los diferentes hechos en que descansa, y partiendo de la Iglesia católica, de ese grande hecho vivo que está en todas partes, que en todas da el testimonio mas auténtico é irrecusable de la verdad traída del cielo por Jesucristo, notemos la relacion intima, indisoluble de todas las pruebas que hemos espuerto y vienen á terminar en ese mismo hecho. Como se ha visto ya, la Iglesia, por si misma, por los caracteres naturales y culminantes que la distinguen, admira, embarga, subyuga el ánimo de todo el que la compara con todas las obras humanas conocidas: ella se sobrepone á él lógicamente con la autoridad mayor, mas augusta y mas racional que puede haber en el mundo. Esa autoridad que pone coto á todas las dudas, viva siempre, siempre combatida y siempre triunfante, se enlaza por su existencia no interrumpida al testimonio sobrehumano de la sangre de los mártires: ese testimonio se enlaza á los hechos divinos que han servido para el establecimiento del cristianismo; esos hechos divinos á la necesidad lógica de la intervencion divina que se deduce del hecho solo de ese establecimiento; la necesidad lógica de esa intervencion divina á las

profecías que la habian anunciado; estas á las profecías relativas á todos los hechos de Jesucristo como Jesucristo personalmente á Dios mismo.

De modo que tres hechos principales resumen todo y dan razon de todo, como todo en materia de religion se refiere por una conexion lógica á estos tres hechos: la existencia de Dios, hecho vivo en la creacion y en su inefable harmonia; la divinidad de Jesucristo, hecho vivo en su existencia mortal y en las consecuencias históricas de esa existencia; la autoridad divina de la Iglesia, hecho vivo en su duracion de diez y ocho siglos, en la identidad de su doctrina y de su constitucion, en su fuerza siempre igual en medio de la vicisitudes perpetuas de las cosas humanas y de los elementos mas poderosos de descomposicion y caducidad, en su constante expansibilidad caracterizada por un celo y un éxito sobrehumanos.

De ahí se deduce que el católico es inexpugnable en la discusion respecto del incrédulo, si cuida de no seguir á su adversario por el dédalo vago y caprichoso de los sistemas, y se mantiene por el contrario imperturbable en el terreno positivo é invariable de los hechos. Si alguno de los que garantizan la verdad de sus creencias llegára á oscurecerse por la nube del sofisma ó á perder su fuerza por el raciocinio, al punto surgirían todos los hechos divinos á que está enlazado, y cubrirían al católico como con un escudo impenetrable. Porque tanto como se enlazan entre si y se prestan mútuo apoyo nuestras diversas pruebas, tanto mas firmes aparecen sobre su propia base independientemente una de otra. Aun cuando se quitase, por ejemplo, todo valor histórico á nuestros Evangelios; aun cuando el sistema arbitrario de Strauss fuese tan fundado como contrario es á todos los datos de la ciencia histórica, á todas las reglas de una critica sana y verdaderamente filosófica; aun cuando se borrasen á un mismo tiempo, como de una plumada, todas las profecías ¿qué se habia ganado? El hecho prodigioso del establecimiento del cristianismo, los hechos divinos

No hay, en primer lugar, en sus misiones el carácter de perpetuidad que pertenece á la Iglesia católica, porque el protestantismo no data mas que de tres siglos á esta parte y no ha principiado además seriamente el ensayo de las misiones hasta el siglo último (1). Por eso se lamentaba Leibnitz de que *la poca union de los hijos de la Reforma no les permitiese emprender la conversion de los infieles* (2); y confesaba que *una especie de sociedad que se habia formado en Inglaterra para propagar el Evangelio, no habia dado grandes resultados* (3).

¿Pero no tiene el protestantismo el carácter de fecundidad?... Para juzgarlo bien, tomemos la época que le es mas favorable, la época en que los reformados pertenecientes á naciones tan ilustradas como poderosas, desplegaron el mayor celo para hacer fructificar la obra de sus misiones.

Desde poco antes del año 1800 hasta estos últimos años, el protestantismo inglés, americano, alemán, francés, ha hecho toda clase de esfuerzos para rivalizar en este punto con la Iglesia católica. Nada le ha faltado en cuanto á medios terrenales; ni el número ni la habilidad de los obreros, ni el oro, móvil tan poderoso de las cosas humanas, iman que atrae hasta á los corazones sometidos al Evangelio. El número de sus misioneros es tres ó cuatro veces mayor que el de los misioneros católicos: el *Diario asiático de Londres* lo hace subir á cinco mil. Sus recursos pecuniarios son, por confesion suya, de mas de treinta millones anuales, es decir, diez ó doce veces mayores que los nuestros, y eso sin contar las sumas dadas por el gobierno inglés en las Indias, en la Nueva Gales del Sur y en otras

(1) Véase las *Conferencias sobre las doctrinas*, etc., por Wiseman, tomo I, conferencia sesta.

(2) Carta de Leibnitz citada en el *Diario histórico, político y literario*, del abate Feller, agosto de 1774.

(3) *Leibnitzii epist. ad Korthollam*, en sus obras en 4.º—*Pensamientos de Leibnitz*, en 8.º, tom. I.

colonias, como en el Canadá, por ejemplo (1). Ahora bien, en cerca de cincuenta años ¿qué resultado han producido todos esos elementos humanos de un gran triunfo?... El misionero protestante Heber, testigo ocular en la India, nos responde que «los ejemplos de conversiones son muy escasos (2);» en otra parte «que no hay mas que un número muy corto (3),» y en otras «que se ha convertido el número preciso de indios y musulmanes para probar que la conversion de sus correligionarios no es imposible (4).» Verdad es que al hablar del mediodia de la India que considera como el centro y el corazon del protestantismo en aquel pais, hace mencion primero de cuarenta mil convertidos (5), que reduce en seguida á quince mil (6); pero Kohloff y Sperschneider que estuvieron al frente de esas misiones desde el año 1820 al 25, solo hacen subir el número de ellos, en un informe suscrito por los mismos, á mil trescientos ochenta y ocho, en ciento once aldeas; y además deploran el estado de decadencia en que se halla la reunion de aquellos neófitos (7). Añádase á esto que en otro pasage dice Heber en propios términos: «Nuestra iglesia ha sido hasta aqui estéril (8);» y que á la fecha de 1837 y 1838, en los informes de la sociedad para la propagacion del Evangelio, se hallan confesiones análogas (9). Añádase tambien que segun dice el misionero Hough que habia residido en la India, «es humanamente imposible convertir á los indios;» y que, segun palabras del misionero anabaptista M. Townly, en 1825 y 1824, esto es,

(1) Véase *Ojeada sobre la obra de la propagacion de la fé, 1837*;—*Conferencias de Wiseman*, t. I, conferencia sesta.

(2) Carta á Sir W. Horton, *Relacion de un viaje á las provincias altas de la India*, segunda edicion, t. III.

(3) Cartas á mistriss Douglas, t. III, pág. 261.

(4) Carta á mistriss Douglas, t. III.

(5) Id., Id.

(6) Id., Id.

(7) *Informe de P. C. K. Soc. Londres, 1825*.

(8) Tomo III, pág. 337.

(9) *Informe de 1837*, p. 144; *Informe de 1838*, p. 49.

treinta años despues del establecimiento de las misiones de su secta en aquel pais «la obra de la conversion no estaba mas que principiada.» M. Townly reconoce tambien que tres sociedades diferentes de misioneros protestantes habian estado trabajando *siete años* sin hacer un solo prosélito (1). M. Judson confiesa por su parte que habiendo trabajado por espacio de siete años en establecer una mision en el imperio de les Birmanes, no pudo obtener mas que una sola conversion; que despues de transcurrido ese tiempo no pudo hacer mas que cuatro prosélitos, y que habiendo estallado la guerra en esas circunstancias, quedó abandonada la mision (2). Y M. Duff, el primer misionero enviado á la India idólatra por la sociedad de las misiones escocesas, haciendo en 1835 un elocuente llamamiento á esa sociedad, conviene con entera franqueza en que el misionero protestante no sabe de donde sacar sus pruebas ni á qué autoridad apelar, y que si logra, con gran trabajo, quitar á los indios sus creencias, el resultado que obtiene *es hacerlos caer de la idolatria en el ateismo* (3).

Asi es que relativamente á la India entera se lee en una obra publicada en 1822 y que está lejos de ser hostil á la causa de las misiones protestantes: «Es un hecho capaz de affligir á los que se ocupan de la conversion del Indostan, pero que sin embargo es un hecho, que hasta el presente el cristianismo (*protestante*) no ha hecho sino progresos muy escasos en aquel pueblo. Treinta años han transcurrido desde que los misioneros principiaron sus trabajos, y puede asegurarse que en ese largo espacio de tiempo no han podido efectuarse mas de trescientas conversiones, en cuyo número es dudoso que se cuente la de un solo bramin ó de un solo rajahpout (4).» Mas todavia: el *Diario asiático de Londres* del año 1825, que bebe en fuentes tan ricas como nu-

(1) Véase las *Conferencias de Wiseman*: t. I, conferencia sesta.

(2) Véase *Quarterly Review*, diciembre de 1825, pág. 53.

(3) *Conferencias de Wiseman*: conferencia sesta.

(4) *Monthly Review*, t. XCIX, pág. 233.

merasas, declara por diferentes veces que en cuanto puede juzgarse por la esperiencia, no hay motivo alguno para admitir la posibilidad de la conversion de los indios, y que los que han acometido esa empresa han hallado dificultades que con razon se consideran insuperables (1).

Esto en cuanto á la India: pasemos á la América. «La historia de las misiones entre los indio-americanos, dice un escritor protestante, es la relacion de una serie de reveses y derrotas que no eran de esperar, porque en razon de circunstancias muy particulares, aquellas naciones parecian estar en condiciones favorabilísimas para recibir el Evangelio. En muchas localidades, los preliminares hacian concebir esperanzas de fundar un establecimiento permanente; pero *sin excepcion ninguna*, quedaron frustradas esas esperanzas (2).» ¿Qué puede añadirse á ese testimonio que se halla además confirmado por una carta de M. Leeming publicada en 1826, y por confesiones análogas de M. Stewart en el mismo año y de M. Hough con fecha de 27 de setiembre de 1827 (3)?

Verdad es que en los veinte años últimos ha habido algunos progresos; pero han dependido de influencias puramente humanas. El gobierno ha hecho construir casas para los salvajes, les ha suministrado instrumentos de labranza y los ha puesto en estado de cultivar la tierra; y como ellos habian perdido las utilidades de la caza, tuvieron que aceptar el protestantismo por no renunciar al bienestar de la civilizacion, y en cierto modo, hasta la vida. Y además

(1) «Escritores mas modernos, dice monseñor Wiseman (*conferencia sexta*) afirman que no ha cambiado en nada esta situacion. Consultese la *Relacion personal de un viaje en el mediodia de la India* por Hoole.»

Léase en la misma conferencia que en la isla de Ceylan ha continuado subsistiendo el catolicismo aun despues que la nacion que lo llevó perdió en ella su poder, y que el protestantismo se desquició completamente desde que le faltó la autoridad política. En efecto, la poblacion que habia reunido bajo su bandera se dividió pasando una parte al catolicismo y volviendo otra á la idolatria.

(2) *Monthly Review*, t. LXXXIV, pág. 143.

(3) *Conferencias* de Wiseman: conferencia sexta.

¿será eso duradero? Es mas que dudoso, si atendemos á los ensayos del mismo sistema hechos en otros puntos sin resultados duraderos, y si nos atenemos al testimonio de un viajero muy celoso por su religion, el cual á su regreso de América se creyó en el caso de manifestar con sentimiento suyo que se abrigaban en ese punto temores fundados en la opinion de personas experimentadas y muy instruidas en cuanto al carácter indio (1).

No hablaremos de otras misiones secundarias cuya historia es la misma: por ejemplo, la de los hermanos moravios fundada en Sarepta en 1765 bajo los auspicios y la proteccion de la emperatriz Catalina de Rusia: «Al cabo de cincuenta y seis años, dice M. Henderson, misionero inglés, no contaba una sola conversion y solo habia un pequeño número de muchachas que dieran algunas esperanzas á los ministros protestantes (2).» Tampoco mencionaremos las de la Guinea, la Georgia, la Argelia, la Persia, el Egipto, que databan desde antes del año 1800, y de las que no quedan hoy ni vestigios, ni otras dos misiones intentadas sin éxito alguno entre los tártaros del Karass en nuestro siglo. Pasaremos tambien en silencio las revelaciones generales de varios órganos del protestantismo (3), revelaciones tan espresivas como la de uno de sus ministros que en 1840 reconocia que en Macao en veinte años y con un gasto de cerca de quinientos mil francos, la mision pro-

(1) *Viaje por el Norte de América*, por el capitán B. Hall, Edimburgo, 1829, t. 1.

«Siento, dice aquí monseñor Wiseman, verme en la necesidad de suprimir, por no cansar al lector, la historia de una porcion de tentativas inútiles de conversion en las Indias occidentales, derrotas no menos notables que las otras de que hemos hablado en las demás partes del mundo.»

(2) *Investigaciones bíblicas y viaje á Rusia*, Londres, 1826.—M. Klaproth hace observar que la mision de Sarepta y todas las demás de ese género concluyen por convertirse en simples establecimientos comerciales. (*Viajes al monte Cáucaso y á Georgia*, 1823). El caballero Gamba, cónsul francés en Astracan, hablando de las misiones moravas, dice tambien que no han fundado mas que aldeas industriales donde no se encuentra huella alguna de religion. (*Viaje por la Rusia meridional*, 1826).

(3) *Conferencias* de Wiseman, t. I: conferencias sexta y séptima.

téstante no había convertido mas que á siete indígenas, comprendiendo en ellos á los criados de la casa (1).

Relativamente á las islas del mar Pacífico, de las que no hemos hablado todavía, nos sería fácil establecer por hechos públicos en Inglaterra, que los ministros protestantes las han conquistado mas bien que convertido, y que despues de someter al rey y á la nacion á su despotismo, han reducido el pais á un estado deplorable, sin lograr otra cosa que pervertir á los habitantes (2). Y si en la Nueva Zelanda se ha efectuado alguna mejora en el carácter y la conducta de los indígenas, «se debe únicamente á las relaciones de comercio, dice un protestante que ha pasado nueve meses en aquella isla. Nuestros misioneros, añade, podrán decir lo que quieran para atribuirse el mérito de ello, y para hacer escribir en Inglaterra á los que los sostienen que á ellos se les debe. Apelo á todas las personas que han estado en los sitios mismos: ellas asegurarán que no han tenido parte alguna en ese cambio (3).»

Finalmente, las predicaciones de los misioneros protestantes en el Norte, en Laponia, por ejemplo, y en los límites estremos de la Islandia, nada han tenido de satisfactorias por confesion de sus propios correligionarios (4); y el misionero enviado á Kissey, en Africa, escribe él mismo, que entre trescientas personas que logra reunir *ni una sola tiene oidos para escuchar ni corazon para comprender* (5).

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 71.

(2) Consúltese el *Viaje de H. M. S. Blonde á las islas de Sandwich*, Londres, 1827.—*Quarterly Review*, t. XXXV, pág. 400; y t. LXX, p. 609;—El *segundo viaje* de Kotzebue alrededor del mundo;—La *Relacion de una estancia de nueve meses en la Nueva Zelanda*, en 1827, por Augusto Toole, Londres 1832;—*La Reforma contra la Reforma*, por Hoeninghaus, tomo II.

(3) *Relacion de una estancia de nueve meses en la Nueva Zelanda*, en 1827, por Augusto Toole, Londres, 1832.

(4) Véase *La Reforma contra la Reforma*, t. II, cap. IX, el cual contiene otras muchas confesiones de escritores protestantes.

(5) Véase las *Conferencias* de Wiseman: conferencia sesta.

Tal es, pues, la esterilidad de las misiones de la Reforma, la cual la vemos atestiguada por los hombres mas interesados en ocultar sobre este punto la verdad que proclamaba en 1842 el obispo anglicano de Salisbury, en la iglesia de San Pablo de Londres. Dando cuenta á la *Sociedad para la propagacion del Evangelio* del estado de las misiones protestantes: «Debo confesarlo, decia, aunque sea á pesar mio: *esas misiones no dan resultado ninguno* (1).» Pero si así es ¿en qué consiste que los informes de las sociedades protestantes hablan siempre del gran número de conversiones verificadas?... En que las cuentan por el número de biblias distribuidas; el general Hislop nos lo asegura (2); y evidentemente ese cálculo es el mas falaz del mundo: consiste tambien en que se guian por el número de los que frecuentan las escuelas fundadas por los misioneros; pero un gran número de idólatras, y especialmente los indios, consienten en frecuentar esas escuelas, ó en enviar á ellas á sus hijos sin que de ello resulten conversiones al cristianismo. M. Lushington lo asegura en una obra publicada en Calcuta en 1824 (3): consiste, en fin, en que cuentan por el número de aquellos á quienes la curiosidad atrae á oír predicar, lo cual es hacer un cálculo de capricho; y á mas de eso, muchos misioneros protestantes han reconocido que, aunque tuviesen centenares de oyentes, no podrian lisonjearse de haber conquistado una sola alma á la fé entre esa muchedumbre (4).

(1) Esta confesion se halla garantizada por M. Francis Nettement que la oyó él mismo. (Véase el folletin de la *Gaceta de Francia* de 7 de junio de 1842).

(2) *Historia de la campaña contra los Mahratas y los Pindarris*.—Véase la *Revista mensual*, *Monthly Review*, núm. 94, pág. 369.

(3) *Historia, objeto, estado actual de los establecimientos religiosos y de caridad fundados por los ingleses en Calcuta y en las cercanias*.

(4) Véase las *Conferencias* de Wiseman, t. I: conferencia sesta.

Creemos deber confirmar lo que se ha dicho relativamente á la exageracion de los informes de las sociedades protestantes con el hecho siguiente. Un misionero de la Reforma en una de sus memorias, ha cometido el error singular (por no decir otra cosa) de mencionar como pertenecientes al pro-

Como se ha visto, queda probado que las sectas protestantes se hallan privadas del gran carácter de fecundidad en las misiones: prueba ya notoria de que no son esa Iglesia á quien Jesucristo encargó la conversión sucesiva de todos los pueblos, prueba tanto mas notoria, cuanto que sus medios humanos de éxito, como ya se ha dicho, son infinitamente superiores á los de la Iglesia católica, cuya asombrosa fecundidad reconocen hasta los protestantes mismos. El ilustre autor de las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, cita muchos testimonios emanados de ellos que hacen subir en ciertas ciudades de la India el número de nuestros neófitos á veinte mil, treinta y cuarenta mil (1). El doctor Buchanan confiesa que en Asia *hemos disipado, en gran parte al menos, las tinieblas de la idolatría* (2); Heber, que en el mediodía de la India, que es el foco de las misiones protestantes en aquel país, los fieles católicos son superiores en número á los adeptos de la Reforma (3). De una memoria sobre la isla de Ceylan, redactada por orden de sir Wilmot Horton, que era gobernador en 1836, resulta la prueba de un aumento creciente y continuo de la población católica, á cuyo buen comportamiento había tributado en 1807 sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla, un homenaje que el transcurso de los años no ha desmentido (4). «En la China, dice un misionero protestante, la religión católica se propaga en medio de las persecuciones (5).» «A las islas Filippinas los nestorianos de la costa de Malabar: «El número, dice, de los cristianos protestantes de la costa de Malabar, asciende á sesenta mil, y sus iglesias llegan á cincuenta y cinco (*Christian remembrancer*, Memorandum cristiano, t. II. p. 643).» Ahora bien, ¿quién no sabe que los nestorianos solo niegan la supremacía de la Santa Sede y la unidad de persona en el Hombre-Dios, admitiendo todos los demás puntos de doctrina católica desechados por los protestantes?

(1) N. Wiseman, t. I: conferencia séptima.

(2) *Memorias*, p. 12.

(3) Véase las *Conferencias*, etc., por N. Wiseman. tom. I: conferencia séptima.

(4) *Conferencias*, etc.: conferencia séptima.

(5) *Missionary's register*, p. 43.

pinas, dice también el doctor Pritchard, han sido enviados una porción de misioneros católicos, los cuales se han familiarizado con los numerosos dialectos usados en los puntos á donde los llamaban sus trabajos apostólicos, y esos trabajos han sido coronados de éxito (1). Finalmente, los informes de la *Sociedad protestante para la propagación del Evangelio* contienen confesiones formales sobre el buen resultado de nuestras misiones en diversas comarcas de la América (2). Léese, por ejemplo, en el informe de 1825, que «la aldea de Saint-Regis se halla habitada enteramente por indios, todos los cuales profesan la religión católica, como todos los indios de las provincias bajas (3).»

¿Preguntaremos ahora al protestantismo si tiene el carácter de desinterés en las misiones?... No queremos, á la verdad, entrar en el santuario de las conciencias, pero tenemos derecho á hablar de los hechos públicos y á invocar el testimonio de sus propios sectarios. Ahora bien, es notorio que los misioneros de la Reforma se hallan ampliamente dotados (4), al paso que nuestros misioneros no tienen las mas veces con que atender á su subsistencia, pues nunca reciben arriba de seiscientos veinte y cinco á setecientos francos, en países en donde necesitan pagarlo todo, y en donde los viajes, las escursiones apostólicas, las necesidades, las desgracias de los neófitos, de quienes son la

(1) *Researches into the physical history of mankind*; 2.ª edición, Londres, 1826, t. I, p. 455.

(2) *Conferencias*, etc., por Wiseman, t. I: conferencia séptima.

(3) *Informe*, etc., 1826, p. 117.

Se hallan preciosos pormenores sobre la asombrosa fecundidad de las misiones católicas modernas en los *Anales de la propagación de la fe* y en la *conferencia séptima* de Wiseman.

(4) «Unos, los de América, por ejemplo, tienen dos mil quinientos francos anuales: en otras misiones, y especialmente en las asiáticas, ese sueldo llega á tres mil quinientos francos anuales con un aumento de mil francos si el misionero es casado, y de quinientos francos por cada hijo. El misionero del Cabo de Buena Esperanza tenía siete mil quinientos francos, y en las misiones de la Australia había dos misioneros con un sueldo de doce mil quinientos francos al año.» (*Conferencias* de N. Wiseman, t. I: conferencia sésta).

providencia visible, exigirían por sí solos sumas enormes (1). Por eso la *Revista mensual* protestante decía en enero de 1851: «Las mas de las veces la vocacion de nuestros misioneros tiene su origen en el deseo de recibir pingües sueldos de cinco à siete mil francos por el solo trabajo de leer y hacer leer la Biblia entre los idólatras; y á ese precio ¿es acaso sacrificio para hombres que apenas pueden procurarse en su país los medios de vivir, embarcarse para tierras lejanas, sobre todo cuando pueden llevar consigo á sus mujeres y á sus hijos (2)?»

(1) *Conferencias*, etc., por N. Wiseman, t. I: conferencias sexta y sétima.

(2) Véase en los *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 30, un largo y curioso extracto de esta revista: *Monthly Review*.

Permitásenos citar también la confesion siguiente de un escritor de la Reforma: «Si, digámoslo sin rodeos, no fué la gloria de Dios, ni el ardor de una vocacion sublime lo que movió á los misioneros de las islas del mar del Sud; la codicia solo fué la que les impulsó á ir á aquellas comarcas lejanas.» (Meyer, *Naturforscher aus Preussen, übersichtliche Darstellung der Gesellschaft Inseln*).

Añadirémos que en la Nueva Zelanda, hace pocos años el misionero William recibió por su parte en la distribucion del terreno seiscientos setenta acres de propiedad. Es poco todavía: el misionero Enrique obtuvo once mil doscientos cuarenta y cinco. Pero monsenor Pompallier, vicario apostólico, ni ningun otro misionero católico, no pidieron en provecho suyo ni un solo aere de tierra. (Véase el extracto de un diario inglés en la *Union católica* de 14 de abril de 1842).

Léase también en la entrega sesta del *Viaje á la India*, de 1828 á 1832, por Victor Jacquemont, cuya pluma estaba lejos de ser guiada por nuestra fé (veanse los *Anales de filosofía cristiana*, t. XVIII, p. 34 y siguientes): «Algunos misioneros católicos recorren el mundo á pié y con los pies descalzos para convertir á los infieles, y han convertido á muchos. Condúcense como los apóstoles, y como ellos han obtenido con frecuencia buen éxito. Los misioneros ingleses, y para hablar en general, los misioneros cristianos protestantes, aguardan con calma en sus casas á que los infieles se presenten. El misionero M. Carey (á quien visitó M. Jacquemont) nunca sale de su casa para convertir á los indios. ¿Qué ventajas le traería eso? Pero á pesar de su edad va todas las semanas á Calcuta para dar en el fuerte William una leccion de bengali á los pupilos de la compañía, que le paga generosamente. M. Mac, misionero asistente, predica la palabra de Dios á los que van á su casa á oírle: para predicar no se incomoda; pero por la química es otra cosa, pues corre hasta Calcuta en busca de un auditorio, haciendo pagar la entrada.»

La continuacion de este relato, dice el *Eco del mundo científico*, que cita el anterior pasaje, nos muestra á los misioneros protestantes sedentarios é interesados, lo cual explica el autor, con razon sobrada, por el solo

¿Nos mostrará al menos el protestantismo en sus misioneros la verdadera fuerza apostólica?... Pues que nos cite uno, si puede, uno solo que lleve sobre su cuerpo las señales de los suplicios sufridos por su predicacion, uno solo coronado por ella con su propia sangre. Por mas que he registrado las narraciones mas favorables á su empresa, por mas que he interrogado á todas las playas visitadas por ellos, ni un solo nombre de confesor ó de mártir de su fé ha venido á herir mi vista ni á resonar en mis oídos (1). Veo en las islas de Sandwich á un hombre de carácter ardiente (2); pero no es un confesor, no es un mártir: es un héroe de intolerancia, un verdadero perseguidor de los misioneros católicos. *No procedia así*, en verdad, el colegio sagrado de los doce primeros apóstoles, que los misioneros protestantes llaman el padre de su obra: *él sufría con júbilo por el nombre de Jesus* (3), pero no hacia sufrir ni aun á los que mas contrariaban su predicacion.... También oigo hablar de un misionero protestante que osó introducirse en la China, hace algunos años, anteriormente á la época en que se modificaron las leyes de este país relativamente á los extranjeros (4). Valor, héroe de la Reforma, hé aquí una bella ocasion de rivalizar en glo-

hecho de estar casados y cargados de familia; y á los misioneros católicos, por el contrario, viajando siempre, hombres muchas veces de valor y de generosidad, y que no tienen mas objeto que el de vivir libres de trabas, como los apóstoles, é imitar sus sublimes virtudes. (Véase los *Anales de filosofía cristiana*, t. XIII, p. 310 y 311).

(1) Los misioneros protestantes no pueden citar tampoco uno solo de sus neófitos que haya sufrido martirio por su fé, al paso que los misioneros católicos pueden presentar aun en estos últimos años, una multitud de los suyos que han sufrido los suplicios y la muerte por la religion cuya verdad les habian hecho conocer. (Véase *Noticias del martirio de cada uno de los 70 servidores de Dios, condenados á muerte por la fé, en China, en Tong-King y en Cochinchina*, por el abate Rousseau, y los *Anales de la propagacion de la fé*, de 1830 á 1848.—Véase también las *Conferencias*, etc., por N. Wiseman, t. I, conferencia sétima.

(2) M. Pritchard cuyo nombre tanto ha resonado en ciertos debates parlamentarios de la Francia.

(3) *Actas de los apóstoles*, V, 41.

(4) Véase *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 13, p. 7.

ria con los misioneros confesores y mártires de la Iglesia católica: todas las sectas de Europa y de América tienen fijos en ti los ojos con el corazón lleno de ansiedad: «Ese va á dar por fin, dicen para sí, un noble mentis á todo el pasado de sus colegas!...» ¡Vana esperanza! Preso y conducido ante el mandarin, obtiene su rescate por una suma considerable: se le prohíbe que vuelva á predicar su religión al celeste imperio, y promete no volver mas: ¿há hecho nunca un misionero católico semejante promesa?... ¡Oh! no es ese el heredero de aquellos primeros apóstoles, que cuando la sinagoga les prohibía predicar el cristianismo respondían con la cabeza erguida y la voz segura: «Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros antes que á Dios (1).» No, no es el ministro legítimo de Jesucristo, que *dió su vida por sus ovejas* (2): pongo por testigo á vosotros, huesos sagrados de nuestros ilustres mártires tan numerosos en esa misma tierra de la China; á vosotros, que en el humilde sepulcro en que reposáis, os habreis sin duda estremecido, mientras que aquel enviado del error contraía su cobarde compromiso; y á vosotros tambien, dignos hermanos suyos aun con vida, que junto á aquellos nobles restos habeis podido decir con tanta razón á vuestros neófitos, mientras que el misionero de la Reforma se retiraba lejos de los suplicios y de la muerte: «Ya lo veis, el mercenario huye, porque no es el verdadero pastor de las almas (3)!»

Después de lo dicho ¿habrá todavía que insistir?... Bástenos citar la notabilísima confesión de la *Revista mensual* de enero de 1851. El autor principia por reconocer lealmente que nuestros misioneros son admirables por su valor y fuerza heroica, y hablando en seguida de los misioneros protestantes: «Luego que llegan, dice, á su destino,

(1) *Actas de los apóstoles*, IV, 19.

(2) San Juan, X, 15.

(3) *Mercenarius autem fugit quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus.* (San Juan, X, 13).

el primer cuidado que se toman es el de alojarse lo mas cómodamente que pueden, pero manteniéndose siempre en cuanto les es dable, bajo la proteccion del cañon británico. Rara vez penetran en las naciones salvages, tienen miedo á la peste y al cólera, á los cuales no es razonable esperar que quieran exponer á sus familias, ó que sus familias les permitan exponerse; y por otra parte, las mismas razones les hacen no tener el menor deseo de ser mártires (1).»

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 30, p. 693.

En esa misma coleccion se hallan otros muchos datos importantes acerca de las misiones protestantes. Véanse los núms. 13, 16, 20, 30, 58, 60, 66, etc., etc.

Acaso el lector no llevará á mal que añadamos aquí la observacion siguiente: que el heroismo fecundo de las misiones es propio absolutamente del catolicismo. Tanto en la antigüedad como ahora ¿qué ha sido de los misioneros de la filosofía? Platon viaja por Egipto y la Grecia mayor, Plutarco viaja tambien por Grecia y Egipto; pero viajan por ellos mismos: no son los apóstoles sino los cuestadores de la filosofía que van á mendigar de escuela en escuela algunas migajas de sabiduría humana; y si es cierto que los sofistas iban de ciudad en ciudad, no lo hacian ni lejos, ni á costa de grandes sacrificios, ni con peligro de sus bienes ó de su vida. Los filósofos modernos tampoco se han sentido inflamados del noble deseo de ir á las costas de Malabar ó de la Guinea, ni á las playas salvages de la Cochinchina, á hacer el papel de propagandistas de la razón, y lo que Voltaire decia en una carta al rey de Prusia de 1.º de noviembre de 1769, que, *á pesar de todas sus exhortaciones, no habia podido hallar tres filósofos que hubiesen querido emigrar solo hasta Cléveris, y que estaba tentado á creer que la razón no es buena para nada* (*Espectador francés*, t. I, pág. 9), no ha sido desmentido por el celo de los filósofos de nuestros dias. Verdad es que el sansimonismo, cansado de recorrer inútilmente la Francia y de no recoger en ella mas que silbidos, trató, hace algunos años, de enviar apóstoles á Egipto para buscar la *mujer-mesias*; pero el ridículo inexorable que seguia sus pasos en Francia se embarcó con ellos, y fué á matar sin remision su obra en Africa.

No hablaremos del paganismo, que nunca tuvo misioneros, á excepcion de Apolonio de Tyanea, si es que puede darse tal nombre á este filósofo, que recorrió el imperio para tratar de sostener la idolatría que se venia abajo.

El judaismo, bajo el punto de vista del apostolado, no ha tenido mas valor: desde Vespasiano no ha adelantado un paso. Resulta además de las estadísticas generales del globo, que lejos de ganar terreno lo pierde, especialmente de algunos años á esta parte: en 1817 se contaban cinco mil-

Y ahora solo nos falta resumir en breves palabras este capítulo y el anterior.

De derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea apostólico; de hecho nadie mas que la Iglesia católica lo es:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea uno é invariable en su doctrina; de hecho no hay mas que la Iglesia católica que lo sea:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo posea una autoridad viva, infalible en materia de doctrina religiosa; de hecho nadie mas que la Iglesia católica la posee:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo haya continuado siempre la obra de los apóstoles con un éxito y un celo semejantes á los de aquellos; de hecho, no hay mas que la Iglesia católica que goce de ese privilegio. Luego el verdadero cristianismo no se halla mas que en la Iglesia católica, de lo que se deduce que todo hombre lógico que parta del principio incontestable de la existencia de Dios llega necesariamente de consecuencia en consecuencia á la religion católica, y que no hay medio razonable entre el ateísmo y el catolicismo. Luego ser ateo (esto es trastornar la naturaleza y abjurar la razon), ser ateo ó católico es una alternativa inevitable para el que no se detenga á la mitad del camino en la via de la dialéctica y sepa llevar el raciocinio hasta su último término.

nes de judíos: en 1830 no llegaba su número á cuatro millones. (Véase *Anales de la filosofía cristiana*, t. I, p. 75).

En cuanto al mahometismo, no ha tenido otro apostolado que el de la cimitarra, el terror, la sangre, la corrupcion, la barbarie; y se vá ya caducando como un viejo decrepito, abrumado bajo el peso de doce siglos de esclavitud, de molicie y de enervadores placeres.

CAPITULO XIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: COMBATES Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA.

Una de las glorias de la Iglesia católica es haber sido siempre combatida y haber quedado triunfante siempre; y esta es tambien una de las pruebas sensibles de que el Hombre-Dios está con ella desde su principio y se complace en hacerla vivir fuerte y vigorosa en medio de las luchas mas capaces naturalmente de echar por tierra una obra humana.

Véase al catolicismo desde su origen, en lucha con los enemigos mas numerosos, encarnizados y poderosos, mas fuerte en su aparente debilidad que las innumerables legiones de los que juraron ahogarlo en su cuna. Ese niño en mantillas es un gigante indomable, á quien el génio del mal y del error oprime entre sus mil brazos, á quien atraviesa mil veces con los dardos emponzoñados del desprecio, del ridiculo, de la calumnia, de la falsa sabiduria y al mismo tiempo con la cuchilla cruel de una persecucion inaudita, y que se rie de tantos esfuerzos violentos, creciendo cada dia á ojos vistas bajo los golpes de toda especie que parecian deber aniquilarle, desarrollando sus robustos miembros en un mar de sangre que hacen brotar de todas sus venas á torrentes, y viendo descender sucesiva-

Y ahora solo nos falta resumir en breves palabras este capítulo y el anterior.

De derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea apostólico; de hecho nadie mas que la Iglesia católica lo es:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea uno é invariable en su doctrina; de hecho no hay mas que la Iglesia católica que lo sea:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo posea una autoridad viva, infalible en materia de doctrina religiosa; de hecho nadie mas que la Iglesia católica la posee:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo haya continuado siempre la obra de los apóstoles con un éxito y un celo semejantes á los de aquellos; de hecho, no hay mas que la Iglesia católica que goce de ese privilegio. Luego el verdadero cristianismo no se halla mas que en la Iglesia católica, de lo que se deduce que todo hombre lógico que parta del principio incontestable de la existencia de Dios llega necesariamente de consecuencia en consecuencia á la religion católica, y que no hay medio razonable entre el ateísmo y el catolicismo. Luego ser ateo (esto es trastornar la naturaleza y abjurar la razon), ser ateo ó católico es una alternativa inevitable para el que no se detenga á la mitad del camino en la via de la dialéctica y sepa llevar el raciocinio hasta su último término.

nes de judíos: en 1830 no llegaba su número á cuatro millones. (Véase *Anales de la filosofía cristiana*, t. I, p. 75).

En cuanto al mahometismo, no ha tenido otro apostolado que el de la cimitarra, el terror, la sangre, la corrupcion, la barbarie; y se vá ya caducando como un viejo decrepito, abrumado bajo el peso de doce siglos de esclavitud, de molicie y de enervadores placeres.

CAPITULO XIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: COMBATES Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA.

Una de las glorias de la Iglesia católica es haber sido siempre combatida y haber quedado triunfante siempre; y esta es tambien una de las pruebas sensibles de que el Hombre-Dios está con ella desde su principio y se complace en hacerla vivir fuerte y vigorosa en medio de las luchas mas capaces naturalmente de echar por tierra una obra humana.

Véase al catolicismo desde su origen, en lucha con los enemigos mas numerosos, encarnizados y poderosos, mas fuerte en su aparente debilidad que las innumerables legiones de los que juraron ahogarlo en su cuna. Ese niño en mantillas es un gigante indomable, á quien el génio del mal y del error oprime entre sus mil brazos, á quien atraviesa mil veces con los dardos emponzoñados del desprecio, del ridiculo, de la calumnia, de la falsa sabiduria y al mismo tiempo con la cuchilla cruel de una persecucion inaudita, y que se rie de tantos esfuerzos violentos, creciendo cada dia á ojos vistas bajo los golpes de toda especie que parecian deber aniquilarle, desarrollando sus robustos miembros en un mar de sangre que hacen brotar de todas sus venas á torrentes, y viendo descender sucesiva-

mente á la tumba á las generaciones enteras que se levantan contra él como un solo hombre.

Sus primeros adversarios son los judíos obstinados. Pensaban estos haber concluido con la religion nueva clavando al madero de la infamia al autor mismo de esa religion; y ¿quién no hubiera dicho, como ellos, que la religion de Jesucristo, no suponiendo á este mas que hombre, quedaria muerta con él sobre el Gólgota?... Pero hé aqui que cincuenta y dos dias despues, los pescadores del lago de Genezareth, á quienes se creia dispersos para siempre, se convierten de súbito en milagros vivientes: el talento, el corazon, la lengua, todo es prodigio en ellos. Ignorantes, desconciertan á los mas sábios de su nacion: tímidos, pusilánimes, ostentan su frente erguida, su mirada segura, su palabra fuerte, contundente: nada les conmueve, nada habria capaz de hacerles retroceder un paso. La sinagoga, no pudiendo refutar sus palabras, los entrega al verdugo; quiere desprestigiarlos, desanimarlos y no logra hacerlos descender ni flaquear: á la altura siempre de su mision, lívidos todavia y con el cuerpo herido por los golpes, anuncian con mas celo y mas fuerza el nombre y la gloria del divino crucificado.

No por eso desmaya la sinagoga, y organiza una persecucion general (1); pero la tempestad pasa sin llevarse la verdad poderosa del Evangelio, y lejos de eso produce la conversion milagrosa de Saulo el perseguidor (2). Y despues de algunos años, durante los cuales se multiplican las conversiones de los judíos (3), vé Jerusalem caer sus muros á los golpes del ariete romano; sus hijos se despedazan

(1) *Actas de los apóstoles*, VIII, 1; IX, 1, 2.

(2) *Actas de los apóstoles*, XI, XXII. Véase la excelente obra de Lyttelton: *La religion cristiana demostrada por la conversion de S. Pablo*.

(3) En la historia compuesta por los judíos, *Sepher toldos Jeschu*, se lee lo siguiente: «Afligidos los sábios con los progresos de la religion de Jesús, clamaron á Dios y le dijeron: ¿Hasta cuando, Señor, permitireis que los Nazarenos prevalezcan?... Nosotros no somos mas que un número muy corto.» (Véase la *Hist. del establ. del cristianismo*, por Bullet).

que han servido para establecerlo, el testimonio de los mártires y sus caracteres sobrehumanos, la Iglesia y su expansion incesante y sobrehumana, la Iglesia y su identidad sobrehumana en medio de elementos activos de decadencia y de muerte de todo género, la Iglesia y su vida divina... ¿no es todo eso una demostracion mas que suficiente de que hay un Cristo histórico, un Cristo Hombre-Dios, fundador y conservador del catolicismo?... No es posible, por otra parte, desalojar al católico de su posicion sino atacando de frente y derribando á la vez todo el edificio de nuestras pruebas ó destruyéndolas una tras otra. Ahora bien: querer hallar un argumento capaz de echar por tierra de un golpe la unidad completa de nuestras pruebas seria querer abarcar con nuestros pequeños brazos de hombre un monumento colosal, y echar abajo con un solo esfuerzo sus sólidas bases unidas entre sí por su propio peso y por su fuerte argamasa: seria querer condenarse de antemano á negar todas las verdades históricas del mundo; porque si, suponiendo por un momento lo imposible, se verificase el triunfo de esa loca tentativa contra nuestras pruebas, ¿qué verdad histórica podria quedar en pié, cuando ninguna hay que tenga en su favor un conjunto de garantias que se asemeje siquiera al conjunto de garantías históricas de nuestra fé? Ahora bien, negar toda verdad histórica seria negar el sentido comun, la sociedad, el hombre mismo que no vive mas que de historia: para este el porvenir no existe, lo presente huye y muere al nacer, lo pasado solo subsiste en el estado histórico.—En cuanto al ataque sucesivo de nuestras pruebas, si el católico cuida de mantener invariablemente á su adversario en el terreno de la discusion sin permitirle divagar; si cuida de exigirle algo positivo contra los diversos hechos que constituyen cada prueba (porque cada una de ellas abraza una porcion que seria preciso destruir); si cuida de no aceptar nunca palabras por cosas, afirmaciones ó negativas gratuitas por argumentos; si cuida en fin de no pasar á una segunda cues-

lion hasta que la primera se halle fijada por un *si* ó por un *no* formal de parte de aquel contra quien se defiende, el triunfo debe ser suyo infaliblemente. Porque nada hay en el mundo mas fácil que contradecir; pero muy luego se reduce al silencio al que contradice cuando se precisan así los términos de la discusión: «Contra tal hecho y contra tales pruebas positivas que lo establecen ¿qué otro hecho ó qué otras pruebas positivas alegais? ¿Es constante ese hecho, *si* ó *no*? ¿Son sólidas esas pruebas, *si* ó *no*?...» Lo repito, el católico fiel á estos principios se mantendrá siempre inexpugnable: podrá no ganar á su adversario, pero nunca, pero jamás ser vencido (1).

Es otra consecuencia no menos importante que el católico es el único que puede lógicamente darse cuenta de sus creencias y de su conducta religiosa. Solo él sabe lógicamente de donde viene, á donde va, por qué cree tal ó cual dogma, por qué desecha este ó el otro sistema, por qué se abstiene, por qué obra. El discípulo del cisma ó de la heregia, por el contrario, y el filósofo no católico, cualquiera que sea, no pueden apoyarse sino en ellos mismos ó en otros individuos falibles como ellos; y si racionan, tienen lógicamente que concluir por dudar. No pueden, en

(1) En la controversia con los protestantes debe principiarse por la discusión de los principios, y hay que atenerse invariablemente al método que acaba de indicarse. La discusión de los diversos textos de la Escritura sagrada ó de los diferentes dogmas católicos rechazados por los reformados no produce las mas veces mas que debates interminables sin resultado positivo. Pero la de los dos principios fundamentales de la Iglesia católica y del protestantismo, del principio de autoridad infalible y del libre examen no puede menos de traer lógicamente confesiones decisivas en favor de la Iglesia católica, siempre que no se deje uno sacar de ese campo cerrado por el interlocutor protestante. Además la discusión de los dos principios cierra la puerta á todo: no es-tribando toda ella (como se ha visto en el cap. XI) sino sobre hechos patentes incontestables, no hay texto de la Escritura, cuya interpretación no deba acomodarse á esos mismos hechos: porque es imposible que un texto de los libros sagrados se halle en oposición con un hecho comprobado, de donde se sigue necesariamente que el que entendiese ese texto en un sentido incompatible con aquel hecho, quedaria por ello mismo convencido de interpretarlo mal.

efecto, crearse mas que opiniones movibles como el tiempo, opiniones que hoy creen verdaderas, que modificarán quizá mañana sin saber si todavia habrá en ellas un nuevo cambio (1). El católico, con los hechos en la mano, tiene siempre el derecho de decir á Dios con Hugo de Saint Victor: «Si me engaño, vos sois quien me engañais (2), y por lo tanto es imposible que me engañe,» porque se apoya sobre el hecho palpable de la Iglesia, cuya autoridad infalible, de hecho divino en hecho divino, remonta directamente á Dios. ¿Pero cuál es el sectario ó el filósofo que pueda fundar de una manera tan lógica sus convicciones, que pueda reconvenir al mismo Dios en la suposición de que se engañe? ¿Sobre qué encadenamiento de hechos, base de esas mismas convicciones, puede fundarse para enlazarlas lógicamente con la infalibilidad del Altísimo?... El católico, sobre cualquier punto que sea, puede siempre decirse: Negar tal punto de mis convicciones religiosas es negar la Iglesia; negar la Iglesia es negar á Jesucristo; negar á Jesucristo es negar á Dios; negar á Dios es negar la razon; negar la razon es negar al hombre. ¿Pero qué sectario, qué filósofo puede decir tambien: Negar mis opiniones ó mis convicciones es negar á Dios?...

Finalmente solo el católico es verdadero filósofo: porque solo él sigue siempre el verdadero método filosófico, la observación de los hechos: la observación de los hechos garantiza de su creencia en Dios; la observación de los hechos garantiza de su creencia en Jesucristo; la observación de los hechos garantiza de su creencia en la Iglesia; la observación de los hechos para fijar todos los artículos de su fé y para

(1) «Mis convicciones hoy no son las de mi vida pasada, y no estoy seguro de que dentro de algunos meses sean todavia las mismas de hoy. No hay ley para el entendimiento.» Esto escribia M. Lamennais, convertido en filósofo racionalista, al abate Rohsbacher en el mes de setiembre de 1835. (Véase la carta dirigida por el abate Rohsbacher al periódico el *Amigo de la Religión* con fecha de 2 de enero de 1841, al final del tomo vigésimo de su *Historia de la Iglesia*.)

(2) *Domino, si error est, à te ipso decipimur!*

arreglar toda su conducta. Siempre y en todo procede así: ¿Enseña la Iglesia como doctrina católica tal ó cual punto de dogma ó de moral? Si lo enseña, Jesucristo lo ha dicho; si Jesucristo lo ha dicho, Dios lo ha dicho; si Dios lo ha dicho, tengo razon al adherirme á él, digase cuanto se quiera en contra, pues necesariamente tengo la verdad de mi parte. De consiguiente nunca sale de los hechos, único criterio sólido, único que está al alcance de todos, único capaz de fijar las incertidumbres perpetuas del entendimiento humano; mientras que el sectario no es sectario sino porque abandona la cadena de los hechos del cristianismo, y el filósofo no católico divaga siempre, relativamente á la verdad religiosa, á merced de tal ó cual idea, de tal ó cual sistema, ó en el vacío del escepticismo.

Verdad es que el católico cree misterios que no comprende. ¿Pero es por eso menos filósofo? ¿No comprende claramente la garantía divina, infalible que tiene de la realidad de esos misterios? ¿No es esa garantía un tejido de hechos incontestables? ¿Y si al creer esos misterios sacrifica á la ciencia divina y á la veracidad infinita de Dios la curiosidad de su razon, no exige la razon misma ese sacrificio? La razon, por último, lejos de empequeñecerse adhiriéndose á la revelacion infalible de Dios ¿no ensancha el círculo de sus conocimientos? ¿no se eleva hasta los mas íntimos secretos de la razon divina?... á menos que se quiera sostener que el descubrimiento de un fenómeno científico no es un aumento del dominio del entendimiento humano, porque este no comprenda ese fenómeno.

Para mí que escribo estas líneas y á quien Dios ha concedido hace mucho tiempo apreciar la grandeza que hay para el hombre en conocer los misterios, la razon y la lógica inatacable que hay en la fé católica; para mí que he visto de cerca en la discusion el vacío y la falsa posicion de los entendimientos á quienes falta todo punto de apoyo en todos los sistemas de secta ó de filosofía, no sabria concluir aqui el fruto de mis estudios y reflexiones sin bendecir

mil y mil veces á la Providencia por haber hecho brillar á mis ojos, con la luz del dia, la luz pura y dulce de la verdad religiosa. No me es dado comprimir el vuelo de mi alma penetrada de reconocimiento y de amor hácia esa Iglesia católica en que he hallado el reposo de ánimo tan necesario al hombre que raciocina, y en la efusion de mi corazon, le diré:

¡Oh venerable Iglesia católica, tan esplendente de verdad por ese solo nombre que te han dado los apóstoles, que ninguna secta ha podido arrebatarte jamás, yo te saludo como divina y como la única divina!... Merced á la bondad suprema que nunca podré ensalzar lo bastante, tú has bendecido mi cuna como bendecirás mi tumba, y tu solícito cuidado me seguirá mas allá con votos y oraciones, con una proteccion tan asidua como eficaz. A los piés del juez soberano, no estará solo tu hijo, como el hijo abandonado de la filosofía ó de la heregía, cuyo último adios no es mas que un puñado de tierra sobre un cadáver: como buena madre, tú me acompañarás con la aplicacion de los méritos infinitos de la sangre de que eres augusta depositaria.

Y yo, en tanto que dure mi destierro, en tanto que me vea precisado á arrastrar penosamente mis pasos en la arena movediza del desierto, me apoyaré en tí para no estraviarme ni flaquear: tú serás el *báculo saludable*, el *apoyo consolador* (1) del pobre desterrado, del infeliz viajero. Tu fé será siempre mi fé; tu voluntad la mia; tus sufrimientos los míos; tus goces mis goces, tu gloria mi gloria. Mis trabajos y mi celo tuyos son: tuyas mi vida y mis fatigas, tuyos mi corazon y mi pluma, tuyos mis dias y mis vigili-
®

(1) Salmo XXII, 5.

(2) San Mateo, XXV, 21.

seno del reposo y de los goces celestiales, no olvidaré, cual hijo ingrato, tus amargos dolores: rogaré y conjuraré al Esposo divino que consuele á su esposa militante, que multiplique sus hijos como las estrellas del firmamento y las arenas de los mares (1), que abra los ojos á los que no ven y que apresure el día feliz en que no habrá mas que un pastor y un redil (2) y en el que todos dirán á una voz: Tenemos el mismo Padre que está en los cielos y la misma madre que nos ha criado para él en esta tierra de prueba y de esperanza.

(1) Génes, XXII, 17.

(2) San Juan, X, 16.

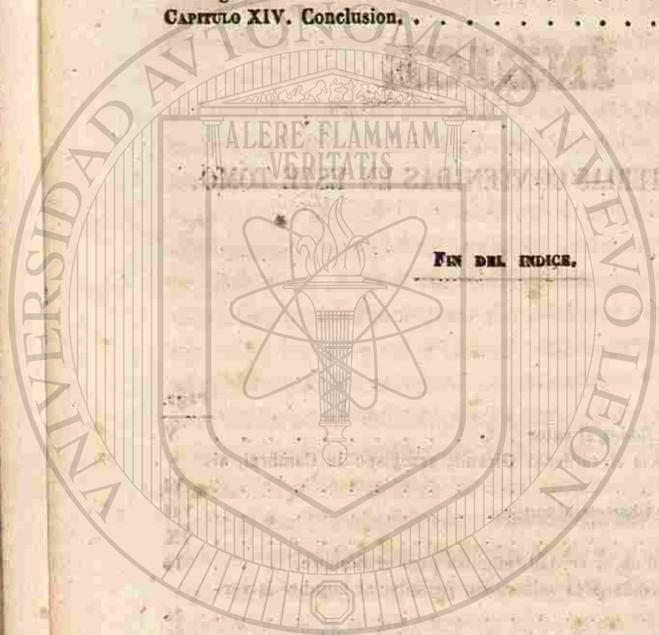
FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Págs.
CARTA del obispo de Rodez al autor	V
CARTA de su eminencia el cardenal Giraud, arzobispo de Cambrai, al autor.	VI
CARTA del obispo de Chartres al autor	VII
PREFACIO del autor	IX
CAPITULO I. Necesidad de la verdad religiosa para el hombre.	15
CAPITULO II. Insuficiencia de la sola razon para dar al hombre la verdad religiosa	24
CAPITULO III. El cristianismo da al hombre la verdad religiosa.	33
CAPITULO IV. Continuacion del mismo asunto: los hechos evangélicos son ciertos.	62
CAPITULO V. Continuacion del mismo asunto: los hechos evangélicos son divinos: consecuencias decisivas	87
CAPITULO VI. Continuacion del mismo asunto: apreciacion de la resurreccion de Jesucristo bajo el punto de vista médico, histórico, judicial y filosófico.	107
CAPITULO VII. Demostracion de la verdad religiosa en el cristianismo por las profecias	137
CAPITULO VIII. Demostracion de la verdad religiosa en el cristianismo por el solo hecho de su establecimiento.	165
CAPITULO IX. Demostracion de la verdad religiosa en el cristianismo por los hechos divinos que han servido para establecerlo	187
CAPITULO X. Confirmacion brillante de todo cuanto precede por los mártires.	209
CAPITULO XI. El verdadero cristianismo no se halla mas que en la Iglesia católica	222

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO XII. Continuación del mismo asunto: caracteres del apostolado católico.	262
CAPÍTULO XIII. Continuación del mismo asunto: combates y triunfos de la Iglesia.	279
CAPÍTULO XIV. Conclusion.	295

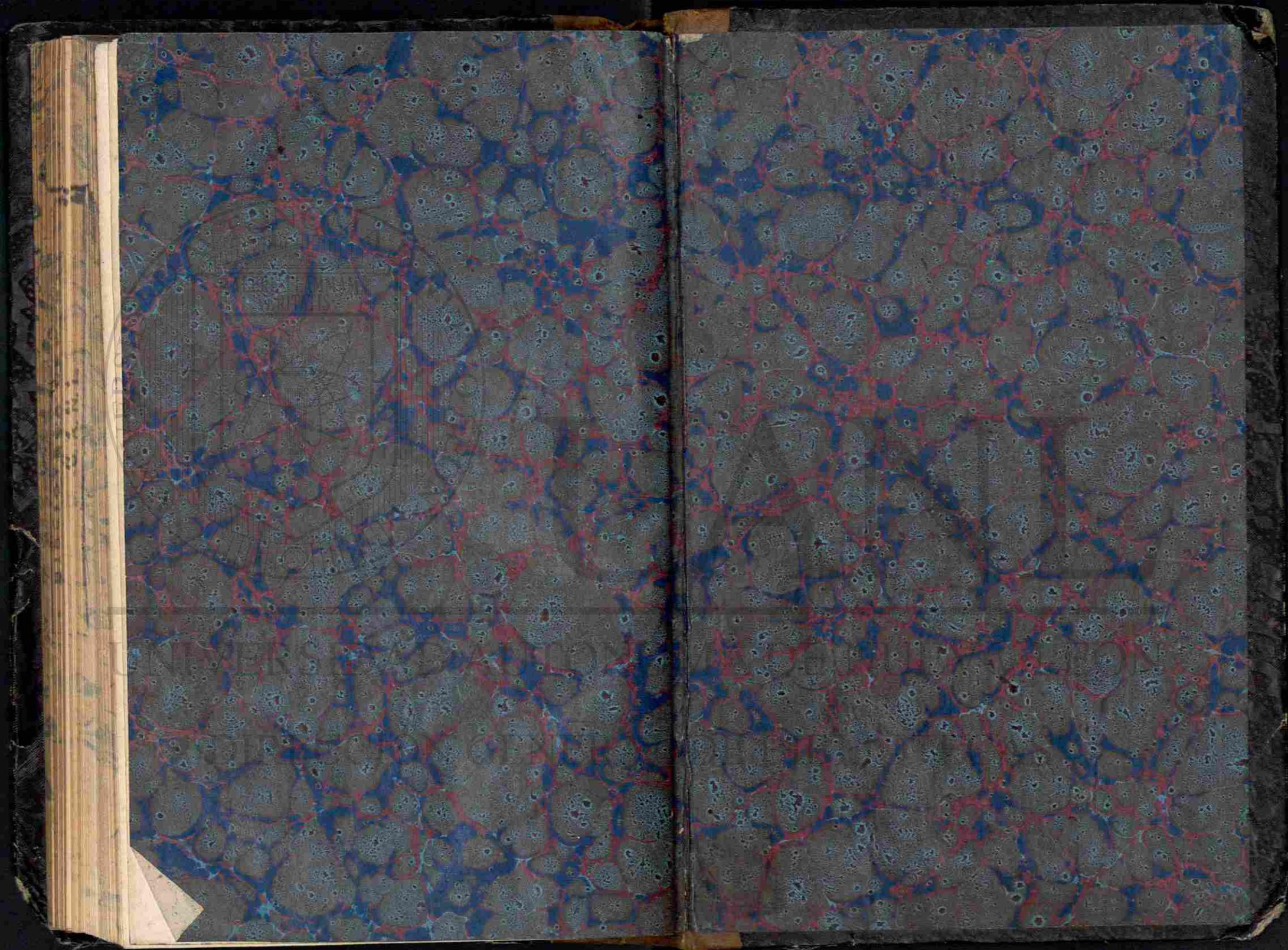


U A N I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







NOTE
107